


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

DOLORES

POR

CARLOTA M. BRAEME

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

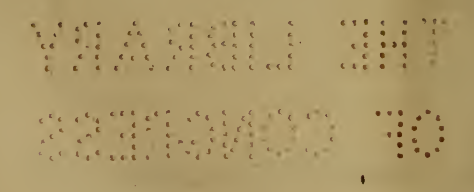
VICENTE BECERRA



D. APPLETON Y COMPAÑÍA

CHICAGO NEW YORK LONDON

1904



DOLORES

CAPÍTULO I

Lady Nelson entendía muy bien el arte del buen vivir. Era una de esas mujeres amables y bondadosas que saben esparcir en torno suyo un ambiente de felicidad. Por eso no había un solo visitante que en la morada solariega de Belmonte no se sintiera como en su casa.

Una mañana de junio, Lady Nelson, sentada en su elegante comedor, contemplaba á través de las ventanas el magnífico jardín de rosales que se extendía al frente. La aristocrática dama no tenía más que un flaco: su pasión excesiva por las rosas. La labor principal de sus jardineros consistía en mantener durante casi todo el año una exhibición natural y permanente de sus flores predilectas y para conseguir una nueva variedad, no se economizaban ni molestias ni dinero. Las paredes exteriores, los balcones y el viejo pórtico del castillo estaban cubiertos de rosales trepadores y por todas partes no se veían más que rosas ó rosales. Las ventanas estaban abiertas y la brisa perfumada que penetraba por ellas, retozaba con las largas cortinas de encaje que las cubrían.

El te estaba listo en la mesa y despedía un aroma convidador, á su modo, no menos fragante que el de las rosas. Todo acusaba allí comodidad, holgura y bienestar. En cuanto á Lady Nelson, todavía podía reputarse como una

hermosura, pues aunque ya había cumplido cincuenta años, representaba quince menos y sus mejillas eran tan firmes y tersas como las de una niña.

Cuando le llevaron las cartas que habían llegado, empezó á abrirlas, una por una, con una leve sonrisa de complacencia; pero al llegarle el turno á un sobre grande que ostentaba en una de sus esquinas un membrete, por aquella plácida fisonomía cruzó una ligera sombra. Lady Nelson se levantó y tocó la campanilla de plata que estaba en la mesa. En el acto se presentó una criada.

—Diga Ud. á la señorita Dolores que deseo verla.

Pocos momentos después, Dolores Martín ó simplemente Lola, como con frecuencia la llamaremos en el curso de este relato, se presentó en la habitación. ¡Era un tipo acabado de belleza! Muchas mujeres tienen cabellos rubios; pero no como aquéllos, que parecían formar bucles de oro. Apenas tenía diez y siete años y ya en su rostro se revelaba un carácter propio. Su tez blanca y sonrosada, la curva divina de sus labios, la redondez de aquella frente ideal, el brillo de sus ojos y las largas pestañas que los velaban, no constituían lo más notable de sus encantos. Se podía contemplar á Lola un día entero sin que su cara presentase un mismo aspecto durante media hora: á una leve expresión de disgusto ó á un relámpago de ternura, su fisonomía cambiaba por completo. Todavía sus formas eran infantiles y delicadas; pero en ellas se presentía ya la futura esplendidez de la mujer. Tenía manos blancas, de palmas rosadas, dedos finos, pie pequeño, y en todos sus movimientos mostraba naturalidad y gracia.

Poseía una inteligencia bien cultivada, ingenio y agudeza. Tenía grandes virtudes y también grandes defectos; pero éstos eran casi virtudes. Era impetuosa y vehemente

y raras veces se detenía á medir las consecuencias de una palabra ó de una acción.

Con su gracia habitual, Lola entró en el comedor y se dirigió hacia Lady Nelson.

—¿Me necesita Ud., tía? dijo y echó á las cartas una rápida mirada. Al observar el sobre del membrete se puso encendida y bajó los ojos.

—Lola, dijo la señora: Lady Fóster ha vuelto á escribirme. No acepté su invitación al baile que va á dar en el castillo de Barton y ahora me ruega que cambie de parecer; pero yo no sé, hija mía, si podré fiarme de ti.

La joven acogió estas palabras con una sonrisa encantadora, pero llena de dignidad:

—¿Fiarse de mí? . . . ¿Y en qué sentido? ¿Cuándo no ha podido Ud. fiarse de mí?

—El capitán Simón está todavía allá y los dos me tenéis inquieta.

—¿Pero, por qué, querida tía? Hasta ahora no he hecho nada que pueda motivar esa inquietud.

—Hasta ahora no, dijo Lady Nelson, marcando las palabras; pero no sé si más tarde. . . .

—¿No será mejor dejar eso al tiempo? interrumpió Dolores: si hasta ahora está Ud. satisfecha de mí ¿por qué anticipar sinsabores?

—Sea; pero la dificultad estriba en que quieras complacerme ahora. Yo no estoy del todo segura.

—Pues debe estarlo, porque no amo más que á Ud. ni tengo otro empeño que el de complacerla.

—Sí, menos en lo que me interesa más que todo, esto es, que prescindas del capitán Simón.

—Pero ¿por qué he de prescindir de él, tía? Ud. se ha vuelto demasiado severa.

—No, Lola y hablemos claro: el capitán está enamorado de ti ó por lo menos así lo sospecho y tú, por tu parte, no lo miras con absoluta indiferencia.

—Bueno, tía: supongamos que no lo miro "con absoluta indiferencia," como dice Ud. ¿qué hay con eso?

—¿Qué hay? Que labras tu desgracia, porque nunca podrá ser tu esposo: bien sabes que desde niño está comprometido á casarse con Lady María Trévor. Este matrimonio se arregló hace años entre los padres de los dos.

Dolores movió la cabeza con cierto airecillo de superioridad:

—¿Y con qué derecho pueden los padres disponer del corazón de sus hijos?

—Eso no nos incumbe, hija mía. Lo que quiero que entiendas es que el capitán, comprometido como está con otra dama, no debe poner en ti los ojos. Y tú no puedes aceptar sus galanterías.

—Pero, tía: estoy segura de que el capitán no ama á Lady María.

—Y yo lo estoy igualmente de que sí la ama, puesto que va á casarse con ella.

—Cosa bárbara me parece que un hombre le designe á su hijo la mujer con quien ha de casarse. Todo el mundo se casa por amor. ¿Quién pudo asegurarle al difunto padre de Luis Simón que éste había de amar á Lady María?

—Creo que existen razones de familia, observó Lady Nelson.

—¡Razones de familia! exclamó la joven con sarcasmo: ¿y qué más da eso, cuando el hombre es siempre dueño de su corazón?

—¡No siempre! Lady María posee una fortuna colosal y entiendo que una parte de ella correspondía, en estricta

justicia, al capitán Simón. Sin duda los padres creyeron que así se arreglaba todo en conciencia y á satisfacción común.

—¡Tontería y estupidez! exclamó Dolores.

Y Lady Nelson sonrió bondadosamente, pensando en la inocencia de su sobrina.

—Será lo uno y lo otro, dijo; pero el hecho subsiste; y lo justifica, te diré que aunque el capitán Simón fuera vivo llena de angustias pensando en ti. El capitán Simón es un hombre hermoso y lleno de atractivos y nada será tan imprudente ni tan peligroso como el que los dos volváis á encontraros. Sin embargo, Lady Fóster me apremia para que asistamos al baile y yo la complacería de mil amores si pudiera confiar en ti. ¡Vamos! Prométeme no bailar con él. ¿Me lo prometes, Lola?

—¡No, no puedo, tía! contestó la joven, con franqueza: fácil me sería decir "sí" y engañar á Ud.; pero eso sería un delito y yo soy incapaz de faltar á lo que prometo.

—Entonces, Lola, lo mejor será que nos quedemos en casa. Nunca te he hablado con seriedad de este asunto, porque siempre he creído que todo no es más que un capricho pasajero y sin consecuencias; pero ya que la ocasión lo justifica, te diré que aunque el capitán Simón fuera libre para casarse contigo mañana, tal matrimonio sería muy triste y desventajoso. No tiene más que su linda cara y su mezquino sueldo de militar.

—Y eso basta y sobra para una muchacha como yo.

—No lo creo, Lola; tu espléndida belleza, tu educación y tu linaje, te destinan para ser la esposa de un Par de Inglaterra, cuando menos.

—Á mí no me gustan los Pares. Prefiero los oficiales del ejército. Déjeme Ud., tía de mi alma, acercarme á

éste una vez, sólo una vez. Acuérdese Ud. de sus buenos tiempos. . . . ¡Cuántas veces no habría dado Ud. la vida por ver una cara que le gustaba! ¿No es verdad? . . .

Dolores echó los brazos al cuello de su tía y ésta dijo: "iremos," quizá para arrepentirse no muy tarde de su jovial condescendencia.

* * *

Belmonte era un señorío muy importante, aunque no muy extenso. El castillo era grande, de hermosa arquitectura y de alrededores pintorescos. Era una propiedad realmente valiosa, pues en sus terrenos estaban situadas no pocas de las más productivas fincas de campo de Inglaterra. Lord Nelson murió después de veinte años de matrimonio feliz, aunque sin hijos, y legó á su esposa no sólo el castillo y sus dependencias, sino toda su fortuna, que era considerable. La viuda había hecho el voto de no volverse á casar, y lo cumplió.

Lady Nelson sólo tuvo una hermana, menor que ella, llamada Constancia, cuyo matrimonio fué de lo más desgraciado. Su esposo, joven abogado de modestísimos recursos, murió después de pocos años, cansado de la lucha por la existencia. Ella le sobrevivió muy poco tiempo. Aquel matrimonio, imprudente y precipitado, había labrado la ruina de dos existencias, que por otros senderos habrían sido felices. De aquella infortunada alianza había quedado una niña, Dolores, á quien Lady Nelson adoptó y amaba entrañablemente.

Dolores y su tía habían vivido siempre juntas y felices y la niña recibió una educación excelente, sin que se reparase en gastos. La tía, encantada con la belleza primorosa de su protegida, determinó casarla bien, pues no quería que fuera desgraciada como la madre, por causa de un

matrimonio desacertado. Para lograr este fin, Lady Nelson había procurado criar á la joven, libre de toda noción amorosa, y asunto era éste que las dos nunca tocaban. Como resultado de este error, Dolores había edificado por su propia cuenta un mundo ideal, que distaba mucho del verdadero.

Sacaron á la joven del colegio, al cumplir los diez y siete años.

—Aquí permaneceremos un año, le dijo la tía, y después nos trasladaremos á Londres, donde harás tu entrada en la sociedad. Trata de adquirir en ese tiempo todos los conocimientos que puedas y te auguro que harás el mejor matrimonio de la temporada.

Dolores escuchó estas palabras en silencio, aunque aquello de "el mejor matrimonio de la temporada" parecía no interesarle mucho. El año transcurrió apaciblemente, sin que Lola prestara gran atención á lo futuro.

En las inmediaciones de Belmonte había varias é importantes quintas, entre las cuales la principal era el castillo de Barton, residencia de Lord Fóster. Lady Nelson y Lady Fóster eran antiguas amigas y se trataban con cordial intimidad. Raras veces pasaba una semana sin que se visitaran y aunque Dolores no había sido presentada todavía en el gran mundo, Lady Nelson nunca dejaba de llevarla al castillo.

En la primavera, Lady Nelson había tenido que ir precipitadamente á París á asistir en su lecho de muerte á un pariente de su esposo y como no pudiera llevar consigo á Dolores, Lady Fóster consiguió que la dejara con ella en el castillo de Barton:

—Allí estará tranquila como en su propia casa y velaré por ella con no menor solicitud que Ud.

Lady Nelson se fué tranquila y Dolores se quedó en el castillo.

Durante la primera semana, todo iba perfectamente bien; pero luego sobrevino un gran cambio. Lady Fóster recibió una carta de un pariente lejano, en activo servicio, el capitán Luis Simón, que había regresado á Inglaterra con una licencia de seis meses.

—Vendrá, no lo dudo, dijo Lady Fóster, después de leer la carta, porque la invitación que le hicimos ya es de larga fecha; pero no sé si será prudente que ese buen mozo caiga en casa ahora que tenemos aquí á Lola Martín.

—Querida mía, replicó Lord Fóster: ¿te olvidas ya de que el capitán Simón es tan inofensivo como un hombre casado? ¿No está comprometido con Lady Trévor desde que ambos eran niños? Se me figura que ha solicitado esta licencia para venir á casarse. Lady María es mayor que él y el tiempo corre que vuela. La última vez que la vi me pareció envejecida y fea. Vamos, creo que el capitán puede venir, sin que llegue á ser un motivo de inquietud. Por otra parte, Lola no tiene más que diez y siete años: es todavía una niña.

—Puede ser; pero no encuentro hoy mucha diferencia entre una muchacha y una vieja, observó la dama.

—Bueno, querida mía; no tenemos por qué alarmarnos. Ningún pensamiento amoroso creo que perturba todavía el corazón de Lola; pero aunque así fuera, aquí estamos nosotros para vigilar.

Así, quedó resuelto que el capitán podía ir y para hacerle más agradable su permanencia en el castillo, se invitó á varios parientes y amigos á pasar allí una temporada.

Una tarde, Lola contemplaba desde el salón principal del castillo los cambiantes de luz que despedían las hojas move-

dizas de los tilos, heridas por el sol. En la habitación se encontraban otras varias personas, pero la joven, guiada por su alma de poeta, se había retirado á una ventana mientras los demás charlaban y se gozaba en la contemplación del paisaje. En su mente vagaban ensueños indefinibles. . . . De repente un coro de voces alegres que daban á alguien la bienvenida, la hizo volver en sí. Lola miró y aquella mirada fijó su destino.

Nunca había cruzado ante sus ojos un hombre de mejor presencia que el recién llegado. ¡Con qué inimitable y gentil llaneza estrechaba la mano á los diversos miembros del grupo y con qué delicadas y oportunas palabras correspondía á los saludos de cada uno! Después de una pausa de pocos segundos, Lady Fóster lo condujo á través del salón, hacia la ventana en donde estaba la señorita Martín. La buena señora sintió una penosa impresión de inquietud cuando vió el modo como se miraron los dos. Apenas cambiaron unas pocas palabras, sin que ninguno de ellos tuviera conciencia de lo que decía.

Para el capitán, Dolores fué como una aparición, como una deidad: vestida de blanco como estaba, le parecía la humana encarnación de un lirio. Y ella, al mirarlo, pensó que nunca en su vida había visto un hombre como aquél.

Lady Fóster reflexionó que, en medio de todo, era una fortuna que el capitán Simón estuviera comprometido, pues de otra manera sería fácil que se enamorara de Dolores y no era aquél el novio que Lady Nelson apetecía.

CAPÍTULO II

El salón de baile del castillo de Barton era un paraíso de aromas y armonías. Las primorosas flores que lo decoraban; las tumultuosas y tornasoladas espumas de las fuentecillas que refrescaban el ambiente; los ecos suaves y melódicos de la orquesta; la alegría de las risas; el murmullo de las voces; la belleza de las damas y sus vistosas joyas; la luz de oro pálido que despedían los gigantescos candelabros, todo daba á aquella escena las apariencias de un mundo encantado.

La señorita Martín, rodeada por un grupo de audaces admiradores, se mostraba indiferente á todos. Las flores de su ramillete eran más dignas de su atención que los galanes que la asediaban. Su pensamiento estaba en el capitán Simón: ¿por qué no se acercaba él también? . . . y lo mismo se preguntaba el joven militar, que por primera vez se sentía confuso y pobre de palabras.

¿La invitaría á bailar? ¡Eso sería casi tonto! Entre ese enjambre de enamorados ¿cuál de ellos no habría dado principio á su conversación de igual modo? No; había que buscar otro medio de darse á conocer, menos rutinario. ¿Le hablaría de sus flores? Tampoco, porque apenas había héroe de novela que no tomara las flores como primer pretexto para hablar. Decididamente, todo había que dejarlo á la inspiración del momento y esa inspiración vendría, sin duda alguna, cuando él se acercara más á aquella divinidad.

Así pensaba el capitán, nervioso como nunca, cuando al volver la vista por el salón halló los ojos de Lola clavados en él. . . . ¡Cuán brillantes, cuán dulces! ¿Qué decían? . . . ¡Ah! el capitán no alcanzó á saberlo, porque la joven los bajó al momento.

Pero indudablemente aquellos ojos le decían: "¡Acércate!" ¿Por qué latía su corazón con tal vehemencia? ¿Qué fuerza irresistible lo arrastraba ahora hacia ella á través del salón?

Un instante después, el capitán estaba al lado de Dolores.

—Señorita Martín, dijo ¿no vive Ud. cerca de aquí?

—Sí; vivo con mi tía, Lady Nelson, en el castillo de Belmonte.

—He oído hablar con frecuencia de Belmonte: tiene fama por sus rosas; ¿no es así?

—Dicen que esa es la mejor colección que hay en Inglaterra.

Y entonces el joven se acordó de que se había propuesto no hablar ni de flores ni de baile, bien que aquello era un baile.

En la terraza se paseaban varias parejas á la luz de la luna. . . . ¿Por qué no podían él y Dolores seguir su ejemplo?

—Señorita Martín, dijo: veo que Ud. no baila y aquí empieza á sentirse algún calor. ¿Quiere Ud. que vayamos á la terraza? Desde allí la música se oye mucho mejor.

Dolores se levantó y después de ponerse una ligera toca de encajes, dió el brazo al capitán. En seguida se encaminaron á la terraza, donde alumbraba la luna en todo su esplendor; y los que pocas horas antes eran dos seres absolutamente extraños, substraídos ahora al mundo que los rodeaba, parecían haber nacido el uno para el otro.

Acaso nunca iluminó la luna una pareja semejante: Lola estaba más seductora que nunca, con sus cabellos de oro, sus mejillas de rosa y su aire infantil. El capitán, con sus ojos negros y su varonil presencia, representaba la fuerza y el valor.

Los primeros compases del vals "Mi Ensueño," que convidaban al baile en el salón, llegaban hasta ellos, levemente apagados por la distancia, pero su poder no alcanzaba á arrastrarlos hacia el centro del bullicio. ¡Oh! en aquel sitio y en aquella hora inolvidable, se abrieron para ellos los horizontes de una nueva vida.

El capitán Simón, aunque muy joven, ya se había conquistado un nombre. En aquella ocasión habló con entusiasmo del amor que profesaba á la carrera de las armas y dijo que su mejor anhelo era el de morir como un soldado, cuando le llegara su hora. Al oir esto, Lola se estremeció.

—¿Le preocupa á Ud. mucho la muerte? preguntó. Á mí nunca se me ha ocurrido pensar en ella.

—El soldado tiene que afrontar la muerte á cada paso. Para mí, el bello ideal del soldado debe ser morir en el momento preciso en que el honor lo demanda.

Lola oyó esas palabras y nunca en su vida pudo olvidarlas.

No habían estado más de treinta minutos en la terraza, y para ellos el tiempo había sido deliciosamente largo, sin que el recuerdo de Lady María Trévor hubiera perturbado su felicidad.

—¿Cómo se llama el vals que están tocando?—preguntó el capitán—¡qué dulce y melancólico me parece!

—Se llama "Mi Ensueño," respondió Dolores.

—No me sorprendería que mañana al despertar cono-

ciera que esto también ha sido un ensueño. Es demasiado hermoso para ser cierto. Ud. es una de esas mujeres que sólo se ven en sueños. Mañana me preguntaré si Ud. es realmente un ser de carne y hueso.

—¡Vaya si lo soy! Mire Ud. esto. . . . Y extendió hacia él su blanca y diminuta mano.

—No me parece del todo real, dijo el capitán tomándola en la suya con la mayor delicadeza.

—Pues crea Ud. que lo es, porque no soy una sombra. Además, sé cantar y bailar.

—No lo dudo, porque en Ud. todo es gracia y armonía. ¿Quiere Ud. hacerme el favor de bailar conmigo?

—Sí, si Ud. lo desea.

Y volvieron al salón.

—¡Ojalá repitieran "Mi Ensueño"! ¡Ah! pero no importa; ya la orquesta preludia "El Danubio Azul," que no es menos bello ni guardará para mí recuerdos menos gratos.

Terminado el vals, preguntó el capitán:

—¿Conque ahora tengo que dejar á Ud. y conducirla á donde está su tía?

—Sí, es preciso.

—Así lo haré; pero antes, dígame Ud. señorita Martín; ¿volveremos á encontrarnos? Creo que no podré desprenderme de Ud. ni por un minuto si no me queda la certidumbre de que la volveré á ver.

—Pero ¿por qué, cuando parece que apenas me ha conocido Ud. hoy?

—No; creo que la he conocido toda mi vida. Había soñado con una mujer ideal, y desde el momento en que nos vimos, el corazón me gritó: "¡Ella es!" ¿Volveremos á vernos?

—No lo sé. . . .

Y estuvo á punto de agregar: "No quieren que nos acerquemos, porque entre los dos está Lady María Trévor"; mas como el capitán no había nombrado á su prima, Dolores tampoco la nombró. Además, ¿en que podía aquella amistad menoscabar los derechos de la prometida?

—No estaré aquí mucho tiempo, agregó el joven apasionadamente. Permítame Ud. que la vea tantas veces cuantas sea posible.

—Lady Fóster suele ir á visitarnos ¿por qué no va Ud. con ella?

—¿Y esa es toda la esperanza que Ud. me da? ¿Nunca en la vida volverá para nosotros una hora como ésta?

—No lo sé . . . me tiene Ud. desconcertada.

—Y á mí me parece que Ud. me ha robado todos los sentidos.

—Vamos á ver á mi tía.

El capitán aparentó mirar en torno del salón y luego dijo:

—Lo siento mucho, pero no la veo por ninguna parte. ¿Quiere Ud. que vayamos á buscarla?

Esto dió pretexto á otro largo paseo, al fin del cual se encontraron con Lady Fóster.

—Señorita Martín, dijo la dama: he mandado media docena de caballeros en su busca. ¿Sabe Ud. cuántos compromisos ha dejado pendientes y cuántos corazones ha puesto adoloridos? Pero hace mucho rato que no los veo en el salón ¿dónde han estado?

—La noche estaba tan hermosa y hacía tanto calor en el salón, que . . . que . . .

—Salimos á la terraza, agregó el capitán resueltamente.

Y Lady Fóster miró con simpatía á la joven pareja,

recordando lo que á su edad significaba una noche de luna y luego dijo:

—¡Ah! sí, ya lo veo; pero como Lady Nelson anda buscando á Lola, vamos á tranquilizarla. Allí está, en la galería.

—Yo también quisiera ver á Lady Nelson, insinuó el capitán. Creo que es una señora muy entendida en el cultivo de las rosas.

—Si la ataca por ese lado, pensó Lady Fóster, de seguro que el militar toma la fortaleza.

Lady Nelson se hallaba efectivamente en la galería, presa de creciente inquietud por la ausencia de su sobrina. El capitán, con la mira de que se le invitara á visitar el castillo, aparentó un vivísimo interés por las rosas, hasta que al fin dijo Lady Nelson:

—Si en verdad le gustan tanto, vaya Ud. á Belmonte y tendré el placer de enseñarle las mías. Me complaceré en conocer su opinión sobre ciertas especies nuevas.

—¡Son tan bellas las rosas! ¡Qué lástima que se marchiten tan pronto!

—¡Ah! Ud. habla así porque es joven, observó Lady Nelson; pero si siempre estuvieran en botón, perderían todo su encanto. Nadie puede vivir en un valle de rosas.

Pero el capitán pensó que sí se podría, siempre que estuviera allí Lola. Y la joven leyó este pensamiento en los ojos que se encontraron con los suyos.

Después de esto, los jóvenes lograron pasar otra media hora juntos.

—Me parece que el día de mañana no va á amanecer nunca, dijo el oficial. Mañana iré á ver las rosas de Lady Nelson. ¿Le gustará á Ud. que vaya?

La respuesta se perdió entre el estrépito de la música;

pero estaba por demás, porque los ojos de Lola resplandecieron de alegría.

—Quisiera aniquilar el tiempo, continuó el galán. ¡No sé cómo tendré valor de esperar hasta mañana!

—¿Estaba Ud. ayer tan impaciente como hoy? preguntó Dolores.

—La juventud y la vida de ayer ya no existen para mí: ayer todo era tinieblas y frío; hoy todo es luz y calor.

Al oir esto, Lola sintió que su corazón palpitaba con un placer, que por su intensidad rayaba en dolor.

El capitán no podía separarse de ella; si bailaba, la seguía con los ojos por todas partes; si hablaba, se quedaba pendiente de sus labios, y si Dolores, por casualidad llegaba á rozar con él, el capitán se estremecía.

—¿Se van ya? preguntó al ver que Lady Nelson se levantaba y atravesaba el salón.

—Sí; esa es la señal, contestó Lola.

—¿Me permitirá Ud. acompañarla al carruaje? Hace rato acaricio este pensamiento. ¿Me privará Ud. de esta dicha?

Para la joven fué un placer sentir aquellas fuertes y cariñosas manos que ponían el abrigo sobre sus hombros, ver aquella ardiente solicitud y contemplar aquel hermoso rostro que se inclinaba hacia el suyo á la claridad de las estrellas.

—Nunca olvidaré esta noche, dijo él: me parece que esto es una nueva vida. ¿Se ha sentido Ud. feliz, señorita Martín?

—¡Ah! sí, ¡muy feliz! contestó en voz baja; y sus manos se estrecharon.

—Para mí, las estrellas brillan ahora como nunca; pero quisiera verlas desaparecer y que viniera la luz del sol.

—Ya no tardará mucho en salir, y no olvide Ud. que lucirá sobre las rosas.

—¿Está Ud. segura de que ha sido feliz?

—¡Oh! sin duda alguna.

Permítame Ud. preguntar algo más. ¿Ha sido ésta la noche más feliz de su vida?

—¡Indudablemente!

Y ambos guardaron ese profundo silencio que suele acompañar á la felicidad.

En ese momento llegó Lady Nelson:

—¿Estás lista, Lola? preguntó. He estado esperándote.

—No lo sabía. Estoy á su disposición.

Lady Nelson se despidió del oficial con la mayor cordialidad; un joven que entendía de rosas y se desvivía por ellas, no era un personaje fácil de encontrarse á cada paso.

Cuando el coche andaba ya, camino del castillo, dijo la señora:

—Decididamente, el capitán Simón es el mejor mozo que conozco.

Dolores no respondió, ni había palabras que pudieran interpretar su pensamiento.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, muy temprano, el capitán se presentó en el castillo de Belmonte. Lady Nelson, poco acostumbrada á trasnochar, no había salido aún de su dormitorio, de modo que el visitante, para colmo de felicidad, halló sola á la señorita Martín. Y si la noche anterior la había encontrado preciosa con su traje de baile, ahora le parecía divina con su sencillo vestido de casa, blanco y azul, y con los cabellos levantados y cogidos en lo alto de la cabeza, con una ancha cinta de color azul celeste.

—Se parece Ud. á la mañana, señorita Martín, y nada hay más bello que las mañanas de junio.

—¿Iremos á ver las rosas?

—No; esperemos á que venga Lady Nelson. Tengo ya aquí la rosa que vine á buscar.

Si el capitán Simón hubiese sido tan prudente como gallardo y buen mozo, se habría alejado de allí aquel mismo día, para no regresar nunca; pero el compromiso que otros creían que lo ataba, no era para él más que una mera fórmula. Siempre se le había dicho que su padre había concertado su matrimonio con Lady María Trévor; que ésta poseía una fortuna colosal, mientras que él no tenía nada y que finalmente, por el bien de toda la familia, tenía que casarse con ella. Cuando se le hablaba de esto, no podía disimular la impaciencia que le causaba que otros hubieran arreglado así un asunto que no podía ser de la incumbencia de terceras personas.

Cuando el capitán veía á Lady María, lo que sucedía muy raras veces, ésta se mostraba siempre bondadosa, deferente y cordial; parecía no abrigar la menor duda acerca del tranquilo porvenir que aguardaba á los dos.

Lady María, como se sabe ya, tenía siete años más de edad que el capitán Simón; pero moralmente, parecía que le llevaba un cuarto de siglo. Debe constar también, en honor á la verdad, que si á la noble dama le hubiera sido dado elegir, se habría casado con el reverendo Juan Dorton, ministro protestante de Bryan, que era el único hombre á quien realmente había amado; pero como se crió en la creencia de que algún día el capitán Simón sería su esposo, se había acostumbrado ya á esa idea y no se preocupaba de otra cosa.

El capitán nunca había pensado seriamente en el amor, ni consagrado mucho tiempo al bello sexo. Tampoco se le había ocurrido que su proyectado casamiento con Lady María no le dejaba en libertad de admirar una linda cara ni de besar una dulce boca. Dolores era la primera mujer que le había llamado la atención y se apasionó de ella con tal vehemencia, que por el momento no pensó en el porvenir, y mucho menos en Lady María. Cuando llegó el momento de la reflexión, ya era demasiado tarde.

Sin embargo, algo podría decirse en defensa del capitán; si él en persona se hubiera comprometido con Lady María, quizá nada en el mundo lo habría inducido á retroceder; pero otros eran los que habían empeñado su palabra y el caso variaba.

Aquella mañana de junio, el capitán, contemplando á la encantadora Lola, comprendió que ella sería el único amor de su vida y lo mismo pensó la joven respecto de él. Cuando una hora después se presentó Lady Nelson, los

dos habían llegado á convencerse de que ya no podrían existir el uno sin el otro.

Lady Nelson se mostró muy complacida con la presencia del oficial y luego los tres pasaron al jardín.

Si al terminar la visita alguien hubiese preguntado el capitán qué era lo que más había llamado su atención, sólo hubiera podido decir, que Dolores era más bella que todas las flores juntas; eso fué lo único que sacó de la larga disertación de Lady Nelson sobre las rosas.

Cuando regresaban del jardín, sonó la campanilla que anunciaba la comida y naturalmente, el capitán tuvo que quedarse con las señoras. Cuando hubieron terminado, como la tarde era muy hermosa, Dolores prometió que acompañaría al visitante á dar un paseo por las inmediaciones del castillo.

Lady Nelson, que estaba muy cansada y no pensaba más que en reposar, no halló nada extraordinario en que aquella bellísima tarde, su sobrina fuera á dar una vuelta al parque en compañía del capitán Simón.

Ni Dolores ni Luis supieron cuánto duró aquel paseo; cuando despertaron á la vida real, ya la tarde estaba muy avanzada y comprendieron que habían transcurrido muchas horas durante su excursión.

—Y ahora, dijo el capitán, tenemos que separarnos otra vez. ¿Qué haré lejos de Ud.?

—¿De manera que de veras le gusta á Ud. estar conmigo? preguntó ella.

Esto era para Dolores tan nuevo y delicioso, que á su juicio no podía haber nada igual en las novelas ni en los versos.

¡Cuán hermoso era su compañero y cómo ardía en sus ojos el fuego del amor! ¡Y pensar que ella tenía el poder

de hacer que ese rostro se iluminara con una sonrisa ó se obscureciera con un ceño de amargura!

—¡Me voy! exclamó Dolores con desesperación; ¡ya no puedo quedarme aquí un minuto más!

—¿Volveremos á vernos? Si el estar juntos es para ambos un motivo de felicidad ¿por qué no procurar los medios? ¿Halla Ud. algún inconveniente?

—No ¡pero soy tan joven y tan ignorante del mundo! . . .

—¿No me ha dicho Ud. que casi todas las mañanas viene á pasear por estos sitios? ¿Por qué impedirme que la acompañe algunas veces?

—Tendría mucho gusto, si eso estuviera bien.

—¿Y por qué no? ¿Cree Ud. que estas preciosas mañanas se han hecho sólo para los pájaros y las mariposas?

—No; pero los pájaros y las mariposas no tienen tías que los cuiden, dijo la joven festivamente, y agregó: no me gustaría ir á parte alguna sin que mi tía lo supiera.

—No digo lo contrario; pero no veo qué puede haber de impropio en que alguna vez que Ud. salga á pasear, lleguemos á encontrarnos. Hablaré á Lady Nelson sobre el particular. Creo que es una señora llena de bondad.

—Sí, muy bondadosa; pero basta; tengo que irme.

—Hemos sido tan felices, que me parece imposible separarme de Ud.

Y juntos se fueron acercando al castillo. En realidad, parecía que les era imposible desprenderse el uno del otro.

—Quizá salga Ud. á pasear mañana por alguno de estos lugares, dijo el capitán: el hecho es que no me iré sin que Ud. me prometa que volveremos á vernos. Aunque no la viera más que de lejos, ya eso sería para mí un consuelo. ¿Me promete Ud. salir?

—Sí, respondió Dolores en voz baja.

Y desde ese momento, el capitán no hizo otra cosa que contar las horas.

Fué una fortuna para Dolores que Lady Nelson estuviera cansada y no se hubiera dado cuenta de su ausencia. Cuando su sobrina se presentó en el comedor, estaba radiante de belleza y en su rostro se notaba una expresión nueva: había pasado de la niñez á la juventud en pocas horas. Lady Nelson la encontró divina.

—Es digna de un duque ó de un príncipe, por lo menos, pensó Lady Nelson. Creo que no hay en Inglaterra otro rostro como el suyo. ¡Será la mujer más bella de su época!

* * *

Desde aquella tarde, á dondequiera que la joven salía, allí se encontraba con el capitán. De vez en cuando Dolores decía á su tía, con la mayor naturalidad:

—Hoy me encontré con el capitán Simón y paseamos juntos un rato.

Lady Nelson no tuvo nada que objetar al principio, pues siempre que ella ó su sobrina salían, se encontraban por lo regular con algún conocido; pero si los álamos y los tilos hubieran podido hablar, otra cosa habrían contado sobre lo impensado de aquellos encuentros.

Aquel amor despertó á la vida repentinamente, lleno de intensidad y de vigor. Sólo hacía pocos días que los enamorados se conocían y ya ni uno ni otro aceptaban como posible la idea de la separación. Parecía que para los dos no había más que un solo corazón y una sola voluntad. Se trataba de una bella historia de amor, de un dulce idilio de verano, pero uno y otro creían que nunca había existido ni volvería á existir una pasión como la suya.

Á veces se pasaban horas enteras conversando á la sombra de algún árbol, como dos niños y todavía al capitán no se le ocurría que estando enamorado de Dolores, no podría casarse con su prometida.

Su amor era tan profundo, tan sencillo, tan dulce, que merecía haber seguido siempre así, sin que la realidad tuviera que interrumpir tan hermoso sueño.

CAPÍTULO IV

Habían pasado tres semanas y ya varias veces Lady Nelson reconvino á Dolores, siempre con las palabras más benévolas. Pero todo fué en vano. Más fácil le hubiera sido detener el ímpetu de un torrente, que la pasión de su sobrina.

"Lola, no bailes tanto con el capitán." "Niña, no hables con el capitán mientras bailas con otro." Esas eran las frecuentes amonestaciones de la tía; pero no producían el menor efecto. Ya los enamorados habían llegado al período en que una pequeña desavenencia se hace deliciosa por el placer de la reconciliación. Ya nadie podía mirar á Dolores ni dirigirle un cumplido sin que el capitán se sintiera morir de celos; y aunque él mismo se reía después de estos arrebatos, le pasaba lo que á los niños, que no pueden dominar sus caprichos. Comprendiendo lo insólito de su pasión, un día le dijo á Dolores:

—¿En qué consiste que Ud. me tiene como hechizado y que su rostro no se borra un momento de mi imaginación? Hace poco leí las siguientes líneas, que parecen haber sido escritas para nosotros:

¿Qué pude hacer para que noche y día
Tu imagen me persiga por doquier?
¿Por qué arrastras así mi fantasía?
¿Por qué anheló tu amor el alma mía?
Oh Dios, ¿qué pude hacer?

Yo no lo sé, mas pérfido el destino
De mi vida marcó los rumbos ya,
Y allá estás, al final de mi camino,
Envuelta en un celaje matutino
Que no se apagará.

Nunca tu mano acarició mi frente
Ni en tus labios mi beso se posó,
Mas un rayo de sol, resplandeciente,
De tus ojos nacido en el oriente,
Mi espíritu abrasó.

Deja que duerma el sueño de los muertos,
La paz eterna me estará mejor;
¡ Cansado estoy de andar por los desiertos !
¡ Basta de angustias y dolores ciertos
Y de horas sin amor!

—¡ Horas sin amor! exclamó Dolores; ¿ conque éstas son horas sin amor?

—¿ Quiere decir eso que Ud. me ama en realidad? preguntó él.

—Ya se lo he dicho á Ud. cien veces y de cien modos distintos, respondió Dolores con jovialidad; ¿ quiere Ud. más?

—Es que apenas puedo creerlo. ¿ Amarme Ud., la preferida de todos? Ayer mismo vi á Sir Aquiles Grant tratando de hacérsele agradable y obsequiándola con gran solicitud.

—Esa no es culpa mía: no solicito sus atenciones, ni gusto de ellas.

—Quizá no; digamos que no; lo concedo; pero para mí no es agradable el ver á ese individuo girar en torno de Ud., sin que lo pueda detener. Cuando veo á esa caterva de petimetres que la asedian, lo que me tienta es romper por entre ellos, tomar á Ud. de la mano y gritarles:

¡Es mía! Así quedaría tranquilo, en tanto que ahora tengo que morderme los labios y retorcerme el corazón con la rabia de la impotencia. Parecerá tontería, Dolores, pero mi amor es tan grande, que tengo celos aun de la brisa que juguetea con sus cabellos.

—¿Pero, qué quiere Ud. que haga? preguntó la joven, conmovida por sus palabras.

—Amarme; y sobre todo, proclamar que me ama.

—Pero . . . objetó Lola y no pudo continuar, porque en ese momento se acercó á ellos Sir Aquiles Grant.

—Esto no es justo, capitán Simón, dijo: semejante monopolio no es legal.

Pero el capitán no estaba para bromas; su amor era para él cuestión de vida ó muerte. Dolores, para disimular su confusión, empezó á hablar atropelladamente con Sir Aquiles.

Esto sucedía en el castillo de Belmonte, donde Lady Nelson obsequiaba aquel día á sus amigos con una comida y un baile. El capitán Simón había logrado sacar á Dolores de entre los que bailaban y se retiró con ella á una ventana; pero sus competidores estaban alerta.

—Hace tres días me prometió Ud., señorita, que esta noche bailaríamos un vals, dijo Sir Aquiles, acercándose. ¿He hecho algo que me haga indigno del favor ofrecido?

—¡No, absolutamente! protestó la joven; vamos cuando Ud. guste. Y aunque sus mejillas se encendieron y el corazón quería salírsele del pecho, trató de no dar á conocer su emoción. Su sentido moral le decía que si había hecho una promesa, debía cumplirla.

—¡Que me place! repuso Sir Aquiles. ¡Vamos, que el capitán Simón tiene un modo de montar guardia al lado de Ud., sin dejarle á nadie meter baza . . .!

En una de sus vueltas por el salón, Dolores pudo observar al capitán: ¡cuán demudado estaba! La joven suspiró, pensando que aquella noche ya no habría paz para ella.

El oficial estaba mortalmente celoso de Sir Aquiles y no le faltaba motivo, pues el joven barón, que era dueño de la valiosa hacienda del Pamir, habría dado la vida por la bellísima Lola Martín.

Cuando terminó el vals, Sir Aquiles consiguió llevarse su pareja al salón de pinturas, so pretexto de ver unos cuadros que acababa de comprar Lady Nelson. Algo habría dado la sobrina porque la tía no hubiera hecho tan inoportuna adquisición, pero allí no le quedaba más recurso que contar á Sir Aquiles todo lo que sobre el particular sabía, aunque esto contrariara grandemente á su egoísta enamorado.

Cuando volvieron al salón donde tocaba la orquesta, encontraron allí al capitán Simón. Estaba contrariado y taciturno. La joven hubiera querido acercarse á él y desenojarlo; pero aunque se hubiera atrevido á hacerlo, su mano se apoyaba en el brazo de Sir Aquiles y éste no la hubiera soltado.

En un momento en que Sir Aquiles se retiró unos pocos pasos para hablar con otra persona, el capitán se acercó á Dolores.

—Sepárese Ud. de ese hombre, dijo en voz baja; quiero que hablemos.

—Espere Ud. un minuto, porque me ha hecho que le prometa buscarle cierta pieza de canto.

—Son tonterías, Dolores, porque no sabe cantar.

—Él pretende que sí.

—¡Vamos! Ud. sólo trata de complacerlo; Ud. no me ama, señorita Martín. Mañana partiré para siempre.

Dolores no pudo contestar, porque ya Sir Aquiles estaba otra vez á su lado.

Después de un rato, Lady Nelson pidió al capitán Simón que cantara. Dolores no olvidó nunca la grave mirada que le dirigió el joven al sentarse al piano: sus ojos parecían decir: "Esto es para Ud."

El capitán cantó la siguiente balada:

Una rosa ya marchita,
Despojo de una mañana;
Un guante roto, que evoca
La mano que lo llevaba;
Un alma que ya agoniza,
Si es que agonizan las almas,
¡ Y un hombre al mar! ¡ para siempre!
¡ Y todo por una ingrata!

Reliquias de un bien perdido,
Joyas del triste que ama,
Cenizas que el viento esparce
Cuando la hoguera se apaga . . . .
¡ Ah, corazón; tú no eres
El primero á quien engañan,
Ni es tu tesoro el primero
Que arrojan á la hojarasca

Mas otros hallan veredas
Por donde torcer la marcha,
Y ven de nuevo encendido
El luminar de su alma;
Sobre sus muertos amores
Sus nuevos amores se alzan,
Al soplo de otras sonrisas,
Al fuego de otras palabras.

¡ Mas para ti nada resta!
Amor te hirió por la espalda:
Un sueño fueron tus glorias,
Una sombra tu esperanza.

Eres alma que agoniza,
Si es que agonizan las almas,
¡ Un hombre al mar ! ¡ para siempre !
¡ Y todo por una ingrata !

Esta balada causó honda impresión á la joven. ¿ Qué le importaban Sir Aquiles, Lady Fóster, la misma Lady Nelson, ni el mundo entero, en comparación con el arrogante oficial que ahora consideraba arruinada su existencia por culpa de una mujer ingrata? ¡ Cuánta amargura encerraban aquellas palabras ! :

" ¡ Mas para ti nada resta !
Amor te hirió por la espalda :
Un sueño fueron tus glorias,
Una sombra tu esperanza."

No, no; ella le demostraría que ni era coqueta ni su sonrisa había sido falsa. Y en verdad que sus celos no tenían razón de ser, porque en aquellos momentos Lola odiaba cordialmente á Sir Aquiles y habría dado la vida por desprenderse de él y complacer á su celoso enamorado.

—Bonita música y buena voz, dijo Sir Aquiles: el capitán Simón es un tenor magnífico; pero la letra pasa de sentimental. ¿ No lo cree Ud. ?

Mas Dolores temblaba de impaciencia y no estaba para responder. Entretanto, Lady Nelson se complacía viéndola del brazo de Sir Aquiles; Lady Fóster parecía libre ya de sus antiguas cavilaciones y aun el entremetido galán estaba en sus glorias. ¿ Pero qué se proponía ese hombre con semejante persecución? ¿ Bailar otra vez? ¿ Sería tan ciego y tan cerrado de entendimiento que no comprendiera que estaba martirizando á la joven?

—¿Bailar? No, dijo: estoy muy fatigada y quiero descansar. Ud. puede conseguir otra pareja.

Sir Aquiles, de buen ó mal grado, tuvo que aceptar la negativa y Dolores fué á sentarse en un ángulo del salón, resuelta á esperar allí al capitán. ¿Iría á buscarla, siendo como era, tan altivo? Pero, ¿qué le había hecho ella? Bailó con Sir Aquiles, porque ése era un deber social y no porque el rico y enamorado dueño del Pamir mereciera su atención.

Poco á poco los diversos grupos del salón se fueron dispersando: Lady Nelson se fué con el coronel Garland á jugar una partida de naipes; Lady Fóster se retiró á la antesala y la parte joven de la concurrencia pasó á otras habitaciones. No quedó allí más que el capitán Simón, hojeando unas piezas de música que había sobre el piano, y un coronel de Dragones que hacía la corte á una rubia desmesuradamente gorda. Felizmente, estos dos comprendieron que estaban de más, y se retiraron.

Al fin, el capitán y Dolores quedaron solos. Ella lo miró, pero él aparentó no verla.

—¡Capitán Simón!

Al oirla, el capitán se volvió rápidamente, como sorprendido de la presencia de Dolores:

—¿Me hablaba Ud., señorita?

—Sí, pero como Ud. está tan lejos, de seguro no me oye bien.

—Y si me acerco, temo usurpar su puesto á Sir Aquiles Grant.

—No es éste el puesto de Sir Aquiles: venga Ud. á ocupar el suyo. Y el quisquilloso galán se acercó poco á poco.

—¡Qué versos tan tristes los que acaba de cantar Ud., capitán! y parece que lo hacía con intención.

—¡Sin duda! . . . ¿Y acaso soy yo la primera víctima de una mujer ingrata?

—Pero ¿quién es esa mujer?

—Ud., señorita; Ud., que ha pisoteado mi corazón.

—¡Yo pisotear su corazón! exclamó la joven con lágrimas en los ojos: ¡ah! capitán Simón ¿cómo puede Ud. decir eso? ¿Es porque he bailado y hablado con Sir Aquiles?

—¡Ah, Dolores! no está en mí, repuso el capitán, ya arrepentido, y yo mismo me abomino. Me pesa lo que he dicho. Soy un celoso estúpido. Pero la culpa la tiene este amor mío, tan desmedido y loco.

—¿Conque el amor vuelve á los hombres ásperos y celosos? Ud. ha estado conmigo demasiado brusco, capitán, y sin motivo.

—Sí, sí; Ud. es un ángel, y yo . . . yo soy todo lo contrario; pero he sufrido tanto esta noche, Dolores, que he sentido ímpetus de huir, de matarme, de hacer cualquier disparate.

—¿Y por qué?

El capitán se acercó un poco más y aspiró el perfume de las flores que Dolores tenía en la mano.

—¡Ah! Lo que Ud. ha cantado es desgarrador, dijo la joven.

Y con voz dulcísima repitió:

"¡Ah, corazón, tú no eres
El primero á quien engañan,
Ni es tu tesoro el primero
Que arrojan á la hojarasca!"

Y tras un hondo suspiro agregó:

—¡Y Ud. cantaba eso para mí! Sí, sus ojos me lo

decían. ¿Conque yo soy una coqueta sin corazón, yo, que nunca en mi vida he sabido lo que es coquetería?

—No, Dolores; yo no he pensado eso: aun la simple palabra "coquetería" me es detestable por sí misma. Si sobre esto tuviera la menor duda, no la amaría como la amo.

—¿Entonces por qué aquella canción y por qué me la aplicaba Ud.?

—¿Por qué? Porque estoy loco de amor. Estoy cierto de que ningún hombre ha amado nunca á una mujer como yo á Ud. ¡Oh, Dolores, adorada mía, repítame Ud. que me ama!

Y por sobre aquel grupo ideal que formaban los dos, ella, con la rubia cabeza inclinada sobre el hombro de su amante y él con el brazo en torno de su talle, no se levantaba aún la sombra ominosa del recuerdo de Lady María Trévor.

—No puedo dominar estos celos, dijo el capitán después de un rato; no es que dude de Ud., no; pero mientras no medie entre los dos un compromiso, mientras no esté seguro de que Ud. será mía, no tendré quietud. ¡Ah! Si fuera Ud. mi esposa, ya no tendría celos.

Lola levantó la cabeza con sobresalto y las flores que llevaba en la mano cayeron á sus pies.

—¡Su esposa! exclamó. ¡Oh, Luis! ¡Nos hemos olvidado de Lady María!

—No, yo no la he olvidado. . . . ¡Ojalá pudiera olvidarla! . . . Mas eso se arreglará fácilmente, porque me bastará decirle que estoy locamente enamorado de Ud.

—¿Pero, está Ud. realmente comprometido con ella?

—No, Dolores; yo nunca he hablado de amor á otra mujer, excepto á Ud.

—Mas mi tía y Lady Fóster aseguran que Ud. está comprometido con ella y se incomodan cuando nos ven bailar muchas veces.

—Las dos deberían conocer mejor ese asunto. Nunca he empeñado con ella mi palabra. Su padre y el mío concertaron nuestro enlace, pero hasta ahora no comprendo la razón, á menos que fuera porque Lady María tiene mucho dinero y yo no tengo nada. En cierto modo, siempre he entendido que la fortuna que ella posee debería ser mía; pero yo no la apetezco.

—¿Nunca la ha visto Ud.? ¿Nunca han hablado los dos de este compromiso?

—¿Que si la he visto? Sí, repetidas veces; pero jamás hemos hablado de semejante matrimonio. Tengo la vaga idea de que ella sí me espera. Pero Ud. ve, Dolores: ella tiene siete años más que yo y es demasiado seria y altiva. Casi nunca ríe, aunque tiene muy buen corazón. Creo que si yo fuera y le dijera cuánto es mi amor por Ud., aprobaría mi elección.

—¿Cree Ud. que ella le ama? preguntó Dolores, con inquietud.

—¿Cómo sería posible? Debo parecerle un muchacho. Esa es una idea absurda.

—¿Y sería del todo plausible el procedimiento de Ud.? dijo Dolores con gravedad.

—¡Ciertamente! Si yo me hubiera comprometido, siquiera con una palabra, todo sería distinto; pero no hay tal. Soy tan libre como Ud. ¿Debo sacrificar mi existencia al capricho de un anciano, ó de dos ancianos, mejor dicho? ¡No, de ninguna manera! Lo único que me mortifica, es que por consideraciones á Lady María debemos guardar nuestro secreto hasta que regrese á Inglaterra.

Ahora está viajando. Últimamente estuvo en el Oriente con la señora Blake, la gran viajera. De seguro que á su vuelta los periódicos tendrán mucho de qué hablar. Mientras tanto, tengo que guardar mi secreto. Ella debe saber por mí, y no por otros, lo que sucede.

—Muy bien, dijo Dolores, pero me parece que otros se enojarán, por lo menos mi tía y Lady Fóster.

—¡Ah! Ellas querrían para Ud. lo que se llama un gran matrimonio.

—Sí; mi tía lo considera por el lado del negocio.

—Pero Ud., amada mía, sabe que el amor es mejor que todo eso ¿no es así?

—Sí; lo creo firmemente.

—¿Mas, qué he hecho yo para merecer tal dicha? Ah, Dolores: ¿no será éste un sueño de que pronto voy á despertar?

—No, respondió ella: es una bella realidad. ¡Nuestras horas han sido tan felices! ¿Cree Ud. que llegará un día en que no volvamos á separarnos nunca?

—¿Me seguirá Ud. á todas partes?

—¡Al fin del mundo!

—¿Renunciará Ud. á las comodidades de su hogar, á las promesas de un brillante porvenir, y á todo, á todo por mí?

—Sí, y nunca volveré á concebir la felicidad lejos de Ud. ni la desgracia estando juntos.

Y esto fué lo último que los dos pudieron hablar aquella noche.

CAPÍTULO V

Quince días después, el capitán Simón se paseaba una mañana en el jardín del castillo de Barton, con una carta en la mano y el alma henchida de desesperación. En esa carta se le comunicaba la terrible noticia de que su regimiento debía marchar al Canadá dentro de tres meses, para no regresar sino al fin de algunos años. ¿Cómo partir? ¿Cómo renunciar á aquel amor que constituía el encanto de su alma? ¡La sola idea de la separación era el más amargo de los dolores! ¿Para qué la vida lejos de Lola?

—Iré á verla, se dijo y le comunicaré todo lo que pasa. Nuestro porvenir está en sus manos.

Al efecto, esperó á que llegara la hora en que la joven acostumbraba salir y se dirigió á Belmonte. Éste era el modo habitual que tenían de verse, y no le fué difícil encontrarla.

Dolores, que estaba sentada sobre el musgoso tronco de un árbol caído y tenía en la mano un ramo de madreselvas y rosas silvestres, se puso encendida al verlo y lo acogió con una sonrisa de júbilo, pero cuando observó la profunda turbación que se pintaba en su semblante, el corazón se le llenó de angustia.

El capitán llevaba la carta en la mano y en su mirada sombría se adivinaba su inmenso dolor. Dolores se levantó precipitadamente. ¿Qué desgracia sería la que caía sobre ellos en esa deliciosa mañana en que el aire estaba

cargado de los más ricos aromas? La joven avanzó un paso. . . . Luis la estrechó entre sus brazos y la besó.

—No te enojes, amor mío, dijo con voz conmovida. Te he besado porque no podía evitarlo. ¡Si no fueras tan bella! . . .

—Luis, tu rostro me anuncia alguna desgracia. ¿Qué ha sucedido? ¡Habla!

—A eso vengo; pero antes dime: ¿qué es lo mejor de la vida?

—¡El amor! contestó con acento apenas perceptible.

—Sí, ¡el amor! repitió él, complacido de la respuesta. Pero ahora, medita bien antes de contestarme: en aras de ese amor, de que yo no dudo ¿tendrías el valor de sacrificar por mí tu fortuna, tu posición, tu porvenir y todos los halagos que te ofrece el mundo?

—¡Sí; todo, todo, sin vacilación!

—Entonces, si esto es cierto, casémonos inmediatamente y partamos para el Canadá.

Hubo un momento de silencio. Dolores estrujó las rosas que tenía en la mano, y desde entonces el aroma de aquellas flores guardó para ella el poder de revivir siempre en su alma la escena de aquel momento: la luz de la mañana, el susurro de la hojas y el recuerdo del rostro varonil y taciturno de su adorado.

—No trato de obligarte á lo que no quieras, continuó el capitán; pero te confieso ingenuamente que no sé cómo podría soportar la vida sin ti. Prefiero morir aquí á tu lado, antes que dejarte para ir á conquistar las mayores glorias á que puede aspirar un hombre. Y en cuanto á ti ¿qué sería de tu existencia?

—Sería el vacío, contestó Dolores con tristeza; pero, no debemos separarnos, Luis.

Y extendió hacia él las manos, como implorando su protección contra la desgracia que la amenazaba.

—No, Lola, no debemos separarnos, porque eso sería la muerte para los dos. Yo he meditado un plan, por si quieres que lo realicemos. Por el momento te parecerá atrevido, pero luego que reflexiones verás que es el único recurso que nos queda para arreglar las cosas de la manera más prudente.

—Haré lo que creas que está bien hecho.

—Casémonos al punto. El otro día me dijiste que tu compañera de colegio, la señorita Mádison, te había invitado á pasar una temporada en su casa de Petrel; ¿no es así?

—Ciertamente, y mi tía está empeñada en que vaya.

—¡Magnífico! Eso disminuye las dificultades. También me dijiste que tu doncella te era sumamente fiel y adicta. ¿Cómo se llama?

—Juana Míller. Sí; creo que con gusto daría la vida por mí. Es la fidelidad en persona.

—¡Mucho mejor! Ahora comienzo á creer que el cielo favorece nuestros designios. Casémonos inmediatamente: he aquí lo principal. Una vez casados, ya no tendré nada que temer, y se acabarán mis angustias. Entonces tú irás á donde yo vaya y ya nada en el mundo podrá separarnos. ¿Qué dices?

Dolores sólo tenía diez y siete años y amaba con todo el entusiasmo de su alma. Luis era hermoso, elocuente, persuasivo y la joven no tenía allí quien murmurara á su oído una palabra de advertencia. Cuando la estrechó en sus brazos y la besó en los labios, no habría podido decir "no," aunque hubiera sabido que en esa palabra estaba la salvación de su vida.

—¡Respóndeme, Lola! Los dos somos todo en el mundo, el uno para el otro. Tú no tienes á nadie sobre la tierra, fuera de Lady Nelson, y yo . . . ¡yo no tengo á nadie! ¿Por qué no hemos de ser felices por nuestra propia cuenta? ¿Por qué hemos de someter el problema de nuestra dicha á seres extraños é indiferentes?

Dolores alzó los ojos, y mirando á Luis intensamente, como si quisiera leer en la profundidad de su alma, preguntó:

—¿Y será eso correcto? ¿Será honroso?

Tras un momento de silencio, el capitán volvió á abrazar á Dolores, y exclamó:

—Sí; es lo uno y lo otro, porque ¡nos amamos tan profundamente! Nuestro amor lo justifica. ¿Nos casamos?

Dolores sólo pudo contestar, "sí" y echó los brazos al cuello de su amado. El corazón le decía que podría soportar todas las penas y tribulaciones del mundo, menos la separación.

¡Cuán dulcemente resonó aquel "sí" en los oídos de Luis y cómo en la faz de Dolores se pintó la felicidad!

La joven no reflexionó ni por un instante que el paso que iba á dar podía comprometer para siempre la paz de su existencia. Lo único que se le alcanzaba era que iba á hacer un sacrificio por su amante, por quien estaba pronta á dar hasta la vida y que eso la hacía feliz. Creyó también que las amorosas palabras que estaba oyendo bastarían á compensar cualquier dolor que pudiera sufrir.

—He aquí el plan que he estado meditando, dijo el capitán Simón, en tanto que Dolores lo escuchaba atentamente: Lady Nelson desea que aceptes la invitación de tu amiga de Petrel; sal para allá esta semana y lleva contigo á Juana Míller; pero en vez de dirigirte directamente á

Petrel, te detendrás en Craston, en donde yo te esperaré con una licencia especial para que podamos casarnos una hora después de tu llegada. En seguida partiremos para el distrito de los Lagos y pasaremos una semana de felicidad tan completa como nadie la ha pasado hasta ahora. Después te irás á Petrel, á pasar allí tres semanas con tu amiga y luego volveremos á encontranos aquí.

—¿ Y después, Luis ?

—¿ Después ? . . . Bueno ; de aquí á tres meses tendré que ir al Canadá. Creo que Lady María estará de vuelta dentro de dos meses y medio. Cuando hayamos pasado aquí algunos días, haré mis preparativos para llevarte conmigo y cuando Lady María vuelva y yo hable con ella, le contaremos á Lady Nelson todo lo ocurrido.

—Luis, dijo Dolores, después de un momento de meditación, mirando al joven con ansiedad : me parece que no hay motivo bastante para que ocultemos nuestro matrimonio.

—Es que no quiero faltar á las consideraciones que debo á Lady María : eso es todo. Si supiera dónde está ahora y pudiera escribirle ó ir á verla, todo se allanaría al punto ; pero no me imagino siquiera en qué rincón del mundo se halla hoy. Lo que sé es que llegará aquí poco antes de nuestra partida : sobre esto no cabe discusión. Además, como tu tía puede negar su consentimiento á última hora, no sería imposible que yo tuviera que irme solo al Canadá y aunque soy soldado por inclinación y amo mi carrera, no sé qué sería de mi vida lejos de ti. ¿ No te parecen ahora suficientes mis razones ? Estando ya casados, me bastará comunicárselo así á Lady María y decirle que parto contigo. Pero si no nos casamos antes, no sé qué complicaciones puedan surgir. ¡ Ah, Lola, no debes vacilar !

—¡No vacilo! fué la respuesta.

El proyecto quedó así arreglado y no hubo el menor tropiezo para llevar á cabo la parte preliminar. Lady Nelson convino con alegría en el viaje de su sobrina, pues éste indicaba que ya no era tan vivo su interés por el capitán, cuando de tan buen grado convenía en separarse de él y de Belmonte.

La buena señora no trató de explicarse por qué Dolores rehuía sus miradas y toda encendida se colgaba de su cuello á tiempo de partir, exclamando:

—¡Ah, tía, de mi alma! ¡Qué buena es Ud.!

Dolores emprendió su viaje en la semana convenida. En la inmediata estación del ferrocarril, Juana Míller, la doncella, notó que su señorita no tomaba pasajes para Petrel, que era el lugar de su destino y cuando el tren se detuvo cerca de Graston y Dolores le dijo que allí debían bajar, su sorpresa fué grande, aunque no tanto como cuando vió que el capitán Simón salía á su encuentro.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto, señorita? preguntó la fiel criada.

Pero Dolores le tapó la boca con un beso, y no preguntó más.

Lucha tremenda fué la que tuvo que sostener el capitán para inducir á Juana Míller á que fuera testigo del matrimonio.

—¡No, no! exclamaba la doncella. ¡Eso es hacer traición á Lady Nelson, que ha puesto en mí su confianza; eso es contribuir á un grande error que mi señorita no alcanza á comprender ahora! ¡Prefiero la muerte!

Los amantes no contaban con esa grave dificultad. El capitán empleó todos los medios imaginables para persuadirla, pero en vano. Al fin tuvo que acudir al último recurso de decirle que el matrimonio se verificaría con ella

ó sin ella y que su resistencia podía ser origen de grandes tribulaciones para su señorita.

—Ya es demasiado tarde, agregó, para hacer pie atrás, y si Ud. abandona á la señorita Martín en el momento en que ella más la necesita, las consecuencias serán fatales. Ella venía confiada en la fidelidad y adhesión de Ud. ¿Burlará Ud. así sus esperanzas?

La incorruptible Juana tuvo al fin que rendirse ante lo inevitable y en aquella magnífica mañana de junio, la señorita Dolores Martín quedó unida para siempre al capitán Luis Simón. El capitán estaba loco de contento, y lo único que perturbaba su felicidad eran las persistentes lágrimas de Juana Míller.

—No llore Ud., le dijo más de una vez: las lágrimas son de mal agüero en una boda. ¡No exponga Ud. á peligros desconocidos la felicidad de un ser á quien ama tanto!

La iglesia de San Nicolás, en que se celebró el matrimonio, era una de las más antiguas de Inglaterra. Las desnudas paredes se hallaban cubiertas de musgo, el techo estaba agrietado y las telarañas abundaban por todas partes. Pero en medio de aquella desolación resaltaba un objeto muy notable; una hermosa ventana de vidrios de colores, en que estaba pintada la Crucifixión. Cuando estaban al pie del altar, Dolores vió con miedo que la sombra de la cruz caía sobre ella.

El rector era muy anciano, y estaba medio sordo y casi ciego. En aquella soñolienta aldea raras veces se efectuaba más de uno ó dos matrimonios al año y por su decrepitud ó falta de costumbre, el viejo eclesiástico cometió muchas equivocaciones durante la ceremonia; pero al fin todo terminó y el capitán Simón y Dolores Martín quedaron legítimamente casados.

El grupo que formaban era de lo más interesante: el

novio apuesto y varonil, el ministro de la Iglesia con su faz benévola y sus cabellos blancos como la nieve y la novia radiante de hermosura. Cuando el capitán observó la manera extraña con que la sombra de la cruz caía sobre Lola, cambió en seguida de lugar la cristiana enseña. Ella lo miró con inquietud.

—¿Qué sucede? preguntó.

—Nada, amor mío; pero allí donde estabas, la sombra de la cruz se proyectaba directamente sobre ti y he sentido miedo.

Y Dolores nunca pudo olvidarse de estas palabras.

Luego pasaron á la sacristía para asentar la partida matrimonial. Si el capitán no hubiera estado tan embelesado con su novia, se habría reído de lo que allí pasaba. Ante todo, las llaves del armario en que se guardaban los libros parroquiales no parecían y cuando al fin se dió con ellas, resultó que el libro de matrimonios no estaba allí. Al cabo de mucho rato se le encontró en otra parte.

El capitán notó que la partida de su matrimonio era la última que podía contener el viejo registro, y con aire placentero dijo al eclesiástico:

—Parece que no le caen á Ud. muchos casamientos.

—No, señor; pero ya nada me importa, porque ¡soy tan viejo! Sin embargo, de vez en cuando ocurre alguno, porque todo no ha de ser entierros; pero ya no me gusta oficiar.

—Veo que Ud. necesita de nuevo registro para la feliz pareja que venga después de nosotros.

—Sí; nadie se cuidaba de estos libros. Vine á esta iglesia cuando era muy joven y encontré que la práctica corriente era arrancarles las hojas cuando se necesitaba papel para encender las velas. ¡Eso era horrible, de lo más horrible! Pero yo lo he puesto todo en buen orden.

—¡Ya lo veo! exclamó el capitán, deslizando en la mano del pobre rector una moneda de oro, en pago de sus servicios.

Dolores oyó toda esta conversación, y no pudo imaginarse que la más insignificante palabra pronunciada allí había de ser de suma importancia para ella en lo futuro.

Los novios salieron del mezquino y melancólico templo, y el magnífico sol de junio los recibió con todo su esplendor. Locos de felicidad y más enamorados que nunca se echaron á vagar por las inmediaciones, sin saber aún á dónde dirigirse, hasta que al fin Dolores se dejó caer graciosamente sobre el césped. Juana Míller, con el rostro descompuesto voló hacia ella.

—¡Por Dios, señorita! le gritó: ¿qué hace Ud.? ¡está sentada sobre una sepultura, y no puede haber nada más ominoso!

CAPÍTULO VI

—¡Una semana de absoluta felicidad! exclamó el capitán Simón, mirando con ternura á su joven esposa. ¿Qué importaría que después no tuviéramos un momento feliz? Creo sinceramente que muchas personas no han conocido en toda su vida un día entero de felicidad. ¡Y nosotros vamos á tener una semana! ¡Ya esto es algo!

—Pero seguramente los dos hemos de ser felices siempre, dijo Lola: ¿quién podría impedirlo, Luis? Siempre hemos de amarnos como ahora, y nuestra dicha no tendrá por qué decrecer.

Luis le dirigió una profunda mirada.

—¿Sabes, Lola, dijo, que desde que nos casamos abrigo un vago presentimiento de que mi vida ha de terminar con esta semana? ¿No te sucede lo mismo?

—¡No, ni Dios lo permita! Espero que nuestra vida y nuestro amor durarán muchos años.

Se hallaban sentados á la orilla de uno de los más preciosos lagos de Inglaterra, cerca de la pintoresca aldea de Elmira, en la cual habían tomado habitaciones. La semana iba pasando para ellos como en un paraíso terrenal.

Juana había acabado por mostrarse adicta al capitán, quien convencido de su lealtad le había referido todas las circunstancias que habían precipitado el matrimonio. La criada convino al fin en que el hecho no era del todo

vituperable, y Luis la persuadió fácilmente de que debía acompañarlos al Canadá, ya que para ella sería durísimo el separarse de su señorita.

Aunque los novios tenían sus habitaciones en Elmira, como se ha dicho, pasaban la mayor parte del tiempo en las orillas del lago.

—Lola, dijo Luis una mañana: ¿crees que llegarás á acostumbrarte al fin á tu nuevo nombre? Cada vez que la dueña de la casa te llama "señora de Simón," te pones más encendida que una rosa.

La joven lanzó una sonora carcajada, que pintaba bien el regocijo de su alma:

—¡No puedo evitarlo! Ayer mismo tuve á Juana como una hora llamándome "señora de Simón," "señora de Simón," para ver si así aprendo á no ponerme colorada cuando me llaman de ese modo. Pero Juana también se olvida y vuelve á llamarme "señorita Lola" á cada paso. ¿Verdad que no parezco mujer casada?

—¿Por qué no? dijo Luis sonriendo.

—No sé; ¡pero me parece que soy tan joven! Y si no, mira mis cabellos . . . ¿no son los de una niña?

—Son los de un ángel.

—¿Qué sabes tú de ángeles? ¿Dónde los has visto?

—En pintura, y todos tienen los cabellos como los tuyos. Tú eres una de las reinas de la Naturaleza, y tienes por corona el oro de tus cabellos.

—Y yo estoy muy satisfecha de que sean de oro, puesto que así te gustan; pero sí quisiera no parecer tan joven. Todo el mundo me llama "señorita," hasta el cochero, y eso me molesta.

—¿De modo que no se fijan en el anillo de oro que llevas en el dedo?

—No, no se fijan. Y á propósito: ¿qué haré yo con este anillo cuando regrese á mi casa?

—Harás lo que las heroínas de las novelas: colgártelo del cuello con una cinta.

—No estoy muy segura de que me atreveré á quitármelo.

Y extendió hacia él la delicada mano. Luis la tomó y besó en ella el aro de oro de que hablaban.

—Luis, dijo Dolores, levantando hacia él sus expresivos ojos: ¡qué extraño me será el volver á casa y encontrarme otra vez soltera! Estoy segura de que mi tía va á entrar en sospechas, porque no haré más que pensar en ti todo el día y cuando te nombren no podré disimular ni dejar de ponerme colorada. Mi cara les contará el cuento.

—Y tienes una cara divina, Lola. Debes hacer lo posible por disimular: esto no durará mucho. Te quedarás en Petrel tres semanas, y luego regresaremos, tú á Belmonte y yo á Barton. Allí volveremos á encontrarnos. El mismo día que llegue Lady María iré á verla, y cuando ya sepa nuestro matrimonio, se lo comunicaré á Lady Nelson. En seguida harás tus preparativos para el viaje.

—Quisiera que ya todo hubiera pasado y que estuviéramos navegando para el Canadá.

—Pero ¿por qué te afliges, Lola? ¿Temes que Lady Nelson se enoje contigo?

—No; es demasiado buena para enojarse; pero se pondrá muy triste.

—Verá que hemos procedido lo mejor que podíamos, y nos perdonará, como perdona toda mujer buena cuando hay de por medio un amor verdadero.

—¿Y debo permanecer en Petrel las tres semanas enteras? Ah, Luis, ¿qué haré yo sin ti? ¡El tiempo me va á parecer una eternidad!

—Y á mí me sucederá lo mismo. Sin embrago, te escribiré todos los días.

—Y yo á ti. Pero, Luis, esto me parece de lo más extraño: nos casamos para no separarnos nunca, y vamos á separarnos ya.

—Sí, pero para reunirnos dentro de tres semanas y no volver á separarnos más. Piensa en eso, amor mío. Piensa con alegría en que los lazos que ya nos unen son tan poderosos que sólo la muerte podrá romperlos. Cuando te sientas abatida, besa tu anillo nupcial y él te repetirá todo lo que digo ahora.

* * *

Llegó por fin el último día de su permanencia en el distrito de los Lagos. ¡Cuánto hubieran dado ambos por prolongar siquiera un día aquella temporada feliz!

Dolores había hecho dos bonitos bosquejos: uno de la casita en que pasaron aquella semana inolvidable y otro del lago en cuya ribera iban á sentarse en las horas de más calor.

—Nos los llevaremos al Canadá y allá los veremos siempre con alegría.

—Estos sitios nunca se borrarán de mi memoria, dijo Lola. Conozco todos los recodos del lago, todas las sinuosidades de la orilla, todos los árboles que crecen allí cerca. ¡Todo está impreso en mi corazón! ¡Ah, Luis! ¿volveremos á ser tan felices algún día?

—Sí, Lola; ¡mucho más felices! Ante todo, uno y otro somos francos y sinceros, y aborrecemos el engaño y el disimulo. Estoy seguro de que seremos más dichosos aún cuando nuestro matrimonio sea conocido de todos. Debes mirar hacia esos venturosos días que nos esperan.

Pero las palabras no alcanzaban á templar la profunda amargura de la joven: estaban por última vez allí, en la

ribera de aquel lago, testigo de sus amores, y ambos sentían el profundo terror de un presentimiento indefinible. La faz de Dolores estaba bañada en lágrimas.

—No des rienda suelta á tu dolor, amada mía, dijo Luis. Reflexiona que nuestra separación será muy corta.

—Cuando regresemos del Canadá y tú hayas conquistado un nombre glorioso, volveremos á visitar estos lugares. ¡Cuán variados los encontraremos!

—Es ley natural que todo varíe en la vida.

—Sí; pero nosotros no, protestó la enamorada esposa. ¡Nosotros no variaremos nunca!

Tales eran sus ilusiones, pero ¡cuán distinta era la suerte que el porvenir les reservaba!

Llegó por fin la mañana de la partida.

—Lola, dijo el esposo: éste es el primer día de julio, lo que me parece un buen presagio para nuestra separación.

—¿Por qué?

—Porque julio es el mes de la luz y de la alegría.

Pero ni éstas ni otras palabras alentadoras produjeron el menor efecto en el ánimo abatido de la joven esposa, que, estrechando contra su pecho á su esposo, se deshacía en llanto.

—¿Qué haré? exclamaba con desesperación. ¡Me falta valor para abandonarte! ¡No sabía cuánto te amaba! ¡Déjame contigo!

El capitán hizo lo posible por consolarla y cuando ya habían cambiado la última palabra y el último beso, se quedó mirando el tren que se alejaba, hasta que lo perdió de vista.

—¿Qué me sucede? se preguntó. Creo que no he hecho más que asegurar nuestra felicidad y la amargura que me domina no tiene razón de ser.

Aquel mismo día el capitán partió para Londres, según habían convenido de antemano y escribió á Lady Fóster anunciándole que al fin de tres semanas estaría de vuelta en el castillo de Barton.

Todo sucedió como se había calculado, sin que en aquellas tres semanas ocurriera nada notable. El capitán, más entusiasta que nunca, regresó oportunamente á la feliz morada en que había conocido á la que ahora era su idolatrada esposa. ¡Cuántas cosas había comprado para ella! En verdad, el dinero se le había hecho agua entre las manos, porque quería comprar cuanto veía. Él mismo se reía arreglando el enorme baúl que contenía el sinnúmero de objetos que creía serían del agrado de Dolores: blondas, encajes, guantes, abanicos y cuanto su fantasía le había permitido en la esfera de sus recursos.

—Y todo esto, pensó con tristeza, tendrá que quedarse guardado hasta que estemos de viaje para el Canadá.

Mientras tanto, su impaciencia era grande por el regreso de Dolores. Ella, por su parte, más y más enamorada que nunca, no tenía otro pensamiento, pues las horas le parecían interminables en Petrel, por más que se esforzaba cuanto podía para hacerlas llevaderas.

Por fin llegó el ansiado día y Lola volvió á encontrarse otra vez en Belmonte, bajo la mirada perspicaz y cariñosa de su tía.

—Ah, Lola, exclamó la señora, ¡qué placer tengo en volver á verte! Me has hecho más falta de lo que me imaginaba. Pero, hija mía, ¡cuánto has mejorado! ¡Esto habla muy alto en favor de los aires de Petrel! ¡Has crecido y tienes una dignidad y una expresión que me maravillan! Sólo tengo una pregunta que hacerte: ¿por qué estuviste una semana sin escribirme?

¡Ah! ¿por qué? . . . Su corazón dió un salto, y su rostro se iluminó como si toda la intensa felicidad de esa semana se hubiera reflejado en él. ¡Oh! ¡Si hubiera podido decir por qué! En vez de contestar se lanzó al cuello de su tía y la colmó de besos.

Pocos momentos después dijo Lady Nelson, con una sonrisa:

—Ahora no tendrás mucho tiempo para descansar: Lady Fóster va á dar mañana un baile en Belmonte y ya he aceptado una invitación para ti.

—¿Y Ud. no piensa ir, tía? preguntó Dolores, bajando los ojos.

—Todavía no sé, contestó la señora.

CAPÍTULO VII

¡Ver á Luis otra vez! Era lo único que ocupaba el pensamiento de Dolores. Demasiado feliz para poder conciliar el sueño, abrió la ventana y á través del campo se puso á contemplar el castillo de Barton, alumbrado entonces por la luna. ¡Allí estaba su esposo! Sólo una corta distancia los separaba. ¡Ah! ¡cómo pudiera escuchar otra vez su acento y calmar la ansiedad de su corazón!

La ausencia había sido dolorosísima para la joven. Sólo cuando vió lo que era la vida lejos de su esposo, alcanzó á comprender cuánto lo amaba. En aquel amargo destierro se había convencido de que su amor y su presencia le eran tan indispensables como el aire que respiraba. Su afecto, su apoyo y su bondad eran para su corazón lo que la luz y el calor del sol para las flores.

Dolores, absorta en sus pensamientos, no se daba cuenta del transcurso de las horas; pero cuando vió que los primeros albores asomaban en el cielo, trató de dormir y durmió hasta muy tarde, como lo demandaban la fatiga física del viaje y la fatiga moral de su alma.

¿Iría Luis aquella mañana á Belmonte? Dolores sólo acarició esta idea por un momento, pues luego reflexionó que eso sería una imprudencia. ¡Pero, no importaba! Ya la noche no estaba lejos. ¿Y cómo la recibiría Luis?

¿Cuáles serían sus primeras palabras? ¡Ah! ¡si las horas volaran cuando uno quiere que vuelen!

Lady Nelson no se cansaba de observar la radiante faz de su sobrina.

—No me alcanzo á explicar, le decía, el extraño cambio que se ha verificado en ti. Á mi juicio estás incomparablemente más bella que cuando te fuiste.

—Es porque he sido feliz, tía.

—Entonces debemos convenir en que la felicidad es el mejor de los cosméticos. Ya estoy impaciente por que termine este año para ver qué nos trae el venidero. Ahora estoy más segura que nunca de que alcanzarás un triunfo espléndido cuando te presentes en la alta sociedad. Me han dicho que Lord Minto acaba de regresar á Inglaterra y que piensa en casarse. Si así fuere . . . pero, no; mejor será no hablar más de esto, bien que tengo fundadas esperanzas en que. . . .

Lady Nelson no pudo acabar la frase, porque Dolores, con los ojos humedecidos, le echó los brazos al cuello y la colmó de besos.

—Confío, dijo, en que todos mis actos serán del agrado de Ud.

Esta extraña contestación hizo creer á la bondadosa dama que la joven no se había repuesto todavía de la fatiga de su viaje.

—Trata de descansar, le dijo, porque á Lady Fóster le gusta que sus huéspedes estén siempre del mejor humor. Entiendo que el capitán Simón también estará en el baile, pero aun no sé si ya habrá regresado al castillo.

Dolores sí lo sabía, y al oir nombrar al capitán, su corazón palpitó con violencia y sus mejillas se tiñeron del más vivo carmín. Entonces se acordó de aquel anillo tan

querido que llevaba colgado del cuello, según la orden amorosa de su esposo. ¡Ah! ¡Cómo pudiera ponérselo! ¡Cómo pudiera contar á su tía esa dulce historia! Pero no, había que esperar el momento oportuno.

—Me dicen que Lord Minto, observó Lady Nelson, posee una renta de cuatrocientos mil pesos anuales. Su hacienda de Derby es de las mejores de Inglaterra. Allí estuve yo cuando era niña. Desde luego, tal vez será una tontería pensar en esto; pero, Lola, tu belleza es admirable y bien puede aspirar al más alto galardón.

—¡Ya lo alcancé! pensó la joven, con una sonrisa de complacencia.

—Me parece innecesario, continuó Lady Nelson, hacerte nuevas advertencias sobre el capitán Simón. Sir Péter y Lady Franklin estuvieron aquí hace pocos días y me contaron que Lady María Trévor estaría de regreso esta semana. . . . Pero, niña, ¡por Dios! ¿qué haces?

Dolores había hecho caer un valioso florero de porcelana, lleno de rosas. La confusión que siguió á la pequeña catástrofe cambió el tema de la conversación y ya no se habló más del capitán ni de Lady María.

Cuando llegó la tarde, Dolores se puso á escoger el traje que debía ponerse esa noche. ¿Cuál le gustaría más á Luis? Al fin de mil vacilaciones se decidió por uno de terciopelo azul y seda blanca, sencilla pero primorosamente adornado. Era indudable que le sentaría muy bien con unas cuantas perlas en el peinado y en el cuello. Á Luis le gustaría verla así y sus ojos brillarían de dicha al reconocerla.

—¡Oh! amado mío, exclamó como si con él hablara: ¡con qué lentitud pasan las horas; la noche no llegará nunca!

Pero al fin llegó y Lady Nelson quedó encantada de la espléndida belleza de su sobrina. No se cansaba de mirarla y cada momento le parecía más seductora.

—¿Sabes, Lola, dijo al fin, que he cometido un grave error en dejar tu presentación oficial para el año próximo? Pero ya no hay remedio. Ahora, hija mía, mucha prudencia, y nada de coqueterías esta noche. Reflexiona que tienes en tus manos un porvenir envidiable.

—Es verdad, pensó Dolores: el mejor, el más brillante, el más hermoso á que puede aspirar una mujer. En breve estaré otra vez al lado de mi esposo. Pero nuestra felicidad sería mayor, mucho mayor si mi tía supiera lo del matrimonio. Así la pobre no estaría acariciando ilusiones vanas y se evitaría más sinsabores.

—¿No llevas flores, Lola? le preguntó Lady Nelson.

—No; creo que en el castillo de Barton encontraré más de las necesarias.

—Parece que estás muy segura de tus admiradores.

—Estoy segura de que me esperan con tres ramilletes por lo menos. Así, ¿para qué llevar de aquí lo que abunda allá?

—Y por los tres que encuentres hoy, encontrarás treinta el año entrante, dijo Lady Nelson.

Y luego pensó que acaso no convendría á sus planes que Lola y el capitán se volvieran á ver. Sin embargo, ya no era tiempo de retroceder, y sobre todo, allí estaría ella para vigilar.

Tan absorta la tenía la idea de los futuros triunfos de su sobrina, que no observó cómo la faz de ésta cambiaba de color á medida que se acercaban al castillo: sus mejillas pasaban del rojo vivo de las rosas silvestres al pálido nácar de las perlas que adornaban sus cabellos. Cuando al fin

el carruaje se detuvo frente al castillo, Dolores no tuvo una palabra que decir, y Lady Nelson pensó que todavía le duraba el cansancio del viaje.

Las anchas y hospitalarias puertas de Barton estaban abiertas de par en par. En el salón de baile todo era luz y flores, pero Dolores sólo pensaba en volver á ver á su esposo y nada de lo demás le importaba. Como entre sueños veía las innumerables flores, las brillantes luces, los bellos rostros de las damas y oía los ecos de la música y el murmullo de admiración con que se acogía su presencia. Lady Fóster corrió á su encuentro, pero sus entusiastas palabras de bienvenida apenas sonaban en sus oídos como un rumor lejano. ¿Dónde estaría Luis? . . . ¿Acaso no habría regresado todavía al castillo?

De repente le pareció que las bujías se apagaban y que todo giraba en torno suyo y tuvo que apoyarse en una silla para no caer. Un instante después, el capitán estaba á su lado, radiante de felicidad y amor.

—Amada mía, murmuró, ¡cuán bella estás! ¡Nunca te he visto más encantadora que hoy!

—¿Ni el día de nuestra boda? Acuérdate que entonces me dijiste que nunca podría estar mejor.

Y con estas palabras tan triviales, que nada parecían decir, los dos disimulaban su profunda emoción y su suprema felicidad.

—Estamos juntos otra vez, Lola de mi alma.

—Y para no volver á separarnos jamás. Prefiero la muerte á vivir lejos de ti.

—Ése es también mi modo de pensar. ¿De qué sirve la vida si no hemos de gozarla juntos? . . . Lady Nelson nos está observando, Lola. ¿No será posible que logremos siquiera media hora para nosotros solos?

—No, si mi tía puede evitarlo. Ha venido aquí con el ánimo de no perderme de vista ni un momento, y en casa me hizo una pequeña observación respecto de ti. Según esto, debemos conducirnos con prudencia.

—¡Ah! Lola, ¡cuán dulcemente vuelve á resonar tu voz en mis oídos! ¡No sabes cómo he suspirado por este momento! ¡Oh! amada mía; ¡cómo pudiera estrecharte en mis brazos y colmarte de besos! Difícil será, pero no imposible, que estemos solos siquiera cinco minutos. ¡Ya viene Lady Nelson! ¿Conoces el prado del cedro? ¿Quieres que nos encontremos allí dentro de media hora? ¡Respóndeme que irás!

—¡Iré! dijo Dolores.

En ese momento llegó Lady Nelson:

—Buenas noches, capitán Simón. ¿No le parece que mi sobrina está muy bien? El clima de Petrel debe de ser magnífico.

—La señorita Martín siempre está muy hermosa.

Y sus ojos se extasiaron en la contemplación de la belleza de su esposa, ya que la bondadosa tía lo había autorizado para ello con su pregunta.

—Petrel le ha sentado admirablemente, agregó Lady Nelson; pero, niña, ¿por qué te pones tan colorada? ¡Si parece que tus mejillas se abrasan!

Una sonrisa de íntimo regocijo se dibujó en los labios del capitán.

—Tía, Ud. me está lisonjeando y yo no puedo dejar de ponerme encendida.

—Entonces habrá que lisonjear á Ud. siempre, observó el capitán con galantería, porque el efecto es admirable.

En seguida Lady Nelson, con gran discreción, dió el brazo á su sobrina y se retiró con ella.

CAPÍTULO VIII

Lady Nelson se dió por satisfecha cuando hubo separado á Lola del lado del apuesto militar. Luego la dejó en compañía de Sir Carlos Táilor, hombre casado y de avanzada edad, digno de toda su confianza, y ya tranquila se fué á jugar una partida de cartas.

Lady Nelson no tenía mala voluntad al capitán, y más bien admiraba su figura, su bello carácter y sus maneras cultas. Sin embargo, no dormiría sin inquietud hasta que lo viera casado con Lady María.

Después de bailar, Dolores logró deslizarse sin ser vista y se dirigió al lugar de la cita, donde ya su amante esposo la esperaba.

—Lola, dijo después de abrazarla y besarla apasionadamente; tengo una gran noticia que darte: Lady María ha regresado y se halla actualmente en su quinta de Vernón; de modo que nuestras esperanzas van á realizarse mucho antes de lo que creíamos. Mañana mismo iré á verme con ella.

—Mi tía ya me lo había dicho; pero no estaba segura de que fuera cierto.

—La veré y se lo contaré todo. Al regreso me iré directamente á Belmonte y le revelaré á Lady Nelson la verdad. Y luego. . . . ¡Ah! Lola, ¡imagínate la dicha que nos espera! Ya entonces podré reclamarte como mi esposa y nos iremos á Londres á comprar todo lo que necesitemos para nuestro viaje al Canadá.

—¡Ah! Luis, exclamó Lola: estoy aterrada; aquí bailo y río y hago el papel de una muchacha, y mientras tanto estoy casada y . . . y . . .

Y un beso ahogó el final de la frase.

—No hay nada que temer, dijo el capitán, por el contrario, me alegro de todo corazón. Mira, Lola, antes de que se acabe la semana ya nuestras penas habrán terminado.

—¿Lo crees así, Luis? Será para bendecir á Dios. Nunca en mi vida he tenido un secreto y no puedes imaginarte el trabajo que me cuesta guardar éste. Cada vez que miro á mi tía, parece que el corazón se me quiere salir del pecho para contarle la verdad. El día que pueda hacerlo seré dichosa.

—No más que yo, exclamó Luis. Ya no volveré á verte hasta mañana por la tarde. Estaré de regreso á eso de las seis, y pocos momentos después se acabarán nuestras angustias.

—¿Crees que mi tía se enojará mucho conmigo?

—No lo creo; esta noche me ha mirado con tal benevolencia que parecía tener lástima de mí. Ahora todo favorece nuestra causa, por el hecho de estar ya casados. Si esto fuera todavía un proyecto, Lady Nelson podría valerse de todos los medios á su alcance para impedir nuestra unión; pero al saber que estamos casados y que ya nadie podrá separarnos, no perderá el tiempo en inútiles palabras. Ahora, amor mío, desecha todo pensamiento enojoso y ten la seguridad de que cuando las estrellas vuelvan á brillar sobre nosotros, será para alumbrar nuestra felicidad. Ahora, levanta ese rostro encantador y déjame contemplarlo libre de toda sombra de tristeza.

Dolores hizo lo que se le pedía y el capitán la llenó de caricias.

—¡Ay! suspiró la joven: ¿cómo he podido vivir tres semanas sin ti?

El tiempo se deslizaba con rapidez y Dolores observó que ya era prudente separarse, porque podían echarla de menos en el salón. Si hubiera sabido lo que el destino le reservaba veinticuatro horas más tarde, no habría tenido el menor afán por retirarse de allí.

—¡Cinco minutos más, Lola mía! Recuerda cuánto tiempo hace que no nos vemos. ¿Qué es lo que murmuras en voz baja?

—Estoy recitando unos versos que parecen hechos para nosotros.

—¿Cómo dicen?

—Son éstos:

El alma robóme
Rendido y fiel
El ser á quien amo
Con todo mi ser;
Yo en cambio la suya
También le robé:
Di, ¿á cuál de nosotros
Condenas, oh juez?

—Es casi una crueldad, Lola, obligarme á que te ame más de lo que te amo. Se me imagina que tú eres la "rubia Leslia" del poeta Burnes.

—¿Quién es la "rubia Leslia"?

—¿Cómo? ¿Ya no te acuerdas? Oye:

Rubia Leslia encantadora,
Eres reina, y ¿quién lo ignora?
Doquier que tu cetro brilla,
¿Qué siervo no se te humilla?
¿Qué corazón no te adora?

—Entonces yo soy tu "rubia Leslia," dijo Dolores; pero no por eso quiero que todos los hombres me adoren.

Después agregó:

—¡Con qué rapidez ha sucedido todo! Hace pocos meses no nos conocíamos, y ahora estoy casada contigo y . . .

Y esta vez otro beso volvió á ahogar sus últimas palabras.

—¿Te acuerdas, dijo el capitán, del primer beso que te di? ¡Qué grande fué tu miedo! Te pusiste colorada y arrugaste el ceño, pero á pesar de esto alcancé á ver dos lágrimas en tus ojos.

Y el capitán cantó á media voz:

¿Te acuerdas del beso primero
Que á solas te di?
Levanta los ojos, que quiero
En tu lumbre bañarme, lucero. . . .
Así fué . . . . ¡y fué así! . . . .

—¿Á qué hora piensas partir?

—Á las siete de la mañana, para estar de regreso á las seis de la tarde. Se me figura que me has de esperar con impaciencia.

—Sí; el día se me va á hacer sumamente largo y no tendré quietud hasta que te vuelva á ver. Te iré á esperar al parque, para que lleguemos juntos al castillo. ¿Irás por el bosque?

—Sí; ése es el camino más corto. Quisiera tener alas para volar á tu lado cuanto antes. No importa: mi corazón no se alejará de ti un momento. Espérame al pie del sicomoro. De allí me adelantaré solo á ver á Lady Nelson para que descargue en mí toda su indignación, de manera

que cuando tú llegues ya habrá pasado la borrasca y no habrá nada que para ti amargue el regocijo del perdón. Dentro de breves horas, amor mío, seremos la pareja más dichosa de la tierra.

—Luis, separémonos ya. Me parece que oigo la voz de mi tía, y tengo miedo de permanecer más tiempo aquí.

—¡Bueno! Pero antes dime una palabra cariñosa y dame otro beso.

—Ten paciencia, Luis; mañana por la tarde nos volveremos á ver, y ya sin miedo podré pasar á tu lado todas las horas que quieras.

—Dime "¡á Diós y buen viaje!" Mañana, antes de que abras los ojos yo ya estaré en camino.

Y tras otro abrazo y otro beso la joven se dirigió á la casa con paso acelerado. Luis la siguió al cabo de pocos minutos.

Esa noche sólo una vez volvieron á verse, y fué en el momento en que Lady Nelson pedía el carruaje. Luis acompañó á la joven hasta la portezuela y no tuvo tiempo más que para murmurar á su oído:

—Dime otra palabra cariñosa, Lola.

—¡Que el cielo te bendiga, amor mío, y te vuelva á traer á mi lado!

Éstas fueron las últimas palabras que el capitán Luis Simón oyó de los labios de la señorita Dolores Martín.

* * *

Cuando regresaron á Belmonte, Lady Nelson no tuvo que hacer observación alguna á su sobrina sobre el capitán Simón; por el contrario, se sentía complacida de que todo hubiera salido á su gusto esa noche. El capitán estuvo muy circunspecto y no hizo nada que pudiera inquietarla.

Dolores estaba silenciosa y pensativa. Á poco de llegar besó á su tía con un ardor no acostumbrado y se retiró á su habitación. Todo esto encerraba algo de extraño, pero Lady Nelson se dijo al fin que indudablemente su sobrina estaba fatigada y que no había motivo de alarma.

La joven no podía dormir, pensando en que su suerte dependía de lo que sucediera en las veinticuatro horas siguientes. Si Lady Nelson, resentida por lo que había pasado, negaba su consentimiento, su esposo se la llevaría de allí inmediatamente y esa sería la última noche que pasaría en aquella casa donde había sido tan mimada y tan feliz. Si su tía les otorgaba su perdón y sancionaba el hecho, tendrían que ir pronto á Londres y probablemente ella los acompañaría. En cuanto á Lady María Trévor, Dolores no abrigaba el menor temor.

La joven trataba de consolarse, pero en vano, porque un sentimiento de terror, extraño y desconocido, la dominaba. La noche anterior no había tenido otro anhelo que volver á ver á su esposo, y ahora, que ya lo había visto y escuchado de nuevo sus amorosas palabras, un misterioso presentimiento robaba la quietud á su corazón y el sueño á sus ojos. Reclinada en un sofá y sumida en hondas meditaciones pasó toda la noche.

Durante aquella larga vigilia, comprendió Dolores la gravedad del paso que había dado. Un matrimonio secreto era un asunto mucho más transcendental de lo que había pensado. Sus amores empezaron por un idilio inocente y sin consecuencias, y sin saber cuándo, la habían conducido á una de las más serias dificultades de la vida.

Por fin amaneció el día tan temido y anhelado. La mañana estaba triste y brumosa. El aire era pesado y sofocante como cuando se aproxima una tempestad.

—Me parece que vamos á tener una tormenta, dijo Dolores á su tía.

—Sí; el tiempo está horrible, y creo que no te sientes bien hoy.

—Estoy muy cansada; anoche no pude dormir un momento.

—Eso es efecto de la atmósfera, que está tan pesada. Yo también siento algún malestar. Pero ¡cómo has variado, Lola de un momento á otro! No creía que un ligero cambio de tiempo pudiera afectarte tanto. Has perdido toda la frescura de las mejillas y tienes los ojos como apagados.

—Esto quiere decir que ya no son tantas mis probabilidades de conquista respecto de Lord Minto, dijo la joven, haciendo lo posible por sonreir.

Dolores nunca se dió cuenta exacta de la lentitud con que transcurrió para ella ese día. Como un cuerpo sin alma se sentó á la mesa con su tía, que no dejaba de hacerle observaciones sobre su extraña actitud. Tomó un vaso de vino, pero no comió nada. La impaciencia la devoraba. Á cada momento consultaba el reloj, para ver cuantas horas faltaban para la llegada de Luis.

El sitio que habían designado para encontrarse era una hermosa alameda, trazada por el centro del bosque con el objeto de evitar un rodeo de algunas millas. Se llamaba "La Castellana," y se le había dado este nombre porque se hizo, en época ya lejana, para solaz de una de las primitivas señoras del castillo. Era suficientemente ancha para dar paso á un coche de dos caballos, pero no la frecuentaba sino uno que otro visitante de Belmonte.

Dolores se encaminó hacia là Castellana á las cinco de la tarde. Tendría que esperar allí una hora; pero ya ese

era un intervalo relativamente tolerable. El sol estaba oculto por las nubes, el aire no movía una hoja y por todas partes reinaba la más melancólica quietud.

Sentóse al pie del sicomoro designado por Luis y se puso á esperar. Desde donde estaba alcanzaba á dominar la entrada de la avenida, de modo que apenas viera á su amado correría á su encuentro.

Largo rato había pasado sin que alma viviente se dejara ver por aquellos sitios, cuando dos aldeanos atravesaron la alameda á paso lento. Tan profundo era el silencio que reinaba en torno, que Lola pudo oir lo que iban hablando.

—¿Muertos, dice Ud.?

—Sí; unos veinte. Es la cosa más horrible que he visto.

—El Parlamento debería hacer algo por evitar tantas desgracias: dictar nuevas leyes ó disponer que el gobierno comprara todas las compañías.

Dolores no prestó por el momento mucha atención á estas observaciones y sólo alcanzó á darse cuenta de que habían ocurrido varias muertes. Pero ¿qué tenía ella que ver con la muerte? Había en su ser mucha vida y mucho amor para ponerse á pensar en cosas tristes. Sin embargo, veinte muertes no eran una bagatela. Dolores se estremeció pensando en semejante horror, pero no trató de explicarse aquello que había dicho el aldeano de que el gobierno debía comprar todas las compañías. Momentos después se olvidó por completo del asunto y volvió á sus habituales pensamientos.

Eran las seis de la tarde y ya Luis debía llegar. Dolores se levantó y con paso febril se encaminó hacia la entrada de la alameda, desde donde se dominaba un largo trecho del camino público. Esperó un rato y al fin avanzó hacia Ponte, la aldea inmediata. Por allí no podían de-

jar de encontrarse, pues no había otro camino por donde ir á Belmonte desde la inmediata estación del ferrocarril.

Más de una milla había caminado ya en dirección á Ponte, cuando oyó el doble de una campana. Pero ¿por qué preocuparse, si ésta no era la primera vez que lo oía? Así doblaban siempre que moría algún vecino del pueblo y felizmente ella no tenía allí ningún amigo. Mas á pesar de estas reflexiones, Dolores sintió que la sangre se le helaba.

—¡Tonterías! se dijo tratando de cobrar ánimo. ¿Qué tiene que ver conmigo el doble de una campana?

Pero fuera ó no tontería, desistió de seguir avanzando y regresó poco á poco.

—¡Cómo se va á reir Luis de mí cuando se lo cuente!

Y luego, recordando lo bondadoso que era con ella y la solicitud con que la atendía cuando la encontraba inquieta ó contrariada, sintió una imperiosa necesidad de verlo.

—¡Apresúrate, amor mío, exclamó: esto no es vida si tú no vienes!

Pero Luis no aparecía por parte alguna.

Dolores se fué aproximando al castillo paso á paso, segura de que Luis la alcanzaría en el trayecto.

—Probablemente, pensó, habrá perdido el tren correspondiente ó habrá tenido que demorarse en Ponte, por algún motivo. Sea como fuere, no debo inquietarme.

Pero su corazón estaba más inquieto á cada momento.

Por fin dieron las siete sin que nada nuevo ocurriera; entonces se vió obligada á acelerar el paso para llegar oportunamente á la hora de comer y no disgustar á su tía. Á cada momento volvía á mirar atrás y al menor ruido se estremecía.

—Decididamente, no llegará hasta las nueve. Lady

María lo habrá detenido, porque sin duda tendría mucho que decirle y es natural que haya tenido que escucharle. Sí; ¡á las nueve estaremos juntos! ¡No puede ser de otro modo!

De vuelta al castillo, Dolores tuvo que resignarse al sacrificio de sentarse á la mesa, y más aún, al de oir los innumerables planes que hacía y deshacía Lady Nelson sobre la temporada inmediata.

Pronto buscó un pretexto para retirarse á su habitación: allí estaba su fiel doncella:

—Juana, el capitán no ha venido. ¡Dime una palabra de consuelo, ó me muero!

La cariñosa Juana hizo cuanto pudo por tranquilizar á su señorita: habló de la irregularidad de los trenes y de lo avanzado de la hora, y finalmente opinó que aun cuando el capitán hubiera llegado á Ponte en el expreso de las ocho, de seguro no se atrevería á ir á esas horas á Belmonte, cuyas reglas conocía. De lo que Juana estaba segura era de que el capitán se presentaría allí al día siguiente muy temprano.

—Trate Ud. de dormir, señorita, le dijo: piense que al capitán no le gustará verla con las mejillas pálidas y los ojos hundidos.

Dolores hizo lo posible por dormir, pero á intervalos se despertaba llorando y repetía:

—Apresúrate, amor mío: ¡esto no es vida si tú no vienes!

CAPÍTULO IX

El sol brilló con todo su esplendor. Las brumas y las negras nubes del día precedente habían desaparecido. La atmósfera estaba impregnada de aromas y frescura y por dondequiera se oía el alegre canto de las aves.

—¡Gracias á Dios! exclamó Dolores cuando los rayos del sol la despertaron.

¡Ya iba á ver á Luis! ¡Cuán impaciente estaría él mismo por llegar y explicarle la causa de su tardanza!

—Arréglame bien, Juana. Ponme más bella que nunca.

Juana hizo lo más que pudo: le peinó los largos cabellos de oro, que le caían como un espeso manto sobre las espaldas y se los ató en lo alto de la cabeza con un lazo de cinta azul. En seguida, le ayudó á ponerse una bata blanca adornada de encajes. Dolores estaba otra vez fresca y radiante y en su pecho rebosaba la esperanza.

—Estoy tan segura, Juana, de que el capitán vendrá temprano, que á cada momento me parece que voy á oir su voz.

—Y Ud. no estaría más bella si estuviera aguardando á un rey.

Dolores bajó de su habitación con una rosa en el pecho, modulando á media voz una canción de amores. Entró en el comedor, donde su tía la esperaba y se dirigió hacia ella con la sonrisa más placentera del mundo, pero al ver la expresión de su rostro, un sentimiento de horror se

apoderó de su alma. Lady Nelson estaba pálida, demudada y temblorosa. La joven se estremeció ante la sola idea de que se había descubierto su matrimonio y de que le tocaría á ella sola afrontar la borrasca, sin que estuviera allí su esposo para protegerla.

—¡Tía de mi alma! exclamó estrechando la mano pálida y fría de Lady Nelson: ¿qué ha sucedido?

—¡Ah, hija mía! He tenido una impresión tan terrible, tan espantosa y tan repentina, que ha podido matarme.

Dolores abrazó á su tía y reclinó la frente sobre su pecho.

—¿Una impresión terrible? dijo: ¿seré yo la causa?

—¿Tú? No, niña mía: eres demasiado buena para que puedas hacer algo que me aflija. Se trata de una noticia dolorosísima, que de seguro te afectará á ti también, y no me atrevo á dártela. Los dolores deben guardarse para otros y no para seres tan inocentes y buenos como tú.

Dolores estaba desconcertada y no alcanzaba ni á sospechar la verdad. Estaba segura de que á Luis no le había pasado nada, y siendo éste el caso lo demás no podía interesarle demasiado, por grave que fuera.

—Dios sea bendito, Lola, porque siempre has sido dócil y has aprovechado oportunamente mis advertencias. Si así no hubiera sucedido, este golpe sería para ti horrible.

La joven se estremeció con un vago sentimiento de temor, pero no por su esposo, á quien creía salvo y libre de todo peligro.

—Nunca había oído hablar de una catástrofe semejante, prosiguió Lady Nelson, ni nunca he sabido de un acontecimiento más triste. ¿Recuerdas que te conté que Lady María Trévor había regresado ya á Inglaterra y que se encontraba en su quinta de Vernón?

—Sí; respondió la joven, cuyo corazón parecía que dejaba de palpitar: ¡pronto, tía! ¡continúe Ud.!

—Ayer por la mañana, el capitán Simón dejó el castillo de Barton para ir á verla. Á Lady Fóster le dijo que sólo se demoraría allí pocas horas y que por la noche estaría de regreso. Ella cree que iba con el objeto de hacer los arreglos finales para su matrimonio. El capitán partió de Ponte en el tren de las ocho.

Lady Nelson, absorta en su narración, no observó cómo las manos de Dolores se crispaban entre las suyas, cómo temblaba todo su cuerpo ni cómo sus dulces ojos parecían salirse de sus órbitas, llenos de terror.

—El capitán tomó la línea del norte, prosiguió Lady Nelson, en la cual hay un puente sobre el río, á pocas leguas de aquí. Dicho puente se había considerado siempre como uno de los mejores, pero ayer por la mañana cedió en el momento en que pasaba el tren y éste se precipitó en el río. Veinte personas perecieron y las que escaparon con vida resultaron todas con heridas de mayor ó menor gravedad.

Dolores no dijo una palabra; pero miraba á Lady Nelson con una expresión de agonía que desgarraba el alma.

—¡Veinte muertos! repitió la dama, y entre ellos el capitán Simón. Cuando lo encontraron. . . .

Lady Nelson no pudo continuar, porque en ese momento la joven, como herida por el rayo, se deslizó de entre sus brazos y cayó sobre la alfombra.

Lo que Lady Nelson iba á contar era que cuando se había recogido el cadáver del capitán, conservaba la sonrisa en los labios y tenía apretado en la mano un guardapelo que contenía un rizo color de oro. Al ver caer á su sobrina se levantó de un salto.

—Temo, se dijo, que esto le llegue al alma. En verdad el caso no es para menos, pero en otras circunstancias las consecuencias habrían sido peores.

Inclinóse sobre la joven y trató de reanimarla, pero en vano. El accidente era más grave de lo que se había imaginado al principio y ya seriamente alarmada tocó la campanilla.

Un instante después se presentó Juana Míller.

—La señorita no está bien, dijo la tía tratando de disimular su propia ansiedad.

—¿Que no está bien? ¡Ah, miladi; si la señorita parece muerta! gritó la criada: ¿qué ha sucedido?

—¡Nada! replicó Lady Nelson algo confusa. Le estaba hablando y de repente se desmayó.

Lady Nelson no quería que se conociera el tema de su conversación, por no dar argumento á los comentarios de la servidumbre; pero Juana no estaba para miramientos:

—¿Hablándole, y se desmayó? ¿Pero de qué le hablaba Ud., miladi?

Esta pregunta tan directa, que parecía una reconvención, obligó á Lady Fóster á ceder:

—Le estaba contando el terrible accidente en que ha perecido el capitán Simón. ¿Tú no sabías?

—Sí, acabo de oirlo, gritó la criada y empezó á llorar amargamente: ¡ésta es la muerte de la señorita! Miladi, ¡le ha clavado Ud. un puñal en el pecho! ¡Que Dios tenga piedad de ella!

—¡Tontería! exclamó la dama con disgusto: ¿por qué había de matarla este acontecimiento? No veo en qué pueda afectarle directamente, bien que es natural que le cause mucha impresión la muerte desastrosa de un amigo á quien todos apreciábamos.

—¡Dios nos ayude! exclamó Juana: ¡no sé lo que va á suceder!

—¡Basta de alharacas, Juana! Déjate de lamentos y ayúdame á colocar á la señorita en el sofá.

Pero la criada, pálida y descompuesta, no hacía más que dar alaridos y retorcerse las manos. Al fin Lady Nelson se incomodó.

—Si no sirves para nada, lárgate de aquí, dijo y manda otra persona en tu lugar.

—Perdóneme Ud., miladi, dijo Juana volviendo en sí. Es que esto me ha horrorizado. Yo ayudaré. ¿Pero, está Ud. segura de que el capitán Simón ha muerto?

—Segura; el hecho es evidente, pero en el fondo no tiene relación ninguna con la enfermedad de la señorita Martín. Lo inesperado de la noticia la ha afectado, pero ella estaba mal desde ayer, como tú quizá lo notarías.

—Sí, miladi, contestó la criada, que á la sazón había recobrado toda su serenidad.

Entre las dos trataron de reanimar á Dolores, que parecía muerta y cuando empezó á dar señales de vida, dijo Juana:

—Deje esto á mi cargo, miladi: yo sola lo haré todo mejor. Al principio me aterré, pero ahora veo que todo no ha sido más que un desmayo.

La fiel doncella temía que si en el momento en que su señorita recobrara los sentidos, Lady Nelson se hallaba presente, aquélla daría á conocer su secreto en un exceso de desesperación. Pero la tía estaba demasiado inquieta para abandonar á su sobrina, en tales circunstancias.

—Si este accidente no le pasa pronto, voy á hacer que venga el médico. No tengo valor para verla en ese estado.

Juana pensaba de otro modo y allí, de rodillas al lado

de su señorita, le pedía á Dios con todo el fervor de su alma que se la llevara y la librara así de la inmensa desgracia que pesaba sobre ella.

Al fin Dolores abrió los ojos y alzó los brazos, como implorando un abrazo de Lady Nelson.

—Tía, murmuró; no quiero estar aquí.

—Pero hija mía, ¿qué sucede? ¿Cuál es el motivo de que te hayas puesto tan mala?

Á Lady Nelson le parecía imposible que semejante gravedad tuviera por causa la noticia de la muerte del capitán Simón. Bien visto todo, entre los dos no habían mediado más que triviales galanterías y una afición inocente, que no había crecido mucho. Dolores debía estar enferma, á no dudarlo, y Lady Nelson, que lo quería entrañablemente, se sentía presa de la mayor inquietud.

—Déjeme retirarme á mi cuarto, dijo con voz suplicante: allí estaré mejor.

La joven sentía la necesidad de estar sola y dar rienda á su dolor; de otra manera, éste la mataría. Lady Nelson convino en ello y la acompañó hasta su habitación. Al entrar, Dolores cayó de rodillas y de su pecho se escapó un hondo y desgarrador gemido.

Los ojos de Lady Nelson se llenaron de lágrimas.

—¿Lo amabas, Lola? le preguntó con ternura.

—¡Sí; con toda mi alma! contestó con el acento de la desesperación.

Y no hubo una palabra de reproche.

—Tía de mi vida, continuó Dolores: ¡sálveme Ud. de esta angustia que me devora! ¡No quiero ver la luz! ¡Ciérrenme esa ventana! ¡Llévense de aquí esas flores! ¡Déjenme morir!

—Hija mía . . . principió Lady Nelson, pero no pudo

continuar, porque la mirada de Dolores la dejó desconcertada.

—No, tía, no ensaye Ud. conmigo palabras cariñosas, que no servirán más que para amargarme el corazón. Hágame Ud. el único bien que puede hacerme ahora, y es dejarme sola.

Lady Nelson, viendo la desesperación pintada en el rostro de su sobrina, comprendió que lo más prudente era acceder á sus deseos y se retiró, un tanto sorprendida de lo que pasaba. La profunda agitación de Dolores le parecía inexplicable.

—No puede haberle amado tanto, pensó; esto no es más que una exaltación de su fantasía, debida á lo horrible de la catástrofe.

Mientras tanto, Dolores se debatía en la mayor desesperación, y exclamaba:

—¡Oh, Luis! ¿Cómo pudiste dejarme sola con el peso abrumador de este secreto? ¡Oh, amor mío: tómame en tus brazos y llévame á tu lado!

CAPÍTULO X

El espantoso accidente ferroviario fué el tema de todas las conversaciones durante ocho días; los periódicos protestaron como de costumbre; se practicaron las investigaciones del caso; se acusó duramente á un empleado irresponsable y allí terminó todo.

Cuando los compañeros de armas del capitán Simón supieron su desastroso fin, consiguieron que se les permitiera llevar el cadáver á Dóver, donde su regimiento estaba esperando órdenes, y allí se le dió sepultura, con los debidos honores militares. Nadie se atrevió á quitarle de la mano el guardapelo que contenía el rizo de oro, y con él fué enterrado. De este sentimental incidente, nada se le dijo á Lady María, que acompañó al cadáver hasta el cementerio, porque sus cabellos eran negros. . . .

Lady Fóster, que sin fundamento alguno creyó que el capitán iba á Vernón á arreglar su matrimonio, dándolo por cierto, se lo comunicó así á Lady María, y ésta le guardó el riguroso luto correspondiente á una viuda, asistió á los funerales, mandó levantar sobre su tumba un costoso monumento de mármol blanco é hizo promesa de no casarse nunca.

Mientras tanto, la infortunada esposa luchaba entre la vida y la muerte, agonizando bajo la pesadumbre de un secreto que había llegado á hacérsele pavoroso. Para Lady María Trévor fueron las condolencias y las manifesta-

ciones de simpatía, mientras que para la mujer que realmente lo amó, no había más que la obscuridad de su cuarto y las lágrimas de sus ojos.

Lord Fóster y su esposa concurrieron á los funerales del capitán y en Dóver invitaron á Lady María á regresar con ellos al castillo de Barton, pensando que le sería de algún consuelo vivir una temporada allí donde su prometido pasó sus últimos días. Lady María, que en verdad, había sentido algún afecto por él, aceptó con placer la invitación.

Lady Nelson fué á visitarla y por la fuerza de las circunstancias se vió obligada á invitarla á comer en Belmonte, lo mismo que á Lord Fóster y á su esposa. Lady María había manifestado vivo interés por conocer á la señorita Martín, y la benévola castellana de Belmonte creyó que su sobrina se curaría de su mal de amores cuando viera á aquella dama llevando un luto legítimo por el hombre cuya muerte le había destrozado el corazón.

—Será un medio seguro, se dijo, y en su ánimo nació un rayo de esperanza.

Para entonces, ya Lady Nelson había principiado á inquietarse seriamente por la salud de Lola, que cada día estaba más y más postrada. Deseando distraerla sin contrariarla, le contó los últimos detalles obtenidos sobre el desastre y le habló de los espléndios funerales, en que Lady María había presidido el duelo, sin observar que las pálidas manos de su sobrina se retorcían en medio de un acceso de cólera mal reprimida.

¡Vivo y muerto, Luis era suyo! ¿Con qué derecho se atrevía otra mujer á acompañarlo hasta su tumba, á llorarlo como si le hubiera pertenecido y á vestirse de luto por él?

¿De qué le serviría ahora dejar traslucirse su secreto, cuando todo el mundo sólo hablaba de Lady María y de su consagración á la memoria de su malogrado novio? Si tal hiciera, la creerían loca, y hasta llegarían á encerrarla en un manicomio. ¿Qué hacer en semejante situación?

—¡Oh Luis! exclamaba en los momentos de su mayor dolor: ¡tiéndeme los brazos y llévame á tu lado!

Los grandes infortunios suelen emponzoñar hasta el corazón más sano y el de Dolores sentía ya odio profundo por Lady María. Á no ser por ella, el capitán no habría intentado ese viaje á Vernón, que le había costado la vida. Lady María había sido su asesino. Á no ser por sus necias aspiraciones, Luis no habría perecido en la catástrofe.

Lo que Dolores sufrió durante aquellos días, sólo Dios lo supo; Juana apenas lo sospechó. Encerrada en su cuarto, se pasaba días enteros, sin ver la luz, pensando cómo terminaría la dolorosa tragedia de su vida. Cuando salía de su habitación, se la veía tan demacrada y enferma, que la gente con dificultad la reconocía.

Lady Nelson le suplicó una tarde que bajara al salón.

—Lo mismo es estar allí que en cualquiera otra parte, se dijo Lola; y como con ello complacía á su tía, no opuso resistencia.

Dolores no sospechaba la tremenda prueba á que iba á someterse. Toda la tarde había estado pensando en cuál sería la mejor manera de revelar su secreto á Lady Nelson, porque eso tenía que hacer un día ú otro, á menos que Dios se la llevara pronto á su seno. Tan preocupada estaba con esta idea, que al entrar en el salón no observó que había allí dos personas extrañas. Una de ellas era Lady Fóster, que se adelantó á recibirla:

—¡Ah, señorita Martín, qué cambiada está Ud.! Me hubiera sido imposible conocerla en otro lugar. No sabía que hubiera estado Ud. tan mala.

La última vez que Dolores habló con Lady Fóster, el capitán Simón estaba á su lado y este triste recuerdo desató otra vez sus comprimidas lágrimas. Lady Fóster sintió profunda pena viendo el abatimiento de su joven amiga.

En seguida Lady Nelson dijo:

—Acércate, Lola, que voy á presentarte á Lady María Trévor, y agregó: Lady María, la señorita Dolores Martín.

Y así, por primera vez, se vieron frente á frente aquellas dos mujeres que de tan extraño modo se habían cruzado en el camino de la vida. En Dolores se despertó un sentimiento de rebeldía al hacerse cargo de su verdadera situación.

Esa mujer, á quien Luis no había amado nunca, estaba allí, con un traje de luto que no le correspondía, de un luto afrentoso para la amada, para la esposa, para la viuda del capitán Simón, que no tenía derecho á las manifestaciones externas de su dolor, aunque su corazón estaba despedazado.

Lady María, con expresiones cariñosas y benévolas, obligó á Dolores á cambiar con ella algunas palabras y notando luego su creciente palidez y creyendo que tenía frío, la hizo reclinarse en el sofá y la abrigó con un chal que estaba sobre una silla.

Á poco se reanudó la conversación interrumpida por la llegado de Lola: versaba sobre el capitán Simón y aunque Lady María no manifestaba mucho interés, Lady Nelson procedía con propósito deliberado. Á su juicio, cuando Dolores supiera que todo el mundo estaba de acuerdo en que el capitán Simón pertenecía por ley de honor á Lady

María, se guardaría bien de dejar traslucirse la pasión que había abrigado por él.

Á este fin indujo á Lady María, con suma habilidad, á que hablara de las mil manifestaciones de condolencia, públicas y privadas, que había recibido por la muerte de su prometido y Lady María contó algo más de lo que era absolutamente cierto. Habló de su compromiso, como si éste hubiera sido obra de la voluntad del capitán, reiteró la promesa de ser fiel á su memoria y dijo finalmente que los demás hombres no valían nada para ella.

Dolores dejó oir un leve quejido, que no pudo dominar. Lady María se volvió y le dijo:

—Amiga mía, el tiempo está muy inclemente y debe Ud. cuidarse mucho.

Y volvió al tema de los funerales y á sus exageraciones sobre lo que había querido al capitán. Mucho más hubiera dicho, pues veía que con esto halagaba á Lady Nelson, pero un nuevo quejido de Dolores, ya más audible y alarmante, puso fin á la conversación. La joven había perdido el conocimiento y estaba pálida como un cadáver. Después de esto, continuó gravemente enferma por algunas semanas y no hubo quien no llegara á desesperar de su vida.

CAPÍTULO XI

En la primera semana de octubre, Lady Nelson se hallaba en su habitación favorita meditando con tristeza sobre el inexplicable estado de Dolores. Ésta se encontraba ya fuera de peligro; pero no había vuelto á ser la que antes era. Su tía la había llevado primero á Niza y luego á París, en donde habían permanecido quince días; pero nada había sido parte á levantar aquel ánimo abatido.

Lo que sucedía era un misterio: Dolores había sido siempre la alegría y la felicidad de la casa, y ahora vivía encerrada en su habitación sin hacer más que llorar.

De lo que sí estaba segura Lady Nelson, era de que en estas tribulaciones había algo más que el natural dolor que se siente por la muerte de una persona amada. Las penas de la juventud pasan pronto; pero las de Lola se agravaban más y más y esta consideración traía atribulada é inquieta á la bondadosa tía. Las mejillas de la joven habían perdido su incomparable tersura, el brillo de sus ojos se había apagado y el peso de una tristeza abrumadora se adivinaba hasta en sus menores movimientos.

Otra cosa que hacía cavilar á Lady Nelson era la extraña actitud de Juana, que no se desprendía un momento de su señorita y la miraba con una ansiedad que no explicaba.

—¿No crees, Juana, le preguntó un día, que la señorita está muy mala?

—Sí, miladi; creo que está más grave de lo que todos se imaginan.

—Entonces será preciso llamar al médico; si realmente está grave no debe faltarle la mejor asistencia. Yo he hecho cuanto he podido, pero ya no puedo más.

A Juana le aterraba la idea del médico; pero no pudo menos que contestar:

—Tal vez eso sería lo mejor.

Lady Nelson se creía muy desgraciada: profesaba á su sobrina el afecto de una madre, estaba orgullosa de su educación y de su carácter y había fundado grandes esperanzas en su belleza. Y de pronto, sin saber por qué, la vida de Dolores le parecía arruinada para siempre. Era increíble que sus desgraciados amoríos hubieran causado tal estrago, por más que hubiera amado con toda su alma al capitán Simón. Ya habían pasado muchas semanas desde el día de la catástrofe, y no se le veía recobrar lo perdido. Pálida, silenciosa y distraída, no se interesaba por nada de cuanto la rodeaba. No salía ni aceptaba invitación alguna y cuando algún amigo llegaba á Belmonte, siempre inventaba un pretexto para no dejarse ver.

Una tarde del mes de octubre, la ansiedad de Lady Nelson llegó á su colmo. Lola abandonó el salón y en vez de dirigirse á su cuarto, como de costumbre, se encaminó al prado contiguo al jardín. Lady Nelson la vió pasar.

—¿Qué tendrá esta criatura? se preguntó: hoy me parece más melancólica que nunca y temo que sus días estén contados. Mi bella Lola no es ya ni sombra de lo que fué.

La joven se dirigió hacia una encrucijada de castaños, en donde con frecuencia se había sentado en compañía de Luis. Lady Nelson la siguió y al acercarse la vió de rodillas, con el rostro cubierto con las manos. Se hallaba en uno de esos accesos de desesperación que ya le eran

inevitables y hablaba á su esposo como si estuviera allí presente para escucharla.

Lady Nelson se detuvo pálida y aterrada, como sintiendo la proximidad de un cataclismo.

—¡Luis! ¡Luis!; ¡te llamo y no me respondes! ¿Estás ciego para mis lágrimas y sordo á mis clamores? ¿Cómo pudiste dejarme sola con este terrible secreto? ¿Por qué no tienes piedad de mí? ¿Por qué no me tiendes los brazos y me llevas á tu lado?

Dolores se estremeció al sentir que una mano cariñosa se posaba sobre su hombro y creyó que su plegaria había sido oída, pero al volver la cabeza vió á Lady Nelson, que se inclinaba para abrazarla.

—Lola, hija mía, ¿qué significa esto? preguntó la dama con dolorosa emoción. Sin quererlo, he oído tus últimas palabras. ¿Qué quieren decir? Siempre he sido tu mejor amiga: ¿por qué no me revelas la causa de tu dolor?

—¡Ojalá pudiera! ¡Ojalá me fuera dado abrir á Ud. mi corazón! Pero tengo miedo, un miedo horrible y creo que nunca me atreveré á hacerlo.

Al oir estas palabras, Lady Nelson sintió oprimírsele el corazón. ¿Qué acontecimiento tan grave podía haber ocurrido? Ante aquella figura pálida y doliente, no cabía el enojo, y no había más recurso que la ternura y la paciencia para hacerle decir su secreto.

—Hija mía, dijo Lady Nelson: desde que somos como madre é hija, ¿has oído alguna vez de mis labios una palabra de cólera ó siquiera de reconvención?

—¡Nunca, tía! respondió Dolores, con presteza.

—Entonces, ¿por qué me temes ahora? ¿Por qué no merezco ya tu confianza? ¿Por qué se ha desvanecido la fe que en mí tenías?

—No es eso, tía: mi fe no se ha desvanecido ni he per-

dido la confianza en Ud. ¡pero tengo miedo! Ud. se horrorizaría y mi desgracia es tanta que no quiero hacerla mayor.

—No agregaré nada á tu desgracia ni oirás de mí un reproche. ¿Cómo puedes creerme capaz de agravar tus penas? Te amo con todo mi corazón y haré cuanto pueda por tu bien. Lola, confía en mí, como si fuera realmente tu madre.

Dolores temblaba de pies á cabeza. Lady Nelson la abrazó y dijo:

—¡Alma mía, confía en mí y nunca te arrepentirás!

—¡Oh tía! ¡Si no sé cómo contárselo! Tengo miedo. . . . Estoy avergonzada. No, no me atrevo.

—Bien, Lola: ¿hay alguna otra persona que te inspire más confianza? Dime quién es y la mandaré llamar, porque estoy resuelta á hacer cuanto sea preciso por tu bien y no quiero obligarte á que me hagas una confidencia contra tu voluntad.

Á estas palabras Dolores cayó de rodillas á los pies de Lady Nelson:

—No, tía; no es eso: en Ud. he puesto todo mi amor y toda mi confianza. Pero ¿no puede Ud. imaginárselo, Ud. que también amó?

—Tengo miedo de imaginármelo, Lola; estoy confusa y aturdida y no me atrevo ni á pensar. Desde luego, esto no tendrá relación con el capitán; ¿no es así? Sé lo mucho que lo quisiste; pero yà ese dolor debe de haberse mitigado.

—Tía, ¿no sospecha Ud. la verdad? El capitán Simón nunca amó á Lady María. Cuando ella hablaba con tanta calma de él y de su dolor, mi corazón se hacía pedazos. ¡Yo sé que no la amaba!

—Entonces la estaba engañando, repuso Lady Nelson; pero en el acto se arrepintió de haber dicho esas palabras, porque comprendió el daño que hacían á su sobrina.

—El capitán Simón nunca engañó á nadie, querida tía, dijo Dolores con dignidad. El objeto de su viaje á Vernón no fué arreglar el matrimonio, sino notificar á Lady María que nunca se casaría con ella. ¿No adivina Ud. la razón?

—Porque te amaba á ti.

—Mejor, ó peor que eso, dijo Dolores; mejor ó peor; no lo sé.

—¿Qué quieres decir, Lola? ¡No me martirices; habla!

—El capitán iba á decir á Lady María que no podía casarse con ella, porque . . . porque ya estaba casado.

—¡Casado! ¿Luis Simón, casado? Eso no es posible.

—Ésa es la pura verdad. Ahora, tía, ¿no sospecha Ud. lo demás?

—¡Santo cielo! ¿querrás darme á entender que eras su esposa?

—Sí; yo era su esposa. Perdóneme Ud. tía, y no se enoje. Le amaba tanto, que no pude resistir . . . ¡y él me amaba tanto!

La agitación de Lady Nelson era tan grande que por un rato no oyó lo que su sobrina seguía hablando. Al fin dijo:

—¿Conque tú, á quien yo creía una niña; tú, á quien he amado como á una hija, te habías casado sin mi consentimiento? . . . Cuéntamelo todo, agregó después de una pausa. Hija mía, esto es peor de lo que me había imaginado.

Y todavía de rodillas sobre el césped, á los pies de su tía, Dolores refirió la breve y dulce historia de su amor,

su matrimonio y su permanencia de una semana en Elmira, en ese breve paraíso de su vida.

—¡Y yo ni siquiera llegué á sospechar lo que pasaba! ¡Ah! si lo hubiera sabido, te habría salvado. Ahora, si esta historia llega á conocerse, Lola, tu existencia está arruinada para siempre. El capitán cometió una iniquidad al engañarte así, porque tú no eres más que una niña. ¡Oh, si esto se sabe, nunca más me atreveré á levantar la frente!

—Esto no tiene porque saberse, tía. El sacerdote que nos casó era muy anciano y apenas se daba cuenta de lo que hacía. Precisamente en uno de los periódicos del norte leí hace poco que había muerto, lo que no me sorprendió. De las cuatro personas que asistieron al matrimonio, dos no existen ya, y con las dos que les sobreviven, el secreto está seguro.

—¿Quiénes son?

—Mi doncella Juana Míller y yo.

—¿Juana Míller? ¿Es decir que Juana poseía este horrible secreto y me lo ocultaba?

—No es culpa suya, tía, porque se vió obligada á jurar que nunca lo revelaría.

—¿No es culpa suya? ¡Ah, Lola, cómo te ha cegado el amor! Juana llevaba la misión de cuidarte. Su deber era haber evitado ese matrimonio, haberme llamado, ó por lo menos habérmelo dicho todo á su regreso.

—No podía hacerlo, y Ud. no debe culparla. Resistió lo más que pudo y no cedió sino al verse en presencia de lo inevitable. ¡Ah, tía! ¿me perdonará Ud.?

—¿Perdonarte? ¡Pobre hija mía! Mi corazón sufre por el tuyo; pero no puede perdonar al que te indujo á tan fatal error. Si esto llegara á saberse, abandonaría á Inglaterra para siempre.

La calma de la desesperación se pintaba en el rostro de la joven. Hasta allí sólo había contado la mitad de su historia. . . . ¿Qué haría? Si la primera parte había producido tal efecto, ¿qué sucedería con la segunda? Lady Nelson comprendió la perplejidad angustiosa de su sobrina, y dijo:

—Tienes algo más que contarme, Lola.

—Sí, tía; pero déjeme abrazarla y ocultar el rostro en su pecho para decirle lo demás.

Dolores inclinó la frente sobre ese pecho que había sido siempre su refugio y murmuró unas cuantas palabras.

Lady Nelson lanzó un grito de dolor y espanto, pero luego abrazó cariñosamente á su sobrina. En su corazón dominaban dos sentimientos opuestos: el uno de amor y conmiseración hacia la desgraciada joven y el otro de viva indignación contra el autor de tantos males.

—No te culpo, dijo, porque aun no pasas de ser una niña, llena de candor y de inocencia; pero el hombre que te enseñó á engañarme merecía el desastroso fin que le cupo.

Un grito de angustia se escapó de los labios de Dolores.

—¡Tía! exclamó: acrimíneme Ud. cuanto quiera, pero no diga una sola palabra contra él, porque yo lo amo muerto tanto como lo amé vivo. ¿Me complacerá Ud.?

—Sí, pobre hija mía: no volveré á decir nada.

—Tía, pero Ud. debe ayudarme, porque no sé lo que tengo que hacer. ¡Hágalo por la memoria de mi madre!

—Sí, Lola, haré por ti cuanto esté á mi alcance, no sólo por la memoria que has evocado, sino por ti misma y porque te amo. Confía en mí, que no te abandonaré mientras viva.

Durante media hora más, tía y sobrina siguieron hablando á la sombra de los árboles, y al fin Lady Nelson supo la historia del matrimonio de Dolores, con casi todos sus detalles.

—Si esto llegara á saberse, dijo de nuevo, tu existencia sería desgraciada para siempre. Nadie creería en tu matrimonio, después de que Lady María ha presidido el duelo en los funerales del capitán.

—Pero mientras exista el libro de registros de la iglesia, el hecho se puede comprobar.

—Sí, si cada cual se toma el trabajo de ir á examinarlo. Ya me imagino las sonrisas, el sarcasmo y la burla con que se acogería tu historia: nadie le prestaría fe, convéncete, Lola. Al principio pensé en que era necesario guardar el secreto para no comprometer tu porvenir, mas ahora digo que ese secreto vale más que tu vida, y que debes preferir morir á dejarlo conocer.

—Así lo creo yo también; pero sucede, tía, que no puedo morir cuando quiera. Si por mí hubiera sido, habría dejado de existir la misma mañana en que Ud. me dió la noticia fatal.

Á estas palabras, la escena á que Dolores se refería revivió en la memoria de Lady Nelson. El síncope de su sobrina y la extraña conducta de Juana se explicaban muy bien. Un niño lo habría sospechado todo, pero ella había hecho el triste papel de un ciego. ¿Podía haber algo más inexplicable?

Lady Nelson reflexionaba buscando la mejor salida para tan ardua situación. ¿Cómo evitar las terribles consecuencias de la imprevisión de Dolores? Y ¡qué cúmulo de circunstancias! Un matrimonio secreto, la muerte del sacerdote que ofició en él, la catástrofe ferroviaria en que

pereció el esposo, la presencia de la supuesta novia en los funerales . . . ¿qué mejor tema para una novela inverosímil? ¿Y el desenlace final, que estaba por verse? . . . Eso era lo peor de todo.

Al fin de largas meditaciones Lady Nelson empezó á ver claro. Un día entró en el cuarto de Dolores y le dijo:

—La situación es muy embarazosa, pero no omitiré esfuerzo por sacarte con bien, siempre que me hagas una solemne promesa.

—La que Ud. quiera, tía, respondió Lola.

—Prométeme solemnemente, como si se tratara de un juramento, que si te ayudo á conservar tu secreto, nunca en tu vida ¡nunca! comunicarás á persona alguna tu matrimonio ni nada de lo que me has contado.

La joven hizo la promesa y fué fiel á ella hasta el día en que no podía serlo más sin traicionar á los vivos y á los muertos.

—Piensa bien en lo que has prometido, Lola. Reflexiona que si esto ha de saberse algún día, vale más que se sepa hoy mismo, porque si alguna vez se descubre que he ocultado tu error, yo seré el blanco principal de la maledicencia, y tú no saldrás bien librada.

—Tía, puede Ud. quedar tranquila: guardaré mi secreto hasta la tumba, tanto por el bien de Ud. como por el mío propio. Pero Ud. me salvará. ¿No es así?

—Sí, querida mía; haré todo lo que sea humanamente posible, y aun en medio de las tribulaciones que me afligen, confío en vivir lo bastante para verte tranquila y feliz, como estabas llamada á serlo y día llegará en que no nos acordemos más de nuestros dolores de hoy.

Ya Lady Nelson tenía trazado su derrotero y cuando se lo explicó á Dolores, ésta lo halló sabiamente combinado.

Desde aquella tarde Dolores comenzó á recobrar las perdidas fuerzas de su espíritu. Ya lo peor había sucedido, es decir, ya su tía conocía el horrible secreto y había prometido salvarla. Lo proyectado en su larga conversación se puso por obra. Lady Nelson fué á visitar á Lady Fóster y después de hablar de varios asuntos triviales, manifestó la angustia en que la tenía la quebrantada salud de su sobrina.

—¿Se acuerda Ud., dijo, de la grave enfermedad que padeció cuando se encontraba aquí Lady María Trévor? Desde entonces no ha vuelto á ser lo que antes era ni he tenido una hora de tranquilidad. Últimamente he pensado que tal vez le convendría viajar por algunos meses; pero no sé qué resolver. ¿Qué opina Ud., Lady Fóster?

—Me parece que eso será lo más acertado, aunque yo seré la perjudicada, porque me privaré de la grata compañía de Uds., por algún tiempo.

Lady Nelson consultó después á varias otras personas, entre ellas á sus principales amigas y á dos facultativos. De este modo, la gravedad de la sobrina y la inquietud de la tía llegaron á ser tema de conversación general. Todo el mundo hablaba de la enferma con interés y las visitas de las señoras del vecindario se hicieron frecuentes en el castillo. Cada una daba algún consejo sobre éste ó aquel reconstituyente, ó indicaba determinado lugar como el mejor para recobrar la salud.

—¡Oh, tía! ¿cómo hiciéramos para que se preocuparan de sus propios asuntos y nos dejaran en paz?

—Hija, de cualquier modo debemos agradecerles sus atenciones y sobre todo, conviene que de tu enfermedad se hable mucho, para evitar sospechas. . . .

Con el pretexto de su enfermedad, Dolores no recibía

visita alguna, y así se confirmaba la opinión general sobre lo delicado de su salud y sobre lo necesario de su viaje.

Entre Lady Nelson y Juana Míller había ocurrido una borrascosa explicación; pero la criada había sabido defenderse bien y salir airosa. La dama no sólo se rindió ante sus razones, sino que la hizo su confidente y resolvió llevársela consigo.

—¿Á dónde piensan ir primero? preguntó un día Lady Fóster á su amiga.

Lady Nelson, con gran naturalidad, le contestó que ella misma no lo sabía: ante todo iría á visitar á unos parientes que tenía en Londres y probablemente se guiaría por sus consejos.

—Me permito recomendarles á Mentón ó á Málaga, agregó Lady Fóster: cualquiera de esos dos lugares le sentaría muy bien á la señorita Martín.

—¡Ojalá! contestó con un suspiro Lady Nelson. Ya estoy convencida de que los aires de Belmonte no son buenos para ella.

CAPÍTULO XII

Contadas personas visitaban la tranquila aldehuela de Pomar, cuyas comodidades para los forasteros eran más que reducidas, bien que las habitaciones se conseguían á precios moderados. No había allí ni un hotel de importancia, pero sí un parquecito frecuentado por las gentes que iban de temporada. El único atractivo de la población era el mar.

Á esa tranquila aldea llegaron una mañana de febrero tres forasteras, que se dirigieron á casa de madama Peregrín, cuyas habitaciones de alquiler se consideraban como las mejores, según se les informó allí.

"Quinta de la Acacia.—Paseo del Sur.—Pomar." Tal era la dirección de madama Peregrín.

La más respetable de las tres recién llegadas, que dijo llamarse "la señora Nely," manifestó á madama Peregrín, que la joven que la acompañaba era su hija, "la señora de Simón," y la otra, su doncella, Juana Hernán, y solicitó tres habitaciones contiguas para una temporada de tres meses, por lo menos. El esposo de la señora de Simón se hallaba en América, pero iría á reunírseles allí á principios del verano. La señora Nely no tenía informes que dar, por carecer de relaciones en esa parte del país, pero pagaría anticipadamente un mes de pensión.

Madama Peregrín, con faz risueña declaró que nada

de eso era necesario, porque tenía el don de conocer á una señora á primera vista. La señora Nely tomó inmediatamente posesión de los cuartos que le gustaron.

—Mi hija está muy delicada de salud, dijo, y lo que buscamos aquí es tranquilidad y reposo. No tendremos visitas ni saldremos mucho.

Luego pidió informes sobre los médicos de la población. Había uno muy hábil, llamado el doctor Salón, y madama Peregrín opinaba que ni en Londres ni en París había otro que lo aventajara en conocimientos y pericia.

—¿Traen Uds. mucho equipaje?

—Sí; una cantidad más que regular.

Y á esta noticia el corazón de madama Peregrín saltó de gozo: ¡tenía en su casa á personas de calidad!

El cuarto más grande se destinó para la señora de Simón, la doncella se instaló en el inmediato y la señora Nely tomó otro muy claro, que daba al mar. Éste se designó primero para la señora de Simón, pero dijo que no quería estar oyendo toda la noche el bramido del viento y de las olas, lo que no fué muy del agrado de madama Peregrín.

—Las olas no braman siempre, dijo como si se tratara de cosa que le pertenecía: á veces su ruido es más dulce que el de la música.

—Para mí siempre braman, insistió la señora de Simón.

La dueña de casa creyó que su joven inquilina era melancólica en sumo grado, pero no obstante su antipatía por el mar, la encontraba bella, seductora y modesta como pocas.

—Si fuera mi hija, se dijo madama Peregrín, yo estaría siempre inquieta, porque esa criatura parece que está hecha para el cielo.

La buena mujer buscaba continuamente la oportunidad de dirigir alguna palabra afable á la señora de Simón.

—Qué pena será para Ud. el estar separada de su esposo en estas circunstancias, solía decirle; pero Ud. sólo debe pensar en lo feliz que será cuando lo vuelva á ver. Además, agregaba, dentro de poco el mundo tendrá para Ud. muy diferente faz.

Y cuando madama Peregrín se retiraba, la joven volvía á su acostumbrada evocación:

—¡Oh, Luis! ¡Tiéndeme los brazos y llévame á tu lado!

Durante algunas semanas vivieron allí en la mayor tranquilidad, hasta que al fin llegó el acontecimiento tan temido por Lady Nelson.

Una noche reinaba la mayor confusión en la quinta de la Acacia; por dondequiera había luces, y se oían pasos precipitados en las escaleras. El doctor Salón estaba allí, visiblemente alarmado y en el cuarto á donde no llegaba el ruido de las olas, Dolores Martín se debatía en brazos de la muerte. Lady Nelson, con las manos cruzadas sobre el pecho y llena de angustia, estudiaba las miradas del médico y seguía todos sus movimientos, como si de él dependiera todo el universo.

—Sí, sí, murmuraba: el cielo tendrá piedad. ¡Tan joven y tan bella! ¡No, no puede morir!

De los pálidos labios de la joven no salía más que esta plegaria:

—¡Tiéndeme los brazos y llévame á tu lado!

Al amanecer, el rostro del doctor se serenó y puede decirse que á Lady Nelson le volvió el alma al cuerpo cuando el hábil facultativo le dijo con una sonrisa que ya todo iba bien. Poco después, el doctor puso en los brazos de

la joven madre un tierno niño, á quien la desventurada cubrió de besos y de lágrimas.

Hacia el mediodía, Dolores llamó á su lado á Lady Nelson.

—Tía, le dijo: quiero que le demos el nombre de "Gabriel," porque se parece muchísimo al arcángel del cuadro que tenemos en casa.

Lady Nelson sonrió, sin contestar al oir á su sobrina y nunca llamó al niño de otro modo. Semanas después, por insinuación de ella misma, llevaron al recién nacido á la iglesia de la Santísima Trinidad, en la parroquia de Pomar, y lo bautizaron, dándole los nombres de "Gabriel, Luis, Simón." Lady Nelson juzgó que lo correcto era que en la partida bautismal constaran en debida forma los nombres de los padres, y así se hizo.

Esto, en su opinión, era un deber de conciencia y no ofrecía el menor peligro, porque por una parte, el apellido Simón no era de los más raros y por otra, era casi imposible que alguno de sus conocidos llegara á examinar un día los libros parroquiales de Pomar. Así, el nombre de Gabriel, Luis, Simón quedó inscrito en el registro.

Grande era el amor de la joven madre por su hijo. La pena de su corazón se había hecho llevadera y las plegarias de muerte no habían vuelto á mover sus labios. Un día, Lady Nelson la encontró arrodillada al pie de la cuna, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Tía! dijo Dolores, ¡si Luis lo hubiera visto! Murió sin conocer la mayor felicidad de la vida.

Lady Nelson contestó con una sonrisa de asentimiento.

—¡Tía! exclamó Lola en otra ocasión, como si la asaltara un pavor repentino: pero Ud. nunca nos separará, ¿no es cierto?

—Nada podemos decir todavía, Lola. Aun no sabemos cómo tendremos que arreglarnos más tarde; pero de lo que puedes estar segura es de que mis actos nunca tendrán otra mira que tu felicidad.

Durante algunas semanas, Dolores fué completamente dichosa con su niño. Lady Nelson se quedaba á veces estática contemplando la ternura con que lo acariciaba y las dulces frases que le dirigía, y cuando lo alzaba en brazos é inclinando la cabeza lo cubría con sus magníficos cabellos, pensaba que no había pintor alguno que pudiera copiar un cuadro semejante. No, no era posible separarlos todavía; había que otorgarles un año, por lo menos, y bien mirado, un año no era mucho. ¡Pobre Dolores! Después de tantas amarguras, bien merecía disfrutar un año de felicidad al lado de su hijo.

Cuando Lady Nelson comunicó esta determinación á su sobrina, su alegría fué inmensa. Un año le parece á la juventud mucho tiempo.

Mientras todas sus amigas se imaginaban á Lady Nelson y á Dolores viajando por el continente europeo, las dos vivían tranquilas y seguras en la ignorada aldea de Pomar. El plan de Lady Nelson era que Dolores permaneciera allí un año más con el niño. Confiaría luego éste á Juana Míller, á quien se proveería de todo lo necesario para su crianza y educación y Dolores podría verlo de cuando en cuando, pero no con mucha frecuencia, para no exponerse á que descubrieran su secreto.

Juana había perdido hacía poco un hermano viudo. ¿Qué más sencillo y natural que hacer aparecer á Gabriel como sobrino é hijo adoptivo de la fiel doncella? Dolores tenía que aceptar esta combinación ó renunciar á su porvenir y esto último no podía suceder, porque Lady Nelson con-

tinuaba firme en su propósito de hacer "grande y dichosa" á su sobrina.

Además, todos los amigos de la familia conocían el afecto que la señorita Martín profesaba á su doncella y nadie hallaría extraño que fuera á visitarla de vez en cuando y se interesara por su hijo adoptivo.

CAPÍTULO XIII

En la lista de nombres presentada á Su Majestad en la última recepción de la temporada, figuraba éste:

"Señorita Dolores Martín.—Por la Duquesa de Manton."

Sin esfuerzo alguno de su parte, Dolores fué desde el primer momento el encanto de las mujeres y la idolatría de los hombres.

Su vigorosa naturaleza había salido triunfante de la tremenda lucha que había sostenido contra la muerte y el dolor y estaba entonces mucho más bella que cuando la había conocido el capitán. Sus formas, antes casi infantiles, se habían desarrollado con todo el vigor de la mujer; pero su corazón estaba consagrado á su esposo muerto y á su hijo ausente. Esto la hacía indiferente á cuanto la rodeaba y esa indiferencia era su mejor atractivo.

Difícil le fué á Lady Nelson, cuando debió hacerlo, separar á la madre y al hijo. Dolores se resistía tenazmente, porque según decía, ya nada le importaba en el mundo, fuera de Gabriel. Al fin, Lady Nelson logró convencerla.

—Después de todo lo que he hecho por ti, le dijo, justo es que tú también hagas algo por mí. Respecto de Gabriel, bien sabes que nada tienes que temer. Yo lo adoptaría ahora mismo como hijo mío, si eso no diera margen á maliciosas interpretaciones. Además, no hay necesidad de ese requisito para que sea feliz al lado de Juana Míller.

Dios solo sabe cuánto sufrió la infeliz madre al principio de la separación. En medio de la noche se despertaba llorando y echaba de menos aquellas manecitas tan queridas, aquellos cabellos de oro que eran su deleite, aquella voz argentina que ya principiaba á modular su nombre y el rostro angelical que le sonreía tan dulcemente. Entre el bullicio y esplendor de los salones, el aire melancólico de Dolores no desaparecía.

—Señorita Martín: su sonrisa parece un suspiro y un suspiro suyo una sonrisa, le dijo cierta vez uno de sus admiradores, y ella misma reconoció que esa era la verdad, aunque no contestó nada.

Nadie hubiera creído que tan joven como era, hubiera pasado ya por las más duras tribulaciones de la vida. Cuando sus ojos parecían absortos en la contemplación de las animadas y cambiantes escenas de la corte, ¿quién hubiera imaginado que su corazón lloraba sobre un sepulcro ó velaba junto á una cuna?

Se dirá que de parte de Lady Nelson era una crueldad ese empeño de arrancar al niño de los brazos de la madre, pero hay que tener presente que la aristocrática dama, en medio de su bondad, no pecaba de sentimental ni de idealista, sino que miraba el mundo por su lado práctico. Sus intenciones eran buenas y á ellas ajustaba sus actos. La ligereza de Dolores había sido un incidente desgraciado y lo mejor que podía hacerse era no hablar más de él y olvidarlo para siempre.

Según lo había previsto Lady Nelson, Lord Minto se enamoró de su sobrina, en cuanto la vió.

Godofredo, conde de Minto, era uno de los más ricos Pares del reino y sin duda alguna el novio más aceptable entre todos los de Inglaterra. Su renta pasaba de medio

millón de pesos al año. Poseía valiosas minas en Cornwall y era uno de esos hombres excepcionalmente afortunados que parecen convertir en oro todo lo que tocan.

Era hermoso y de distinguida presencia y aunque todavía joven, infundía respeto aún entre el círculo más estrecho de sus amigos. Sus maneras acusaban reserva y dignidad y nadie podía preciarse de obtener su confianza íntima. Siempre expresaba con moderación sus opiniones, pero éstas eran invariablemente acertadas y rectas. Era prudente, benévolo y caritativo, pero justo hasta la severidad: si un arrendatario le debía, era forzoso que le pagara, pero si otro necesitaba dinero, el conde se lo prestaba sin hacer objeción alguna. No conocía la ruindad ni la avaricia. Más de una vez había hospedado á la familia real en su castillo de Derby; y ahora este gentilhombre á quien todo el mundo rendía vasallaje, era esclavo de las gracias de aquella beldad de cabellos de oro, cuyo corazón estaba sepultado en una tumba.

La indiferencia de Dolores fué lo que más le sedujo. Á la joven no le importaban ni sus atenciones ni su retraimiento, y el conde estaba acostumbrado á ser acogido dondequiera, de muy diferente modo: las damas se desvivían por él, y jóvenes y viejas, rubias y morenas le prodigaban sus mejores sonrisas y sus más expresivas miradas. Cuando se acercaba á un grupo femenino, todos los corazones palpitaban de esperanza ó de temor, menos el de Dolores, que era extraño á todo lo que no fuera la memoria de su esposo y el amor de su hijo. Este desprendimiento no estudiado, era el más poderoso incentivo para el conde. Todo el mundo veía su apasionado interés por Dolores y la rara indolencia con que ésta acogía su entusiasmo.

Cuando Lord Minto llegó á convencerse de que su amor no era ya un capricho sino una pasión avasalladora, se dirigió á Lady Nelson y le pidió permiso para proponerle el matrimonio á su sobrina. No era éste el caso vulgar de aprovechar una oportunidad para murmurar un romántico "yo te amo." En la corte, estos asuntos corren á cargo de la diplomacia.

El conde estaba apasionado aun mucho más de lo que puede estarlo un hombre que se siente seguro de lo que vale por sí mismo. Sus fincas, su fortuna casi fabulosa, su alta alcurnia, todo lo hubiera dado por una sonrisa de la esquiva hermosura. Y la sola idea de que pudiera ser desechada su petición, hacía temblar á ese hombre, el más popular, más noble y más rico de Inglaterra.

Había llegado el momento supremo tan anhelado por Lady Nelson.

—Ud. puede contar con mi buena voluntad, dijo la dama.

Lord Minto no sabía cómo proseguir, pero al fin dijo:

—¡La señorita Martín es tan joven y parece tan susceptible! ¿No sería mejor, miladi, que Ud. le hablara primero?

—Si Ud. lo desea veré si se siente inclinada al matrimonio; pero Ud. habrá observado que la señorita Martín no se parece absolutamente en nada á las jóvenes del día.

—Sí, miladi: todo en ella es excepcional: su belleza, su gracia y la adorable sencillez de su carácter.

Cuando Lady Nelson habló á Lola de este grave asunto, la respuesta fué la que temía:

—¡Ah, tía; es demasiado pronto! ¡Todavía me duele el corazón!

—Pero, ¿te gusta ó no Lord Minto?

—Sí, tía; Lord Minto tiene mil distinguidas cualidades, pero después de Luis, todos los demás hombres son sombras para mí. ¡Ya no puedo amar á otro!

—Ni yo pretendo que vuelvas á amar como amaste un día; así no se ama más que una vez. Creo sin embargo que debes meditar bien lo que haces antes de desechar al conde. Como condesa de Minto tu posición sería una de las más elevadas de Inglaterra. No por esto creas que pretendo violentar tus sentimientos, y sólo agregaré que ningún hombre podría amarte más de lo que te ama el conde.

El resultado de esta conferencia fué que Dolores principió á mirar con mejores ojos á Lord Minto, quien por su parte no creyó prudente apremiarla ni precipitar los acontecimientos.

La próxima vez que volvieron á verse el conde y Lady Nelson, ésta le manifestó que no tenía grandes esperanzas que darle; pero que al mismo tiempo no había motivo para desesperar.

—Puesto que Ud. no me trae una negativa absoluta, dijo el conde, me considero como el hombre más feliz del reino. Ahora sólo me queda el tratar ganarme su buena voluntad.

Cuando el conde y Dolores se encontraron de nuevo, ésta quedó sorprendida de la galante cortesanía de aquél.

—Señorita Martín, le dijo: Ud. ha sido conmigo mil veces más bondadosa de lo que merezco. No diré una palabras más si Ud. me promete acordarse de que en el mundo hay un corazón completamente consagrado á Ud.

—¡Lo prometo! fué la respuesta.

Aquella misma tarde, Dolores se presentó ante Lady Nelson, espléndidamente vestida y radiante de belleza.

—Tía, le dijo, cuando una mujer entierra su corazón en el sepulcro de un ser á quien amó más que á su vida ¿qué puede ofrecer en su lugar al hombre que la ama?

—¡Honor, respeto y estimación! respondió Lady Nelson.

CAPÍTULO XIV

Largo tiempo se habló de aquella boda, que por su esplendor y magnificencia superó á cuanto se esperaba. La belleza de la novia y la varonil hermosura del novio fueron objeto de admiración general. Los diarios publicaron pomposas descripciones de la ceremonia y el acontecimiento fué tema inagotable para muchos días.

Lady Nelson estaba en sus glorias: el ensueño de su vida se había realizado. Como tía de la bellísima condesa de Minto, su posición apenas era inferior á la de la condesa misma. Su previsión y su constancia habían triunfado.

Ese día, Dolores estuvo realmente admirable; pero ¿quién sabía lo que pasaba en su interior? Su palidez y sus lágrimas mal reprimidas parecían propias de la ocasión, pero no obedecían á las emociones del momento sino al recuerdo de lo pasado. Por Lord Minto, sentía un afecto respetuoso, tanto en homenaje á su elevado carácter, como por gratitud á su noble pasión; pero el amor que embellece la existencia y hace de ella un idilio, había muerto para siempre en el corazón de Dolores.

Los novios fueron á pasar la luna de miel á Edimburgo. El conde pensó primero en París, pero la novia dijo que en la capital de Francia se aburría siempre; después mencionó el distrito de los Lagos, en donde tenía una propiedad valiosa. Dolores se estremeció y sin detenerse á meditar dijo:

—No, no. ¡Á Edimburgo!

Y eso no porque tuviera especial interés por esa ciudad, sino porque ése fué el primer nombre que se ofreció á su imaginación.

La temporada fué tranquila y feliz. El amor del conde á su esposa no conocía límites, como tampoco los conocían su liberalidad y su nobleza. Á medida que transcurría el tiempo crecía la estimación de Dolores por su esposo, porque éste era uno de esos hombres que por mucho que brillen en sociedad, son mejor conocidos y apreciados en la vida doméstica. Sus buenas maneras, su desprendimiento y su delicado tino, hacían de él un compañero agradable y jovial.

Poco á poco la condesa fué interesándose de nuevo por la vida. El conde, además de ser un cumplido caballero, poseía una vasta ilustración, era muy adicto á la lectura y se distinguía por lo ameno y florido de su conversación. Dolores comenzó á interesarse también por sus estudios, por sus libros y por sus ideas, y aunque él reconocía la brillantez de su talento natural, se admiraba de la facilidad con que se posesionaba de asuntos que á él mismo le parecían arduos.

—Lola, le dijo un día: creo que tú y yo seremos siempre buenos compañeros.

La joven lo miró con alguna sorpresa.

—¿Buenos compañeros? repitió: ¿y no lo son siempre los que se casan?

—No, repuso el conde: contadas son las esposas que como tú, acompañan á su esposo con tan buena voluntad y entusiasmo por los senderos de la vida. Casi todos los casados toman á poco tiempo por diferentes vías; pero creo que para nosotros no habrá más que una sola, y ben-

digo á Dios por haberme dado una compañera que me hace hoy doblemente amable lo que siempre he amado.

Después de pasar un mes en Edimburgo, los esposos se dirigieron al castillo de Derby, que era la residencia señorial de los condes de Minto. Allí les aguardaba un espléndido recibimiento, que fué una sorpresa para ambos.

Hasta entonces Dolores no se había dado cuenta exacta del alto rango á que había llegado por efecto de su matrimonio. Sabía que como condesa de Minto, figuraba en primera línea entre la nobleza de Inglaterra; pero no empezó á comprender sus responsabilidades hasta que vió los centenares de personas que le daban la bienvenida, como á una reina que fuera á tomar posesión de sus dominios. Esa multitud de hombres, mujeres y niños que la aclamaban con el corazón henchido de esperanza, estaba ligada á ella por un interés común. Ése era un nuevo lazo que la ataba á la existencia.

Entre los arcos de flores, los alegres repiques de las campanas y el alborozo de la muchedumbre, la condesa de Minto llegó hasta las puertas de su espléndida morada, rogando á Dios, desde el fondo de su corazón, que le diera el acierto necesario en su nueva vida.

Dolores quedó agradablemente sorprendida ante la magnificencia y esplendor del castillo de Derby, al cual se llegaba por dos magníficas alamedas, situadas la una al norte y la otra al sur. Al extremo de cada una había una casa destinada para el respectivo guardabosque y su familia. La apariencia exterior del castillo era de lo más imponente, las habitaciones espléndidas, las terrazas anchísimas y los departamentos reservados para la familia real no eran inferiores á los de los más afamados palacios europeos.

El conde guió á su esposa de cuarto en cuarto, de salón

en salón, enseñándole cuanto contenían, contándole lo ocurrido en cada uno y terminada la larga excursión le dijo:

—Ahora, amada mía, ya has visto los retratos de todas las generaciones de los Mintos: esta gran familia es tu familia, y esta casa solariega de mis mayores, es tu casa.

Dolores comprendió que ya no era la señorita Dolores Martín, la muchacha crédula y sencilla, ni tampoco Dolores de Simón, la apasionada y joven esposa, sino la condesa de Minto, de una noble y antigua raza, cuyo honor se le había encomendado.

Una mañana, cuando Lord Minto se hallaba en su biblioteca entró la condesa.

—Godofredo, dijo, quiero que me hagas un gran favor. Me han dicho que ha muerto la señora Bel, la que guardaba la alameda del sur: ¿es cierto?

—Sí; murió ayer, respondió el conde con gravedad.

—¿Y has pensado ya en la persona que ha de reemplazarla?

—Todavía no, Lola; generalmente damos esos puestos á algún antiguo y leal servidor.

—Así me lo imaginaba, dijo la joven, y su rostro se iluminó.

Luego se acercó al conde y poniéndole blandamente la mano sobre el hombro, le dijo:

—Voy á pedirte un favor, Godofredo. Nosotras . . . esto es, mi tía y yo teníamos una criada muy fiel, que se separó de nuestro lado hace pocos años. Creo que es la persona más adecuada para ese puesto, y me permito pedírtelo, si no tienes inconveniente.

—¡Concedido! exclamó el conde, y agregó: tenía otro candidato, pero no importa, pues no faltará otro puesto que darle.

—Mil gracias. Para mí será un placer el ver á Juana

Míller de vez en cuando, porque la quiero mucho. ¿Puedo escribirle que venga inmediatamente?

—Desde luego, y puesto que te interesas por ella, se le aumentará el salario. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta años.

—¿Es casada? ¿Tiene familia?

—No es casada, pero tampoco vive sola. Tiene un hijo adoptivo . . . creo que es sobrino suyo. . . . Sin duda lo traerá consigo.

—Muy bien, dijo el conde. Éste es asunto arreglado.

Dolores se retiró y se puso á contemplar los verdes árboles del parque, que en ese momento el sol iluminaba con rayos de oro.

CAPÍTULO XV

(Habla Gabriel Míller).

De lo primero que me acuerdo, es de una modesta casa de piedra, cubierta de enredaderas y rodeada de árboles y flores. Más tarde supe que se llamaba "la casilla del Sur."

Juana Míller, á quien entonces yo creía mi madre, era todavía una mujer hermosa, de tersas mejillas y de blanquísimos dientes. Siempre estaba vestida de negro y usaba un delantal blanco, invariablemente limpio. Me quería con tal pasión y me trataba con tal bondad, que nunca tuvo para mí una palabra dura ni una mirada de enojo.

Una tarde mi madre me llevó á un cuartito, que después fué mi paraíso, y allí me acostó en una cama blanda y primorosa, desde donde se alcanzaban á dominar las copas de los árboles y se veían los pájaros que sobre ellas revoloteaban. Creo que en aquellos momentos se ponía el sol, porque el verde de las hojas reflejaba un color de oro. Por un rato contemplé la belleza del paisaje, pero pronto me dormí, arrullado por el susurro de la brisa entre las hojas y por el canto de las aves.

Cuando desperté ya era de noche. Junto á mi cama estaba mi madre, de pie, con una vela en la mano y á su lado una señora alta y muy bella, de cabellos hermosísimos y ricamente vestida.

Al ver que me había despertado, cayó de rodillas al pie

de mi cama, me tomó en los brazos y me besó hasta dejarme casi sin respiración.

—¡Amor mío! ¡mi tesoro! ¡mi Gabriel! exclamaba y volvía á besarme con más entusiasmo.

Sus mejillas estaban empapadas de lágrimas y sus hermosos ojos lloraban y reían á un mismo tiempo.

—¡Amor mío! repetía ¡cuán bello eres! Míralo Juana: ¡qué ojos, qué cabellos! ¡Háblame, Gabriel!

—¡Por Dios, miladi! dijo mi madre con manifiesta inquietud: piense Ud. lo que está haciendo.

La dama movió la cabeza con aire benévolo y dijo:

—Tienes razón, Juana, es una imprudencia. Pero, ¡qué quieres! No siempre es posible medir las palabras.

Y volvió á besarme una y otra vez y á estrecharme contra su pecho.

—Gabriel, dime: "Yo te amo."

—¡Yo te amo! repetí con alegría.

Y entonces, sin que yo me explicara la razón, principió á llorar amargamente y á hablar de la manera más extraña: no se dirigía á mi madre ni á mí, sino á algún otro ser, imaginario ó ausente.

—¡Oh, perdido amor mío! ¡Quién pudiera volverte á ver sólo por un momento, y mostrarte á tu Gabriel!

—Miladi, dijo mi madre con gravedad: Ud. no reflexiona que Gabriel tiene ya edad suficiente para darse cuenta de las cosas.

—¡Cómo! ¿cuántos años tiene?

—Más de cuatro; y es demasiado precoz.

Entonces la dama besó á mi madre y le dirigió palabras llenas de cariño y bondad. Yo me senté en la cama y me puse á escuchar la conversación, pero no pude entender lo que hablaban.

—No vendré con mucha frecuencia, te lo prometo,

Juana: puedes confiar en mí. Si no estuviera tan segura de mí misma, no te habría hecho venir. Ésta es la primera vez que lo veo después de diez y ocho meses, esto es, desde que me casé, y no debe sorprenderte mi emoción.

Mi madre contestó algo en voz baja: sin duda una amonestación, á juzgar por la expresión de su fisonomía.

—Te lo prometo . . . te lo prometo, dijo la dama: ¿pero no te parece encantador? Nunca he visto una cara tan linda.

Luego tomó una de sus trenzas y la acercó á mi cabeza:

—Apenas se nota la diferencia: el cabello de Gabriel es de color de oro pálido, casi como el mío. ¡Ah, cuán feliz soy ahora! ¿Quién podría haberse imaginado que esto terminaría tan satisfactoriamente?

—Pero miladi, debe proceder con más prudencia: esto es peligroso.

—Así lo haré después; mas por ahora no debes ser severa conmigo. ¡Ay, Juana! Todo revive en mi memoria: aquel loco y dulce amor, que no ha sido superado por otro ninguno y aquella semana de inmensa felicidad. No, no te inquietes; cuando vuelva será de puntillas para verlo dormido. Mira, con este chal (se refería al que llevaba en el brazo) ocultaré mi traje y mis joyas. Y ahora te daré gusto y me iré.

Y diciendo esto volvió hacia mí, me estrechó en los brazos hasta ahogarme y me llenó de besos. La miré con cariño, y ya dueño de mí mismo, le pregunté.

—¿Volverá Ud. pronto?

—Sí, vida de mi vida y te traeré una cajita de soldados, una pelota y varios otros juguetes.

—Miladi, dijo mi madre con tono de reconvención: ¿no cree Ud. que eso será una imprudencia?

—No, Juana; será una dulce travesura.

Cuando se retiró, la obscuridad del cuarto me pareció más profunda y pronto me dormí soñando con aquel cabello de oro y aquel rostro que á mí me parecía divino.

Mi madre nunca me alentó á que dirigiera la palabra á la bella señora que aquella noche había ido á visitarme; pero estoy seguro de que volvía á verme con frecuencia, pues no era raro que al despertar por la mañana, encontrara golosinas y juguetes al lado de mi cama, y cuando preguntaba á mi madre quién me los había llevado, movía la cabeza con disgusto y no me contestaba.

No recuerdo haber vuelto á ver á la misteriosa y adorable dama, hasta que ya, bastante crecido, me dejaban vagar solo, por los parques inmediatos. Creo que entonces tendría ya ocho años. Cierto día que estaba sentado en una encrucijada, al pie de un haya, la vi que se acercaba por una de las veredas que conducen al río. Tan bella apareció á mis ojos, que la creí una aparición. Iba vestida de azul y llevaba un sombrero adornado con hermosas plumas de avestruz.

Caminaba distraída; pero de repente volvió los ojos y me miró: en su rostro se pintó una palidez mortal; mas pronto pareció dominar su emoción y acelerando el paso, corrió á arrodillarse sobre el césped, al pie del tronco en que estaba sentado, y me abrazó con una ternura y un ardor para mí desconocidos.

—¡Oh, Gabriel, mi Gabriel! exclamó: hace una eternidad que no te veo. He estado viajando mucho tiempo por tierras lejanas; pero ni un instante he dejado de pensar en ti. ¿No sabías que estaba ausente?

—No, le respondí: yo no sé quién es Ud.

Á estas palabras mías, su plácido rostro cambió de aspecto, los ojos se le llenaron de lágrimas y exclamó entre sollozos:

—¿No sabes quién soy? ¡Qué bien me castiga la voz de tu inocencia!

Volvió á abrazarme y el llanto que rodaba por sus mejillas, dejó humedecidas las mías.

—¿No sabes quién soy? agregó; ¿no conoces el castillo, la casa grande que llaman el palacio Minto?

—No, contesté: no conozco nada fuera de la casilla del Sur.

—Bien; más allá de esos árboles que ves allí hay una gran casa, que se llama el palacio ó el castillo de Minto: allí vivo yo.

—Y ¿ésa casa es de Ud.? pregunté con curiosidad.

—Sí, en parte. Allí vivo y ésa es mi casa, y yo me llamo Lady Minto. ¿Podrás repetir ese nombre?

—¡Ah, sí! repuse, algo herido en mi infantil dignidad: Lady Minto.

—Muy bien dicho: yo soy Lady Minto.

Tenía una vaga noción de que no la veía hacía mucho tiempo, y creo que esto fué lo que me dió valor para hacerle otra pregunta.

—Y Ud. ¿por qué me quiere y por qué me besa?

—Una vez . . . hace ya muchos años . . . conocí á un muchachito como tú, con el mismo bellísimo cabello y los mismos ojos. . . . Lo amaba con toda mi alma y como te pareces tanto á él, te amo lo mismo.

—¿Cómo se llamaba? le pregunté con celos.

—Su nombre no te interesa. Te bastará saber que lo adoraba y que á ti también te adoro. Desde hoy volveremos á vernos con frecuencia; pero tengo que exigirte una cosa y es que no le cuentes á nadie que Lady Minto te quiere tanto y te besa siempre.

La exigencia era fácil, como lo fué mi respuesta. Sin

embargo, alcancé á darme cuenta de que esta promesa nos unía á los dos más estrechamente.

Después de aquel día volví á ver á Lady Minto con mucha frecuencia. Á veces solía decirme:

—Oye, Gabriel: mañana iré á dar un paseo por el parque de los ciervos; hacia el medio día, dirígete allá y nos encontraremos.

Y siempre que así nos encontrábamos me llevaba alguna cosa que me llenaba de alegría. Mi madre no ignoraba nada de esto, y lo único que me decía era:

—Cúidate mucho de no dirigir la palabra á la condesa de Minto cuando esté en compañía de alguna otra persona.

Esto yo lo practicaba por instinto, sin necesidad de que mi madre me lo advirtiera, y dos veces que la había encontrado acompañada, me había mirado de tal modo, que parecía decirme:

—No está en mi mano, Gabriel: no puedo detenerme á besarte, pero te amo más que nunca.

Y la próxima vez que volvíamos á vernos, extremaba su solicitud por mí, como para resarcirme de lo que yo hubiera podido creer que era indiferencia ó desamor.

Una mañana estaba sentado en uno de los parajes menos concurridos del bosque, donde los pájaros revoloteaban con más libertad y cantaban con más dulzura que en cualquiera otra parte del castillo. Niño como era, ya conocía los nombres de todos los pájaros; los guardabosques eran bondadosos conmigo y me enseñaban todo lo que quería saber.

En el bosque había entonces una inmensidad de currucas que imitaban perfectamente el canto de los ruiseñores,

á tal punto, que á veces no se podían distinguir unas de otras. Ese día estaba yo absorto escuchando el trino de uno de esos pajaritos, cuando sentí que una mano se posaba sobre mi hombro.

Alcé los ojos y me encontré en frente de Lady Minto.

CAPÍTULO XVI

—Gabriel, me preguntó Lady Minto: ¿en qué estabas pensando? Hace una hora estoy allí sentada observándote, y me parece muy extraño el ver á un niño de tu edad sumido en tan profunda meditación. Dime, ¿en qué pensabas?

En presencia de la condesa me sentía perfectamente tranquilo, y aunque era naturalmente reservado con los extraños, mi corazón estaba abierto para ella.

—No he estado pensando, le respondí, sino escuchando á los pájaros.

—¿Á los pájaros? ¿Te parece que cantan aquí muy bien?

—La curruca, dije, ha estado cantando todo lo que aprendió del ruiseñor anoche.

—Y ¿cómo lo sabes, Gabriel? me preguntó con una sonrisa.

—Porque comprendo bien sobre qué han estado cantando los dos: los pájaros hablan, pero sus palabras son todo música.

—¿Y de qué hablan, Gabriel?

—Hablan del cielo azul y del sol de oro. Los pájaros aman al sol, de cuyo brillo ú obscuridad depende su alegría. He escrito muchos de los cantos que les he oído y alguna vez se los mostraré á Ud., miladi: entre ellos hay uno que á mi madre le parece muy bonito y lo titulé "El canto dél zorzal en el matorral."

—¿Lo escribiste tú, Gabriel?

—Sí; después de haberlo oído, respondí, y me sorprendió la mirada grave y triste que me dirigió. Luego agregué: yo mismo lo escribí. Mi madre me enseñó á escribir.

—¿Tu madre? repitió con un hondo suspiro, y en seguida añadió: ¿quieres que vayamos á dar un paseo por el bosque?

En verdad nada podía ser para mí más agradable que andar á su lado, cogido de su mano y charlando sobre las mil niñerías que eran de mi gusto. De pronto alcancé á ver á un caballero alto y de arrogante presencia, que se dirigía hacia nosotros. La condesa se puso encendida como la grana, y yo, sin saber por qué me sentí inquieto y vacilante.

—Gabriel, me dijo: ¿ves á ese caballero que viene hacia acá? Es Lord Minto, mi esposo: ven conmigo y háblale.

El color de sus mejillas se había desvanecido cuando llegamos junto al conde. Éste me miró con curiosidad.

—¿Cómo es esto, Lola? dijo tomándome de la mano: ¿has encontrado á este hombrecito en el bosque?

—No, respondió: ¿no te acuerdas del niño de Juana Míller?

Y su voz vacilaba entre tonos diferentes. Luego le contó todo lo que yo le había dicho sobre los pájaros.

La condesa dijo que tenía curiosidad de ver mis versos y entonces el conde me invitó á que fuera al castillo, en el curso de la semana y llevara lo que tenía escrito.

Tres días después fuí á corresponder á la benévola invitación que se me había hecho. Aun me parece que me veo como era entonces: un muchacho tímido, de ocho años de edad, con un vestido de felpa adornado de en-

cajes blancos. Á mi madre solían decirle que en el modo de vestirme se anticipaba siempre á las estaciones; pero ella contestaba que nadie tenía que meterse en sus asuntos. Ahora sé de dónde procedían mis vestidos. En aquel tiempo me mortificaba mucho que nunca me cortaran el cabello, pues ya lo tenía largo com el de una niña. Al fin, mi madre me dijo que Lady Minto no quería que me lo cortaran, y con esto quedé no sólo convencido, sino también satisfecho.

Con un paquete de papeles debajo del brazo y el corazón rebosando de esperanzas, partí á la primera aventura seria de mi vida.

¡Qué admirable edificio me pareció el castillo! Á mi juicio, no podía haber en el mundo un palacio más grande ni más hermoso.

Al principio me sentí algo asustado, pues me intimidó la presencia de un ujier de alta estatura, que salió á recibirme cuando llamé.

—He venido á ver á la condesa, le dije; Lord Minto me ha invitado.

El lacayo me condujo á una espléndida habitación. No me atrevía á sentarme en ninguno de sus magníficos sillones y al fin escogí el que me pareció más modesto. Un momento después se presentó la condesa.

—¿Conque has venido, Gabriel? me dijo con dulce acento. Sentóse á mi lado, me atrajo hacia sí, me besó y se puso á jugar con mis cabellos.

—Ésta es mi casa, Gabriel, dijo en seguida: ¿te gusta?

—Cualquiera casa que fuera de Ud. me gustaría, le respondí.

—Entonces ¿me quieres mucho?

—Sí, sí; mucho, muchísimo, miladi: tanto, que ya no me sería posible quererla más.

—Pero ¿por qué me quieres?

—Porque Ud. es siempre tan buena conmigo. No hay nadie que me ame tanto . . . ¡ni mi madre!

La condesa se estremeció; pero al momento recobró su serenidad.

—¿Ni tu madre, has dicho?

—¡Ni mi madre! repuse, seguro de lo que decía; y además ¡Ud. es tan bella y vive en esta casa tan grande!

La condesa se sonrió y dijo:

—Á la verdad que tus razones para quererme son de lo más atendibles. Y cantó en voz baja:

Te quiero porque me quieres
Y amor con amor se paga.

Después me pidió mis versos y se puso á leerlos muy complacida; pero pronto vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Gabriel, me dijo con gravedad: ¿estás perfectamente seguro de que tú solo has escrito esto? ¿No te ha ayudado nadie?

—Nadie absolutamente.

—¿No has copiado de algún libro estas palabras ni se las has oído cantar á alguien?

—No, miladi: yo he escrito al pie de la letra lo que decían los pájaros.

—Pero ¿quién te ha enseñado estas cosas, tan niño como eres?

—Nadie, nadie me ha enseñado. Esos versos los he compuesto solo.

Entonces me oprimió las mejillas entre sus manos y mirándome con deleite dijo:

—¡Eres un genio, Gabriel! Pero Dios te libre de la

suerte de los genios, que son los predestinados del dolor. Si vives, algún día alcanzarás un nombre glorioso. Leeré tus versos al conde.

Y diciendo esto, tocó la campanilla; pero observé que antes de que entrara su esposo, se apartó de mí un poco y cambió de expresión su semblante. Esto sucedía siempre que nos hallábamos en presencia de otra persona.

—Godofredo, dijo con una sonrisa: te he llamado para que oigas estos versos. He leído que á los siete años de edad, Mozart, no sólo podía tocar á primera vista la música más difícil, sino que también componía las más encantadoras melodías. Si no fuera por eso no creería que este niño hubiera escrito esto por sí solo. Oye esta composición: "El canto del zorzal en el matorral."

La condesa leyó, con dulce voz que embellecía mis pobres versos. Yo apenas podía reprimir el llanto, y me parecía imposible que aquellas palabras pudieran ser realmente mías.

La condesa puso á un lado el papel y miró al conde con ternura.

—Godofredo, ¡este niño es un genio! exclamó ¡un genio!

—Sí, repuso el conde: no hay duda de que lo es. Te veo muy complacida.

Se notó un cambio repentino en la fisonomía de la condesa: apartó de mí los ojos y se retiró un poco más.

—Sí, contestó: siento la satisfacción del que descubre una piedra preciosa. ¿Has visto alguna vez que un niño escriba versos como éstos?

—Están llenos de sentimiento, repuso el conde con aire pensativo. ¿Es Juana Míller persona de algunos recursos? Observo que viste al niño con mucho esmero.

—Creo que le quedó algún dinero para él . . . suficiente para atender á su educación, según entiendo.

—Me pareces interesada por el chicuelo, continuó el conde. ¿Te gustaría que me hiciera cargo de su educación?

Ella guardó silencio por algunos momentos, y al fin dijo:

—Eso depende de tu voluntad, y sería un acto muy generoso de tu parte, pero . . .

—Pero ¿qué? . . .

—Creo que Juana Míller cuenta con algunos recursos y no necesitas hacerlo todo.

—No me parece que cuente con gran cosa y el chico es digno de que se le dé una educación escogida. Déjame que lo mande á Rugby y á Oxford, y luego veremos cómo resulta tu poeta.

La condesa se acercó á su esposo y le echó los brazos al cuello. Él la miró lisonjeado y satisfecho, y entonces comprendí cuánto la amaba.

—Eres muy bueno, demasiado bueno, Godofredo; pero antes de proceder, debes pensar bien lo que haces. Si le das una educación esmerada, no le gustará volver á la casilla del Sur. Hay muchos puntos que considerar. En la Universidad adquirirá amigos entre las clases elevadas, y después notará que vive en un círculo inferior á sus aspiraciones.

—Todo esto se arreglará: desde luego, no ha de pasar todas las vacaciones en la casilla del Sur: viajará y vendrá á visitarnos de tiempo en tiempo y cuando se haga hombre le conseguiré un nombramiento de esos que las personas como yo puden obtener sin dificultad, cuando los solicitan.

—¿Todo eso piensas hacer por él, Godofredo? ¡Ah, cuán bueno es tu corazón!

—Esto es lo de menos, Lola: ¿qué no haría yo por complacerte? No tenemos hijos, y si este niño te es simpático, me considero feliz si puedo contribuir á su bienestar. Pero Lola, ¿estás llorando?

—Y ¿qué corazón no se enternece ante tu bondad? ¡Ah! nunca pude haber encontrado otro hombre como tú.

—Ni Dios permita que lo encuentres, respondió el conde en tono festivo; porque podría gustarte tanto como yo.

—Eso nunca podría suceder. Te estoy muy agradecida: Juana Míller es nuestra más leal servidora, y al protegerla me complaces. ¡Qué contenta va á ponerse! Mañana mismo iré á decirle lo que piensas hacer por el chico.

—Me alegro querida mía, de que estés satisfecha de mí. Sólo aspiro en la vida á hacerte feliz y si mi bondad para con ese niño te agrada, siempre me mostraré cariñoso con él.

El interés de la condesa por mí era manifiesto á mis ojos; pero un secreto instinto me decía que aquel favor del cielo no caía sobre mí por el simple hecho de ser hijo de una criada fiel sino por alguna otra razón más poderosa, que no alcanzaba á comprender.

El conde me habló con suma bondad y me dijo que me aplicara mucho en mis lecciones, para poder mandarme al colegio al cabo de un año.

—No hagas más versos, Gabriel, agregó: ahora conságrate á la prosa. Y luego, hablando con la condesa, observó:

—¿Por qué le pondrían "Gabriel"? El nombre es bonito, pero apenas se conoce en Inglaterra.

Una sombra de inquietud pasó por el rostro de la condesa, pero desapareció al punto.

—Creo que el nombre le sienta bien, respondió.

—En verdad, dijo el conde en voz baja, mirándome con atención: ¡qué fisonomía tan distinguida, tan espiritual, tan delicada! Le encuentro una expresión de que no me doy cuenta, como si se pareciera á alguna persona á quien antes haya conocido.

En el rostro de la condesa volvió á asomar una sombra de inquietud.

—¿Lo crees así? preguntó en voz baja y como por decir algo.

—Debe pertener á una familia muy distinguida. ¿Quiénes son los Míller?

La condesa se puso encendida y volvió la cabeza como para disimular su turbación; pero no respondió.

—¿Quiénes son? ¿Lo sabes tú, Lola? ¿De qué ciudad ó de que parte del país proceden?

—No me acuerdo, pero mi tía cree que pertenecen á una familia respetable.

—Me alegro de que así sea. Según creo, me dijiste que el padre de este niño vivía.

—No; contestó con labios balbucientes: ha muerto.

—Si viviera, tendría que solicitar primero su consentimiento antes de dar paso alguno. ¿No tiene más parientes que Juana Míller?

—Nunca le he oído hablar de ninguno, y puedes estar seguro de que por ese lado no habrá dificultad. Es indudable que Juana quedará contenta y se sentirá feliz.

El conde se retiró en seguida y Lady Minto y yo quedamos otra vez solos.

CAPÍTULO XVII

Un año después me dirigí una mañana al palacio de Minto. Ya me había acostumbrado á su grandeza y en sus espléndidas habitaciones no me sentía tan perturbado como al principio. ¡Oh, cuánto amaba á la condesa! Á veces, con sólo oir el crujido de la falda ó el sonido de su voz, me ponía á temblar. La adoraba y mi corazón entero le pertenecía. Mi mayor deleite y mi mayor orgullo eran estar á su lado.

Esa mañana, una hermosa mañana de julio, la condesa me había mandado llamar, diciendo que le habían llegado de Londres unos libros para niños y que quería mostrármelos.

—Á la verdad, Gabriel, me dijo: son para ti: pedí una caja llena para Lady Emma; pero puedes elegir los que quieras.

—¿Quién es Lady Emma?

—Lady Emma Day es una pupila de Lord Minto, que pasa los días de fiesta con nosotros y que cuando salga del colegio vendrá á vivir á nuestro lado.

—Querría conocer á Lady Emma, dije con un profundo suspiro. Lady Minto me miró con tristeza y me dijo:

—¿Y para qué, Gabriel? ¿No eres feliz?

—Sí, sí; le respondí: muy feliz.

—¿Te gustaría vivir en una casa como ésta?

—No, si Ud. no viviera también en ella.

—Entiendo, dijo sonriendo: quisieras ser Lady Emma porque va á vivir conmigo y no porque va á vivir en una casa grande.

—En la casa es en lo que menos he pensado.

Después me habló de unos rosales bellísimos que habían florecido en la terraza del sur y me autorizó para que cogiera y le llevara á mi madre, todas las rosas que quisiera.

Dirígime hacia el lugar indicado, y allí, sentada majestuosamente con una muñeca en las rodillas, encontré una niña encantadora, que me pareció escapada de algún libro de cuentos de hadas.

Así la vi aquella mañana de julio, rodeada de flores y seductora, con todo el atractivo de la inocencia; después la vi mil veces, bella y resplandeciente con todos los encantos de la mujer; pero aquella primera impresión nunca se borró de mi alma.

La niña me miró con una franca sonrisa de satisfacción.

—Bien, me preguntó con un airecillo de infantil vanidad: ¿quién es Ud.?

—Yo soy Gabriel Míller, le contesté.

—¿Gabriel? . . . ¡Cómo, si parece nombre de mujer!

Acudí con dignidad á defender mi nombre y protesté.

—¡No! no es nombre de mujer: es el nombre de un arcángel.

—No sabía, repuso, que á los niños les pusieran los nombres de los arcángeles.

—Yo sí y conozco á un niño que se llama Rafael y á otro que se llama Miguel: esos son nombres de arcángeles.

—No lo sabía . . . pero, "Gabriel" . . . es nombre que nunca he oído, y no estoy segura de que me gustará.

—Me parece que acabará por gustarle, repuse tratando de ser cortés.

—Todavía no lo sé; pero creo que repitiéndolo algunas veces, me podrá gustar. Y ¿de dónde viene Ud.?

—Lady Minto me mandó aquí.

—¿Lady Minto? Bien; pero lo que quiero saber es, dónde vive Ud.

—En la casilla del Sur.

—¡En la casilla del Sur! repitió con un gestecillo de disgusto: ¿es decir que Ud. vive allí siempre?

Y yo, que no tenía razón para avergonzarme de mi lindísima casa, dije:

—Sí, allí vivo.

—Entonces ¿Ud. es el niño de Juana Míller?

—El mismo.

—Y ¿Juana es la madre de Ud.?

—Sí.

—Pues no se parecen. Venga, agregó; acérquese más: ¿ha visto Ud. alguna vez una muñeca tan grande y tan bonita como ésta? Me la trajeron de París y se sienta, se arrodilla y cruza los brazos. ¿Quiere Ud. jugar con ella un rato?

—¡No! protesté; no me gustan las muñecas.

—Pues yo conozco otros niños á quienes les gustan.

—Á mí no.

—¿Vendrá Ud. algunas veces á jugar conmigo? Háblele á Lady Minto.

—Mejor será que Ud. le hable.

—Mejor será que le hablemos los dos.

Y diciendo esto me tomó de la mano y volvimos juntos al castillo.

—¡Oh! Lady Emma y Gabriel, exclamó la condesa al vernos.

—Miladi, dijo la niña: vivo muy sola en esta casa, donde todos son personas mayores; ¿quiere Ud. permitir que Gabriel Míller venga á jugar conmigo algunas veces?

La condesa no supo qué contestar por el momento; pero luego dijo:

—Lo consultaremos con el conde.

Felizmente, en ese momento entró el conde y se admiró de vernos juntos. Lady Emma se acercó á él y repitió la pregunta. Lord Minto se sonrió y contestó:

—Sí, puede venir á jugar contigo cuando quiera.

—Godofredo, dijo la condesa: ¿te parece que eso es prudente?

—¿Por qué no? En primer lugar son muy niños, luego, Gabriel se irá á la Universidad y raro será que vuelvan á verse.

La condesa no tuvo otra objeción que presentar, y desde entonces la pupila de Lord Minto y yo jugábamos juntos casi todos los días.

Á la semana siguiente llegaron varios visitantes al castillo: entre ellos había una dama de aristocrática presencia, que luego supe se llamaba Lady Nelson. Una tarde que Lady Emma y yo jugábamos en un lugar retirado del jardín, la condesa y Lady Nelson se acercaron á donde estábamos y se sentaron en un banco, á poca distancia. Las dos hablaban en voz baja y tenían los ojos llenos de lágrimas. Algo de su conversación pudo llegar hasta mí.

—¡Es una horrible imprudencia, Lola!

—Pero, tía, no veo por qué.

Pocos minutos después me llamaron. La condesa me arregló los alborotados cabellos y dijo:

—Tía, éste es Gabriel.

Lady Nelson se echó á llorar. No pude resistir al impulso de ternura que me arrastraba hacia ella. Me acerqué lentamente, me arrodillé al pie del banco en que las dos estaban sentadas, y le dije con amor:

—No llore Ud., miladi.

La dama dominó su emoción, me abrazó y comenzó á hacerme preguntas. Mientras tanto, la condesa se unió á mi jóven compañera y se fué con ella á coger flores; pero bien comprendí que su objeto era dejarme solo con Lady Nelson. Todas las preguntas se referían á mis relaciones con Lady Minto: ¿iba yo á verla muy á menudo? ¿Era muy bondadosa conmigo? ¿Por qué me quería? . . . Á todo habría contestado mil cosas; pero mi corazón no se abría para nadie como para Lady Minto. Sin embargo, mis respuestas, breves y medidas, parecieron tranquilizar á Lady Nelson, y cuando pareció quedar satisfecha, me hizo preguntas de otro género á que yo respondí con la mayor franqueza.

—Pero, Gabriel, exclamó al fin: ¡has nacido poeta!

Después me dijo que como me condujera bien, amara á mi madre y estudiara mucho, me haría un buen regalo cuantas veces fuera á Derby.

—Siempre que sean libros, le respondí, estaré muy contento.

—Me han dicho, agregó, que el conde se propone mandarte á un colegio. Éste es un proceder muy generoso, al que debes corresponder con agradecimiento y buena conducta.

Respondíle que esos eran mis propósitos y que mi gratitud no podía ser más profunda. En ese momento la condesa se nos reunió:

—Por lo que veo, tía, ya han charlado bastante. Ahora,

Gabriel, puedes retirarte. Lady Emma tiene un precioso botecito y quiere que se lo hagas navegar.

Y no esperó á que me retirara para reanudar su conversación:

—¿Ve Ud., tía, que no hay el menor peligro? He sido más prudente de lo que Ud. se imagina.

—Sí; hasta aquí todo marcha bien; pero te repito, Lola, que debes proceder con suma prudencia.

—Así lo haré, tía.

Y luego se besaron, como para poner fin á ese tema, bien que á Lady Minto todavía le quedaba algo que decir.

—¿Qué opina Ud. de él, tía?

—Es muy hermoso y muy inteligente; pero demasiado sensible y de corazón muy tierno. . . . Eso le será nocivo en la vida práctica.

Como me iba alejando, no alcancé á oir el resto de la conversación; pero es indudable que hablaban de mí.

Lady Nelson volvió repetidas veces al castillo, sin faltar nunca á la promesa que me había hecho, de llevarme siempre algún regalo: ya un reloj, ya una cajita de pintura, ya libros, etc.

Al conde le dijo que me había cobrado mucho cariño y que ahora tenían que dejarme ir de vez en cuando á pasar con ella los días de fiesta.

El resto del tiempo pasó para mí con la rapidez de un sueño delicioso.

Lady Emma se iba para Alemania, á completar allí su educación, según los deseos del conde y se había resuelto que en la época de las vacaciones, él y Lady Minto irían á buscarla para viajar juntos, en vez de regresar á Inglaterra.

Oí discutir todos estos planes, de modo que cuando me despedí de la jovial compañera de mi infancia, comprendí que el adiós era para mucho, muchísimo tiempo.

Diez años tenía yo, cuando el conde, en cumplimiento de su promesa, me envió á estudiar al colegio de Rugby.

CAPÍTULO XVIII

Nada notable sucedió en los diez años siguientes, que para mí no fueron más que de incesante estudio. Tan asidua era mi constancia, que el conde declaró que estaba satisfecho de mí. Mi madre, Juana Míller, de los modestos fondos que se decía le habían quedado para mí, me proveía de ropa, etc. Lady Nelson me enviaba continuos presentes de valiosos artículos de lujo, y el conde no perdía ocasión de hacerme un regalo por cada premio que se me otorgaba en el colegio. En cuanto á Lady Minto, lo que puedo decir es que no permitía que me faltase nada. ¡Qué cajas las que me remitía á Rugby primero y á Oxford más tarde! La más amante madre no podía ser tan prolija y esmerada como ella. Parecía que adivinaba mis pensamientos y cuanto yo ambicionaba.

La condesa nunca me escribía más de una vez al año. Guardo sus cartas como un tesoro que quiero sea enterrado conmigo. Sus cajas y paquetes, me llegaban por lo común, con alguna esquelita de Juana Míller.

Mis vacaciones las pasaba en la casilla del Sur ó en el castillo. El conde cada día era más afectuoso conmigo y me hablaba sin reserva de sus negocios y de sus proyectos. Me quería como si fuera su hijo y yo le correspondía de igual manera.

Varias veces fuí á visitar á Lady Nelson y una vez que pasé con ella mes y medio en su casa de Londres, me hizo

conocer todos los lugares más notables de la gran ciudad. La excesiva bondad con que me trataba era para mí un misterio; hasta que llegué á convencerme de que lo que conmigo pasaba era un mero capricho de la fortuna, que había hecho de mí su favorito, al dispensarme la buena voluntad de aquella gran familia.

Al fin llegó el día en que el conde juzgó que mí educación era ya completa. Yo tenía ya veinte años y gracias á la generosidad de mi protector, poseía conocimientos superiores á los que se adquieren á esa edad. En los últimos años pasé mis vacaciones en diversos países y así me perfeccioné en varios idiomas extranjeros. Había llegado el tiempo en que debía valerme por mí mismo y abrirme camino en el mundo.

¡Cuánto tiempo había pasado sin que Lady Emma y yo nos volviéramos á ver! Con el conde me había encontrado tres ó cuatro veces, y por él había sabido que la salud y la vida de Lady Nelson declinaban muy aprisa, pero que Lady Minto se conservaba tan joven y tan bella como cuando la había conocido. De Lady Emma no se hizo mención alguna, ni me atreví á nombrarla: ahora comprendía bien que entre aquel ídolo de mi infancia y yo, entre Lady Emma, heredera de los títulos y señoríos de Day, y Gabriel Míller, el hijo desheredado de la pobre mujer que hacía de guardabosque en la casilla del Sur, mediaba un abismo. ¿Qué podía caber entre los dos? ¡Una amistad benévola y protectora de su parte!

Á la sazón, un cambio de gobierno llevó al poder á Lord Doone, íntimo amigo del conde, y lo primero que hizo al formar el nuevo Gabinete fué mandarme llamar y ofrecerme el puesto de secretario privado, con un salario más que regular. Me otorgó esta distinción, según me dijo,

porque sabía que yo era un "protegido" de su amigo el conde de Minto.

Este nuevo favor de la suerte me llenó de emoción; pero Lord Doone se rió de mí y me dijo:

—No, no se imagine Ud. que ese puesto es una sinecura: tendrá Ud. que trabajar duro á mi lado. Aquí en mi mansión de Belgravia, tendrá su domicilio; pero el centro de sus operaciones, si así puedo decir, estará en mi biblioteca. He aquí el resumen de sus deberes: Ud. contestará todas las cartas sobre negocios públicos, que merezcan atención, que no serán pocas. Cuando me toque pronunciar algún discurso, acopiará notas, datos é ideas propias sobre el tema respectivo. La estadística será su principal estudio, para que cuando en la Cámara de los Lores necesite yo algún dato numérico, no tenga más que acudir á Ud. Me interesa que se mezcle en la alta sociedad, para que recoja y me comunique opiniones ó ideas que puedan serme interesantes. La marquesa, mi esposa, tendrá ahora recargados sus deberes sociales y Ud. le ayudará á dirigir las invitaciones, etc. Ya ve Ud. que no habrá poco que hacer: este puesto no es de holganza, como he dicho.

—No sé cómo agradecer . . .

—Sé por Lord Minto, me interrumpió el marqués, que Ud. es un genio para la poesía y que á su juicio, está llamado á labrarse un nombre ilustre. Así, necesita consagrar algún tiempo á sus estudios de inclinación. Para esto, disponga de las primeras dos horas de la mañana. Otra cosa: los deberes en mi oficina deben principiar inmediatamente. ¿No cree Ud. que tres días de plazo le bastarán para hacer sus arreglos y venir á mi lado?

Hubiera querido comenzar inmediatamente, pero quise

darme alguna importancia, y le ofrecí que dentro de tres días iría á tomar posesión de mi cargo.

Y ahora ¡adiós, niñez adorable! ¡Adiós, días felices en que no sabía en cuán alta esfera giraba la dulce estrella de mis amores infantiles! ¡Adiós, pasado encantador!

Tres días después me instalé en las hermosas habitaciones que se me habían destinado en Belgravia. La marquesa de Doone era alta, hermosa, de porte majestuoso y muy sagaz en política. Los principales hombres públicos, los grandes capitalistas y las más altas notabilidades de la nobleza y de la moda, constituían siempre el elemento dominante en sus recepciones y todos rendían tributo á su inteligencia, á su saber, á su hermosura y á su bondad.

Para mí fué la personificación de la benevolencia, pues aunque en todo demandaba puntualidad y exactitud, eso mismo hacía fáciles mis tareas en la parte que con ella se relacionaban. Ella misma eligió las habitaciones que se me destinaron, consultando mi posición y mis gustos.

Al cabo de pocos días estaba ya familiarizado con mis nuevos é importantes deberes. Mi vida comenzó á deslizarse dulcemente. El género de trabajo á que se me había dedicado estaba en armonía con mis inclinaciones y la bondad que el marqués y su esposa me dispensaban habrían bastado á hacer feliz al empleado más exigente.

No habría pasado un mes de mi permanencia en Belgravia, cuando un día Lord Doone me dijo que había resuelto trasladar su residencia á Londres, para atender mejor á los negocios de Estado. ¡Esto fué el colmo de mi felicidad!

—De paso, me preguntó el marqués, ¿no ha visto las importantes modificaciones que se han hecho en la casa?

La pregunta era para mí incomprensible y respondí negativamente. El marqués agregó.

—¿Cuánto tiempo hace que no va Ud. al castillo de Derby?

—Cinco años.

—¡Cinco años! ¡Ah! entonces se le prepara una gran sorpresa.

Lord Doone no quiso ser más explícito ni yo me atreví á exigírselo; pero una mañana, cuando estábamos todavía en Belgravia, entró en la biblioteca y me dijo:

—Esta noche se da un gran baile en la Embajada francesa y me interesa que Ud. vaya. Es probable que allí pueda oir Ud. algo nuevo sobre el asunto Vaudremont, y si así sucede, no deje de comunicármelo.

Luego supe por la marquesa que el baile sería uno de los acontecimientos de la temporada y que á él sólo estaban invitadas personas de la más alta jerarquía social, entre ella dos duques de la familia real y un príncipe alemán.

La marquesa dijo que quería que la acompañara y cuando llegó la hora oportuna, juntos nos dirigimos en su carruaje á la Embajada francesa. En el camino me dijo:

—Esta noche encontrará Ud. antiguos amigos en el baile: me refiero especialmente á la condesa de Minto, pues el conde me aseguró que iría.

Ante la inesperada idea de volver á ver á mi bienhechora, sentí como si el corazón dejara de palpitar. ¡Ah! ¡cuánto la amaba! . . . Á no ser por ella, no sería más que un humilde jardinero en la casilla del Sur. Al recordar su inmensurable bondad hacia mí, me parecía que mi deber era arrodillarme á sus pies y adorarla como á

la diosa de mi fortuna. ¿Quién podría amarla más que yo?

La aristocracia, la belleza y la moda se habían dado cita esa noche en la Embajada francesa. Las mujeres más hermosas estaban allí en toda su esplendidez; entre ellas, la condesa Olga, cuyo soberbio tipo moscovita era la admiración y el encanto de todos los galanes; y entre las pálidas hijas de Albión, sobresalía por su desembarazo y por su hermosura la señorita Morlan . . . millonaria americana.

Haría una hora que estábamos en la Embajada, cuando Lord Minto se me acercó y me dijo:

—Gabriel, Lady Minto está aquí y quiere verte.

Á estas palabras, se renovó en mí con mayor intensidad la impresión que había sentido poco antes, cuando la marquesa de Doone me había dicho que esa noche iba á ver á la condesa. Creo que la palidez de la muerte se pintó en mi rostro, pues el conde me miró con inquietud. No supe qué responderle, y lo seguí con paso vacilante. Lady Minto no estaba en el salón de baile sino en uno de los varios cuartos de recibo. Había estado hablando con una dama de edad madura, que se retiró en el momento en que entramos.

La espléndida belleza de Lady Minto no había sufrido los ultrajes del tiempo. Habían pasado quince ó diez y seis años desde aquella noche en que la había visto arrodillada al pie de mi cama en la casilla del Sur, y ahora, como entonces, aparecía á mis ojos como una divinidad. Sus mejillas eran más tersas que los pétalos de una rosa; el azul violeta de sus ojos resplandecía con todo su fulgor y el oro de sus cabellos brillaba como sobre una frente infantil. Estaba vestida de terciopelo azul y llevaba una

corona de perlas y brillantes que le daba la majestad de una reina.

Al verla, apenas pude contener un grito de admiración y cuando sus ojos se encontraron con los míos, dió un paso atrás y se puso mortalmente pálida.

—Lola mía, dijo el conde: ésta era la sorpresa que te guardaba. ¿No reconoces á Gabriel Míller? ¿No se acuerda él de ti?

¿Recordarla? ¡Ah! ¿quién que como yo la amara tanto no tendría grabada su imagen en el alma?

—Señor conde, dije, ¡más fácil me sería olvidar mi propio nombre!

—Muy bien dicho, Gabriel: la condesa ha sido tu mejor amiga.

Y luego, volviéndose á ella, agregó:

—Míralo, Lola: esto es lo que has hecho de Gabriel Míller.

Y el conde, con toda su penetración y su sabiduría, no pudo leer lo que yo leí en la mirada que entonces me dirigió Lady Minto: en ella había satisfacción, orgullo, vanidad y al mismo tiempo llanto escondido, amor infinito, dolor profundo. . . .

—Bien sabía, dijo el conde, que lo volverías á ver con placer. Nada te había dicho de él en los últimos años, porque esperaba una oportunidad como ésta para mostrarte perfecta tu obra. ¿Qué dices del rapazuelo que sorprendía los secretos de los pájaros en la casilla del Sur y que ahora por obra de tu buen corazón es el secretario privado del Primer Ministro de Inglaterra?

—Ésta no es obra mía, dijo, sino de tu noble bondad, Godofredo. Y le echó los brazos al cuello y lo besó; pero prontamente se desprendió de él, reprimiendo las lágrimas

que se asomaban á sus ojos, con un heroico esfuerzo se volvió hacia mí y con ambas manos estrechó fuertemente la que yo le tendía.

—Os dejo solos, dijo el conde: me está esperando un viejo amigo de mi infancia. Mientras tanto, Gabriel, cuéntale á la condesa tu buena suerte y tus grandes perspectivas.

Al retirarse Lord Minto, la condesa dió rienda á sus reprimidos sentimientos, se cubrió el rostro con las manos y lloró amargamente.

—¡Oh, alma mía, alma mía, exclamó entre sollozos, extiende los brazos, y dime que me has perdonado!

Temeroso de que alguien la sorprendiera en este abandono de sí misma, acerquéme más y la toqué suavemente. La reacción fué instantánea.

—Gabriel, me dijo con una triste sonrisa: esto debe parecerte extraño, pero me sucede que hallo en ti, ahora que te has hecho un hombre, la imagen viva de un ser á quien amé con toda mi alma. Guarda esto como un secreto mío, y ahora háblame de ti.

Tuve que dominar mi propia emoción, para satisfacerla. Le tomé el abanico que tenía en la mano y me puse á echarle aire con él, mientras conversábamos. ¡Ah! ¡qué infinidad de cosas me preguntó y cómo le complacían mis respuestas! Mis recuerdos de Derby, mis premios de Rugby, mi triunfos más tarde en Oxford y finalmente los elogios tributados á mis versos, todo era objeto de entusiasmo y alegría.

Después de un rato me puso la mano sobre el hombro, con una dulce familiaridad, para mí desconocida, y me dijo:

—Gabriel, llévame al salón de baile; quiero mostrarte "algo" que te gustará mucho.

Al entrar en el salón tendí la vista alrededor y entre toda aquella selecta concurrencia, no vi mujer más hermosa ni más deslumbrante que la condesa. Un murmullo de admiración se levantó de todas partes.

—¿Quién es ese joven que acompaña á Lady Minto? preguntó uno de los presentes.

—Es Gabriel Míller, el secretario privado de Lord Doone.

—Gabriel, me dijo luego mi protectora; voy á buscarte una pareja . . . ya la conoces.

Temí que se tratara de alguna protegida de la condesa, pero no objeté nada. El baile había terminado y ella buscaba inútilmente con los ojos á la persona de quien acababa de hablarme. Al fin salimos del salón y pasamos á una de las galerías.

Al pie de una ventana de cortinas de terciopelo rojo bordadas de oro, en un rincón de luz rodeado de macetas floridas, conversaban dos personas: un caballero á quien nunca en mi vida había visto y una joven.

El caballero se levantó cortésmente cuando nos acercamos y se retiró en seguida. La joven estaba vestida de raso blanco y tenía un ramillete de rosas en la mano y rosas también en los cabellos.

—Gabriel, me preguntó Lady Minto: ¿no la conoces? ¿no sabes quién es?

—No, respondí.

—¡Qué! ¿Te has olvidado de tu compañera de la infancia, de Lady Emma Day?

¡Cómo! ¿Aquella mujer encantadora era la niña con quien había correteado por los bosques y los prados del castillo de Derby? ¿Era la misma que me había dicho que mi nombre le parecía nombre de mujer, la que me

había ofrecido su muñeca, la que había alegrado los sueños de mi niñez?

—Lady Emma, dijo la condesa: aquí le traigo á un antiguo amigo.

La joven alzó hacia mí sus ojos negros y brillantes y parecía no reconocerme; pero después de un momento de vacilación exclamó:

—¡Ah, Ud. es Gabriel Míller, el amiguito de mi infancia! ¡Cuántos años hace que no nos vemos! ¡Cómo corríamos y jugábamos y cómo peleábamos á veces!

—No, yo no me acuerdo de que peleáramos.

Y sin atender á mi protesta me estrechó la mano con la efusión propia de antiguos y cordiales camaradas.

—¡Si me parece un sueño! exclamó. Hacía mucho tiempo no sabía nada de Ud. y ahora lo encuentro hecho todo un hombre y mezclado con la mejor sociedad de Londres.

—Y yo la encuentro á Ud., Lady Emma . . . la encuentro . . .

No me atreví á continuar, pero ella atropelló por todo y dijo:

—Vamos, hable Ud. con franqueza: ¿cómo me encuentra?

Pero ni aun así contesté, ni había para qué, porque entre las dos damas se cruzó una mirada de inteligencia. Bien comprendían una y otra lo que yo quería decir.

—Siéntese, Gabriel, y hábleme de Ud., me dijo Lady Emma, con el mismo ademán imperativo que le conocía desde nuestra infancia.

Renovada allí nuestra infantil amistad, uno y otro hablamos del pasado y del presente.

—Siempre creí, me dijo, que Ud. iba á ser un gran

poeta y no me engañaba. Aunque Ud. hubiera querido no serlo, no habría podido resistir á su propia naturaleza.

—Lady Emma, repliqué; no sé cómo protestar, porque sus ojos me tienen fascinado y no sé lo que digo.

—Pues si no puede hablar, podrá bailar: vamos al salón.

Renuncio á describir mi felicidad en aquella noche inolvidable. Al despedirnos, Lady Emma reiteró su invitación para que fuera á visitarla con frecuencia á Martel, que era el nombre de la residencia que en Londres tenía Lord Minto. La condesa por su propia cuenta, me dijo al darme la mano:

—Ven mañana temprano á Martel, que tengo una cosa que mostrarte.

CAPÍTULO XIX

No sé cómo pasé el resto de la noche á mi regreso de la Embajada. Cuando al fin logré dormir, no fué más que para soñar con aquellos ojos negros y luminosos que no se apartaban de mí un momento. Me levanté temprano, despaché lo más importante de mi trabajo y al mediodía, me dirigí á Martel, en donde encontré solas y juntas á la condesa y á Lady Emma.

—¡Gracias á Dios que ha venido Ud.! exclamó mi joven amiga y corrió á darme la mano, con muestras de verdadera alegría.

—Temí que vinieras tarde y nos encontraras, como siempre, llenas de visitas: así no habríamos podido consagrarnos á ti con la libertad que ahora.

—Mi empeño principal se cifra, dijo Lady Emma, en ver si esa brillante educación y esos viajes tan bien aprovechados, nos han dejado algo de nuestro amiguito Gabriel Míller.

—La educación y los viajes, declaré, no han cambiado mis sentimientos. Por esta parte soy el mismo á quien Ud. conoció en el castillo de Derby.

Así siguió la conversación, de la manera más agradable, cuando de repente me dijo Lady Minto:

—Ven conmigo, Gabriel; tengo una cosa que mostrarte.

Atravesamos juntos varias habitaciones, hasta que llegamos á una muy grande y hermosa, cuyo puerta abrió

la condesa con una sonrisa de satisfacción y orgullo. Entramos y lo primero que vi fueron dos lindísimos niños, de cabellos rubios, como los de mi protectora. Se habían dormido abrazados en la cama y aparecían rebosantes de salud. Eran niño y niña, gemelos, y tendrían tres años de edad.

—Son mis hijos, Gabriel. ¿No te parecen encantadores? El conde no había querido hablarte de ellos, porque opinaba que así sería más grata tu sorpresa cuando los vieras.

Sin duda el conde tenía razón; pero en mí había surgido un sentimiento contradictorio de pena y alegría. La condesa los contemplaba embelesada. Me acerqué á la niña y la toqué con suavidad en la mejilla: en el acto abrió los ojos . . . ¡eran los mismos de Lady Minto! y me miró sonriendo.

—¡Te conocía, Gabriel! Y lo raro es que no te lo diga, pues ya habla con más soltura que muchos niños de cinco ó seis años. ¿Qué nombres te imaginas que les he puesto?

—No adivino.

—Ruperto y Rosa: los llamamos Ru y Ro. ¡Cuán diferente ha sido mi vida desde que el cielo me ha enviado con ellos su bendición!

Y alzando en los brazos á Ru, lo despertó con un beso: el niño abrió los ojos y me miró también con una sonrisa.

—Esto era precisamente lo que yo deseaba ver. Estaba segura de que te gustarían mucho.

De pronto, observé que la complacencia con que yo los miraba causaba en la condesa una impresión tan rara, que no acertaba á explicar.

—Vendrás á verlos con frecuencia, ¿no es verdad? Ya verás cuanto llegarán á quererte, y no te puedes imagi-

nar lo dulce que es el amor de los niños. La casa es otra cosa desde que vinieron á alegrarla y ya toda mi ambición se reduce á que Dios me los guarde. ¡No sabes cómo los idolatra Lord Minto!

¿Y cómo podría ser de otro modo? Contemplando aquellos cabellos de oro y rosadas mejillas, comprendí muy bien que nadie podría verlos sin amarlos.

—¡Bésalos, Gabriel! me dijo imperativamente la condesa.

Los besé repetidas veces, y en un momento, nuestra amistad se hizo tan íntima como si yo fuera un niño de su edad. Lady Minto se había retirado á una ventana y al vernos alegres y jugando se pintó en su rostro la rara impresión que ya había observado poco antes.

—Gabriel, me preguntó, ¿quisieras tener hermanos?

—¡Ah! señora, exclamé: ¡creo que no habrá sobre la tierra nada más dulce ni más consolador!

—Me imagino que á veces te sentirás muy solo en la vida.

—Sí, si no fuera por Ud. y por la bondad de Lord Minto. Además . . . tengo también á mi madre.

Sonrió tristemente y dijo:

—Tienes razón, Gabriel, no había pensado en tu madre. Ahora, despídete de Ru y Ro, y ven á verlos todos los días.

—¡Todos los días! repitió Rosa.

Trabajo me costó retirarme: por Ru y Ro había brotado en mi corazón un sentimiento nuevo, que antes me era absolutamente desconocido.

La temporada era animadísima: Londres estaba lleno. La Corte se había trasladado al castillo de Buckingham y casi todos los miembros de la familia real se hallaban

en la ciudad. Mis tareas se habían recargado; pero mi vida se deslizaba deliciosamente. Me levantaba temprano y consagraba las primeras horas á mis estudios favoritos. Mis primeros versos fueron acogidos favorablemente y estaba terminando un poema épico. El trabajo del día me era placentero, porque el marqués, aunque muy exigente en cuanto á prolijidad y esmero, era de lo más bondadoso. Todas las mañanas, salvo quehaceres imprevistos, iba á Martel, en donde tenía un rato de charla deliciosa con la condesa y Lady Emma, otro de juego y travesuras con Ru y Ro y otro de conversación seria con Lord Minto. De allí regresaba á mi oficina, lleno de bríos y de entusiasmo. Por la noche, siempre me encontraba con la familia, en alguna recepción, ó si no, volvía á Martel.

Una de las beldades que más llamaban la atención aquella temporada, era la señorita Morlan, la rica heredera americana. Su padre era un caballero respetable, que había acumulado una de esas fortunas colosales tan comunes en los Estados Unidos. La joven no hacía de esto un secreto y cuando llegaba la ocasión, hablaba de sus millones con la mayor naturalidad. El padre había prestado algunos servicios al gobierno británico y á esto debía su buena acogida en la Corte. La señorita Morlan era admirada más por sí misma que por su riqueza. Lady Emma había llegado á ser su amiga predilecta, y frecuentemente me encontraba con las dos en Martel.

La señorita Morlan era conmigo muy franca y comunicativa, y á no estar por medio Lady Emma, fácilmente me habría enamorado de ella.

Á Lady Emma se la miraba como la mujer más bella de la Corte: en los salones, en los parques y dondequiera que se presentaba, todo el mundo le rendía tributo de

admiración; pero nada de esto la envanecía: altos personajes de la aristocracia ó modestos caballeros de la burguesía eran lo mismo para ella. Cuando Lady Minto le reprochaba la indiferencia con que correspondía á las atenciones de todos, solía responder:

—Aun no me ha llegado el turno, Lady Minto; pero cuando me llegue, tendrá Ud. mucho que afligirse por mí.

Á veces, cuando la veía asediada por los admiradores más audaces, se apoderaba de mí la rabia de los celos. Pero ¿qué amor podía haber más desautorizado que el mío? La benevolencia con que me trataba ¿á qué otra cosa podía obedecer que á nuestra amistad de niños?

—Gabriel, me preguntó un día en tono de reconvención: ¿por qué es Ud. tan esquivo y tan ceremonioso conmigo cuando nos encontramos en público? Anoche, en la recepción de Lady Morton, no se me acercó una sola vez ni me dirigió la palabra sino cuando yo lo forcé á que contestara á una pregunta mía, y aquí, en cambio, Ud. es un compañero agradable, con quien no se sienten pasar las horas. ¿Cuál es la causa de esta diferencia?

—¿Por qué no me acerqué á Ud. anoche? . . . Claro está. El duque de Normandía no se separó de Ud. un momento y luego Ud. era el centro de una ciudadela amurallada por sus admiradores, á través de la cual yo no podía penetrar.

—¿Por qué no? Tenía vivo interés en que Ud. se me acercara y de que charláramos como aquí.

—No me parecía propio hacer ostentación de su bondad hacia mí.

—¿Ostentación? ¿Cómo dice Ud. eso sabiendo bien que á mí me gusta más hablar con Ud. que con cualquiera otra persona?

—¿Es verdad? le pregunté con emoción.

¡Ah, pobre de mí! ¡Cuán pronto me olvidaba de la distancia que había entre los dos! Si ella la hubiera comprendido como yo, se habría explicado bien mi esquivez y mi silencio.

—Gabriel, solía decirme: esta noche iremos á tal ó cual reunión. No deje Ud. de ir ni de buscarme para que bailemos.

—Para mí será una felicidad, si Ud. me lo permite.

—¿Permitírselo? ¡Si yo soy la que se lo exijo!

—Pero ¿no comprende Ud. lo difícil que es para un hombre como yo, sin nombre y sin posición, el atropellar por entre los personajes de alta alcurnia que siempre la rodean?

—Pero ¿qué importa, si yo prefiero bailar con Ud. y no con ningún otro?

Yo no me avergonzaba de mi nacimiento; pero de vez en cuando meditaba, lleno de incertidumbres, en la humildad de mi infancia y en la relativa esplendidez de mi juventud. Cuando oía la pregunta habitual de "¿quién es ése que acompaña á Lady Emma?" y la invariable respuesta de "el secretario de Lord Doone," comprendía bien los comentarios que en seguida se hacían sobre la humildad de mi origen y la insignificancia de mi nombre: he aquí por qué estaban siempre en público huraño y retraído con Lady Emma.

La única persona que parecía comprender bien mi pasión sin esperanza, era la señorita Morlan. Una mañana estábamos juntos con Ru y Rosa, que se hallaban algo indispuestos y yo les contaba historias fabulosas de niños buenos que se convertían en ángeles. Rosa me oía con deleite y Ru con espanto.

—No, yo no quiero ser ángel, dijo el niño, porque no sé volar.

Á todos nos hizo reir su original observación, pero me olvidé pronto de los niños, deleitado como estaba contemplando la dulce sonrisa de Lady Emma. La señorita Morlan me miraba con gravedad y cuando quedamos solos me dijo, no sin ponerse encendida.

—Señor Míller, quiero hacer á Ud. una pregunta.

—Cuantas Ud. guste, le respondí.

—¿Recuerda Ud. la fábula de la mariposa y la llama? Mientras más brillante es ésta, más riesgo corre aquélla de quemarse.

—¡Desde luego!

—Ó como decimos en América: en todo hay una gran lección de moral.

¡Como si yo no lo supiera! Pero ¿de qué podía servirme la lección más elocuente de moral?

—Contésteme Ud. ahora, señorita Morlan: ¿en qué consiste que la mariposa busca la llama?

—Tal vez será porque no puede evitarlo.

—Y si una mariposa se quema ¿servirá esto de escarmiento á la que llega después?

—Ciertamente que no.

—Ciertamente que no, repetí, y por esto verá Ud. que en una sola lección de moral pueden encerrarse otras muchas.

La bella millionaria lanzó un suspiro y cambió de conversación.

Era indudable que había descubierto mi secreto; de otra manera no me habría hablado en términos tan precisos.

Á medida que pasaban los días, Lady Emma y yo nos veíamos con más frecuencia, y había veces en que tenía

que morderme la lengua para no hacerme traición. La pupila del conde amaba tiernamente á Ru y á Rosa y con frecuencia me decía:

—Vamos á jugar con los niños.

Y muchas veces, retozando con ellos, nuestras manos se tocaban y tenía que refrenar los impulsos que me acometían de estrechar las suyas.

¡Cosa extraña! La condesa, que parecía leer en mi pensamiento, no se daba cuenta de mi pasión por Lady Emma. Sin duda creería que nuestra amistad no era más que la continuación de la que nos había ligado en la niñez.

En nuestro trato íntimo y frecuente, alcancé á apreciar mejor la belleza de carácter de Lady Emma. La hermosa y aristocrática joven, cuyo séquito de admiradores constituía el tema de casi todas las conversaciones, era una rara mezcla de mujer y niña:

El sol de la mañana en la campiña,
El génesis, la luz, la exuberancia,
Pero á través de la mujer, la niña. . . .
¡Oh eternos arreboles de la infancia!

Tenía la sencillez y también los caprichos de un niño. Al verla jugando con Ru y Rosa, nadie hubiera creído que fuera la reina de los salones y la admiración de la Corte. De vez en cuando se burlaba de alguno de sus admiradores, lo que me parecía peligroso. Un día hizo marchar erguido á Ru, como el duque de Castleton. Su gracia natural era irresistible y frecuentemente nos hacía reir hasta llorar. Sus observaciones críticas eran de lo más acertadas y agudas y aunque Ru y Rosa no las alcanzaban á comprender, la señorita Morlan y yo las hallábamos admirables.

Si Lady Emma y yo hubiéramos sido hermanos, quizá nuestra intimidad no habría sido más afectuosa; pero esto no me satisfacía. La amaba con todo mi ser y por ella habría dado la existencia; pero tenía que vivir en guardia, para no dejarle comprender mi secreto.

Se acababa de publicar mi libro de poemas, sencillamente titulado "Cantares." Había esperado su aparición con la mayor ansiedad. El primer libro es como el primer hijo y el mío era sumamente caro á mi corazón.

Inútil me parece decir que el primer ejemplar fué para mi bienhechora. Se lo dediqué en breves pero expresivas líneas, rindiendo el justo tributo á su bondad para conmigo. Al mismo tiempo le escribí una carta en que le hablaba de mi grande amor por ella, de mi respetuosa admiración y de mi profunda gratitud. Su respuesta fué para mí altamente satisfactoria y alentadora. Terminaba así:

"Hace muchos años, cuando eras todavía un niño, te dije que llegarías á ser un gran poeta y ahora veo con orgullo y alegría que has realizado mis esperanzas y acertado tu vocación."

Debo confesar que no me preocupó mucho el temor de la crítica que pudieran hacer de mi libro las revistas y los diarios y creo que tenía razón, pues sólo obtuve aplausos, aun de parte de los censores más severos. Nunca me olvidaré de las congratulaciones del marqués, ni mucho menos de una esquela perfumada que guardo como un talismán. No contenía sino unas pocas líneas, pero cada letra valía para mí un tesoro:

Querido Gabriel: ¿Qué queja tiene Ud. de mí para no haberme remitido un ejemplar de sus versos, como á

Lady Minto? Estoy medio enojada y espero ver cómo se disculpa de esta omisión. Venga mañana temprano. Ru y Rosa quieren verlo. Su invariable amiga,

EMMA DAY.

Oportunamente acudí á su llamamiento y la manera como aquella vez se me recibió en Martel, es uno de los recuerdos más agradables de mi vida. El conde me dió la mano y me felicitó con las frases más lisonjeras.

—Gabriel, me dijo: Ud. llegará á ser poeta laureado.

Lady Minto salió á mi encuentro: estaba ligeramente pálida y los labios le temblaban. Me estrechó las manos entre las suyas, como solía, y todo lo que me dijo fué:

—¡Estoy tan contenta, Gabriel! Pero esto no me sorprende . . . lo esperaba.

Iba á contestarle, pero Lady Emma se interpuso:

—Y ¿qué he hecho yo para que á mí me haya privado Ud. de su libro? ¿Cree que yo no lo sabría apreciar dignamente?

¡Ah! ¿cómo hubiera podido decirle que ese libro era suyo, inspirado por su belleza y dictado por mi amor?

La señorita Morlan sí lo sabía, y me dijo:

—Yo conozco su ideal, señor Míller y sé para quién ha escrito Ud. esos bellísimos cantares. "Ojos negros, de luz de oro" no hay más que dos . . .

Poco á poco había ido comprendiendo yo que la deslumbradora americana se resentía de todo lo que yo pudiera pensar ó decir de cualquiera otra mujer.

—Todavía faltan por recibir los plácemes de dos importantes personajes, me dijo Lady Emma: venga conmigo, Gabriel.

Bien sabía yo de qué personajes se trataba. Al cru-

zar por uno de los corredores, la joven se detuvo y me dijo:

—No porque me ve reir vaya Ud. á creer que no pienso con seriedad. Estoy encantada de su gloria y orgullosa de ser su amiga.

Miróme de lleno, con toda la "luz de oro" de sus ojos negros, y con su mano en la mía agregó:

—Conozco muchos hombres, pero no más que un poeta. Sí, señor: yo también he leído todos sus versos, y lo que me tiene con curiosidad es su heroína: ¿quién es? Á mí me gusta mucho. Pero, Gabriel, todas las heroínas de Ud., estén alegres ó melancólicas, siempre tienen los ojos negros. ¿Es que no hay belleza en los azules ó en los de color de violeta?

—Belleza sí; pero no amor.

—No comprendo la diferencia.

—Para mí todo el amor del mundo está en los ojos negros.

Al entrar en el cuarto de los niños, Lady Emma exclamó:

—Ru y Rosa, corred á besar á Gabriel, que ya es un hombre famoso.

CAPÍTULO XX

Por este tiempo, un nuevo personaje se presentó en escena; el duque de Aberdale, que desde que había cumplido su mayor edad andaba viajando por el oriente. Á su regreso á Londres, en lo más animado de la temporada, llegó á ser el Adonis de la Corte. Aunque desde el primer momento se convirtió en mi rival; debo confesar en honor de la justicia, que era un hombre hermoso, de varonil aspecto, nada vano y nada petulante. Pronto se hizo inmensamente popular. Su delicado gusto por las bellas artes le granjeó la cordial amistad de la marquesa de Doone, á quien le oí decir que era el joven más inteligente de Inglaterra y el mejor novio que una madre podría desear para su hija.

Con esto estaba dicho todo. Poseía un nombre ilustre y una de las mayores fortunas del reino, tanto por la herencia recibida de sus antepasados, como porque durante su minoría había hecho grandes ahorros y los había duplicado en acertados negocios. Fuera de esto, era un político consumado, ardiente defensor de los derechos del pueblo.

Desde la primera vez que vió á Lady Emma concibió por ella una profunda pasión, como me sucedió á mí; pero no sé si sus esperanzas tendrían mejor fundamento que las mías.

Á mi juicio, la joven era más amable con él que con el resto de sus adoradores; lo probable era que si perse-

veraba obtendría la victoria. El duque se había hecho famoso por las mil atrevidas aventuras que de él se referían, relativas á sus viajes, y Lady Emma tenía pasión por los héroes. Nobles ambos, jóvenes, ricos y hermosos, era natural que su inclinación fuera creciendo día por día.

Y si ella lo amaba y él había de hacerla feliz, tendría que conformarme con mi suerte, porque mi amor era generoso y bien podía sacrificarse por la felicidad de mi adorada. ¡Cuán dolorosa era para mí la tortura de los celos!

Lord Aberdale era conmigo muy atento y bondadoso; siempre que había oportunidad, buscaba mi compañía y me hablaba de mis versos con admiración y entusiasmo. Un día me dijo:

—¡Qué poder tan admirable posee el hombre que puede expresar sus sentimientos en el idioma de la poesía! De buena gana cambiaría yo mis títulos nobiliarios por el admirable don que Ud. ha recibido de la Naturaleza. Creo que me ocurren muy altas ideas, muy nobles pensamientos; pero no tengo el poder de expresarlos.

—Todo hombre tiene sobrada elocuencia para expresar sus pensamientos, sin necesidad de ser poeta, le contesté.

—El alma de los poetas habla sola y sus palabras nunca mueren.

Algunas veces me hablaba de Lady Emma, de su belleza, de su originalidad, de su gracia, de la manera divertida con que manejaba su inmenso número de adoradores y no había para él mujer más sincera ni más perfecta.

Cuando pienso en todo lo que yo la amaba, no comprendo cómo podía resistir á semejante tortura. Lord Aberdale no era un amante tímido: se había propuesto

captarse el amor de la joven y para conseguir su objeto, no se detenía ante ningún obstáculo. Lo primero que hizo fué ganarse la amistad del conde de Minto y la buena voluntad de la condesa. Luego se hizo amigo de Ru y Rosa y los entretenía con las fabulosas historias que les contaba. Como Lady Emma se mostraba tan complacida en su compañía, á mí no me tocaba más que callar y resignarme.

Con pretexto de llevar á los niños libros y juguetes, casi diariamente se nos reunía en Martel. ¡Cuánto hubiera dado yo porque el duque se enamorara de la señorita Morlan! Pero todo el mundo comprendía su pasión por Lady Emma y ésta parecía no desanimarlo. ¡Todo estaba en contra mía!

Lady Emma, la señorita Morlan, el duque y yo nos hallábamos reunidos una noche en el salón principal de Martel.

—Ud. nunca me ha pedido que cante, Gabriel, me dijo Lady Emma. ¿No se acuerda ya de los magníficos dúos que cantábamos en los jardines del castillo de Derby?

—¡Ah! ¡cómo fuera yo un niño todavía! le respondí en voz baja.

Lord Aberdale se acercó hacia la joven con presteza, pero ella lo atajó con un ademán gracioso.

—No, señor duque, protestó: lo que voy á cantar es para nuestro poeta.

Lord Aberdale se alejó un poco, sonriéndose. Las palabras de la joven fueron inofensivas; pero me irritaron. Si yo hubiera sido reemplazado por el duque, quiza habría muerto de celos; pero lo que me hirió fué su risa. Estaba seguro de la estimación que me profesaba, mas uno y otro comprendíamos que nuestra posición social era muy dis-

tinta y debía considerarme fuera del palio á que se acogían los pretendientes de Lady Emma.

—Tenemos que despachar de aquí al señor Míller, dijo en seguida con naturalidad y gracia.

—La necesidad no reconoce ley, replicó Lady Emma, y luego dirigiéndose á mí, agregó: vamos, Gabriel; preste atención á lo que le voy á cantar para que me diga con toda franqueza qué le parece mi voz. Todo el mundo me lisonjea por ella, pero usted me dirá la verdad.

He aquí lo que cantó. Nunca había oído una melodía semejante. Se titulaba "Memoria en sueños."

Cuando su amparo me brinda el sueño,
De mis amores el muerto dueño
Me va á buscar,
Y oigo muy quedo fugaz contraste
De muerte y vida: "Soy el que amaste;
No llores más."

Entre la suya mi mano siento,
Y de la alcoba con paso lento
Me aleja ya;
Y recorremos juntos ahora
Prados y bosques donde otra aurora
Nos vió vagar.

Su acento evoca los muertos días
De tantas penas que entre alegrías
Vienen y van:
Se abren los cielos, se humilla el monte
Y allá renace nuestro horizonte
Sobre la mar.

Mas si le digo: "Tras tu partida
Consuelo humano mi fe abatida
Buscó en su afán,"
Se desvanece por la floresta
Su sombra amada.... ¡Ya no me resta
Sino llorar!

—Ahora Gabriel, me preguntó Lady Emma: ¿qué le ha parecido mi canto? La letra es muy bonita ¿no lo cree usted así?

—La letra me parece bellísima; pero la música es mucho mejor.

—¿De veras? ¡Pues yo la compuse! Esos versos me tenían atormentada y no pude resistir á la tentación de ponerles música.

—¡No me lo había imaginado! respondí, sin pensar que decía una tontería.

—¿Por qué no dice también algo semejante sobre mis demás cualidades?

Pero no tuve tiempo de contestar, porque Lord Aberdale se interpuso en ese momento entre nosotros.

—¿Cómo agradecer á Ud., Lady Emma, dijo, la magnífica canción con que nos ha obsequiado?

—No diciendo nada sobre ella, milord.

Yo sonreí con tristeza y repetí para mí la siguiente rima:

Doquier tu imperio se extienda,
¡Oh, amor! tirano del alma,
Allí hay suspiros y quejas,
Allí hay angustias y lágrimas;
Tú vas colmando las tumbas
Por dondequiera que pasas,
Que de tu aljaba las flechas
Son segadoras guadañas.

—Creo, dijo Lord Aberdale con una amabilidad que me hirió en lo vivo, creo que todos debemos dar las gracias al señor Míller por haber conseguido que Lady Emma cantara una melodía tan preciosa.

La joven no le contestó, y volviéndose á mí me preguntó:

—Gabriel, ¿quiere Ud. hacerme el favor de cantar algo para mí?

Sin esperar nueva petición me senté al piano y canté estos versos:

No cavéis mi sepultura,
No levantéis mi cadalso,
¡Que aun no he bebido en la copa
Que otros tan dulce encontraron!
Dejadme beber en ella
Aunque me abrase los labios,
Y así moriré dichoso
Amando un recuerdo amado.

Comba azul del firmamento,
No pliegues tu regio palio
Ni extingas los luminares
Que tachonan tu palacio,
Que aunque no bebí en la copa
Que otros tan dulce encontraron. . . .
Después moriré dichoso
Amando un recuerdo amado.

Nunca las miradas de Lady Emma me habían dicho que me amaba ó que comprendía mi amor; pero cuando acabé mi canción, nuestros ojos se encontraron y por la primera vez los suyos se bajaron ante los míos. Esto es todo lo que recuerdo de aquella noche.

*
* *

Una tarde fuí á comer á Martel y por indicación de Lady Minto, me anticipé una hora á los demás convidados. Ru y Rosa tenían un caballo nuevo que se columpiaba y estaban ansiosos por que lo viera, le pusiera nombre y los ayudara á mecerse en él.

—En verdad, les dijo mi bienhechora, Gabriel os mima demasiado.

Al cabo de una hora deliciosamente empleada con los niños, nos dirigimos al salón. Allí encontramos á un nuevo personaje, el señor Enrique Fóster, á quien la condesa me presentó. Desde aquel momento nació entre los dos una amistad verdadera y agradable para ambos.

Bien sabía que los Fóster del castillo de Barton eran antiguos amigos de Lady Minton y Enrique no debía de ignorar que yo era el hijo de Juana Míller, el niño desheredado de la casilla del Sur, á quien la condesa había sacado de la obscuridad y de la ignorancia.

Enrique Fóster era un joven inteligente y dotado de bellas cualidades; pero tenía un aire de profunda melancolía que no se explicaba á su edad y en sus brillantes condiciones de vida.

Departíamos sobre un reciente libro de poesías de un gran poeta inglés, favorito de ambos, cuando de repente lo vi estremecerse é inmutarse. Seguí su mirada y vi á Lady Emma, que entraba en ese momento. Llevaba una bata blanca bordada de oro, y rosas en los cabellos. Enrique Fóster no pronunció una palabra ni ninguno de los dos mencionó su nombre, pero comprendí que se trataba de un amor naciente. Después de un momento, mi nuevo amigo se levantó con un pretexto y se acercó á Lady Emma. Mientras tanto, la condesa se dirigió hacia mí y se sentó á mi lado.

—¿No conocías al señor Fóster? me preguntó.

—No, respondí.

—¿Te gusta? agregó.

Y sus ojos se clavaron en los míos, como escudriñando la verdad de mi respuesta.

—Mucho, muchísimo.

Lady Minto suspiró profundamente, sin que yo pudiera

explicarme el motivo, y por su frente cruzó una sombra de tristeza.

—Es un pariente lejano de los Fóster; pero si por desgracia Lord Fóster y sus dos hijos llegaran á morir, Enrique sería el heredero de sus títulos y su fortuna.

Pero, ¿por qué me miraba con tanta atención al decirme esto? Sin duda, entre la noble y acaudalada familia de Barton y yo, no había nada común.

Lord Fóster también asistió esa tarde á la comida, lo mismo que la señorita Morlan. Los demás invitados eran varios amigos y amigas del conde, y la marquesa de Doone. No se trataba de un banquete, sino de una escogida reunión de amigos. Al terminar la comida, los señores de edad se quedaron de sobremesa, rindiendo los últimos honores al vino, y los jóvenes se dirigieron con las damas al jardín.

Yo estaba ansioso por ver cómo se arreglaba Lady Emma con sus admiradores en esta ocasión y al momento noté que Lord Aberdale y el señor Fóster estaban mortalmente celosos uno de otro. Mis simpatías se dividían por igual; pero en resumen, yo sufría más que todos.

La serena indiferencia de Lady Emma constituía su mejor escudo. Los senderos del jardín no eran muy anchos; sin embargo, cuando la joven se paseaba por ellos, tenía á cada lado un galán. Si mis celos me hubieran dejado humor suficiente, habría tenido mucho de qué reir. Ninguno de los dos cedía un punto y aunque ambos se mantenían sumisos á las reglas de la buena educación, cada uno temía abandonar el campo á su rival, siquiera por un minuto.

—Me gustaría que tomáramos el café aquí afuera, dijo Lady Emma: estoy segura de que Lady Minto aprobará

mi idea. ¿Quién se tomará la molestia de ir á preguntárselo? Gabriel, á Ud. no hay riesgo de que le diga que no.

Prestéme á ello sin dificultad, bien que la señorita Morlan manifestó que no había necesidad de que fuera yo, cuando eso podía hacerlo un lacayo.

—No, mientras se trate de Lady Emma y yo esté aquí, le contesté, sin reflexionar que mis palabras podrían herirla.

La condesa no tuvo inconveniente en acceder á lo que se le pedía y pronto se colocaron mesitas debajo de los árboles. Lady Minto, acompañada de dos ó tres damas, se nos reunió momentos después. Lady Emma distribuyó sus atenciones de manera igual: del duque, aceptó la taza de café y del señor Fóster, el azúcar.

—Esos caballeros se imaginan, observó la señorita Morlan, que en el mundo no existe nadie fuera de Lady Emma Day. ¿Cree Ud. que es algo coqueta?

—¡No, de ninguna manera! protesté sin vacilar.

—¿Y también le parece más bella que cualquiera otra mujer?

—Ud. lo sabe bien, señorita Morlan. ¿Acaso no se acuerda ya de que una vez me aplicó la fábula de la mariposa y la llama?

—Sí, y. por cierto que se enojó Ud. mucho.

—¡No! ¿Por qué iba á enojarme? Ud. me hacía una bondadosa advertencia y así la entendí. Pero á aquellos dos desgraciados también se les puede aplicar ahora esa misma fábula.

—Cierto; pero á mí no me interesan ellos y usted sí.

—¡Ah, señorita Morlan: es Ud. muy amable!

—No; un poeta es propiedad común y todas tenemos

el derecho de admirarlo, ó de admirar su genio, mejor dicho. Ahora, señor Míller ¿por qué tiene Ud. los ojos fijos en Lady Emma? Míreme á mí, siquiera para cambiar y deje que esas mariposas se quemen las alas á su gusto.

La señorita Morlan era sumamente bondadosa conmigo; pero aunque trataba de interesarme por ella, no podía. Algunas veces, observando que me distraía de lo que me estaba diciendo, se mostraba impaciente, por más que tratara de satisfacerla:

—Mejor sería que se fuera usted en busca de su corazón.

—Tal vez no sabría á dónde ir.

—Pero yo sí lo sé, porque sus ojos siempre se van detrás de sus pensamientos y sus pensamientos detrás de sus ojos.

Traté de reirme de su observación y en aquel momento oí una voz que me llamaba. Volví á mirar y vi que Lady Emma se había levantado. Sin duda había despedido ya á sus dos enamorados, pues éstos fueron á reunirse con Lady Minto, que estaba sola.

Desde donde se hallaba, con un tono de ligera impaciencia me dijo:

—Gabriel, vamos á tener un poco de música: ¿quiere Ud. cantar algo?

—Yo no toleraría, dijo la bella americana, una orden en esa forma, aunque procediera de la mujer más linda del mundo.

—Y yo daría el mundo entero por complacer á Lady Emma, le contesté riendo.

—¡Gabriel! volvió á decir la misma impaciente y dulce voz.

Entonces me despedí de la señorita Morlan, con una inclinación de cabeza y me encaminé hacia donde Lady Emma me esperaba.

—Ciertamente, me dijo, vamos á tener un poco de música; pero antes quiero que charlemos. Estoy cansada. Hablemos.

Y posó la mano en mi brazo.

¿Cansada de qué? . . . ¿Del homenaje que le rendían dos hombres como Lord Aberdale y el señor Fóster? ¿Cansada de oir murmurar palabras de amor? ¿Cansada y buscaba mi compañía? ¡Me parecía increíble!

—Siento como si me hubiera estado asfixiando en una atmósfera de perfumes. Hablemos de nosotros, Gabriel; hablemos del castillo de Derby. Sí, recíteme sus primeros versos: "El canto del zorzal en el matorral."

Reíme, aunque no sin agradecerle interiormente que al cabo de tantos años, conservara el recuerdo de mis ensayos infantiles, y recité los versos que me pedía.

—¡Ah! esto es distinto, exclamó dando un suspiro. Lady Minto me dice que Ud. creía entender lo que los pájaros cantaban.

—Y lo creía de buena fe.

—¿Y es verdad que se pasaba Ud. horas enteras oyéndolos cantar y que al volver á casa se ponía á escribir lo que se imaginaba haberles escuchado?

—¡Fantasías de niño, mucho más dulces que las del hombre!

—Indudablemente, me dijo: usted nació poeta.

—Si así es, debo dar gracias al cielo. Para mí un poeta es un hombre que interpreta las bellezas y la voz de la Naturaleza para aquellos que no las entienden.

Bruscamente cambió de conversación y me preguntó:

—¿Por qué habla Ud. tanto con la señorita Morlan?

—Porque conmigo es siempre muy amable.

—¿Y no lo soy yo también?

—¡Ah, Ud. es adorable! contesté.

La tenue luz de la pálida media luna, el aroma de las flores, la embriaguez de su presencia, el sonido de su voz, el contacto de su mano, todo se combinaba para perturbar hondamente mi corazón y mi cabeza.

—Me complace que Ud. me diga que soy adorable, me dijo con su habitual donosura: ahora haga lo que le digo: olvídese de la señorita Morlan y recíteme algunas de sus incomparables poesías.

Y paseándonos por el jardín, de arriba abajo, mis versos le dijeron todo lo que mi tímida prosa hubiera sido incapaz de decirle.

CAPÍTULO XXI

¡ De la dicha al dolor no hay más que un paso !
Basta un suspiro, un beso, y en seguida
El sol del orto se hunde en el ocaso
Y cambia para siempre nuestra vida.

Una tarde fuí á Martel y se me dijo que Lady Emma estaba en el jardín jugando con los niños. Dirigíme en su busca y al llegar, Rosa fué la primera que me vió, y me gritó:

—¡ Gabriel !

Lady Emma se volvió hacia mí y vi con alegría el agrado que le causaba mi presencia.

—Buenos días, Gabriel, me dijo: precisamente estaba deseando que Ud. viniera. ¡ Qué mañana tan preciosa ! ¡ Ah, quién estuviera en el castillo de Derby !

—Extraño deseo me parece éste de parte de la mujer á quien Londres proclama como la reina de las bellas.

—Sí; pero á la reina de las bellas le gusta más el campo.

—Me imagino que el mundo es para Ud. igual en todas partes: rosa sin espinas, cielo sin nubes, vida de armonía y felicidad.

—Así se imaginan los poetas el paraíso terrenal. Sin embargo, hasta cierto punto Ud. tiene razón, Gabriel. Mi vida es apacible y feliz, pero apenas comienza. Los pesares vendrán á su tiempo.

—¡Ah! ¡cómo me fuera dado el reclamarlos para mí y evitárselos á Ud.!

—¿De veras? Ésa es demasiada bondad; pero, no, convénzase Ud., Gabriel; cada uno de nosotros tendrá que llevar solo su propia cruz.

—No, si yo pudiera ser su escudo protector y conjurar cualquier desgracia que amenazara siquiera la momentánea tranquilidad de Ud.

—¿Tanto se interesa Ud. por mí?

—¡Oh, Lady Emma, Ud. lo sabe muy bien! No hay hombre alguno . . .

Ya iba á lanzarme; iba á decir lo que no debía, pero á tiempo lo comprendí y me detuve. Debía ser noble y leal y no abusar de la bondad que se me dispensaba. Este heroico esfuerzo fué casi superior á mi naturaleza: me puse trémulo, y sentí en mi rostro la palidez de la muerte.

La joven no dijo una palabra; pero se inclinó hacia Rosa, á quien tenía en las rodillas y la besó en los labios. Al ver esto me acerqué y besé á la niña en el mismo lugar y del mismo modo.

Uno y otro guardamos profundo silencio. Al cabo de dos ó tres minutos me atreví á alzar los ojos y á mirar á Lady Emma: estaba encendida como el carmín y le temblaban los labios.

Sin dirigirme una mirada, sin pronunciar una palabra, soltó á Rosa, se levantó y se fué.

¡Cielos! ¿Qué era lo que había hecho? ¿Cómo había podido atreverme á tanto? ¿Qué había sido de mi hidalguía? ¿En dónde había dejado mi prudencia? Probablemente Lady Emma no volvería á hablarme nunca.

¡Mi desesperación era horrible! Como un culpable me

deslicé sigilosamente fuera del jardín y me lancé á la calle.

Me había hecho indigno de la confianza depositada en mí por mis bienhechores. Había perdido el dominio de mí mismo. ¡Ah, pero eso no volvería á suceder nunca! ¡Primero la muerte! El honor me vedaba aquella revelación: ¿cómo había podido hacerla?

No pasaron muchas horas sin que mi delito fuera castigado.

Estábamos en la biblioteca de Lord Doone. Varios caballeros que habían ido á visitarlo hablaban de los asuntos del día, después de haber discutido largamente sobre política. Uno de ellos, el coronel Fallon, dirigiéndose al marqués le preguntó:

—¿Qué sabe Ud. de cierto sobre el rumor que corre relativo al matrimonio de Lord Aberdale?

—No he oído decir nada, repuso el marqués.

—En el club y en todas partes se asegura que se casa con Lady Emma Day, la pupila de Lord Minto.

—Nada sé, dijo el marqués. Probablemente el señor Míller estará mejor informado: ¿qué sabe Ud., Gabriel, sobre el particular?

—Nada he oído decir, contesté con una angustia mortal y me hubiera sido imposible agregar una palabra más.

—Sería un matrimonio acertado, observó el coronel. Me han dicho que Lady Day es una mujer encantadora y á Lord Aberdale lo conozco muy bien. No hace mucho viajamos juntos por África y puedo asegurar que no hay otro joven más arrojado y valiente. Es el tipo ideal del gentilhombre inglés. Ese matrimonio sería de todo mi gusto: la belleza y el valor deben unirse.

No pude escuchar una palabra más: la ansiedad me

ahogaba. Tenía que ir á averiguar la verdad de aquel rumor ó morir de desesperación. ¿Y si fuera cierto? El caso no tenía nada de inverosímil: la devoción del duque por Lady Emma era manifiesta. ¿Por qué no había de aceptar á un hombre como aquél, á quien ninguna otra mujer rechazaría?

Profundo era mi dolor y más profunda mi vergüenza. El beso que había robado aquella misma mañana, de los labios de la niña, era el beso de la prometida de otro.

De repente, me acordé que esa noche la familia iría á la ópera. Si el rumor era cierto, el duque debía estar allí al lado de su novia. . . . Pero, cierto ó falso, ¿en qué afectaba eso mi condición, cuando Lady Emma nunca podría ser mi esposa? ¿Por qué no resignarme á verla feliz al lado de otro?

Á poco de entrar en la ópera divisé el rostro encantador de Lady Emma. Extasiado en su belleza, me olvidaba de que había ido á vigilar á mi rival: ¡allí estaba sentado á su lado! ¡Ah! pero al otro lado estaba Enrique Fóster, con la eterna expresión de melancolía que lo hacía tan interesante. Eso hablaba por sí: ¡no existía tal compromiso!

Recuerdo que aquella noche miraba con sumo interés á Enrique Fóster y sin imaginarme que algún día habíamos de cruzarnos en nuestro camino, sentía por él un afecto inexplicable.

La tranquilidad de Lady Emma y la manera como dividía por igual la atención entre sus dos compañeros, acabaron por tranquilizarme.

Á la mañana siguiente resolví ver á Lady Emma: si estaba enojada conmigo, valía más saber la verdad; peor era la incertidumbre que me mataba. Pregunté por ella

y como se me dijo que se hallaba en la librería, allí fuí á buscarla. Estaba leyendo cuando entré. Al sentirme alzó los ojos, me miró con señales evidentes de que sentía una agradable sorpresa y extendió hacia mí ambas manos.

—Gabriel, me preguntó: ¿por qué dejó Ud. de venir anoche?

—No quise venir, Lady Emma, contesté con alguna vacilación: temía que Ud. estuviera enojada conmigo.

—¿Enojada? Pero ¿por qué había de estarlo?

No me quedaba más recurso que decir la verdad:

—Por aquel beso que Ud. dió á Rosa y yo arrebaté de labios de ella, declaré con resolución.

Las mejillas de la joven se tiñeron otra vez de carmín; pero al punto sonrió y dijo:

—No me parece tan grave el pecado. Si hubiera sabido que eso era lo que lo tenía alejado, lo habría mandado llamar.

—¿De modo que en realidad no se ha enojado Ud. conmigo?

—Ni en lo mínimo. Más bien me gustan los hombres valientes.

¿Qué significaba aquello? ¿Era un cumplimiento ó una sátira? No me detuve á preguntárselo, pues á mi felicidad, bastaba que me hubiera perdonado tan fácilmente.

—¿Y cómo habría procedido Ud., Lady Emma, si Lord Aberdale hubiera hecho lo mismo?

La expresión de su fisonomía varió en el acto. En seguida respondió:

—Es que Lord Aberdale no es Ud., Gabriel.

—No; ¡pero yo bien quisiera serlo!

—¿Ud.? ¿Y para qué? ¿Acaso es mejor ser duque que poeta?

—Ah, Lady Emma; ¿no sabe Ud. que un poeta no puede hacer lo que puede hacer un duque?

—Un poeta puede hacer palpitar á una nación entera con sus versos; hacer al pueblo leal ó sedicioso, alegrar su vida, embellecer su alma, acercarlo á Dios y levantar su espíritu. Compare Ud. á Víctor Hugo, con el más encumbrado personaje de la nobleza de Francia: ¿cuál de los dos ha influído más en los destinos de su patria y ha dejado un nombre más ilustre? ¿Qué valen todos los Pares de Inglaterra comparados con Shakespeare?

—¡Pero yo no tengo más que una ambición!

—¿Cuál? La ambición de un hombre debe ser siempre grande. ¿Cuál es la suya?

Yo guardé silencio. Mi ambición era su amor, pero no podía decírselo.

—Debe ser algo digno de Ud. Admiro á los hombres á quienes domina una ambición grande, noble y nada egoísta. La misión de Ud., como gran poeta, vale más que la de esos seres que deben á la casualidad un nacimiento ilustre ó una fortuna heredada.

—Pero un hombre de esas condiciones puede obtener lo que yo no obtendré nunca. No, no cambiaría mi nacimiento ni renunciaría al don que he recibido de la Naturaleza, por el título de Par de Inglaterra; pero como he dicho antes, un Par puede conseguir lo que para mí es imposible.

—No comprendo lo que Ud. quiere decir.

Luego se acercó á la ventana inmediata y arrancando una flor de una de las macetas, se puso á jugar distraídamente con ella. Envidioso de la flor, no pude resistir al impulso de quitársela. Miróme con una sonrisa y díjome:

—¿Por qué hace Ud. eso?

—No pude evitarlo: la acariciaba usted con tal delicadeza, que tuve envidia.

Difícilmente pude creer á mis sentidos, al ver lo que sucedió después: la joven me tendió su mano tibia y suave. . . . Yo la estreché con veneración y regocijo.

—Todavía podemos disponer de media hora. Sentémonos aquí, Gabriel y como siempre hemos sido buenos amigos, hábleme ahora de sus aspiraciones y de sus esperanzas. No entiendo qué es lo que un duque puede obtener y un poeta no.

—La mujer á quien ama, respondí con audacia.

—¿La mujer á quien ama? repitió lentamente: ¿por qué no puede Ud. hacer lo mismo? ¿Quién se lo impide?

—Porque no tengo nada que ofrecer á la mujer amada.

—¿Nada que ofrecer? ¿Cómo? ¿un poeta, un genio predestinado á la gloria, no tiene nada que ofrecer?

Resistiendo heroicamente á toda tentación le pregunté:

—¿Cómo se imagina Ud. que una madre de Belgravia, me acogería si fuera á pedirle la mano de su hija?

—No lo sé, porque mi madre no era de Belgravia, contestó riendo.

—Me preguntaría ante todo cuáles eran mis esperanzas y cuál el porvenir que podía ofrecer á su hija.

—Es raro que un poeta no vea las cosas más que por el lado material. ¿Qué respondería Ud.?

—Respondería que mi buena madre hace de guardabosque en la casilla del Sur, que fuí educado gracias á la bondad de Lady Minto y que lo único que puedo ofrecer á mi futura es el modesto salario que gano.

—¿Pero Ud. no piensa que algún día será un poeta aplaudido?

—No, Lady Emma: una madre de Belgravia me despediría por toda respuesta: Ud. lo sabe muy bien.

—No lo creo, Gabriel. Sin embargo, ¿qué importaría el modo de proceder de esa madre? Lo importante sería saber lo que dijera la mujer amada y creo que si fuera digna de amor, Ud. no sería rechazado. Las mujeres leales no se casan por dinero.

—Tampoco se casan sin él.

—Ciertamente, el dinero es necesario. Pero oiga Ud. mi consejo: trabaje con todo entusiasmo, con toda energía, economice cuanto pueda, lábrese pronto un nombre ilustre y así podrá hacer lo que hace un Par de Inglaterra.

—Sí; tales son mis propósitos. Pero sucederá que mientras gaste los mejores años de mi vida trabajando para merecerla, otro vendrá y se la llevará.

—No, eso no sucederá si ella lo ama.

—Pero no me ama y tiene más adoradores que los que pueden contarse.

Lady Emma volvió la cabeza, de manera que no pude ver la impresión que produjeron mis palabras, pero la oí suspirar. Luego me miró y con voz trémula me dijo:

—¿Quién sabe si ella lo ama más de lo que Ud. se imagina?

Así terminó nuestra conversación, porque no me atreví á decir una palabra más. La prudencia y el honor me lo impedían.

CAPÍTULO XXII

Poco á poco empecé á convencerme de que Lady Emma no me miraba con indiferencia. Ya no me trataba con la llaneza de antes. Cuando nos veíamos, sus mejillas se ponían encarnadas como una rosa, sus labios pálidos como un lirio y si se veía obligada á dirigirme la palabra, ya no me miraba con la franqueza de antes sino que bajaba los ojos.

Ya no se reunía conmigo en las habitaciones de los niños y si alguien le exigía que cantara, siempre tenía algún pretexto para no hacerlo. Tampoco había vuelto á decirme que cantara. Ahora yo no era ya "Gabriel," el amigo de la infancia, sino el "señor Míller," secretario de Lord Doone. Y lo peor de todo era que su frialdad atizaba mi amor.

—Gabriel, me preguntó un día Lady Minto: ¿has reñido con Lady Emma?

—No, le contesté.

La condesa me miró con curiosidad.

—Pero he observado que ya no os tratáis como antes. ¿Estás seguro de no haber tenido ningún disgusto con ella?

En aquel momento tuve la intención de contar á mi bienhechora mi loca pasión, mis esfuerzos por dominarla, las tribulaciones de mi alma, pero el honor me imponía silencio y nada dije.

—Ahora, sus admiradores no le dejan un instante de reposo; pero no por esto la creo capaz de olvidar á sus antiguos amigos.

Yo lo sabía muy bien y así se lo dije á Lady Minto, encomiando la nobleza de su carácter. De niña había sido conmigo la dulzura y la bondad personificadas; pero esa amistad infantil no me daba derecho á acercarme cuando la rodeaban gentileshombres de su clase.

—En eso hay algo de verdad, observó la condesa con un suspiro. Espero, agregó, que Lady Emma no te habrá hecho sentir esa diferencia de posición.

—No, de ninguna manera; Lady Emma es un ángel.

—Los poetas tienen ideas muy particulares sobre los ángeles; cada uno adora al suyo, pero por mi parte creo que esa mujer es más seductora que un ángel.

Tratando de disimular mis sentimientos, pregunté á mi bienhechora, qué sabía sobre el matrimonio de Lord Aberdale con la joven.

—Nada absolutamente he oído decir, me contestó; pero en todo caso Lord Minto sería el primero en saberlo.

Ya esto era un consuelo. En tanto que Lady Emma no estuviera comprometida con otro, aun quedaba para mí un resto de esperanza.

En ese momento alguien entró á llamar á la condesa y á poco oí la voz de Ru:

—Gabriel, Gabriel, venga acá, que lo necesito.

Los niños estaban jugando en el prado y allá me dirigí. Lady Emma estaba con ellos.

—Aguarde un momento, Ru, le dije; voy á saludar primero á Lady Emma.

La joven no me vió; se hallaba sentada debajo de un árbol y cantaba con toda la magnificencia de su voz. Esto me hizo repetir mentalmente la estrofa que sigue:

Cabe el rudo sicomoro,
Bajo un palio de verdura,
Una voz lozana y pura
Canta un aire juvenil.
Es un aire que conozco,
Y trina esa voz temprana
De una vida en la mañana
Y en la mañana de abril.

De repente sintió mis pasos y volvió la cabeza. Al verme, ruborizóse vivamente y la canción se apagó en sus labios.

—¡El señor Míller! exclamó, pensé que era Ru.

—¿Le contraría que no haya sido él?

—No; ¿por qué había de contrariarme? Por el contrario, tengo mucho gusto de ver á Ud.

Tenía los ojos bajos y parecía resuelta á no mirarme. Yo sentía que el valor me abandonaba y ya iba á retirarme; pero haciendo un esfuerzo sobre mí, cobré ánimo, me acerqué y le dije:

—Lady Emma, deseo hacer á Ud. una pregunta: nada me autoriza para ello y temo que Ud. castigue mi presunción no respondiéndome; pero también puede ser que disculpe mi osadía y me diga la verdad.

La joven alzó la cabeza con dignidad y me miró de frente.

—Si he de responder, dijo, será la verdad. ¿Qué desea Ud. saber?

—Todo el mundo dice que Ud. va á casarse con Lord Aberdale: ¿es cierto?

—¿Eso dicen?

—Sí; no se habla de otra cosa y todos aprueban el enlace. Perdone Ud. mi audacia, y dígame lo mejor . . . ó lo peor.

—Es absolutamente falso, exclamó sin vacilar, quizá apiadada de la angustia que revelaba mi semblante. No hay en ello una palabra de verdad, repitió. Pero, ¿por qué está Ud. tan agitado?

¿Por qué? . . . ¿Cómo decirle la verdad? En mí no cabía otra respuesta que el silencio.

—Pero, Gabriel, ¿por qué ha cambiado Ud. tanto? Éramos como dos hermanos hasta hace poco; y ahora es Ud. tan frío, tan esquivo, tan distinto de lo que era. . . . ¿Qué ha sucedido?

Tampoco tuve palabras que responder en esta vez, y Lady Emma empezó á mostrarse triste, aún más que contrariada.

—¿Qué le he hecho yo, Gabriel, para que haya variado tanto conmigo? ¿Por qué no es Ud. franco como antes y me dice la verdad?

—No he variado, Lady Emma respondí con una voz ronca que no se parecía á la mía. No he variado, ni nunca podría variar para con Ud.

—Pero no es Ud. el mismo de antes: ahora evita mi presencia y antes buscaba siempre mi compañía; ahora no me dirige la palabra, y antes le gustaba hablar siempre conmigo. Míreme de frente y respóndame: ¿qué ha sucedido?

No me atrevía á mirarla, porque si así lo hubiera hecho mis ojos le habrían revelado mi secreto.

—¡Eso es! dijo con amargura; ¡ya ni siquiera me mira Ud. y dice que no ha cambiado!

—No me atrevo, murmuré: el hombre no puede mirar mucho rato al sol sin volverse ciego.

—Pero yo no soy el sol. Vamos, ¿no sabré nunca la causa de ese cambio?

—¡Nunca!

Larga fué su lucha por arrancarme la verdad; pero mi resolución era inquebrantable. Al fin le dije:

—Ud. no ha hecho nada que pudiera evitarse. Ud. ha sido para mí un ángel de bondad: lo demás es culpa mía.

—No; Ud. no puede haber sufrido esta transformación sin que yo le haya dado algún motivo. ¿Piensa tal vez que he dado alas á Lord Aberdale para que insista en ser galante y obsequioso conmigo? Pues está Ud. en un error, porque de mis labios nunca ha salido una palabra de dudosa interpretación ni mucho menos de esperanza ¡Ah! El duque no puede envanecerse de que yo le haya dirigido una mirada alentadora. Indudablemente, Ud. está enojado por causa de él.

Como yo continuara obstinado en mi silencio, Lady Emma se acercó más, me extendió la mano y murmuró casi á mi oído:

—Gabriel, juzgue de mí lo que quiera, pero tenga por cierto que nunca me casaré con un hombre á quien no ame.

Mi situación era desesperada, mi lucha espantosa, mi dolor sin límites.

—Ah, Lady Emma, dije al fin: perdóneme, pero no puedo explicarme: es un secreto . . . un secreto que Ud. no debe saber nunca.

—¿Y qué diría Ud. si yo lo supiera ya? me preguntó con una sonrisa divina.

¡Ah, Dios mío! ¿qué otro hombre resistió jamás á semejante tentación?

—¡No, no! protesté con energía: Ud. no puede saberlo. Nadie lo sabe en el mundo y ni á mi propio corazón se

lo he dejado comprender. Perdone Ud., Lady Emma, y ahora ¡adiós! Mañana parto con el marqués . . .

—Adiós, murmuró, y se alejó de mí con frialdad.

¡Ah! ¡si hubiera sabido lo que pasaba en mi corazón! . . .

Me quedé mirándola por un momento. ¿Cómo era posible que nos separáramos así?

Vacilé un instante, pero cediendo á un impulso superior á toda fuerza humana, corrí tras ella, tomé su mano y se la besé apasionadamente. . . . Ella fijó en mí sus ojos con una expresión indefinible, que no era de reproche ni de aliento, tan dulce, tan sutil y arrebatadora, que perdí el sentido. . . . La estreché en mis brazos y la besé en la boca. ¡Por aquel momento de bendición hubiera dado mil veces la existencia!

Tan intempestiva como mi asalto, fué mi retirada. No alcancé á saber si quedaba resentida conmigo ó no. Aquel beso había sido nuestro único adiós y la vida había terminado ya para mí.

Ru se había apartado de nosotros hacía mucho rato; Lady Emma regresó á la casa y yo busqué un lugar solitario del jardín, en donde refugiarme. Allí, á solas conmigo mismo, dejé correr mis lágrimas. . . . Allí, olvidado de todo, lo único de que me acordaba era de aquel beso de fuego, que todavía me quemaba los labios.

¿Qué tiempo pasó así? ¡Imposible me sería saberlo! La voz de los niños cesó de oirse y en el jardín se sentía la más profunda quietud. Me creía solo con mi dolor y mi desesperación, pero no lo estaba. De repente sentí la dulce presión de una mano que se posaba sobre la mía. . . . Alcé los ojos y vi á Lady Minto.

—Ah, Gabriel, me dijo con voz conmovida: te he se-

guido llena de inquietud. Dime, por Dios ¿qué te sucede? Siempre he sido tu mejor amiga; ábreme tu corazón y dime la verdad.

Corta fué la lucha, débil mi resistencia. . . . Un momento después, la condesa sabía el secreto de mi alma. Me escuchaba con profunda tristeza y más de una vez enjugó las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Yo he debido preverlo, murmuró al fin: ¡ah, mi pobre Gabriel! nunca me perdonaré la imprudencia con que he comprometido tu felicidad. ¡Debía haber adivinado lo que tenía que suceder!

—¿Qué hacer, Lady Minto? ¡Éste es un amor sin esperanza!

Y con una voz tan triste que parecía un sollozo, me respondió:

—Sí; es un amor sin esperanza: ¡pobre Gabriel!

—Esta verdad, declarada por Ud., no deja de ser un consuelo para mí, porque lo que más me afligía era la idea de retirarme para siempre de esta casa sin que Ud. supiera el motivo. . . . Pero, condesa ¿por qué está Ud. llorando? Sin duda no será por mí.

—No alcanzas á comprender el dolor que esto me ocasiona. Lady Emma es la mujer más encantadora del mundo y tú no podías menos que amarla. Yo no sabía lo que hacía; pero si hubiera comprendido el peligro que corría tu tranquilidad y sosiego te habría amonestado á tiempo y te habría salvado: tu corazón no se habría destrozado así por falta de advertencia. ¿Me perdonarás este error algún día?

—¡Culpa de Ud! exclamé: ¿qué culpa puede tener Ud. de que yo haya sido tan soñador y tan ciego? Ud. es quien debe perdonarme, bien que nunca he violado la con-

fianza con que Ud. y el conde me han honrado: Lady Emma no ha oído jamás de mis labios una palabra de amor. Ahora no me queda más que un recurso y es no volverla á ver en mi vida.

Ante esta idea, mis ojos se llenaron de lágrimas. Lady Minto era tan prudente como bondadosa, y no trató de contener mi llanto. Después de un prolongado silencio me preguntó:

—Me dices que nunca le has hablado de tu amor.

—¡Nunca en mi vida!

—¿Pero ella no sospecha que la amas?

Á esto no pude responder, porque yo mismo no lo sabía á punto cierto. De lo que sí estaba seguro era de no serle del todo indiferente y de que si nuestra posición social no fuera tan distinta, no me habría sido imposible obtener su preferencia.

—¿Qué puedo hacer, Lady Minto? ¿Qué remedio ve Ud. para mi mal?

—Ninguno, Gabriel; pero ten presente que otros han padecido más que tú. ¡No sabes, Gabriel, qué hondos han sido mis dolores! Á ti el horror de la muerte te es desconocido: piensa que en medio de todo tu amada vive aún.

¡Cómo! ¿Aquella existencia que parecía haber sido siempre tan dichosa, había saboreado también dolores tan amargos como el mío?

—Quizá con el tiempo puedas encontrar algún alivio. Siempre hay alguna recompensa reservada para los que sufren con resignación, continuó la condesa.

Estas palabras me hicieron comprender mejor que aquella noble naturaleza había devorado en silencio sus tribulaciones. Hasta entonces, Lady Minto había sido á mi

juicio el ser más feliz del mundo; pero esta revelación me sacó de mi error.

—¿Qué debo hacer? Le pregunté después de un momento.

—No tengo más que un consejo que darte y es muy doloroso: aléjate de Lady Emma y no vuelvas á verla, por lo menos durante algún tiempo.

—¿Cree Ud. que sería inútil lo que yo hiciera por brillar en el mundo y merecer un día su mano?

—Perfectamente inútil. El conde, que es su tutor, nunca consentiría esa alianza. Trata de olvidarla hasta que hayas logrado dominar tu amor siquiera hasta el punto en que el dolor se te haga tolerable. Lady Emma se va á pasar algunas semanas con la señorita Morlan.

—Y al decir esto, la condesa me estrechó las manos y las humedeció con sus lágrimas.

CAPÍTULO XXIII

En los días subsiguientes, la condesa me escribió dos ó tres veces, primero para hablarme de los niños, que, según decía, me echaban de menos á cada momento y luego para comunicarme que Lady Emma había partido con su amiga.

Cuando volví á Petrel, Lord Minto se sorprendió al ver el cambio que se había verificado en mí, y me dijo:

—Gabriel, se conoce que has trabajado rudamente en los últimos días. Es preciso que descanses un poco. Vamos á pasar la próxima semana en nuestra granja del Alcor. Vente con nosotros ó síguenos lo más pronto que puedas. Veré que el marqués te conceda la licencia necesaria.

La oferta no podía ser para mí más halagüeña. Pocos días después llegué una tarde al Alcor, á donde la familia me había precedido. La granja era muy importante y valiosa; estaba situada en Kent y no lejos del mar. El conde y la condesa se mostraron allí tan bondadosos como de costumbre; si yo hubiera sido hijo suyo, la bienvenida que me dieron no habría sido más entusiasta y cordial. El conde insistió en que tenía el aspecto de un enfermo y la condesa opinó que una semana en el campo en compañía de Rosa y Ru, sería de inmenso provecho para mi salud.

Una mañana me levanté más temprano que de ordinario y me fuí á coger flores para Lady Minto. Cuando

las puse en su falda, todavía empapadas en rocío ¡cuán lejos estábamos los dos de imaginarnos lo que iba á suceder antes de que ese bello sol que nos alumbraba se hundiera en el ocaso!

El almuerzo se sirvió un poco tarde y después de él el conde pidió los periódicos, que eran siempre el invariable complemento de sus comidas.

El comedor del Alcor daba á un magnífico jardín de estilo antiguo, cerrado por el fondo y los costados por altos muros de piedra, á cuyo pie se levantaban árboles frutales de todas clases. Esa habitación nos gustaba por su quietud y su aislamiento y porque en ella podía uno conversar á sus anchas sin peligro de ser escuchado por extraños. El comedor tenía hacia el lado del jardín, tres grandes ventanas, cubiertas por enredaderas en flor. En el lado más remoto del jardín había una hilera de duraznos y otra de colmenas. La condesa había hecho colocar un sofá cerca de una de las ventanas y allí se pasaba horas enteras viendo revolotear las mariposas y las abejas sobre las flores.

Aquella mañana, cuando llegaron los periódicos, el conde escogió los que sabía eran de más interés para Lady Minto y él se puso á leer "El Tiempo," que era el que siempre prefería.

Cada cual leía para sí, cuando de repente, el conde exclamó:

—Lola, Lola, aquí hay una noticia relativa á tu antigua casa.

—¿Á mi antigua casa? ¿Hablas de Belmonte?

—No precisamente; pero sí del castillo de Barton.

La condesa se estremeció, abrió los ojos con sobresalto y juntando las manos dijo con voz triste:

—Sí, Godofredo; Barton era para nosotras una parte de Belmonte. ¡Estaba tan cerca! ¿Qué desgracia ha podido ocurrir?

Lord Minto no observó el cambio que se verificaba en su esposa:

—Oye lo que dice el diario. El artículo se titula: "Terrible accidente en el Tirol."

Y leyó lo que sigue:

"Grande será la pena de nuestros lectores al saber la horrible desgracia que ha costado la vida á dos de nuestros compatriotas. Los dos únicos hijos de Lord Fóster, del castillo de Barton, Juan, el heredero de los títulos y la fortuna y Ernesto, el menor, que últimamente había entrado en el servicio civil del Imperio, viajaban por el Tirol, acompañados de un guía. Desoyendo á éste, que era un hábil conoceder del terreno, se obstinaron en seguir por un sendero desconocido, de una aldea á otra. El guía protestó contra lo peligroso de la aventura y como consecuencia de esto se le despidió. Los jóvenes continuaron solos, se desorientaron y rodaron por un precipicio. Durante algunas horas nadie sospechó lo que había sucedido, pero al fin sus amigos principiaron á inquietarse y salieron en varias partidas á buscarlos. Esto duró algunos días, hasta que al fin se encontraron los cadáveres, tan mutilados por la caída, que fué difícil identificarlos. Cuando se comunicó la noticia por telégrafo á Lord Fóster, su impresión fué tan grande, que cayó víctima de un ataque fulminante de apoplejía y sucumbió pocas horas después. La muerte pocas veces ha barrido así á una familia entera en tan corto espacio de tiempo.

"Nuestros lectores recordarán el lamentable accidente ferroviario que puso fin á la vida del capitán Luis Simón, que era una de las más bellas esperanzas de la patria. Si

ese joven viviera aún, sería el heredero de los títulos y propiedades de Lord Fóster, por ser el pariente más inmediato; pero como murió soltero, todo pasa ahora al señor Enrique Fóster, que es el único superviviente de la familia.

"Este terrible acontecimiento ha producido honda consternación en la sociedad. Lord Fóster era universalmente querido y sus hijos prometían ser dignos de las virtudes y méritos de su padre.

"Es de esperar que esta severa lección sea provechosa para aquellos de nuestros compatriotas que se aventuran por los parajes más peligrosos del Tirol, sin prestar atención á la experiencia de los guías."

Á esta lectura siguió un silencio de muerte: afuera se oía el zumbido de las abejas, el roce de las hojas y el canto de los pájaros.

—¡Ha sido una desgracia horrible! exclamó el conde. ¡Pero, qué imprudentes son los jóvenes! ¡Nada les enseña á ser cuerdos! El año pasado, ¡cuántos ingleses perecieron del mismo modo en el Tirol!

La condesa se había acercado á la ventana y parecía contemplar el jardín, pero bien comprendí que trataba de esquivar las miradas de su esposo y ocultar la profunda emoción que la dominaba. El conde continuó buscando en el periódico mayores detalles sobre el acontecimiento. Mientras tanto, Lady Minto notó que yo la miraba aterrado, y con disimulo se puso un dedo en los labios, indicándome que callara.

Lord Minto encontró lo que buscaba, y volvió á leer. Entretanto, la condesa se ponía más y más pálida y dejaba caer la cabeza sobre el pecho. De repente me tomó la mano, y en voz que yo sólo pude oir murmuró:

—¡Sálvame!

—¿Qué opinas de esto, Lola? preguntó el conde ajeno á lo que pasaba.

Yo respondí por ella y traté de discutir acerca del accidente, para darle tiempo á que se repusiera. Su palidez crecía y en el continuo movimiento de sus ojos se leía el esfuerzo que estaba haciendo para triunfar de sí misma. Pero la tremenda lucha que libraba contra su naturaleza era insostenible: al fin, perdió el equilibrio y se desplomó sobre mí. Sus rodillas se doblaron y apesar de que traté de sostenerla, cayó sobre la alfombra.

El conde se levantó vivamente, lleno de solicitud y espanto.

—¡Lola! ¡alma de mi alma! ¿qué te sucede? exclamó, tan pálido como ella. ¡Gabriel, Gabriel: se ha desmayado! Ésta es la primera vez que eso le sucede. ¡Corre! ¡Toca la campanilla!

—Mejor será no llamar á los criados, observé: quizá á la marquesa no le gustará que la vean en este estado. Creo que todo pasará en un momento.

Entre los dos levantamos á Lady Minto y la colocamos en el sofá. Transcurrieron algunos minutos antes de que recobrara el conocimiento. Ya el conde estaba gravemente alarmado y quería que se llamara á la servidumbre, pero yo estaba seguro de que la condesa volvería pronto en sí y creía adivinar que me agradecería el que impidiese fueran en su auxilio gentes extrañas.

Cuando pudo moverse me dijo:

—Me he sentido muy mal, Gabriel; no recuerdo haber estado nunca peor.

No sé por qué se dirigía á mí de preferencia, cuando su esposo estaba más angustiado que yo.

—Mi querida Lola, no puedes imaginarte lo que he pa-

decido en estos breves momentos. En todo el tiempo de nuestro matrimonio nunca te ha ocurrido un accidente semejante. ¿Cuál puede ser la causa?

La condesa trató de tranquilizarlo; pero era visible el esfuerzo que á ella misma le costaba aparecer tranquila. Rióse, como para demostrarnos que nada grave había sucedido, mas su risa me oprimió el corazón.

—No, declaró: nunca he sido propensa á estos accidentes. Sólo una vez en mi vida . . . no, dos veces, he perdido el conocimiento. Y en verdad que la sensación no es agradable.

—Pero ahora ¿por qué Lola? No se me alcanza el motivo.

—Tal vez ha sido efecto del calor ó del aroma de las flores. Pero no tienes por qué inquietarte, Godofredo: ya estoy bien y esto no se repetirá.

Mientras trataba así de que el conde no diera importancia á lo ocurrido me tomó la mano y comprendí que no quería que la dejara sola con él. Lord Minto le hizo tomar un vaso de vino. Ella se incorporó en el sofá y luego se dirigió á la ventana.

—¡Qué hermoso está el día! exclamó. Quisiera salir al parque.

—Tal vez eso sería lo mejor, observó el conde. Dentro de media hora iré á buscaros. Al mayordomo le he dado una cita para hoy y pronto terminaremos. Acompáñala, Gabriel, y cuida de ella. Id á ver las ruinas y allá me reuniré con vosotros.

Cuando la condesa se repuso lo suficiente, salimos de la casa. Todavía estaba temblorosa y apenas podía andar.

—Sería mejor pedir el carruaje, insinué: Ud. no está todavía muy bien.

—No importa; deseo que estemos solos y podamos hablar con libertad.

Á paso lento nos encaminamos hacia las ruinas de que había hablado Lord Minto, que no estaban lejos. Eran las de una antigua abadía, de que el Alcor había tomado su nombre. Nos sentamos al lado de un arroyo, al pie de un álamo, cogidos de la mano. Por algunos momentos mi bienhechora guardó silencio. Bien se me alcanzaba que sus dolencias no eran del todo físicas y por experiencia propia sabía que para las penas del alma nada hace tanto bien como la contemplación de las escenas de la Naturaleza.

—Ha sido un accidente horrible, murmuró al fin. ¡Qué cosa tan rara que toda una familia haya desaparecido así en un instante!

—Esta desgracia, repliqué, pierde para mí algo de su horror, por el cambio de fortuna que acarrea para el señor Enrique Fóster.

—Ciertamente. La semana pasada me habló de sus proyectos y me dijo que pensaba ir á probar fortuna en el Canadá. Desde luego, ahora no pensará en eso. ¡Qué cambio para el nuevo Lord Fóster!

—Sin embargo, Enrique es un hombre distinto de todos los que conozco y me imagino que ni este brillante cambio de posición modificará la habitual melancolía que lo domina. Muchas veces he creído que ese joven vive bajo el presentimiento de una inmensa desgracia.

—Está enamorado de Lady Emma, dijo la condesa y con aire reflexivo agregó: ¡qué misterioso es el problema de la vida! . . . ¡Qué maravilloso fuera que después de todo Lady Emma se casara con Lord Fóster!

—¿Maravilloso? ¿Y por qué?

Mi pregunta pareció dejarla algo confusa y eludiendo la respuesta dijo:

—¡Esta horrible desgracia no puede borrarse de mi imaginación! ¿Has oído hablar alguna vez de algo más espantoso?

—Sí, contesté: más de una vez he oído hablar de casos tal vez peores.

Esto la tranquilizó un tanto y luego me preguntó:

—Entonces ¿no ves en ello la mano de la Providencia?

No entendí lo que quería decir, ni ella se explicó; pero se acercó más á mí, como si á mi lado hallara amparo y fortaleza.

Así permanecimos más de media hora, sin cambiar más que una que otra palabra, hasta que al fin volvió al asunto principal.

—¡Quién sabe, dijo, si el nuevo Lord Fóster vendrá á vernos!

Era evidente que Lady Minto tenía gran interés por la familia Fóster y quería hablar de ella. Comprendiéndolo así, le pregunté:

—¿Conoció Ud. muy de cerca á los Fóster?

—Sí; éramos íntimos amigos. Hubo un tiempo en que Lady Nelson y Lady Fóster eran como dos hermanas. Nos visitábamos siempre y Lady Fóster me quería entrañablemente. Murió pocos años después de mi matrimonio y creo que su muerte ha sido la pena mayor que mi tía ha tenido en toda su vida.

—Entonces ¿Ud. conoció á Lord Fóster y á sus hijos?

—Sí y á sus principales parientes, porque pasaba mucho tiempo en el castillo de Barton. Ése es un antiguo palacio. . . . Y yo. . . . ¡Ah! sí, conocí muy bien á sus moradores y los quería.

—De modo que para Ud. ha sido un golpe rudo la noticia de su desgracia.

—Sí; ¡rudísimo!

—Entonces ¿ésa fué la causa de su accidente?

—Ésa y no otra. Á los hijos apenas los vi: eran muy niños cuando mi tía y yo vivíamos en Belmonte. Á Enrique lo conocí entonces.

La condesa volvió á guardar silencio y á cada momento sus suspiros eran más profundos. Yo comprendí que desde el principio tuvo la intención de hacerme alguna confidencia; pero ó cambió de idea ó me había equivocado. Su semblante estaba pálido y bien se veía el dolor profundo que la dominaba.

—Gabriel, me dijo de repente: cuando oyes hablar de un cambio de fortuna favorable para otro, ¿no te da envidia?

—No, Lady Minto, respondí: creo que no.

—Por ejemplo, ¿te gustaría hallarte en el lugar de Enrique Fóster?

—¡Ah! ¡Sin duda! Pero sólo por una cosa: si yo fuera Enrique Fóster, nada en el mundo se opondría á mis aspiraciones respecto de Lady Emma. Entonces, podría hacerla mi esposa. Fuera de eso, poco me preocupan la posición y la fortuna.

—¿Y crees que si fueras Lord Fóster obtendrías su preferencia?

—Creo estar seguro. Me bastaría ser un lord cualquiera, y aun sin eso, con fortuna ó posición, Lady Emma sería mía. Mientras tanto, con mi obscuro nacimiento, mi posición humilde y mi pobreza, sería una tentativa de robo el aspirar á la mano de la noble y rica heredera de los Days.

—¡Ah, Gabriel, no hables así, que me despedazas el corazón!

La miré con sorpresa. ¿Qué había en mis palabras que pudiera entristecerla?

—Querida condesa, dije: no pensé que pudiera mortificarla. ¿Se imagina Ud. que vivo descontento ó que me considero desgraciado? No; prefiero mil veces amar en silencio á Lady Emma, que verme favorecido por el ardiente amor de cualquier otra mujer.

—¡Soy tan desgraciada, Gabriel! exclamó ¡tan desgraciada, como nadie lo sospecha!

¿Desgraciada? La noble esposa á quien el conde idolatraba, la aristocrática dama que imponía la ley en el mundo de la moda, la mujer más popular de Inglaterra, la madre de dos niños adorables ¿desgraciada? ¡Ah! si lo era, esa desgracia debía estar relacionada en algo con la familia Fóster.

—Viéndola más abatida á cada momento, le aconsejé que regresáramos á la casa antes de que Lord Minto nos fuera á buscar, y así lo hicimos.

Por la noche, supe con dolor, pero sin sorpresa, que la condesa no estaba bien y que no había podido salir de su habitación. El conde la acompañaba, lleno de solicitud y de angustia. Yo pasé el resto del día con Ru y Rosa.

Á la mañana siguiente, me dijo el conde:

—Gabriel, Lady Minto me tiene lleno de inquietud, porque veo que no mejora. Voy á esperar con paciencia un día ó dos y si sigue así mandaré á llamar á Sir James Harman.

Dos días después, la condesa no daba señales de mejoría y Lord Minto mandó á Londres por el famoso facultativo.

Durante el resto de la semana, el conde no salió de la habitación de su esposa y yo tuve que substituirlo en todo: contesté sus cartas, llevé sus cuentas, me entendí con el mayordomo y procuré reemplazarlo lo mejor que pude. Una mañana me dijo:

—¡Cuán cierto es aquel pasaje de las Escrituras que dice: "Arroja tu pan á las aguas y allí lo encontrarás después algún día!" Cuando te encontré con Lady Minto en el parque de Derby y resolví mandarte á un colegio, nunca me imaginé que llegarías á ser para mí como un hijo.

Contestéle que mi felicidad y mi orgullo se fundaban en hacerme digno de mis nobles benefactores y en llegar á serles útil. Mientras más trataba al conde más me admiraba su elevado carácter y se hacía más intenso el amor filial que por él sentía.

Cuando llegó Sir Harman, el conde lo condujo á la habitación de su esposa y se volvió á buscar mi compañía. Estaba muy abatido.

—Lo que hay de cierto, me dijo, es que si á Dolores le sucede algo la pena me matará en pocas horas.

Y yo comprendía que decía la verdad.

Algunas horas más tarde, el conde me buscó de nuevo. Estaba más atribulado y ansioso que antes.

—Gabriel, me dijo; quiero hablarte sobre algo que yo mismo no entiendo. Quiero desahogar contigo mi corazón. Sir Harman ha estado largo rato con la condesa, y me asegura que físicamente no tiene nada; pero que ha padecido algún choque moral que ha postrado sus nervios. ¿Qué choque puede haber sido ése? Ella no tiene secretos para mí y no acierto á sospechar lo que pueda ser. Te parecerá extraño que te hable de este modo; pero

necesito descargar mi corazón con alguien digno de mi confianza. Y lo peor de todo es que Sir Harman me asegura que ese choque la está matando.

Al momento pensé en aquel artículo de "El Tiempo" relativo al desastre de la familia Fóster y el efecto que su lectura había causado á la condesa. Ése era sin duda el choque de que hablaba el médico, pero me guardé bien de dejar adivinar mi pensamiento.

—Tal vez, opiné, Sir Harman se equivoca. Aun los hombres de mayor ciencia cometen frecuentes errores.

El conde movió la cabeza tristemente:

—No, Gabriel; yo creía lo mismo y le manifesté á Sir Harman que era imposible que mi esposa hubiera tenido una conmoción moral de esa naturaleza, sin que yo lo supiera; pero él se obstinó en declarar que físicamente no había perturbación de ninguna clase, que existían los primeros síntomas de una fiebre nerviosa, que terminaría de una manera fatal si llegara á declararse, y que sólo un terrible choque había podido afectar el sistema nervioso de una manera tan profunda. Esto es extraordinario. Por largo tiempo no ha habido una enfermedad ni una muerte en la familia: todo entre nosotros ha sido paz y prosperidad. No sé qué pena pueda haber afectado el corazón de Dolores: siempre la he creído la mujer más dichosa de Inglaterra.

—Yo creo que lo es en realidad, observé; pero en el acto me acordé de sus propias palabras y vacilé.

—Pregunté á Sir Harman, continuó el conde, si sería conveniente llevarla á viajar y me respondió que salvo la paz de la mente, todo lo demás sería inútil. ¿Paz de la mente? ¿Comprendes lo que significan estas palabras aplicadas á mi esposa?

—No lo entiendo. Pero, ¿ha hablado Ud. con ella?

—Sí; pero Sir Harman me ha aconsejado proceder con el mayor tino, porque la más leve impresión puede provocar un ataque agudo de fiebre cerebral. Esto me obliga á la mayor cautela. Así, cuando me preguntó qué había dicho, me quedé por algunos momentos sin saber que contestarle, hasta que viendo lo nerviosa que se ponía, al fin le dije que Sir Harman opinaba que su enfermedad era mental, más bien que física. Quedé aterrado ante el efecto que le produjeron estas palabras: "¿mental?" repitió: "¿quiere decir, Godofredo, que tengo algún secreto y te lo oculto?" Al ver que se ponía mortalmente pálida, tuve que interpretarle en otro sentido mis palabras: "Ésa no es más que una idea de Sir Harman" dije. "Pero, ¿tú qué crees, Godofredo?" exclamó prendiéndose de mi brazo. Había en sus ojos una mirada tan lastimera y suplicante, que apenas me atreví á decirle que mi opinión era que pronto estaría buena. "Pero crees que tengo algún secreto y te lo oculto?" insistió. ¿Qué podía responderle? El doctor me dice que ha sufrido un terrible choque moral, pero es mi esposa y su vida ha sido para mí como un libro abierto. ¿Qué debo pensar? ¿Qué debo hacer, Gabriel? Tan delicada como está, temo excitarla con preguntas y sin embargo, si guarda un secreto que la mata, debo saberlo; no por saberlo, sino para salvarla. No sé qué hacer ni qué pensar. ¡No! No creo que mi esposa tenga un secreto en su vida y que yo no lo conozca. ¡No puedo creerlo!

El corazón me dolía y me dolía por el conde esta vez, porque sin saber por qué, empezaba á creer que Lady Minto callaba algún triste secreto de su vida.

CAPÍTULO XXIV

Toda la servidumbre de Lord Minto estaba profundamente ansiosa á causa del estado alarmante de la condesa. La vieja ama de llaves, un día se aventuró á decir que á su juicio la situación era sumamente seria. Los demás sirvientes se mostraban cabizbajos y silenciosos y bien se veía que á todos dominaba una idea común. ¡Era tan raro ver enferma á la condesa! Era la vida y la alegría de la casa y ahora todo estaba en silencio y tristeza.

Un día, en el almuerzo, Lord Minto dijo que se quedaría en la casa acompañando á su esposa y no saldría hasta la mañana siguiente; pero la condesa se opuso á tal resolución: el conde no podía alterar sus costumbres sin perjuicio de su salud y yo podría reemplazarlo durante su ausencia. Así se hizo y una hora después quedamos solos.

Coloqué á mi benefactora en el sofá al lado de la ventana y me senté al pie de ella en una silla baja.

Habíamos convenido en que ese día le leería un nuevo libro de poesías que me había dado. Cuando estuvimos instalados cómodamente, le dije:

—Temo mucho, Lady Minto, que mi lectura sea para Ud. un narcótico.

Á esto sonrió y me tendió la mano, la cual mantuve en la mía mientras leí. Empecé por esta balada, que me pareció bellísima:

En voz baja aquella hermosa,
" Él me amaba," murmuró:
Sin decírmelo su labio
Bien lo oyó mi corazón.
Mas de los años el curso,
Otro cielo y otro sol,
¡ Cuántas veces apagaron
La hoguera de una pasión! . . . .
Quizá no veré en sus ojos
De nuevo el dulce arrebol
Que en la aurora de mis días
Mi existencia iluminó. . . .
Mas los rigores del hado,
Mil muertes y mil ¿ qué son,
Cuando el amor de una hora
Será siempre eterno amor?

Torna por fin el ausente,
Que en tierra extraña gimió,
Mientras por él suspiraba
Un amante corazón.
¡ Es él! Y vuelven á hallarse,
Vuelven á hallarse los dos
Juntos, en el mismo sitio
Que su partida marcó:
Vacilaciones y dudas,
Negros pesares ¡ adiós!
Que al fin ya rompió sus diques
La comprimida pasión:
¡ Ya el tímido afán del niño
El hombre lo definió,
Ya confirmó la doncella
Lo que antes dijo el rubor!
¡ Sí! los rigores del hado,
Mil muertes y mil ¿ qué son,
Cuando el amor de una hora
Será siempre eterno amor?

Cuando concluí, la condesa no hizo comentario alguno: se había vuelto hacia la ventana, tenía los ojos cerrados

y lloraba en silencio. Pensando que su tristeza no era efecto de mi lectura y que otra poesía más expresiva podía distraerla de sus pensamientos, leí esta nueva composición:

Se van nuestras alegrías
Y no se va nuestro duelo;
Pero nos resta el consuelo
De olvidar ó de morir.
Se afligen los que se quedan,
Y en su esperanza engañosa
Más les aterra una fosa
Que su ignoto porvenir.

Sobre un amor que perece
Hay otro que se levanta;
El ave que llora, canta;
La flor que dura, no es flor.
Mis ojos, que en ti se vieron,
Mis ojos, que te lloraron,
Pronto su llanto enjugaron,
En busca de un nuevo amor.

Iba á continuar, pero la condesa, pálida y con los ojos espantados, me puso la mano en el hombro y con voz conmovida me suplicó:

—¡Por Dios, Gabriel, no sigas! Esas líneas me matan. Me siento mal y no quiero oirlas.

Arrojé el libro y me acerqué á ella con ardiente solicitud.

—¿Crees como los demás, que para mí no ha habido dolores en la vida? ¿Y crees que aun hoy mismo no estoy abrumada bajo su peso? Á veces basta una palabra para que revivan con todo su rigor. No, no me leas esos versos, ni nada, mientras no esté bien.

Su expresión me conmovió profundamente.

—Pero algo debo hacer por Ud., Lady Minto, le dije. ¿Me permite Ud. que le cante algo?

Esta idea pareció complacerla y comprendiéndolo así, me dirigí al piano. También me sentía perturbado y empecé á cantar de memoria la bella poesía escocesa titulada "Douglas" que ha conmovido tantos corazones y arrancado tantas lágrimas. Admiraba aquellas palabras: "Los otros no son más que sombras para mí," que me parecían el idealismo supremo del amor de la mujer. Al llegar á este pasaje:

"Extiende las manos, Douglas, amor mío,
Y caiga en mi frente cual santo rocío
Tu noble perdón,"

sentí que un brazo me oprimía el cuello y que los rizos de oro de la condesa se mezclaban con mis cabellos, en tanto que ardientes lágrimas me quemaban la frente.

Alcé los ojos y la vi temblorosa y pálida como nunca he visto á otra mujer.

—¡Debes saberlo! Tienes que saberlo, Gabriel, exclamó: el cielo no quiere que guarde por más tiempo este secreto que me mata. La justicia divina me lo manda.

—Y sin que yo pudiera evitarlo cayó de rodillas á mis pies y comenzó á decir algo de que en tan terrible situación no pude darme cuenta.

—Eso no, condesa, protesté. Cualquiera cosa que Ud. tenga que decirme, no será á mis pies, sino como corresponde á su dignidad y á mi amor.

Mis palabras llenaron su objeto: la senté á mi lado y cuando pude dominar su llanto, que yo creía efecto de la agitación de sus nervios, principió:

—Mi querido Gabriel: te imaginas que éste es un ataque

de nervios, pero estás equivocado. Hay algo que debo revelarte; el cielo lo quiere y así lo dispone: es un secreto que me mata, que me despedaza el corazón y me roe la existencia como un cáncer; un secreto que nos concierne á ti y á mí.

Tal era mi interés por la condesa, que no me preocupé en lo mínimo por la parte que en aquel secreto pudiera corresponderme: ella era todo en la vida para mí, y con tal de verla feliz, lo demás no me importaba.

Al cabo de algunos minutos se tranquilizó un poco.

—No estoy loca ni delirante, me dijo, sino sana y buena como tú. Ven conmigo y oye la extraña historia que tengo que contarte.

Y tomando una de mis manos entre las suyas me condujo á su tocador, que era un cuartito primoroso, tapizado de terciopelo azul.

—Aquí nadie podrá interrumpirnos, dijo.

La hice sentarse en una silla al lado de las flores de la ventana y me coloqué cerca de ella. Hay momentos solemnes en la vida; pero no tanto como aquéllos. Toda la vaguedad de su intenso amor, que había sido la alegría y la felicidad de mi infancia, se adivinaba ahora de la manera más vigorosa en la franqueza de sus ojos y en la dulzura de su sonrisa. Me puso la mano en el hombro y me atrajo hacia su pecho.

—Gabriel, dijo en voz baja y solemne: cuando era casi niña cometí una imprudencia, una locura, que ha sido la fuente de todos mis dolores. Debes comprender bien que no fué un acto punible ni del que deba avergonzarme; fué un idilio que pasó como pasan los sueños. Durante una semana fuí tan feliz, como ni tu mente de poeta ni el ansia de tu corazón enamorado pueden imaginárselo.

Desde entonces, el dolor ha sido el patrimonio de mi vida. Cuando era joven, alegre y feliz, conocí y amé al capitán Luis Simón, como lo amo hasta hoy . . .

No tengo palabras para pintar la sorpresa y la emoción que sentí, al oir la narración de aquel breve y patético episodio. Me habló del amor de su juventud, de su adoración por su joven héroe, de su voluntad de sacrificarlo todo por complacerlo, de la semana de completa felicidad pasada con él, de sus perspectivas de no separarse nunca y de la desastrosa y repentina muerte que dió fin á sus esperanzas y á su felicidad.

No sé todo lo que pensé ni todo lo que sentí. Sólo recuerdo que me quedé estupefacto cuando me di cuenta de que yo era su propio hijo, el hijo de aquella mujer angelical y bellísima á quien había amado tan profundamente toda mi vida.

Siempre recordaré el grito que se escapó de sus labios cuando llegó el momento de la revelación final. Me estrechó en sus brazos, me besó con locura y apretando mi cabeza contra su pecho, exclamó:

—¡Amor mío, hijo de mi alma, nunca he podido darte este nombre ni te he vuelto á abrazar desde que eras niño!

Besóme de nuevo una y otra vez con una pasión y una ternura indescriptibles, y agregó:

—Eres de lo más parecido á tu padre: tienes la misma frente y la misma boca. ¡Dios no quiso que alcanzara á conocerte! Era tan hermoso, tan valiente, tan leal y tan tierno como el Douglas de la vieja leyenda. Nunca he visto otro hombre como él. ¡Ah, si lo hubieras conocido, hijo mío! Cuando naciste, creí que el cielo te enviaba para consolarme. Con frecuencia le pedía que me de-

jara morir contigo en mis brazos antes que separarme de tu lado. Pero comprenderás bien, Gabriel, ¿no es así? que mi tía procedió guiada por el inmenso amor que me profesaba.

Sí; lo entendía muy bien; pero estaba todavía aturdido por aquella revelación y nada pude responder.

—Condesa, le dije, ¿puedo llamarla "madre," una vez, sólo una vez?

—No habrá para mí una palabra más dulce, me respondió.

—Entonces, madre mía, exclamé ¡déjeme besar sus manos! É inclinándome, se las besé apasionadamente.

Después de un rato de tierna y de dulcísima expansión, me dijo:

—Ahora comprenderás por qué mi tía se empeñó en ocultar mi matrimonio. Yo era sumamente joven y se suponía que tu padre estaba á punto de casarse con Lady María Trévor. Durante mi enfermedad, ella presidió el duelo en los funerales y después le guardó riguroso luto. Lady Nelson creyó por todo eso, que daríamos un gran escándalo al proclamar mi matrimonio secreto. Después he pensado que si mi tía hubiera sabido lo que el cielo me enviaba en ti, se habría apresurado á hacer público lo que se empeñó en ocultar. Su aflicción era mayor que la mía, y en las duras pruebas á que me vi sometida, me ayudó con tanto amor, interés y solicitud, que pude guardar fielmente mi secreto y le juré que jamás lo revelaría. Si no se hubieran consultado más que mis deseos, nunca habría vuelto á casarme y hubiera pasado el resto de mi vida consagrada á ti. Pero mi prematuro matrimonio fué para ella un golpe terrible y tuve que hacer lo posible para atenuarlo. Así, cuando me apremió para que me

casara con Lord Minto, tuve que ceder y quedó tan complacida, que desde entonces me perdonó para siempre.

Yo la escuchaba con profunda atención; ella continuó:

—Quizá en aquellas circunstancias, Lady Nelson tenía razón para creer que si se publicaba mi matrimonio, nadie quedaría convencido por completo acerca de su autenticidad. ¡Ah Gabriel! el mundo está lleno de dolores, pero no puede haber ninguno tan grande, tan terrible, como el que experimenté cuando supe que tu padre había muerto y que tenía que sufrir sola los resultados de mi imprudencia y el peso de mi secreto. Pero bien sabe Dios que no me arrepiento del precio á que pagué aquella breve semana de felicidad. Amo á Lord Minto; pero mi amor se funda en el respeto, el aprecio y la admiración de sus nobles cualidades.

Luego, me contó lo que había sufrido al separarse de mí, la bondad de Lady Nelson, la necesidad de complacerla, el plan felizmente realizado de colocar á Juana Míller en la casilla del Sur, la benevolencia del conde hacia mí y continuó:

—Muchas veces estuve á punto de decirle: "Godofredo, éste es mi hijo," mas siempre me detuvo el recuerdo de mi solemne juramento. Pero ya ha llegado la época en que debo hablar: el cielo y mi conciencia me lo ordenan. Aunque amo á mi esposo, este secreto no me ha dejado ser feliz un momento. Sólo lo fuí cuando estábamos en el castillo de Derby y podía verte todos los días. El cariño que el conde te dispensó desde el principio, me pareció un señalado favor de la Providencia. Si él te adoptaba como hijo, la fortuna te sería más próspera que como simple hijo mío. Por otra parte, Lady Nelson me había prometido dejarte heredero de su fortuna, en tal forma, que no

se sospechara que este don procedía de mí. Te veía crecer vivo, inteligente, noble. . . . ¡Ah! ¡no puedo decirte todo lo que pensaba! Tus progresos me parecían tan admirables, que llegué casi á olvidarme de lo mal que hacía en ocultar tu nacimiento. Pero cuando Ru y Rosa vinieron al mundo, el contraste entre tu suerte y la de ellos me entristeció. Nunca he pensado tanto en ti como después del nacimiento de esos dos niños.

La condesa guardó silencio. Yo meditaba.

—¿Por qué? me atreví á preguntarle al fin ¿por qué después de tantos años de perseverante sacrificio, me cuenta Ud. hoy este secreto tan bien guardado?

—Ah, tienes razón, Gabriel. Parece que no volveré á recobrar la tranquilidad de mi pensamiento. Me había olvidado del principal objeto que me trajo aquí. ¿No lo sospechas?

—No; á menos que Ud. haya querido desahogar su corazón, contándome esa triste historia.

—No, mi querido Gabriel: es que ha ocurrido un hecho extraño, tan maravilloso que en él resalta la mano de la Providencia. ¿Te acuerdas de lo que nos leyó el conde sobre el terrible fin de la familia de Fóster?

—Sí, repliqué. Y comprendí que no estaba equivocado cuando desde el principio atribuí la postración de Lady Minto á algo relacionado con esa familia.

—¿No te acuerdas de lo que decía el periódico?

Á esto respondíle que no conservaba más que la impresión general de que todos habían perecido y de que Enrique Fóster era el heredero de todo.

—No me has comprendido entonces. El periódico decía que si el capitán Simón viviera aún, sería el heredero de los títulos y fortuna de Lord Fóster; pero que como

había muerto sin sucesión, toda pasaba á Enrique Fóster, único superviviente de la familia. ¿Lo entiendes ahora?

Me quedé atónito, sin poder traducir en palabras mi pensamiento.

—Gabriel, insistió la condesa: ¿no lo comprendes ya?

—No me atrevo á decir lo que pienso, exclamé, y sentí que el aliento me faltaba. Creo entenderlo, agregué: mi padre era el capitán Simón; y á estar vivo se llamaría hoy "Lord Fóster."

—Sí, sí; eso es; pero continúa por ese camino: si el capitán Simón hubiera dejado hijos, el primógenito sería el heredero de ese título y esa fortuna. El capitán Simón dejó un hijo, y ese hijo eres tú.

Por algunos momentos guardé silencio: materialmente no podía hablar.

—Entonces yo . . . yo . . .

—Tú eres Lord Fóster. Tú, ningun otro, el legítimo heredero de ese gran título y esa gran fortuna.

Uno y otro guardamos silencio. Estaba asombrado. ¡Cómo! ¡El humilde muchacho criado en la casilla del Sur, el protegido de la condesa, educado por caridad, pasaba así de repente á ser el dueño de un gran título y una gran fortuna? ¿No sería todo un sueño de hadas?

CAPÍTULO XXV

—Ésta es una gran sorpresa para ti, dijo Lady Minto, pero tenemos todavía muchos puntos que considerar. Te he comunicado mi secreto, que es tuyo también, porque el sentimiento del honor me lo ordenaba; pero aun no sabemos si al mundo se lo podemos revelar. No sabes cuánto he sufrido desde que mi esposo me leyó esa triste noticia. La convicción de que mi silencio te robaba un nombre ilustre y una fortuna cuantiosa, me estaba matando. El doctor no se equivocó al asegurar que mis dolencias estaban en el alma y no en el cuerpo. No habría podido vivir un día más sin desahogar en ti mi corazón. Déjame que te diga toda la verdad, Gabriel, hijo mío: si la tragedia de la familia Fóster no hubiera ocurrido, nunca te habría hecho esta revelación. El juramento á mi tía y el respeto debido á mi esposo, habrían refrenado mis impulsos. Sin esto, nunca habrías sabido la verdad sobre tu nacimiento. Ahora que la Providencia te favorece con dones inesperados, sería un delito que me opusiera á sus designios. Ya lo sabes todo; pero no por eso estás obligado á reclamar lo que es tuyo. Dime, hijo mío, ¿qué es lo que más amas en el mundo?

—A mi madre y su buen nombre, exclamé sin vacilar.

—¡Lo sabía! ¡Gracias, Dios mío! ¡En Ti puse mi confianza y no me has abandonado!

Entonces comencé á comprender que mi madre me lo

había contado todo, tanto por alivio de su conciencia como por un alto sentimiento de honor hacia mí, pero que no quería que hiciera públicos mis derechos. Siempre había sido inmenso mi amor por Lady Minto; siempre me había sentido dispuesto á sacrificar por ella mi existencia con placer y muchas noches solía desvelarme pensando en los mil medios que la casualidad ofrece á seres insignificantes para ser útiles á sus bienhechores. Con estas ideas cruzándose en mi mente, eché los brazos al cuello de la condesa.

—¡Madre! exclamé, ya esa palabra me era querida; mi gratitud es inmensa por la confianza que acaba de depositar en mí; pero nunca me aprovecharé del secreto que nos liga. Mi amor por Ud. se sobrepone á todas mis ambiciones y por toda la felicidad de la tierra no sacrificaría la tranquilidad de Ud. por un momento. Prefiero su honor á todas las glorias del mundo. Continuaré siendo Gabriel Míller y este secreto morirá con los dos.

Su rostro se iluminó de alegría, sus brazos rodearon mi cuello y en mi oído resonaron las frases más cariñosas. Bien recompensado estaba ya mi sacrificio. La condesa dijo:

—Ya sabía, hijo mío, que ésa sería tu respuesta. Sabía que nada podía haber para ti más caro que el amor de tu madre y su buena fama. ¡No me había engañado! Según eso, Gabriel, ¿renuncias á todo por amor á mí?

—¡Una y mil veces, madre mía!

—¿Sabes que te llamas Lord Fóster y sólo por mí te conformas con seguir siendo Gabriel Míller?

—Sí; sin vacilación.

—¿Sabes que las rentas del castillo de Barton son tan cuantiosas como las de un príncipe y que la casa misma

es tuya con sus inmensos tesoros de arte y así renuncias á todo para continuar viviendo de un humilde salario?

—Sí, madre mía: ¿qué tesoro puede ser más valioso que el de su amor?

—Óyeme bien, Gabriel; si fueras Lord Fóster, del castillo de Barton, disfrutarías una renta anual de cien mil pesos y nada se opondría á tu matrimonio con Lady Emma. Ahora, por amor á mí ¿consentirás en que otro te robe á la mujer á quien amas?

Ésta fué la más dura de las pruebas: dinero, títulos, casas y tierras no valían nada para mí; pero ese amor era el sueño de mi vida.

—Sí, respondí, no hay tesoro que yo no pueda sacrificar con placer por el amor y la felicidad de mi madre.

—¿Estás resuelto á cumplir lo que dices? ¡Piénsalo bien!

—Estoy resuelto, y lo probaré olvidando desde ahora todo lo que Ud. me ha revelado.

La condesa se arrodilló junto á mí y yo permanecí de pie, inclinado sobre ella.

Todo había concluído para mí: la gran tentación de mi vida había pasado ya. Pensé en el título y las riquezas que me correspondían; pensé en mi amor por Lady Emma. Ahora, ni el amor ni la esperanza debían hallar de nuevo cabida en mi corazón. El ensueño de mi juventud debía terminar para siempre. La felicidad de mi madre debía ser mi único anhelo y al verla allí arrodillada y confusa, hubiera querido que mi sacrificio fuera mayor y más doloroso, para hacerme más digno de quien tanto me quería. No; por mí, el mundo no llegaría á conocer el cruel secreto que la devoraba. Ni ese secreto saldría de mis labios, ni aquellos ojos divinos derramarían una lágrima que yo

pudiera evitar. Si el amor de mi padre había sido para ella un legado de dolor, el mío debía serlo de consuelo y alegría.

Mi madre continuaba de rodillas; el silencio se prolongaba.

—Madre mía, dije al fin: ¿en qué piensa Ud.?

—¡Estoy bendiciendo al cielo por haberme dado un hijo tan noble como tú!

Levantóse, y poniéndome las manos sobre los hombros me miró frente á frente.

—Gabriel, me dijo con tono solemne: piensa bien en lo que me has prometido. Aun es tiempo de que vuelvas atrás.

—¡Nunca! protesté. ¡Mi resolución es irrevocable!

—Eres noble y generoso como yo me prometía; pero, no, hijo mío, no creas que podré abusar de tan altas virtudes. Sólo me queda un favor que pedirte. Si no puedes obtener la prueba legal de mi matrimonio, no reclames tus derechos; pero si la obtienes, házmelo saber, para ayudarte, pues bien sabes que nada me importa lo que después pueda sobrevenir.

Protesté contra semejante proyecto: mi resolución era firme y honrada; pero la condesa había formado ya su plan.

—No he hecho más que someterte á una prueba, dijo. Quería ver hasta dónde llegaba tu amor por mí, pero no puedo aceptar tu sacrificio. Ya has padecido mucho y no es justo que padezcas más. Veamos lo que se puede hacer. El único testigo de mi matrimonio, que aun vive es Juana Miller. Su declaración y la copia de la partida que debe constar en el registro de la iglesia serán lo bastante.

—¿Cree Ud. que será difícil encontrar la prueba legal?

—No lo sé. El sacerdote que nos casó murió tres semanas después de nuestro matrimonio. Mi tía siempre creyó que sería muy difícil comprobarlo y ésta fué una de sus razones para empeñarse en guardar el secreto. Haremos lo posible y dejaremos á la voluntad de Dios el resultado. Lo primero que tienes que hacer es procurarte una copia de la partida de matrimonio y apoyado en ella, harás tu reclamación. Pero antes de dar paso alguno después de obtenidas las pruebas, hay que comunicarlo todo al conde. Tal vez se irritará al principio y no se sentirá dispuesto á perdonarme; pero contra él no he cometido la menor falta y después de todo, el haber ocultado mi primer matrimonio, no es un hecho del todo censurable. Es un hombre justo y noble, y no desespero de su perdón. Pero si no puedes probar los hechos, entonces, Gabriel, debes ser generoso y no pensar más en los derechos que te corresponden. Para que pueda participar mi matrimonio á mi esposo, necesito poseer las pruebas que lo acrediten.

—No carecerá Ud. de ellas, madre mía. Indagaré, si tal es su deseo, y si eso puede contribuir á su felicidad, trataré de vencer imposibles.

—Así me consideraría dichosa, porque te vería en el lugar que te corresponde. Siempre he creído que tu padre nunca me perdonaría haber ocultado nuestro matrimonio y tu nacimiento. Muchas veces le he pedido que me perdone. ¿Ves esto? Es nuestro anillo nupcial: lo llevo así desde que nos separamos.

Y sacando del seno un medallón que tenía colgado de una cinta, lo abrió y me mostró el anillo de que hablaba. Besólo antes de entregármelo, y yo lo besé también, con lágrimas en los ojos.

—Verás la iglesia en que nos casamos. En ella hay cerca del altar una ventana de vidrios de color en que está pintada la Crucifixión. Cuando brilla el sol, la sombra de la cruz cae al pie del altar, y durante la ceremonia de nuestro matrimonio caía sobre mí. Esto lo tomó tu padre como un mal presagio, pero yo me reí.

—¿No trató alguna vez Lady Nelson de encontrar el registro en que constaba la partida matrimonial?

—De eso no me acuerdo bien. Cuando le participé mi matrimonio, su contrariedad y su pena fueron inmensas. Lo primero que hizo fué interrogar á Juana una y otra vez. Tengo una vaga idea de que fué en persona á Elmira y no pudo encontrar lo que buscaba. No había más pruebas que el dicho de Juana y el mío.

—¿No creería Ud. conveniente averiguar esto con Lady Nelson?

—No, porque no quiero que sepa que te he comunicado mi secreto, más aun cuando me hizo prometerle que nunca te lo comunicaría. No por eso debo ser injusta contigo. Y ahora, Gabriel, ¿cuándo piensas partir?

—Tengo tres semanas de vacaciones, y lo mejor me parece marchar inmediatamente: quizá tenga que permanecer varios días en Elmira.

—Gabriel, dijo mi madre poniéndose encendida: vas á necesitar algún dinero; ¿quieres llevar éste?

Y trató de deslizar en mi mano una bolsa llena de monedas de oro. ¡Con cuán íntima satisfacción pude decirle que había hecho suficientes ahorros para atender á ese viaje! Y creo honradamente que participó de mi modo de sentir, y quedó complacida con mi independencia.

—¿Y cuándo te irás? insistió.

Contestéle que me parecía prudente esperar un día ó

dos, para dar tiempo á que el conde creyera que había recibido cartas en que se me llamaba.

—Durante tu ausencia, mi incertidumbre será horrible, pero trataré de dominarla con mi paciencia. Después de todo, ya esto es nada en comparación con mis angustias pasadas. Gabriel, antes de separarnos, bésame otra vez y dime que estás contento de haber encontrado á tu madre.

¿Contento? ¡Qué pálida palabra para pintar el inmenso regocijo de mi alma!

La llegada repentina del conde puso término á nuestra conversación.

—¡Ah, estás aquí, Lola! exclamó. Te he buscado por toda la casa inútilmente.

Acercóse á ella y la besó con cariño. Luego se quedó mirándola con alguna sorpresa y dijo:

—¡Me parece que estás mejor! Se conoce que Gabriel te ha cuidado con esmero. Ya tus ojos brillan otra vez y me alegro en el alma. Ahora comienzo á ver que Sir Harman se ha equivocado en esta ocasión.

—Gabriel ha sido mi mejor médico, Godofredo, pero no debes ponerte celoso.

—No; estoy contentísimo y Gabriel no puede hacerme servicio mejor que el de ayudarme á que recuperes tu preciosa salud. Me había olvidado decirte que esta mañana recibí una carta del nuevo Lord Fóster. Pasará por aquí mañana en viaje para sus propiedades de Barton y pide permiso para presentar sus respetos á ti y á Lady Emma. Sin duda ignora que ésta no está ahora con nosotros.

¡Qué extraña coincidencia! Mi madre y yo cambiamos una mirada significativa.

Esta visita era natural. Durante el tiempo que la fa-

milia estuvo en Londres, Enrique se hizo amigo íntimo de los condes. Lord Minto lo apreciaba mucho y se complacía en conversar con él.

El conde notó la extraña impresión que el nombre de Lord Fóster produjo en su esposa y tal vez creyó que no le era agradable la visita en el estado actual de su salud.

—Es una contrariedad, dijo, que venga en estas circunstancias. No estás todavía bien para recibir visitas. ¿No te parece que debo escribírselo así?

—No; déjalo venir. Tú y Gabriel lo recibiréis y á mí me excusará. Siento la contrariedad que va á sentir al no encontrar aquí á Lady Emma.

El conde se retiró á poco y cuando volvimos á quedar solos, mi madre me preguntó:

—¿Qué ves en todo esto, Gabriel?

—Una extraña coincidencia.

—No; es algo más, mucho más que una coincidencia. ¡Es la interposición del cielo! Cuando el conde mencionó ese nombre, me pareció que el cielo era el que me hablaba. ¡Ah, Dios mío! ¿cómo terminará esto?

Temiendo lo peligroso que le sería agitarse, traté de tranquilizarla; pero estaba muy inquieta y poseída de una ansiedad febril que era rara en ella.

—Tú que conoces y comprendes bien al conde, Gabriel. ¿Crees que se enojará mucho? ¿Crees que me perdonará? ¿Qué dirá de mí cuando sepa que le he ocultado este secreto por tantos años?

Hice cuanto pude por consolarla. Le dije que probablemente el conde se sentiría herido al principio, no porque ella hubiera cometido una falta, sino por haberle ocultado el secreto; pero que después reflexionaría lo desgraciada que había sido por ese motivo, y más bien la compadecería.

Poco á poco mis palabras la tranquilizaron, su respiración se hizo regular y al fin se quedó dormida en el sofá. Nada podía serle más benéfico que el sueño, pues hacía mucho que no dormía. El conde entró en la habitación una ó dos veces y quedó complacido al verla reposar con tanta calma.

Dos horas después despertó y por consejo del conde se retiró á su cuarto y yo quedé en libertad de consagrarme á mis pensamientos; pero muy pronto llegaron los niños, que me buscaban para que jugase con ellos. Ru tenía unas riendas nuevas con campanillas y quería ponérselas á Rosa, la cual protestaba. ¿Me las pondría yo?

¡Cuán nuevo fué el sentimiento que experimenté entonces al levantar al niño en mis brazos! ¡Él era también hijo de mi madre! ¡Éramos hermanos! Por un rato me presté á todas sus travesuras y luego pregunté á Ru:

—¿Quisieras tener un hermano grande?

—Sí; respondió con presteza, para que me sirviera de caballo.

—Sí; opinó Rosa, un hermano grande como Ud. para quererlo mucho.

La idea de que aquellos dos niños eran mis hermanos, me llenaba el corazón. Ahora, aunque no encontrara las pruebas que iba á buscar, podía considerarme feliz: madre y hermanos, sangre común, compañía en el mundo: ¿qué más podía apetecer un ser desheredado como yo?

Entonces pensé en Juana Míller y comprendí que nunca había sentido por ella el afecto que se siente por una madre. Conmigo era buena y amorosa y me trataba con tierno cariño; pero entre los dos no existía un verdadero lazo de amor. Sentía por ella el afecto que se siente por

un aya solícita y benévola; pero el amor que desde el principio sentí por Lady Minto, era muy diferente.

Lord Fóster llegó al fin, según había anunciado el conde, y me quedé grandemente sorprendido al verlo. No tenía el aspecto de un hombre que hubiera heredado una valiosa propiedad, una enorme renta y un nombre antiguo é ilustre. Parecía muy triste y enfermo. Lady Minto y yo creíamos que había ido con la esperanza de ver á Lady Emma; pero después me informó mi madre que la joven lo había rechazado. Él mismo se lo había dicho á la condesa.

—No comprendo á Enrique Fóster, declaró mi madre: no parece ni contento ni feliz.

—Su aspecto es el de un hombre enfermo, observé.

—Sí; pero creo que todo es obra de su contrariedad por no haber sido correspondido por Lady Emma. . . . ¡la amaba tanto! ¡Qué extraño parece, Gabriel, que los dos, el verdadero y el falso Lord Fóster, se hayan enamorado de una misma mujer! ¡Y qué extraño que los dos hayan sido rivales en todos sentidos! Evidentemente, no ha venido por ver á Lady Emma.

Al otro día supimos el verdadero objeto de su visita. Esa mañana, Enrique me dijo:

—Gabriel, ¿quiere Ud. que salgamos á fumar un cigarro? Deseo que hablemos.

Cuando estábamos ya en el campo me dijo:

—Quiero que me haga Ud. un gran favor; concédamelo si puede. Ahora voy de paso para el castillo de Barton y deseo que Ud. me acompañe: me mortifica mucho la idea de tener que ir solo. ¿Me complacerá Ud.?

Enrique no podía comprender la desagradable sorpresa que me produjo su invitación. Por el momento no supe

qué responderle. Si la investigación que me proponía hacer resultaba conforme á mis esperanzas, el castillo de Barton sería mío y no suyo. ¿Cómo podía en tales circunstancias ir con él? ¿No equivaldría eso á hacer el papel de espía? Esta idea me pareció odiosa; pero como él me apremiaba, no me atreví á negarme en absoluto y le contesté que lo pensaría, para avisarle después. Entonces me echó el brazo sobre el hombro y así seguimos caminando.

—Sólo he venido aquí, me manifestó, con el objeto de suplicar á Ud. este favor. Ud. se ganó mis simpatías desde que nos conocimos, siempre he querido suplicarle que seamos amigos de corazón y así lo hago ahora.

En la perplejidad en que me hallaba, busqué á mi madre, le conté lo que sucedía, y su modo de sentir fué el mío.

—No me gusta la idea, dijo con sencillez. Sin embargo, Enrique parece tan enfermo y tan desgraciado, que acaso harías una obra de caridad al acompañarlo. Para ti ir á Barton es ir á tu casa.

Contestéle que ningún lugar podría reputar yo como mi casa si ella no estaba presente.

El conde manifestó alguna sorpresa cuando supo que iba á acompañar á Lord Fóster; pero al ver la solicitud con que éste me lo exigía, no tuvo nada que objetar. El joven se manifestaba de lo más agradecido y satisfecho por mi aquiescencia.

El día de nuestra partida amaneció hermoso y despejado.

—Espero, me dijo mi madre al despedirnos, que tendrás la buena suerte de hallar la partida de mi matrimonio. No me resigno á ver á otro ocupando tu lugar.

CAPÍTULO XXVI

Un magnífico día de septiembre avanzaban á pie dos caballeros por el bosque que formaba como una cortina natural al castillo de Barton. Cuando los árboles se hicieron menos densos, el más joven se detuvo y lanzó un grito de admiración.

Al frente de ellos se levantaba la antigua morada señorial, con espaciosas terrazas, ventanas ojivales y pintorescos capiteles cubiertos de hiedra, hogar de una raza noble y gloriosa, cuyas memorias envejecían con él. No había una habitación que no tuviera su leyenda, ni una terraza ó un corredor sin su propia tradición, según Lord Fóster le refería á su compañero Gabriel Míller. Sin duda, la más medrosa de esas fábulas era la que se aplicaba á la terraza del oeste, que daba á una serie de habitaciones espléndidas llamadas "los aposentos de la duquesa."

En tiempos remotos, una duquesa de sangre real contrajo matrimonio con uno de los Fóster, y para hacer del castillo una morada digna de tan alta persona, se agregó á la casa una nueva ala que, en honor de la novia, se llamó "el pabellón de la duquesa."

Según la tradición, una hija de la casa de Fóster, joven y bellísima, se enamoró de un joven militar que no tenía más patrimonio que su espada y su limpio linaje. Para refrenar su pasión, la familia resolvió encerrarla en "el pabellón de la duquesa." Allí la triste castellana se obstinó en no comer ni beber y se pasaba los días con la

cabeza apoyada contra el marco de una ventana, contemplando las pasionarias rojas que brotaban en los búcaros que la guarnecían. En esa actitud la sorprendió la muerte. Un miembro de la familia, que se paseaba en la terraza, alcanzó á ver á la luz de la luna el reflejo de los cabellos de oro que la brisa agitaba entre las pasionarias. De repente, el viento se cambió en huracán violento que desgajó las ramas de los árboles y destrozó las flores, y tras un momento de quietud, se oyó un profundo y lastimero gemido que llenó de espanto á cuantos lo escucharon. Cuando la familia acudió al cuarto de la doncella, sólo encontró un cadáver. Más tarde se supo que esa misma noche y á esa misma hora, el joven amante había muerto en el campo de batalla. Desde entonces, se conservaba en la casa como una tradición, que siempre á la muerte de algún miembro de la familia se oía en "los aposentos de la duquesa" aquel mismo alarido y la brisa se cambiaba en huracán como en aquella noche siniestra.

—¿Y da Ud. crédito á semejante leyenda? preguntó Gabriel, cuando Lord Fóster terminó su narración.

—Sí; le doy crédito. Podrá ser una coincidencia, pero la noche que mis dos jóvenes primos perecieron en el Tirol, nadie pudo dormir en el castillo de Barton, á causa del ruido espantoso que hacía el viento. El anciano conde estaba ansioso y preocupado; pero cuando se le dijo que el viento soplaba en todas partes, menos en la terraza, pareció tranquilizarse. Lo mismo sucedió la noche víspera de su muerte. En esa ocasión todo el mundo estaba despierto y no hubo quien no supiera lo que iba á suceder.

—¿Ha oído Ud. alguna vez esos ruidos? preguntó Gabriel.

Lord Fóster se puso pálido.

—La leyenda dice que el Fóster para quien suenan esos presagios de muerte es el primero que los oye; pero de una manera sofocada y poco perceptible. No me crea Ud. supersticioso, Gabriel, pero creo haberlos oído. Sin embargo, es mejor que no hablemos de esto. El día es caluroso y el sol brillante, pero ante este recuerdo siento que por mis venas circula sangre helada. ¿No es verdad que ésta es una hermosa casa? Vamos á ver la grande entrada del sur; me gustan las casas que miran al sur. ¿No es Ud. de mi opinión?

Pero Gabriel tenía poca experiencia en esto. La pregunta le hizo acordarse de la poética casilla del Sur, que anidaba entre flores y dormía al abrigo de los árboles. La sensación que experimentaba era del todo nueva. Contemplaba aquella magnífica casa con sus bellísimos alrededores y sabía que era suya y que el imaginario Lord Fóster no tenía ningún derecho á reclamarla. Su corazón latía aceleradamente cuando sus ojos contemplaban la hermosa perspectiva, los fértiles terrenos y los magníficos bosques que eran suyos por nacimiento, por un derecho que nadie podía arrebatarle. Y á pesar de estas glorias, cedía su puesto y abandonaba toda idea de reclamarlo, sólo por el bien de su madre. Bella era la paterna heredad; pero más bello era aún el amor filial que llenaba su corazón.

Al pasar por un puente rústico que atravesaba el río, se preguntó si sería decoroso que aquél que acaso algún día podría reclamar esos dominios como suyos, estuviera allí con Enrique, en el acto en que éste tomaba posesión de ellos; pero reflexionó que en realidad en aquel acto no había nada impropio. Él mismo no se había invitado, ni allí lo había llevado otro deseo que el de complacer á su

doliente amigo, que necesitaba un compañero entre aquella esplendidez del arte y de la Naturaleza. No lo había llevado la curiosidad, sino el deseo de ejecutar una buena obra.

Gabriel se puso pálido de emoción, cuando se acercaron á la casa: allí había empezado y allí había concluído la tierna historia de los amores de su madre. Se imaginaba á su padre tal como ella lo había descrito, á caballo por los bosques ó acaso contemplando el vistoso panorama, desde el mismo sitio en que él lo contemplaba ahora.

Los dos jóvenes presentaban un notable contraste: Enrique era alto y moreno, con un aire perenne de melancolía. Mantenía los labios apretados, como si continuamente estuviera reprimiendo algún dolor. Gabriel era también alto; pero de figura más varonil, de hermosísima cabeza, facciones correctas, ojos azules y cabellos de color rubio obscuro.

Gabriel tenía alma de poeta: la fragancia de una flor, el canto de un pájaro, el brillo de las estrellas, todo constituía para él una fuente de felicidad.

Los dos jóvenes contemplaban juntos la regia morada que uno y otro consideraban suya. Mirando alrededor, Enrique lanzó un profundo suspiro.

—Bellísimo sitio, murmuró lentamente: sin embargo, Gabriel, la sombra de la muerte me sigue á todas partes.

—No veo por qué. ¿Permaneció Ud. aquí mucho tiempo, en vida del difunto Lord Fóster?

—No; muy poco. Nunca soñé con esta herencia en mi juventud. El viejo marqués, sus dos hijos y el capitán Simón, estaban entre estas grandezas y mi modestia. Nunca cruzó por mi mente la idea de que todo esto pudiera llegar á pertenecerme algún día.

El nombre de su padre llenó al joven de regocijo y de dolor.

—¿Conoció Ud. al capitán Simón? Enrique interrogó.

—Sí; una vez vine de visita al castillo cuando él estaba aquí. Ya en esa época pertenecía al ejército, y yo era todavía muchacho.

—¿Cómo era el capitán?

—Era muy hermoso y de muy noble presencia; pero no recuerdo más que eso. Era un magnífico jinete, un gran tirador y muy diestro en todo género de ejercicios atléticos. ¡Ah! también me acuerdo de que estaba comprometido con su prima Lady María Trévor. Las damas hablaban mucho de ese proyectado matrimonio. Á Lady María no la conocí.

—¿Y Lady Fóster lo quería mucho?

—Muchísimo: el viejo marqués tenía por él especial cariño, y lo mismo la marquesa.

—¿Lo quería Ud.?

—Sí; era uno de esos hombres que por su generosidad y bravura se hacen simpáticos á los muchachos. Á mí me costó lágrimas la noticia de su muerte: pereció en un accidente ferroviario.

—Si hubiera vivido, dijo Gabriel lentamente, el capitán Simón sería hoy Lord Fóster, ¿no es así?

—Sí, exclamó Enrique ¡y qué no daría yo por que viviera! ¡Ojalá se hubiera casado y hubiera dejado un hijo! Eso sería mucho mejor.

Gabriel lo miró con sorpresa.

—De modo, dijo, que á Ud. no le interesan estas valiosas propiedades ni el título que va con ellas.

—Ésa es la verdad, porque para mí son inútiles. Algún día comunicaré á Ud. un secreto que le sorprenderá; pero

no hoy. Ud. parece interesarse por todo lo que se refiere al capitán Simón. No estoy completamente seguro; pero creo que en el comedor principal del castillo hay un hermoso retrato suyo. Lady Fóster lo quería mucho y como tenía monomanía por los buenos retratos. . . . Del que sí me acuerdo bien es del de Lady María Trévor, la novia del capitán.

—¿Sabe Ud. por qué no se casarían?

—Se habrían casado si el capitán no hubiera muerto, pues precisamente iba á hacer los arreglos finales para el matrimonio, según se dijo, cuando ocurrió la catástrofe que le costó la vida. Ésta es la entrada del sur, Gabriel.

CAPÍTULO XXVII

Una hora después, los dos jóvenes se hallaban sentados á la mesa y saboreaban un excelente almuerzo. La servidumbre había esperado con ansiedad á Lord Fóster, que les era extraño. Todos notaron su aspecto enfermizo, y los más antiguos servidores de la casa se llenaron de inquietud.

Lo primero que hizo Lord Fóster, fué conducir á Gabriel al comedor y mostrarle el retrato del capitán Simón.

—Éste es el retrato de que le hablaba hace poco, dijo: era una bella figura militar. Pero, Gabriel, agregó con sorpresa ¡qué parecido tan notable existe entre Ud., y este retrato! Bien podía pasar Ud. por un hermano del capitán.

Esto fué de lo más lisonjero para Gabriel, pero se guardó de decir una palabra. Lord Fóster se retiró á dar algunas órdenes y Gabriel se quedó contemplando la querida imagen que tenía en su presencia.

—Ah, padre mío, murmuró con los ojos llenos de lágrimas; ¡cómo pudieras saber que tienes un hijo que venera tu memoria! ¡Cual si estuvieras vivo y me oyeras, te juro que nunca reclamaré este palacio que me pertenece, aunque así se realizaran en un momento mis sueños de amor, en tanto que la dicha y el buen nombre de mi madre puedan menoscabarse!

Y su agitada fantasía creyó ver una sonrisa en los labios del retrato.

En aquellos momentos, Gabriel se acordaba de que cuando en años pasados los niños de la aldea hablaban de sus padres, él no podía hablar del suyo. Un día le preguntó á Juana, dónde estaba, y la buena mujer le respondió que en el cielo. Siempre había tratado de imaginarse á cuál de los hombres que conocía podría parecerse y ahora que lo tenía ante sus ojos, su corazón palpitaba de orgullo y complacencia. Cuando Enrique volvió, lo encontró todavía contemplando el cuadro.

—Creo que Ud. tiene pasión por los héroes, Gabriel, dijo con una amable sonrisa, y en verdad que esta figura es digna de atención. Quisiera poder disponer de este retrato y ofrecérselo á Ud., ya que tanto le gusta.

—No importa: permítame Ud. que mande hacer de él una copia y eso bastará.

Y quedó convenido en que así se haría.

—¿Quiere Ud. que vayamos á recorrer la casa, ó prefiere descansar después del viaje?

—En cuanto á mí, no estoy cansado, contestó Gabriel, y me gustaría conocer esta bella mansión; pero Ud. tal vez necesite algún reposo, y podemos dejarlo para después.

—No, repuso Enrique: iremos ahora mismo. Así Ud. se posesionará de todo y verá las habitaciones. Lo que siento es que con mi sola compañía, el castillo le va á parecer melancólico.

—¿Melancólico? repitió su amigo: ¿cómo puede parecerme melancólico un lugar tan primoroso? Ud. debe estar enfermo ó sentirse en muy triste disposición de ánimo para pensar así.

—¡Ojalá tuviera como Ud., aptitudes para gozar! Ud.

tiene genio, espléndida salud y está lleno de vitalidad y animación: esos son los principales dones que Dios puede otorgar al hombre.

—Pero Ud. disfruta de ellos igualmente.

—No, de ninguna manera. Pronto le contaré cuál de esos dones es el que me hace mayor falta. Ahora vamos á ver la casa. Está llena de cuadros antiguos, valiosas porcelanas y objetos de plata cincelada. Parece que los Fóster no pensaban más que en acumular preciosidades. Se dice que la colección de porcelanas que existe aquí es la mejor de Inglaterra. En cuanto á libros y manuscritos valiosos por su antigüedad, Ud. mismo juzgará oportunamente. ¿De qué me sirve á mí todo eso?

—Lo mismo que á cualquier otro, observó Gabriel.

—No; para mí todo es inútil. Sin embargo, no dejo de reconocer que el castillo de Barton es un inmenso almacén de objetos de arte.

De allí pasaron á recorrer las habitaciones y aunque Gabriel iba preparado para ver maravillas, quedó sin embargo sorprendido. Cuando llegaron á la biblioteca, que contenía centenares de volúmenes, Gabriel preguntó á su amigo:

—¿Y con todo esto no se considera Ud. feliz?

—No; todo esto, aunque es magnífico, no agrega un ápice á mi felicidad.

—Sólo la biblioteca es un tesoro.

—¡Ojalá pudiera cedérsela á Ud. tal como está! Nadie la utilizaría mejor.

Gabriel quedó encantado de lo que vió, y aunque lo abrumaba el pensamiento de que todos esos tesoros eran suyos, ni por un instante cayó en la tentación de revelar el secreto de su madre.

—Ahora, Gabriel, sentémonos á descansar un rato. He

ordenado que nos sirvan la comida temprano, para que esta tarde vayamos á dar una vuelta en coche por donde Ud. prefiera.

—Como Ud. guste, respondió Gabriel, cada vez más sorprendido de la creciente apatía de Enrique.

—Después de la muerte del marqués, permanecí aquí una semana y jamás lo olvidaré. Por todos los tesoros del mundo no me quedaría solo en esta inmensa casa. Temo, Gabriel, que la permanencia en Barton me sea funesta. En mi domicilio de Londres me sentía mejor.

—La fuerza del hábito.

Lord Fóster movió lentamente la cabeza.

—No; es que no estoy bien: mi sistema nervioso está muy perturbado. Cada vez que me quedo á solas en estas inmensas salas, mi fantasía las puebla de las más extraordinarias visiones.

—Pero, ¿por qué vivir solo? ¿por qué no piensa Ud. en casarse y en traer á una hermosa y amable compañera que le haga queridos estos sitios?

—Sí; una vez concebí ese sueño, pero ya eso pasó y no se repetirá. Amé á Lady Emma Day con toda mi alma, y si alguien hubiera podido salvarme habría sido ella.

—Pero, con ese convencimiento, ¿por qué no le propuso matrimonio?

—Lo propuse; pero no me aceptó y me dijo que nunca cambiaría de resolución. Al ver que yo no desechaba toda esperanza, me explicó la causa de su negativa.

—¿Cúal fué? preguntó Gabriel conteniendo la respiración y sin meditar bien lo que decía.

—Porque amaba á otro . . . no me dijo á quién. "Siento causar á Ud. una pena," fueron sus palabras; "pero amo á otro y de no casarme con él, jamás me casaré."

—¿Y no ha sospechado Ud. quién sería el favorecido?

—Al principio creí que era Lord Aberdale, pero después me he convencido de que no es él. Pero dejemos esto, Gabriel y permítame darle de nuevo las gracias por su bondad de acompañarme aquí. No sé qué habría sido de mí si hubiera venido solo. Nunca he tenido muchos amigos ni he suplicado á nadie que me acompañe. El hecho es que hay en mi ser algo que me va consumiendo la existencia. Daría todo lo que poseo por ser como Ud. Ahora, vamos al comedor, y después resolveremos á dónde hemos de ir.

Durante la comida, Gabriel preguntó si el castillo de Belmonte estaba muy lejos de allí, á lo cual Enrique contestó que sólo á unas pocas millas.

—Creo que Lady Minto vivió allí cuando era niña.

—Y le gustaba mucho venir á Barton, donde todos la querían. En el Alcor me contó que no había vuelto por acá después de su matrimonio. Con este motivo la invité á que viniera á pasar una temporada con los niños, pero me respondió que ni se lo propusiera. Lord Minto sí estaba dispuesto á venir, y no me explico la resistencia de la condesa.

Gabriel sí se la explicaba, pues bien comprendía que para su madre, no podría haber nada más penoso que esa visita.

—¿Le gusta á Ud. Lady Minto? inquirió Gabriel.

Por la primera vez Enrique pareció realmente complacido é interesado en la conversación.

—¿Que si me gusta? La palabra "gustar" es insuficiente. Creo que en todo el mundo no hay una mujer como ella. Es la más noble, la más adorable que he conocido. Soy poco expansivo por naturaleza, según dicen; pero en mi admiración por la condesa, depongo toda reser-

va. Creo que ese matrimonio es el más bello y feliz de todo el reino.

Difícilmente habría podido explicarse la razón de que su joven compañero se pusiera tan encendido al oir hablar de la condesa. Pero ¿qué hijo no sentiría su corazón rebosante de orgullo y emoción al oir hablar de su madre idolatrada en términos tan encomiásticos?

—Diré la verdad: siempre he tenido celos de Ud. porque creo que Lady Minto lo distingue entre las numerosas personas á quienes hace feliz con su amistad.

—El conde me educó, repuso Gabriel con sencillez, y es natural que la condesa muestre algún interés por mí.

CAPÍTULO XXVIII

Al día siguiente, Gabriel se levantó muy temprano y se dirigió solo á Belmonte, cuando todavía el césped estaba cubierto de rocío. Después del matrimonio de su sobrina, Lady Nelson había arrendado el castillo y se había ido á vivir á una linda villa situada á orillas del Támesis.

Gabriel creyó reconocer los sitios predilectos de su madre, testigos de sus románticos amores y de su temprano infortunio. Dió varias vueltas al castillo, absorto en sus tristes pensamientos y al fin comprendió que su presencia comenzaba á llamar la atención de los inquilinos, por lo cual resolvió regresar y buscar mejor oportunidad para visitar la casa y recorrer libremente los parajes que el amor de su madre y la memoria de su padre le hacían tan queridos.

—¡ Cuánto me alegro de verlo ! exclamó Enrique cuando se volvieron á encontrar: temí que hubiera recibido algún mensaje ó algún telegrama y se hubiera ido.

Gabriel soltó una alegre carcajada:

—Si así hubiera sido, no por eso empeoraría su situación. Recuerde Ud., amigo mío, que tiene numerosos amigos que vendrían á la primera invitación y serían más hábiles que yo para hacerle agradable la existencia.

—No; ninguno como Ud.

—¡ Sea ! pero en caso tal, Ud. puede viajar. ¿ Quién lo obliga á vivir aquí ?

—No tengo ánimo para nada. ¿Hasta cuándo piensa Ud. acompañarme?

—Hasta el lunes próximo; no puedo quedarme más tiempo.

—¿Va Ud. á alguna parte á donde yo pueda ir con Ud.?

—Me parece difícil. Llevo una misión confidencial. . . . Voy á hacer ciertas indagaciones y es indispensable que esté solo.

—Renuncie al marqués de Doone, Gabriel, y véngase á vivir conmigo. Ud. será aquí lo que quiera, mi agente, mi mayordomo, mi secretario, mi amigo, mi hermano. Este pensamiento no es de hoy y á mi paso por el Alcor hablé de él á Lady Minto.

—¿Y qué opinó? preguntó Gabriel con alguna curiosidad.

—Con gran sorpresa mía, no me respondió, y se alejó de mí con lágrimas en los ojos. Es inexplicable que interesándose por Ud. como se interesa, no prestara atención á mi propuesta.

—Tal vez al nombrarle el castillo de Barton, se entristeció con los recuerdos de su infancia.

—Probablemente ésa sería la razón. Pero vamos, Gabriel: ¿qué dice Ud.? ¿Quiere venir á mi lado y ser en suma el dueño y señor de Barton?

—No hay que precipitar los acontecimientos. Ud. se casará algún día y entonces. . . .

—No, Gabriel; eso no sucederá. El amor y el matrimonio no se han hecho para mí. No me hable de eso y piense en que aquí vendrá á ser para mí un fiel amigo y un buen hermano.

Llegó la tarde del domingo. Al día siguiente por la

mañana Gabriel debía abandonar el castillo. El tiempo había estado muy bello; pero repentinamente sobrevino una terrible tempestad que duró más de dos horas. Los dos amigos presenciaron el espectáculo desde las ventanas de la biblioteca, hasta que cesó la tormenta y se estableció esa pesada calma que sigue siempre á los trastornos de la Naturaleza. Por la noche, temprano, ambos se retiraron á sus habitaciones. Gabriel no estaba inquieto; pero no podía dormir. Todos sus pensamientos se concentraban en su amigo: sentía dejarlo y tenía el presentimiento de que alguna desgracia iba á sobrevenir.

De repente se sintió una prolongada y violenta ráfaga y al terminar se oyó un gemido hondo y lastimero.

Al momento, Gabriel se acordó con espanto de la leyenda atribuída al "Pabellón de la duquesa"; corrió á la ventana y se sorprendió de ver que la noche estaba tranquila. No se sentía el menor soplo de viento y las estrellas brillaban con toda su intensidad. Aquello era de lo más extraordinario: el ruido de la ráfaga al pasar y el eco del lamento, se oyeron con toda claridad. Gabriel creyó, sin embargo, que esto obecía á una causa natural, poco conocida ó poco estudiada, y se formó el propósito de averiguarla despacio á su regreso.

Pocos minutos después sintió ruido de pasos cerca de la puerta y voces sofocadas: la servidumbre se agitaba inquieta por todas partes.

Como el ruido no se repitió, Gabriel acabó por no pensar más en el asunto y se durmió profundamente. Al otro día por la mañana, el ayuda de cámara que le habían destinado, entró en el cuarto y le preguntó:

—¿No oyó Ud. anoche el viento de la muerte?

Gabriel le contestó afirmativamente, sin dar mucha importancia al acontecimiento.

—El hecho es evidente, dijo el criado: siempre que se oye ese ruido que produce una ráfaga y en seguida el lamento que oímos anoche, es indudable que uno de los Fóster está cercano á la muerte. Cuando se trata del jefe de la casa, éste es el primero que lo oye, aunque no en la misma forma que los demás; y cuando no es él todos lo oímos de igual manera.

El asunto no era agradable para Gabriel; pero no por esto dió la menor señal de miedo. Cuando poco después se encontró con Enrique, lo halló más pálido que nunca, con profundas ojeras, que revelaban una noche de insomnio.

—¿Ha oído Ud., preguntó Lord Fóster, lo que dicen los criados sobre el viento de la muerte?

—Sí, y yo mismo lo oí, pero no creo en lo que dicen trae consigo. Á mi regreso me prometo dar con la causa verdadera del fenómeno. ¿Lo oyó Ud.?

—No, ó por lo menos no fué para mí tan intenso como para los otros. Pero vale más que no pensemos en ello. Vamos á almorzar y luego hablaré á Ud. sobre el asunto secreto de que antes he hecho mención.

Sentáronse á la mesa y Gabriel observó que su amigo no probó bocado.

—Estoy seguro, le dijo, que los ruidos de anoche lo impresionaron tontamente; eso me parece impropio en una persona como Ud.

—No, dijo Enrique: si la leyenda es verdadera ó falsa, nada me importa; bien sé que estoy sentenciado de todos modos, como va Ud. á verlo. No pensaba revelar á nadie mi secreto, pero hallo en Ud. un hermano y creo que aliviaré mi corazón al comunicárselo.

Al decir esto, apoyó la mano en el hombro de su amigo y continuó:

—Ya Ud. ha podido ver lo poco que me importa esta fortuna que haría la felicidad de cualquier otro. Soy el hombre menos digno de envidia. Si Lady Emma me hubiera amado, habría tenido valor para vencer la desgracia que me agobia. Ahora, debo afrontar mi suerte como hombre y no como niño. Me resta muy poco por vivir: ya mis días están contados.

Gabriel le dirigió una mirada de infinita piedad.

—Mi querido Enrique, dijo: espero que esté Ud. equivocado. Lo que me dice no puede ser cierto.

—Es cierto, repuso su amigo: parece difícil creerlo, porque se me ve aparentemente en buen estado de salud; pero esta sentencia de muerte pesa sobre mí desde hace muchos años. Cuando recibí la noticia del gran título y la gran fortuna que me ha tocado heredar, me reí de esa amarga burla de la suerte. ¿De qué me sirve todo esto? De mayor tormento.

—Pero, Enrique; Ud. está bien; Ud. se mueve, habla, come y bebe como todos los demás. Aleje de su imaginación esas quimeras y piense en los encantos de la vida. Para mayor seguridad, consulte á los mejores médicos de Inglaterra.

—Ya lo he hecho: nadie ha luchado con más empeño que yo por su propia existencia. Mi enfermedad comenzó cuando era niño. Quizá si entonces hubiera hablado de ella, habría podido librarme del destino que me aguarda; pero, como todos los muchachos varoniles, tuve vergüenza de confesar que me sentía enfermo. Sentía á veces dolores tan intensos, que me hacían verter lágrimas: fué un error que me ha costado carísimo. Había leído la fábula del muchacho espartano y la zorra y pensé que yo podía hacer lo mismo. Tal vez si hubiera tenido una madre amorosa, mi suerte habría sido distinta.

—Pero ¿qué es lo que tiene Ud.? preguntó Gabriel.

—Me explicaré lo mejor que pueda: es un dolor cerca del corazón. Principia como si fuera el leve pinchazo de un alfiler y va aumentando y aumentando en intensidad, hasta que siento como si tuviera un puñal clavado en el pecho. Al llegar á este extremo, pierdo el conocimiento y no sé si volveré á abrir los ojos. Cuando estos ataques me han sorprendido en casa estraña, me he puesto el pañuelo en la boca, para ahogar mis gemidos y he apelado á todas las fuerzas de mi alma para disimular mi agonía; pero á veces mi naturaleza ha tenido que ceder. El próximo ataque no se demorará mucho . . . y será el último.

—Pero Ud. debe buscar algún remedio, exclamó Gabriel lleno de angustia: no hay mal que no lo tenga.

—Cuando era muy joven consulté al primer especialista de Londres, en enfermedades del corazón, y después de un prolijo examen me dijo que mi enfermedad era de una forma rarísima y especial y que aunque por lo general terminaba de una manera desastrosa, quizá mi robusta constitución podría llegar á triunfar de ella, si alcanzaba á cumplir los veinticinco años. Ud. ve que los he cumplido y que mi agonía no ha hecho más que prolongarse. El convencimiento que tengo de mi muerte, me ha librado de caer en muchas tentaciones. Me enamoré de Lady Emma á despecho de mí mismo y creo que sólo ella habría podido prolongarme la vida. Desde luego, si me hubiera correspondido, le habría revelado mi secreto.

—Por sabio que sea un médico, dijo Gabriel, puede equivocarse.

—Lo mismo creí yo y fuí á París á consultar á un famoso especialista francés; y sin decirle cual era la opinión de los otros médicos, me repitió textualmente la misma sentencia dada por ellos: "Soy muy viejo," me dijo: "he

curado durante largos años y este caso es el segundo que he visto en toda mi vida." Después fuí á ver á otro conocido doctor de Londres y su opinión fué la misma. Desde entonces estoy á su cuidado. Cuando tuve conocimiento del reciente cambio de fortuna que todos creen que es una felicidad, fuí á verlo y le pregunté si todavía me quedaba por lo menos un año de vida: "No," me respondió, "todos los tesoros del mundo no alcanzarán á prolongarle á Ud. la existencia por un año."

—¿De manera que no hay esperanza? preguntó Gabriel. ¿Cree Ud. imposible obtener una mejoría de importancia? Ese dolor de que Ud. me habla ¿es cada día menos intenso ó más insoportable?

—Cada día es peor.

—Pero la seguridad de la muerte no debe paralizar nuestros esfuerzos por la vida, dijo Gabriel. Si tal fuera el caso, nadie emprendería obra alguna de aliento, pues la muerte nos amenaza á todos por igual.

—Sí, pero no con la misma certeza que á mí.

Gabriel puso su mano ardiente y vigorosa en la mano helada y trémula de su amigo.

—Esto es horrible, dijo; pero en medio de todo hay una fuente de consuelo para Ud.: el cielo sabe bien lo que más nos conviene y Ud. puede apreciar mejor que nadie lo poco que vale una existencia combatida por el dolor. Si el amor y la simpatía de un amigo sirven de algo en las tribulaciones, cuente Ud. con mi corazón. Gustosamente sacrificaría mi salud y mi vigor en beneficio de Ud., si pudiera. La triste narración que Ud. me ha hecho, me ha partido el alma.

—¿Comprende Ud. ahora, Gabriel, la razón de mi empeño para que venga á vivir á mi lado?

—Sí; y aunque no puedo hacer una promesa definitiva, creo que sí podré acceder á sus deseos; por lo menos haré lo posible.

—Gabriel, dijo Lord Fóster con una melancólica sonrisa: tengo ya arreglados todos mis negocios terrenales. Cierto es que á mí no me toca disponer de mi título ni la fortuna que va con él; pero no queda Ud. olvidado en mi testamento.

Gabriel le dió las gracias efusivamente y éstas fueron las últimas palabras que se cruzaron entre ellos antes de la partida.

Pocas horas después, Gabriel estaba ya en camino para emprender la investigación que, según el caso, realizaría sus ensueños de amor ó lo dejaría en la esfera modesta en que entonces se encontraba.

CAPÍTULO XXIX

Gabriel creía casi imposible que el libro de registros de una iglesia pudiera perderse. Estaba seguro de encontrar el que le interesaba. Obtendría la copia de la partida en que constaba el matrimonio de su madre, se la llevaría y ella se la daría al conde. En cuanto á Enrique, no habría dificultades y por el contrario para él sería un motivo de complacencia el que Gabriel ocupara su lugar.

Aquel mismo día por la tarde, el joven llegó á Elmira y aunque estaba acostumbrado á la quietud del campo, la tranquilidad de la aldea lo sorprendió. Hospedóse en el mejor hotel y dijo al propietario que probablemente permanecería allí varios días. Después de comer salió á la calle ansioso por conocer la iglesia en que su madre se había casado. La encontró sin dificultad y al ver un edificio tan viejo y ruinoso empezó á llenarse de inquietud y á temer que no encontraría lo que buscaba. Contadas personas había en el templo, bien que se estaba celebrando el servicio de la tarde.

Entró y observó la luz roja que penetraba por la ventana del oeste, y se imaginó el efecto de que su madre le había hablado; la luz de la mañana debía arrojar la sombra de la cruz hacia el pie del altar, precisamente en el mismo puesto en que su madre había estado á la hora de la ceremonia.

Quedóse en la iglesia hasta que terminó el servicio y

regresó luego al hotel. Después volvió á salir á recorrer la aldea, pensando en las pocas horas que sus padres habían pasado allí en tiempos anteriores. Si el capitán Simón hubiera previsto lo que iba á suceder ¡cuántas precauciones hubiera empleado para evitarlo! Nunca se imaginó que había de llegar un día que su hijo iría al cabo de años á buscar lo que él miró con tanta negligencia.

Al otro día Gabriel se levantó temprano. Estaba sumamente preocupado y nervioso. Dió un largo paseo, de que no le resultó ningún provecho, y trató de apelar á toda su filosofía para prevenirse contra un desengaño.

Poco después de la diez se dirigió á la casa del rector y preguntó por el Dr. Bourne. Se le condujo al cuartito de recibo, y el reverendo, sorprendido de que un forastero pudiera ir á Elmira á visitarlo, se presentó sin tardanza. Cuando Gabriel le entregó su tarjeta, el Dr. Bourne le dijo:

—Me complazco mucho en conocer personalmente á uno de nuestros grandes y nuevos poetas. En la semana pasada leí sus "Cantares" y no sé cómo manifestarle lo mucho que me gustaron.

Esto era más de lo que Gabriel había pensado encontrar en Elmira. El rector comprendiendo su sorpresa le dijo:

—No, no se imagine Ud. que aquí la gente es muy aficionada á la literatura; lo que sucede es que yo soy muy adicto á los libros y que mi lectura preferente es la poesía.

El poeta y el eclesiástico se hicieron en breve buenos amigos. Después de charlar un poco sobre Elmira, Gabriel manifestó el objeto de su visita y dijo al rector que iba á buscar en los registros de su iglesia el comprobante de una partida matrimonial, para lo que solicitaba su cooperación.

El Dr. Bourne movió la cabeza con aire de duda.

—¿En qué año se celebró el matrimonio? preguntó.

—En 18 . . . contestó Gabriel, y el rector repitió el mismo movimiento, más marcado esta vez.

—Mi querido señor, dijo, debo decir á Ud. toda la verdad. Mi predecesor era un hombre excelente; pero cometió el error de permanecer aquí veinte años más de lo justo. Debió haber renunciado al cumplir los setenta, pero no lo hizo y se murió de viejo. Ya era inútil y no podía atender á sus deberes: todo lo dejó en ruinas y en desorden. Lo primero que tuve que hacer al reemplazarlo fué buscar los libros pertenecientes á la parroquia y los arreglé lo mejor que pude, bien que muchos están descabalados y otros ilegibles. Sin embargo, haremos lo mejor que se pueda.

—No puedo dar á Ud. todavía, dijo Gabriel, los detalles de este asunto, porque si no encuentro la partida, el caso debe permanecer secreto: todo depende del libro de registros. Tengo la fecha del matrimonio, de manera que pronto sabré lo mejor . . . ó lo peor.

—No tengo fe en el resultado, respondió el Dr. Bourne. No deseo desalentar á Ud.; pero si Ud. conociera el modo como mi predecesor cuidaba de esos libros, participaría de mi desconfianza. No quisiera que Ud. fundara esperanzas en este miserable archivo. ¿Puedo hacer á Ud. una pregunta?

—Ciertamente: cuantas guste.

—¿Tiene esta investigación que ver con Ud. directamente?

Gabriel guardó silencio por algunos minutos, pensando si sería prudente ó no contar toda la verdad al eclesiástico, hasta que al fin resolvió hacerlo así, reservando sólo los nombres.

—Seré franco, dijo: esto me concierne directamente; mi nombre, mi fortuna y la más cara felicidad de mi vida dependen del resultado de esta investigación. Si encuentro lo que busco tendré linaje, riquezas y probablemente la mano de la mujer amada; si no encuentro nada, seguiré siendo lo que soy: un hombre sin posición, sin apellido y sin fortuna.

—El asunto me interesa sobremanera, repuso el Dr. Bourne, y deseo con toda mi alma que Ud. logre su objeto. Comenzaremos por la iglesia. Desde que me instalé aquí, compré una caja de hierro y en ella tengo todos los documentos, los registros y los papeles de la iglesia; pero mucho de eso está mutilado, comido de polillas ó ilegible. Lo único que está en buen estado es lo que corresponde al período de mi administración. Ahora las leyes son más rigurosas que antes, y nada sería tan escandaloso, como ese desorden que motiva la justa ansiedad de Ud. Será una felicidad que encontremos lo que vamos á buscar. Desgraciadamente, los libros de matrimonio han sido los peor tratados. Por el momento, permítame ofrecer á Ud. un vaso de Jerez y luego pasaremos á la iglesia.

Gabriel aceptó el cariñoso ofrecimiento del párroco y cuando entraron en la iglesia, en donde debería encontrarse el objeto de sus ansias, se sentó por algunos momentos para serenarse. El sol penetraba á través de los vidrios de color de la ventana y al pie del altar caía la sombra de la cruz. En aquel momento Gabriel recordó todos los detalles que Lady Minto le había referido acerca de su matrimonio y la angustia de su corazón crecía á medida que se acercaba el instante de resolver el gran problema de que pendía su porvenir.

—No hay la menor probabilidad, pensó; ni creo en lo

que el vulgo llama el destino. Entrego mi suerte en las manos de Aquel que viste á los huérfanos y da de comer á las avecillas. Hágase la voluntad de Dios y de todos modos sálvese el buen nombre de mi madre.

Luego pasó á la sacristía, donde el rector lo esperaba.

—Comencemos por la caja de hierro, dijo el Dr. Bourne y descolgó de la pared un manojo de llaves. Le entregaré, agregó, los libros de matrimonio y Ud. los examinará á su gusto.

Abierta la caja dijo el rector:

—¿Está Ud. perfectamente seguro de que el matrimonio se celebró en el año de 18 . . .?

—Sí, señor.

—Ése fué el año anterior á mi venida; sin embargo voy á examinar mi primer volumen. Mientras tanto examine Ud. éste.

Después de algunos minutos Gabriel devolvió el libro y el Dr. Bourne cerró el suyo.

—¡No hay nada! exclamaron á un tiempo.

—No perdamos la esperanza, dijo el rector: busquemos en estos dos libros, que contienen las últimas partidas matrimoniales de mi predecesor. Siento que estén tan incompletos: las hojas andaban rodando por todas partes; pero yo recogí cuantas encontré y las acomodé lo mejor que pude.

El rector volvió á la iglesia con el pretexto de ver alguna cosa, pero con la mira de que el joven hiciera su investigación con toda libertad. Por algún tiempo Gabriel estuvo contemplando los registros, sin atreverse á abrirlos. Al fin se resolvió y abrió el que comenzaba por el año 18 . . . Encontró dos partidas en febrero, tres en abril y una en mayo. El matrimonio de su madre se

había celebrado en junio y las partidas de este mes, así como las de julio y agosto, no constaban en el libro.

Contrariado y abatido, se sentó por algunos minutos, y al cabo se hizo esta triste confesión: "¡no la puedo hallar, se ha perdido!"

El Dr. Bourne, después de un largo rato, comprendió que el joven había perdido el tiempo, y afligido, volvió á la sacristía.

—¿Nada? preguntó.

—¡Nada!

—¡Cuánto lo siento! ¿Pero está Ud. seguro de haber buscado prolijamente?

—Sí, repuso Gabriel. El caso merece toda mi atención.

Y abriendo el libro correspondiente al año requerido le hizo observar que el matrimonio se había celebrado á fines de junio y que las partidas de aquel mes y los siguientes habían desaparecido, si bien no parecían arrancadas.

El párroco tomó el libro y dijo:

—De este registro me acuerdo muy bien: las hojas no fueron arrancadas, pero el libro permaneció por algún tiempo en un lugar húmedo y se inutilizó. Sin embargo, no nos demos por vencidos: vayamos al sótano, porque me acuerdo que allí hay dos cajas llenas de papeles viejos, y es posible que á pesar del cuidado que puse cuando vine á esta parroquia, se me haya escapado algo.

El Dr. Bourne volvió á tomar su manojo de llaves y acompañado de Gabriel bajo al sótano, provisto de velas y fósforos.

En aquel obscuro y húmedo subterráneo, mansión de ratas, el buen eclesiástico y el amante hijo de Lady Minto

no dejaron caja, escaparate ni rincón que no registraran con toda la solicitud que demandaba el asunto, y al cabo de dos horas volvieron á la rectoría, desanimados y afligidos.

—¿Se trata realmente, dijo el rector, de un porvenir?

—Sí, y de una inmensa fortuna.

—Entonces ¿por qué no pone Ud. anuncios? Si el asunto es de tal importancia para Ud., mediante una remuneración, las pobres gentes de esta parroquia buscarán y desenterrarán las hojas perdidas, si es que todavía existen, porque los niños se llevaban cuanto había en la iglesia. ¿Por qué no pone Ud. anuncios?

—No es posible, repuso Gabriel, porque no me conviene que esto sea conocido del público.

—Bastaría suprimir los nombres para que el público no supiera de quién se trataba.

—No me atrevo á correr ese peligro.

—Entonces, con toda claridad, dijo el Dr. Bourne, le diré mi opinión: las páginas que faltan en el registro no están en esta iglesia y si no las buscamos fuera de aquí, no las encontraremos.

CAPÍTULO XXX *

Con una paciencia y una perseverancia dignas de recompensa, el reverendo y Gabriel estuvieron examinando detenidamente todos los rincones de la iglesia; pero en vano.

—Enviaré á buscar al sacristán, dijo el Dr. Bourne, con aire preocupado; cada minuto que pasa me intereso más por Ud. y sentiría en el alma no poderle ser de alguna utilidad.

Al poco rato se presentó el sacristán, quien si bien se mostró tímido y encogido en los primeros momentos, al enterarse de la razón por qué lo llamaban, manifestó los más vivos deseos en servir al forastero.

—Siempre dije que algún día vendría alguien á reclamar esos documentos; los tenían completamente abandonados, señor. Mi padre era también sacristán en tiempo del antiguo párroco y le oí decir muchas veces, que esos papeles tarde ó temprano traerían sinsabores; recogió algunos que andaban esparcidos por la casa, pero el reverendo nunca tenía interés en guardarlos, pretextando que no valía la pena.

—No va á ser poco el enredo que el asunto va á traer, dijo el Dr. Bourne; ¿crees, Benito, que hemos dejado de registrar algo en la iglesia ó en mi casa?

* Desde este capítulo en adelante, la traducción le fué encomendada á D. Alfredo Elías.

—Temo, respondió el sacristán, frunciendo el ceño, que toda pesquisa va á resultar inútil.

—Quisiera poderte ayudar, continuó el Dr. Bourne; pero por más que busqué en todos los cajones y armarios, no pude hallar la partida que á ese señor interesa.

—Ni creo que nadie tuviera esa suerte.

—Ofrezco cien pesos como recompensa, dijo Gabriel, al que aporte algún dato que arroje alguna luz sobre lo que trato de investigar, y doscientos pesos al que me enseñe la partida matrimonial, repuso Gabriel, seguro de que Lady Minto pagaría con gusto esas cantidades.

—¡Doscientos pesos! exclamó Benito con una mirada radiante de júbilo, ¡voy á ser rico para toda la vida! Si hay alguien en el mundo que pueda encontrar el documento, ése he de ser yo, caballero: nadie mejor que yo conoce los parajes más ocultos de estos lugares. Si en la iglesia mis pesquisas resultan inútiles, preguntaré á los vecinos del lugar, uno por uno y . . . ¡quién sabe si esos documentos habrán ido á parar á alguna casucha de esta aldea!

El reverendo meneó la cabeza de un modo expresivo.

—Á mi modo de ver, todo es en vano; no quisiera descorazonarlo á Ud., pero después de haber registrado hasta la cripta de la iglesia, creo que no queda ya nada por ver.

—Luego Ud. opina que el sacristán no va á lograr nada, repuso Gabriel, cariacontecido.

—¡Psé! De todos modos es mejor confiar siempre; para consolarse, hay que recordar el cántico latino: "*Nihil desperandum.*"

El joven se sonrió con esfuerzo.

—Cuando se canta con buena voz, nada gusta más que oir el "*Nihil desperandum*"; pero en cuanto á mí, no me queda más remedio que desesperarme.

—Aun no; mientras dura la vida cabe la esperanza. Entretanto . . . ¿quiere Ud. entrar á tomar un refresco en mi casa? parece que está Ud. cansado.

—He recibido un desengaño, contestó Gabriel, prefiero confesarlo antes que fingir; vamos á donde Ud. guste y le ruego me perdone si soy importuno; pero mi corazón apenas puede recibir el embate de tan terrible choque.

El reverendo volvió la cabeza, como si algo le llamase realmente la atención, para no aumentar la pena del forastero, sin apercibirse de alguno que otro sollozo apagado que se escapaba de la garganta de Gabriel, ni ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, mientras iba fijando la mirada en cuanto lo rodeaba; en los antiguos muros de la iglesia; en el altar delante del que su madre inclinó la frente virginal para pronunciar un juramento; en la vidriera de espléndidos colores; en la sombra de la cruz que se proyectaba en aquel momento, como en años anteriores se dibujó junto á su madre al pie del ara sagrada . . .

Luego se encaminaron á la casa del párroco, donde tomaron un refrigerio. Allí en buena armonía, y con ánimo mejor dispuesto, Gabriel oyó lleno de interés el relato del ama del cura acerca de multitud de documentos que muchas veces se creyeron perdidos y se encontraron por fin.

—Por lo visto, pues, no hay motivo para desalentarme, repuso el joven con aire decidor.

—Claro que no, dijo el cura, y me permitiría aconsejar á V. que pusiese un anuncio en los periódicos, ofreciendo una recompensa al que presentase el documento que se busca. Es el camino más seguro para hallarlo.

—Hay razones por las cuales no puedo hacer eso; po-

dría, sí, anunciar la fecha, pero no los nombres y en este caso, el procedimiento resultaría inútil.

—Si es así temo, Míster Míller, que tendrá Ud. que abandonar toda esperanza.

Gabriel inclinó la cabeza, visiblemente conmovido, y luego la levantó para decir con cierto desaliento:

—¿No cabría en lo posible que se encontrara algo . . . aquí . . . en esta misma casa?

—No, repuso el cura; desde el instante en que tomé posesión de mi cargo, en esta parroquia, tuve especial cuidado en que toda clase de documentos pertenecientes á la iglesia permaneciesen guardados en su lugar respectivo y ninguno de ellos entró jamás en mis habitaciones particulares . . . al menos que yo sepa. No obstante, me propongo, para satisfacción de todos, registrar cuidadosamente uno por uno los rincones de esta casa; por más que me atrevo á asegurar de antemano que el resultado será inútil.

—¿Alguno de sus feligreses estuvo al servicio del antiguo párroco? dijo Gabriel.

—Sí, un joven llamado Tomás le servía de monaguillo. Voy á mandarlo llamar, y tal vez aportará algún dato acerca de los libros parroquiales.

Una ligera esperanza revivió en el ánimo de Gabriel al oir esas palabras. Pero, al presentarse, Tomás se limitó á confirmar el estado de confusión y desorden en que se hallaban antiguamente los libros de la parroquia, añadiendo que tenía una vaga idea de haberse celebrado un matrimonio poco antes de morir el párroco; pero que no podía recordar á ninguno de los contrayentes.

Gabriel palideció de nuevo, colocando la mano en el hombro de Tomás.

—Parece, le dijo, que Ud. conoce mejor que nadie los detalles que me interesan: si Ud. logra poner en mis manos el documento que busco, pondré doscientos pesos en las suyas.

—Esté Ud. seguro de que si existe, he de ser yo quien ha de encontrarlo.

Gabriel entonces dijo para sí que al fin y al cabo le cabía algún consuelo: el de que alguien se prestaba á ayudarlo.

—Y . . . ¿alguien vivía con el antiguo párroco? añadió.

—Sí, otra persona, dijo el Dr. Bourne, una mujer llamada Francisca, que tiene más de sesenta años, y entró al servicio del difunto reverendo, cuando era joven aún: muchas veces me ha dicho que el párroco era bastante desordenado y que siempre le hacía notar sus descuidos.

—¿No podría yo ver á esa mujer? dijo Gabriel con presteza, seguro de que estaría en Elmira y que naturalmente habría presenciado el casamiento de su madre, con la curiosidad propia de su sexo. ¡Era tan hermosa la que le dió el ser, que nadie que la viese una sola vez, podía jamás olvidarla!

Pero á Gabriel le estaba reservado otro desengaño. Francisca había tenido que ausentarse de la población para cuidar á una hermana enferma y tal vez tardaría más de quince días en regresar.

—Si no le causa á Ud. molestia alguna, volveré para tener una entrevista con esa mujer, dijo al párroco el forastero. Tengo gran interés en hablar con ella.

—Será un verdadero placer para mí el verlo aquí de nuevo. Francisca es quien puede dar á Ud. mejor que nadie, los informes que necesita, puesto que, como era

natural, conocía muy bien el carácter de su amo y además los rincones de la iglesia y de esta casa. Cuando yo entré aquí á ejercer el ministerio parroquial, la llamé para que me ayudase á ordenar los papeles y documentos de mi antecesor, y después de buscar por todas partes lo reunimos todo, seguros de que no se había extraviado nada; de modo que dudo que se encuentre el documento, puesto que no apareció entre los demás.

—Lo comprendo, repuso Gabriel; pero de todos modos, quisiera tener una entrevista con esa mujer; tal vez recuerde algo del casamiento de mi madre, por más que sin pruebas escritas, bien poco se puede lograr.

—Sírvase dejarme su dirección y á su regreso le escribiré á Ud. Grande será mi placer en contarlo á Ud. de nuevo entre nosotros. Deseo con toda mi alma que se vean recompensados sus afanes.

* * *

Gabriel sufrió con gran resignación el rudo golpe de aquel desengaño, diciendo para sí que era preciso que se alejase de Elmira sin pérdida de tiempo, pues la vista de la vetusta iglesia donde su madre se casó, lo llenaba de amargura y más aun la idea de que aunque con perfecto derecho á ello, no podía llamarse Lord Fóster, propietario del castillo de Barton.

No le quedaba más remedio que volverse á la granja de Alcor y contar á su madre la inutilidad de sus pesquisas. La iglesia, la vidriera de colores, la hilera de árboles del huerto del cura, todo lo halló tal y como ella se lo había descrito; ¡pero aquello que buscaba y para lo cual había emprendido el viaje, no pudo en manera alguna encontrarlo! En aquel momento de congoja, sólo trataba de buscar frases con qué notificar á su madre el desgraciado

éxito de su empresa: por mucho que apelase al consuelo de la reflexión, no podía avenirse fácilmente con la idea de haber casi tocado con la mano la fortuna, para tenerla que abandonar desde luego sin remedio.

—¡Adiós! dijo el joven contemplando la aldea adormecida en la calma del silencio. ¡Contigo dejo mi última esperanza!

El regreso á la granja de Alcor, fué para Gabriel algo muy distinto de su viaje á Elmira; antes se encontraba animoso, radiante de júbilo, lleno de esperanza; mientras que ahora, todas sus ilusiones acababan de desvanecerse, contemplando á su alrededor una vida de trabajos y afanes sin cuento.

Á medida que se iba acercando á la casa, se entristecía más y más. Recordaba la sonrisa que le dirigió su madre al despedirse y sentía lo que siente el guerrero que ha perdido una batalla.

Cuando llegó á la granja, la condesa estaba ausente, dando un paseo en carruaje con Rosa y Ru; el conde al verlo manifestó gran satisfacción, recibiéndolo con muestras de afecto.

—La verdad, Gabriel, le dijo, hasta me incomodó el que me dejaras solo. Hablé con Lord Fóster y me dijo que estaba muy delicado y deseaba vivamente que lo acompañases. La condesa también te echó de menos; ahora se encuentra más animosa; pero en estos últimos días parecía estar triste y no muy bien de salud. Descansa un rato y luego podrás ir en busca de mi esposa, que se alegrará mucho de ello.

El joven preguntó qué camino era el más seguro para salir al encuentro de Lady Minto y el conde le contestó que la hallaría seguramente en la finca más próxima, á

donde había ido con intención de coger fruta para los niños.

Gabriel se encaminó al punto indicado. Conociendo la rapidez de percepción de su madre, estaba seguro de que en el momento en que le dirigiese la mirada, comprendería el desengaño que había sufrido.

El corazón le empezó á latir aceleradamente, en cuanto vió á su madre bajo la enramada: si bien parecía hallarse mejor, la palidez del rostro de la condesa y las huellas que en él marcó la pena, delataban largas horas transcurridas en medio del sufrimiento.

Al ver á Gabriel, Lady Minto se estremeció y los ojos de la madre parecieron leer en el hijo no solamente sus ideas y pensamientos, sino los secretos de su corazón. Adelantándose con presteza, le tendió ambas manos.

—¡Gabriel! exclamó.

Y el sonido de aquella voz inundó el alma del joven, como las ondas sonoras de una dulce orquesta.

Antes de que tuviera tiempo de añadir una palabra más, Rosa y Ru, dando señales de infantil alborozo, se abalanzaron hacia Gabriel, quien después de besar las frescas mejillas de los niños, se entretuvo un rato con ellos en ver nadar el pequeño bote de Ru en el estanque de la finca, y en arreglar el diminuto yate de Rosa, que estaba descompuesto. Enderezado ya el juguete, Gabriel volvió al lado de su madre.

—Siéntate, Gabriel, le dijo, aquí, á mi lado; conozco por la expresión de tu rostro, que traes malas noticias.

El joven besó con fervor la mano que la madre le tendía dulcemente.

—Tiene Ud. razón, madre, las noticias que traigo son muy poco satisfactorias.

—¿No has encontrado la partida de matrimonio?

—No; ni yo ni nadie; se perdió ó fué destruída acaso.

Y el joven empezó á contar á la condesa lo que le había pasado en el viaje. Al terminar, un grito imperceptible se escapó de los labios de Lady Minto.

—¿Y esto significa, Gabriel? . . . exclamó después de una larga pausa.

—Significa, madre adorada, que renuncio á todo con mi alma entera; mil veces haría esa renuncia, antes que causarle á Ud. un momento de pena ó de tristeza.

—Querido hijo mío, murmuró; presumía tu conducta, mas parece duro que . . .

—Me considero recompensado con creces, interrumpió él sonriéndose, para infundirle alegría; gané lo que es para mí más querido que el título más noble ó las mayores riquezas; encontré el amor de la más bella y amante de las madres.

—He sido la más egoísta y la menos digna de las madres, repuso la condesa, lanzando un suspiro; ¡ah, Gabriel! ahora que te veo hecho un hombre ¡cuánto me arrepiento de no haber anunciado mi enlace, sometiéndome á todas las consecuencias de mi locura, para consagrar mi vida á ti!

—¿Lo hubiera Ud. sacrificado todo en mi obsequio, madre?

La condesa dejó vagar la mirada por unos segundos en Rosa y Ru y luego se volvió á Gabriel.

—Sí, respondió lentamente, es cierto; te amo á ti más que á nadie en el mundo.

Madre é hijo permanecieron silenciosos; silencio que significaba un momento de suprema felicidad; hasta que Gabriel dijo con dulzura:

—Dudo que las demás madres y los demás hijos se amen entre sí, tanto como nosotros.

Lady Minto repuso con dulce sonrisa:

—Tengo la vanidad de pensar, Gabriel, que no hay mujer que pueda llamarse madre de un hijo que te se iguale.

El á su vez le aseguró que no había hijo alguno que tuviese otra madre como ella.

—Dime, Gabriel, le preguntó ¿fué muy grande tu disgusto al ver que no había esperanza para ti?

—Sí, madre mía, contestó con franco tono.

—¿Qué fué lo que sentiste más?

—Puede Ud. creerme, repuso en un arranque noble; no es el título, las riquezas, la propiedad de las granjas y haciendas lo que siento perder; lo que me llena de desconsuelo es la idea de que no puedo atreverme á demostrar á Ud. públicamente mi profundo respeto y mi inmenso cariño de hijo; puesto que por más que estamos ligados por los lazos del amor más puro, es preciso tratarnos como desconocidos.

—¡Es terrible! dijo Lady Minto, ¡muy terrible!; á nadie puedo culpar más que á mí misma; pero hubiera podido resultar aún mucho peor; al fin y al cabo todo el mundo nos considera á mí como protectora y á ti como protegido y nada tiene de extraño á los ojos de la gente que te demuestre cariño maternal, así como tú te manifiestes afectuoso y atento para conmigo. ¡Pudiéramos habernos hallado en circunstancias mucho peores, hijo del alma¡ ¿qué hubiera sido de mí, de haberme visto obligada á vivir donde nunca me hubiese sido posible verte? Después de todo debo dar las gracias al cielo por haber logrado tenerte tan cerca.

La condesa permaneció silenciosa unos instantes, mientras se mezclaba en los aires el canto de los pájaros y las voces de los niños jugando cerca de allí.

—Gabriel, añadió lentamente; no voy á poder soportar ese golpe; ya no me será posible vivir en paz, sabiendo que eres el verdadero Lord Fóster, legítimo propietario del castillo de Barton. ¡Oh, si pudieses hallar la prueba de mi matrimonio! ¡una sola prueba!

—Madre mía, lo que me aflige más que nada, es verla á Ud. sufrir. Ya ve Ud. que el caso no tiene remedio; olvidémoslo todo y sintámonos satisfechos como antes.

—Si lo que se dice de Enrique resulta cierto, será una injusticia el que pase á poder de otro, sin más título que el de un lejano parentesco, lo que por derecho debe pertenecerte; ¡ah, Gabriel, eso es imposible! ¡eso solo es capaz de matarme! ¡Me sacrificaré yo, pero no puedo sacrificarte á ti!—añadió en un rapto de amor maternal;—haré lo que no creí que pudiese obligarme á hacer, ni aun la amenaza del tormento. Haré público mi matrimonio con tu padre y reclamaré en favor tuyo la herencia; ¡es preciso hacer eso ó morir!

Gabriel la miró, cubierto el rostro de palidez.

—¡No intente Ud. por Dios tal cosa! dijo; si lo hiciera y lograse el título para mí, no lo aceptaría. ¿Cree Ud. que me fuera posible vivir, si supiese que el nombre de Ud. corre de boca en boca; que se discute su pasado; que los sueños de amor de su mente aparecen á la vista de todo el mundo? ¿Cree Ud. que aun á trueque de ganar un reino, permitiría que su esposo la mirase en adelante con frialdad y que sus hijitos se preguntasen, al alcanzar la edad de la reflexión, qué extraña historia iba unida al nombre de su madre? Una sola es la herencia que

deseo; el amor de mi madre; concédame tan preciado tesoro y que lo demás se desvanezca para siempre.

El hermoso rostro varonil de Gabriel, radiando el afecto más puro, demostraba la sinceridad de sus frases, pues por su madre hubiera dado hasta la última gota de sangre que corría por sus venas. ¿Qué extraño que ella lo amase con un amor que no podía igualarse á ningún otro? Las lágrimas de la condesa cubrían las mejillas del joven, mientras lo besaba: ¿podía haber otro hijo como aquél, se decía á sí misma, tan sincero, tan resuelto al sacrificio?

CAPÍTULO XXXI

Se habían acabado ya para Gabriel los sueños de riquezas, de rango y posición social y era preciso afrontar de nuevo las realidades de la vida; pero no descorazonado ó descontentadizo, sino alegre, sin pensar en las probabilidades que tuvo de alcanzar un brillante porvenir. Después de haber sufrido el golpe, se levantaría más valeroso, más noble y enérgico que nunca, para encontrar el consuelo y la paz en el trabajo; ni los placeres y atractivos del mundo, ni el amor, significarían en adelante nada para él, pues iba á entregarse de nuevo á su arte favorito, haciendo lo mismo que siempre había hecho; interpretar poéticamente la Naturaleza para hacerla sentir á los demás é inculcar ideas elevadas en el ánimo de los lectores de sus obras.

Si acaso la pena llamase alguna vez á las puertas de su corazón, buscaría amparo en la virtud de la fortaleza, que el cielo jamás rehusa á los que acuden á él; y por más que no le cabía la esperanza de verse correspondido, dedicaría sus más recónditos pensamientos al ideal de los ensueños de su juventud, la encantadora Emma Day.

Estaba seguro de que algún día, al recorrer con la vista los periódicos, tenía que dar con el nombre de la mujer adorada; leería entonces las noticias relativas al casamiento, á los regalos de boda, al acto de la ceremonia, al ban-

quete, al lugar en donde los novios pasarían la luna de miel y estaba seguro también de que desde aquel momento, la vida iba á parecerle un desierto, al imaginarse los años transcurridos sin el amor de una mujer. Quizá de vez en cuando la hallaría en los salones aristocráticos y entonces . . . ¡ah! ¡cuán seguro estaba de que le cabría el consuelo de recibir una sonrisa y de oir una frase atenta de sus labios!

Y acudieron á la mente del joven extrañas ideas, entre ellas la convicción de que no debía ser muy grande el amor que su padre sintió por su madre; ¡qué terribles angustias le había ocasionado! Sin que intentara ofender su memoria y juzgándolo desapasionadamente de hombre á hombre, no podía menos de creer que hubiera sido mucho mejor el que el capitán, ó bien hubiese ahogado la pasión que sentía ó hubiera hecho público el casamiento, ya que al fin y al cabo las consecuencias del amor egoísta del que le dió el ser, eran tan funestas, para la madre y para el hijo.

*
* *

Gran consuelo fué para Lady Minto el ver con qué resignación sufría Gabriel el desengaño, pues en vez de mostrarse desesperado ó abatido, se entregaba al trabajo con más alientos que nunca.

—Vendré á verla á Ud. tantas veces como me sea posible, madre, le dijo en una de sus últimas entrevistas; pero no mientras esté aquí Lady Emma. ¿Me anunciará Ud. cuando se halle ausente?

La condesa le prometió cumplir con los deseos por él manifestados y pocos días después volvió Gabriel á sus

obligaciones. Al entrar en el cuarto de trabajo, exclamó para sí:

—¡Quién me hubiera dicho que desde que abandoné esta casa, rango y fortuna estarían al alcance de mi mano! Ahora es preciso que nada empañe el brillo de mi nombre, despreciando al mismo tiempo toda idea de riqueza.

Á pesar de estos propósitos, durante algunos días, cada vez que Gabriel se entregaba al trabajo cotidiano se sentía como en una atmósfera distinta de aquella á que estaba acostumbrado. Una sola cosa lo apenaba: el no serle posible complacer á Enrique Fóster, quien le pidió que se fuese á vivir con él en el castillo de Barton; el hallarse en los confines de aquella propiedad, era un sacrificio superior á sus fuerzas. Así, pues, escribió á Lord Fóster, diciéndole que se veía obligado á rechazar su ofrecimiento é indicándole que tal vez fuera preferible que él se fuese á pasar una larga temporada en Londres.

Ansioso de olvidar sus penas, Enrique se dirigió á la ciudad, donde poseía una casa, si no muy lujosa, al menos llena de comodidades. Poco le importaba al joven aristócrata dejar transcurrir el resto de sus días allí ó en el castillo de Barton; lo único que le interesaba, era hallarse en compañía de Gabriel.

La misma noche que llegó á Londres, Gabriel fué á verlo, quedándose tristemente sorprendido al notar el cambio que acababan de experimentar las facciones de su compañero; estaba pálido, delgado, ojeroso, como si hubiese sufrido mucho. El joven poeta le estrechó la mano con efusión.

—¿De modo que no viene Ud. al castillo? le dijo el recién llegado con una débil sonrisa; ¿qué puedo hacer para convencerlo?

—Nada; puesto que concurren razones imperiosas para negarme. Aquí lo veré á Ud. con la mayor frecuencia posible; estoy ocupadísimo y no puedo abandonar el marqués.

—¿Pero Ud. se niega? . . .

—No es que me niegue; sino que me es imposible: algún día sabrá Ud. la razón de ello. En Londres puede Ud. disponer de mí incondicionalmente.

—Me conformo con la promesa que me hace, de comunicarme la causa de su renuncia. Vine porque de día en día me siento peor y necesito el consuelo de sus palabras y de su franca y sincera amistad.

Gabriel lo miró compasivamente; parecía el joven Lord hallarse tan triste, que por más que tuviera al alcance de sus deseos cuanto hay de bello y agradable, la idea de la muerte era lo único que lo consolaba.

Desde aquel instante, Gabriel se dedicó á prestarle amistoso consuelo, acompañándolo cuantas veces el trabajo lo dejaba libre, alentándolo con cariñosas frases, leyéndole libros y periódicos, conversando con él acerca de diversos asuntos. Los amigos y conocidos de Lord Fóster hablaban confidencialmente de su mal estado de salud, manifestando gran compasión y simpatía para con él, y en más de una ocasión oía el joven poeta hacer comentarios acerca de quién sería la persona á la que correspondería adquirir en virtud de herencia, los vastos dominios de los Fóster.

Una noche en que Gabriel fué como de costumbre á visitar á su amigo, lo halló extraordinariamente abatido.

—Parece que no se encuentra Ud. muy animado, le dijo.

—No; me ha estado preocupando y me preocupa aún, ya sé que inútilmente, el pensar en quien pueda ser el que

va á sucederme. Temo que la antigua raza de mi apellido va á extinguirse: ¡las tradiciones de mi familia van á desaparecer, cuando yo cierre los ojos!

—Hay que esperar lo mejor y al mismo tiempo estar preparado siempre para lo peor, repuso Gabriel con tono jovial.

—¡Si se cumpliera lo que yo deseo! dijo Lord Fóster, suspirando.

—¿Y qué es ello?

—Que el capitán Luis Simón se hubiese casado y dejase un hijo para heredarme.

Siguió un profundo silencio, que duró algunos minutos. Lord Fóster no vió la súbita palidez que se extendía por el rostro de su amigo, ni oyó el grito ahogado que acababa de lanzar Gabriel, quien se volvió lentamente, para decirle:

—¿Eso le satisfacería á Ud.? ¿se alegraría de que el capitán Luis Simón hubiese dejado un sucesor?

—¡Alegrarme! ¡Le hubiera dedicado todo el afecto de mi alma! exclamó el enfermo con voz apagada, mientras abría más los ojos.

Gabriel no replicó; pero durante el resto de la velada, su compañero no pudo menos de observar que se hallaba más silencioso y reservado que nunca.

CAPÍTULO XXXII

Las familias de la alta sociedad de Londres, empezaban á reunirse de nuevo. Terminada la estación del verano, regresaban una por una todas las notabilidades de la metrópoli; las mujeres más admiradas por su belleza; los hombres de Estado más distinguidos; los más célebres en literatura, en las ciencias y en las artes. Los condes de Minto acababan también de instalarse en Martel, después de unos meses pasados en la hacienda de Derby, en donde Lady Emma Day los había acompañado la mayor parte del tiempo, invitada por ellos á permanecer en su compañía.

Bien sabía Gabriel que tenía que hallarla aún diariamente, sin que le fuera posible evitar el peligro de su presencia y sabía también que era preciso armarse de valor para afrontarlo. El sueño de su vida se había disipado; pero á pesar de eso sintió una herida en el corazón, al saber que Lord Aberdale, de vuelta del veraneo, estaba más prendado que nunca de Lady Emma Day.

—No importa, se dijo resuelto; así aprenderé cuanto se puede sufrir sin darlo á comprender, y después de todo, mi porvenir no es tan negro como el de Enrique; estoy sano y robusto, y la sombra de la muerte no me persigue como á él. Es preciso confiar aún.

Entretanto, su fama de poeta se iba extendiendo, y sus admiradores opinaban que Gabriel Míller llegaría á ser un genio. Merecía los plácemes de todos, no sólo por su

inspiración, sino porque los versos que escribía los dictaba el sentimiento más noble, no empleando las facultades de que el cielo lo había dotado, en pervertir el ánimo de los lectores, sino en cantar la pureza, la lealtad y el honor.

Una mañana recibió Gabriel el aviso de que la condesa deseaba verlo aquel mismo día. El joven se preguntaba si Lady Emma estaría en Martel con su madre y se vería obligado por consiguiente, á hablar con ella; pero resolvió que de todos modos debía afrontar la situación con valor, no permitiendo que la imagen de la hermosa hiciese mella en su ánimo, so pena de verse impotente para emprender de nuevo el trabajo.

Cuando llegó á la casa, la emoción le impedía hablar; afortunadamente para él y para Lady Minto, pudieron conversar á sus anchas, sin testigos.

Al ver ella al hijo amado, palideció, levantando la cabeza para estampar un beso en sus mejillas.

—¡Cuánto ansiaba verte, Gabriel! exclamó, mientras el joven manifestaba hallarse poseído de la emoción más tierna.

—Madre mía, le dijo, sí, *madre,* vuelvo á repetirlo, puesto que nadie nos oye; si no me engaño, ha cambiado Ud. mucho desde la última vez que la vi; ni parece Ud. hallarse bien, ni feliz. He leído en los periódicos que la reina de la belleza, la condesa de Minto, había vuelto á sus posesiones; pero esa reina de la hermosura no tiene aspecto de bienestar y contento: ¿me engaño, madre querida?

—Efectivamente, no soy feliz, hijo; no puedo serlo, al pensar en la injusticia de que eres víctima.

—Pero, madre mía, repuso él con dulzura; ¿no convinimos ya en que daríamos ese asunto al olvido?

—No puedo desoir la voz de mi conciencia, Gabriel, dijo la condesa con solemne tono, ni me es posible olvidar por un momento el secreto de mi pasado. ¡Ah! Si estuviese al alcance de mi voluntad dejar oir mi voz por el mundo entero, ¡cómo procuraría inculcar por medio de la persuasión, en el ánimo de las jóvenes, la virtud de la prudencia, que tanto olvidé yo misma! Si hubiese sabido dominarme; si hubiese resistido á los caprichos de la imaginación; si el egoísmo no me hubiera hecho esclava ¡cuánto mejor para Luis y para mí! Ya sé que es inútil remediar lo pasado; pero bien quisiera que la amarga experiencia de mi juventud, sirviese de ejemplo á las demás.

—Olvídelo todo, madre adorada; todo, menos que debe Ud. quererme siempre; es cuanto le pido y ansío.

—No puedo olvidar el pasado, dijo tristemente Lady Minto. De noche me despierta el recuerdo de los años de mi adolescencia y durante el día no me deja sosegar; cuando oigo á otras madres hablar con orgullo de sus hijos, mi corazón estalla en deseos de hacerles coro y cuando veo á otros jóvenes distinguirse por su saber, pienso en ti y en los méritos que te adornan para brillar en la sociedad. ¡Ah, Gabriel, cuánto sufro!

El joven trató de tranquilizarla, pero ella se hallaba presa de la mayor agitación.

—Soy yo, decía, la única culpable de tus pesares; únicamente para evitar mi propia vergüenza, tu nombre permanece en la obscuridad.

—En la obscuridad, no. Olvida Ud. que empiezo á ser popular. El nombre de poeta es tan querido para mí como el de mi apellido y cuando oigo por las calles tararear alguno de mis cantos, siento un placer más dulce

que el que podría proporcionarme el ostentar el mayor título de nobleza ó el verme dueño de una inmensa fortuna.

—¿De veras, Gabriel? ¿no lo dices para consolarme?

—No, madre; lo digo tal como lo siento.

—Si además de mis penas, tuviera la de creer que me consideras injusta para contigo, eso solo sería suficiente para precipitarme la vida.

—No hay injusticia, madre; sólo hay una serie de circunstancias que Ud. no pudo evitar; es preciso que lo juzgue Ud. de ese modo, con la misma calma y serenidad con que acostumbra juzgar las demás cosas. Suponiendo que ahora, para satisfacer sus deseos tomase yo la iniciativa en el asunto, reclamando lo que por derecho me pertenece, y admitiendo que Ud. diese á conocer su matrimonio anterior ¿quién no creyera que todo ello no es más que una trama, considerando que no hay una sola prueba que abonase nuestras afirmaciones?

—Tienes razón, dijo tristemente la condesa; carecemos de pruebas y esto hace el caso doblemente duro para ti.

—¡De ninguna manera! puesto que lo encuentro muy llevadero; míreme un instante y diga si parezco menos feliz que antes. ¡No, madre querida! Considere que el publicar la verdad sería tanto como atraer la maliciosa atención de todos hacia Ud. y despertar la curiosidad de los ociosos. Además . . . ¡quién sabe cómo acogería el conde la noticia!

Lady Minto apoyó la cabeza en el hombro de Gabriel.

—Á pesar de lo que dices, cuenta que por ti lo arrostraría todo.

—No lo consentiré, madre del alma.

Y añadió después de una pausa:

—Deseo hacerle á Ud. una pregunta: ¿ha regresado ya Lady Emma?

—No, vendrá la próxima semana.

—¿Tiene algún compromiso con Lord Aberdale?

—Ninguno, Gabriel; nunca pude comprender los amores de esa muchacha y lo único que me parece es notar en ella cierta frialdad hacia el duque. De todos modos, cuando esté de vuelta te lo comunicaré.

Gabriel le dió las gracias y se retiró.

¡Cuán diferente para él hubiera sido, se decía, de haberse encontrado el registro de matrimonio de su madre!

CAPÍTULO XXXIII

Gabriel recibió, una mañana, una nota concebida en los siguientes términos:

QUERIDO GABRIEL: Te participo que Lady Emma Day, llegó ayer. Esta noche asistiremos al baile de Lady Tartres. ¿Irás tú?

DOLORES.

El joven había ensayado todos los recursos de la filosofía y del sentido común, para dominarse y adquirir la suficiente serenidad de espíritu, ante el recuerdo de Emma; pero tan pronto como supo que la muchacha se hallaba en la ciudad y que en cualquier momento podía verla en la calle, se despertó en su pecho el amor, con más fuerza que nunca. Al sentarse ante la mesa de trabajo, le fué imposible concentrar la atención en lo que hacía, pues los ojos brillantes de Lady Emma parecían resplandecer en cuanto tenía delante.

—Tan luego como haya hablado con ella, me tranquilizaré, se decía; la sola idea de verla me pone nervioso.

Entretanto, la condesa y Lady Emma cambiaban impresiones acerca de los días transcurridos en el campo, ya comentando las bellezas de las montañas, ya complaciéndose en recordar las jiras, las fiestas, los bailes y las veladas agradabilísimas en casa de las familias más distinguidas de la sociedad londonense.

Lady Minto se quedó de pronto sorprendida, cuando la hermosa joven, mirándola de repente, preguntó con sequedad:

—¿Ha visto Ud. á Gabriel? ¿Está en la ciudad? ¿Se halla en buen estado de salud?

—¡Dios mío! contestó riéndose ¡tres preguntas á la vez! Sí, he visto á Gabriel. Está en la ciudad, pero muy ocupado. Creo que se halla perfectamente.

—Nunca pude comprender á ese muchacho, repuso Emma, con tono apesadumbrado; después de haber mantenido durante mucho tiempo cordiales relaciones de compañerismo y amistad, el año pasado, sin motivo que lo justificase, pareció olvidarse hasta de que yo existía.

—No exageres, Emma . . .

—Evitaba mi presencia, esa es la verdad; pude convencerme de ello más de una vez y ese proceder no es muy correcto.

—No vayas ahora á enojarte conmigo, que yo no tengo arte ni parte en el asunto, dijo la condesa, sonriente.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar la indignación. Cuando éramos niños jugábamos como buenos amiguitos. Todavía recuerdo aquella mañana en que hallándonos juntos en la hacienda de Derby, cogía rosas para su madre . . .

La joven no observó el movimiento de ternura que hizo la condesa.

—Luego, continuó, le pregunté cómo se llamaba. "Gabriel," me dijo y yo para bromear, repuse: "Este es nombre de mujer." "No, que es nombre de arcángel," contestó. Desde entonces noté su indiferencia para conmigo.

—¿Y no te explicas la causa?

—Absolutamente. Por muy humilde que sea el origen de Gabriel, lo miro como uno de esos hombres dignos de

un trono real, por sus sentimientos. Jamás hice la menor alusión con respecto á la diferencia de posición social entre ambos y lo considero con suficiente criterio para no hacer caso de esa clase de convencionalismos.

—¿Por qué no le preguntas tú misma? . . . insinuó Lady Minto.

—Desde que ha empezado á mostrarse tan apático para con su amiga de la infancia, me he propuesto no dirigirle siquiera la palabra. He sentido mucho su indiferencia y la siento aún; pero voy á seguir con él la misma conducta que sigue conmigo.

En el fondo de su corazón, la condesa comprendió que aquél era el mejor camino. Cuanto con más frialdad tratase Lady Emma á su hijo, mejor para él, por duro que esto fuese.

—¿Es cierto lo que dicen de Enrique Fóster? preguntó de pronto la muchacha.

—¿Qué dicen, Emma?

—Me contaron ayer que estaba muy enfermo; tanto, que probablemente no viviría mucho tiempo: lo siento de veras, porque Enrique es hombre de carácter, digno de aprecio. ¿Cree Ud. que van á confirmarse los rumores que corren acerca de su salud?

—Temo que sí, contestó Lady Minto, con voz ligeramente temblorosa.

—Ud. lo siente también y se comprende; cuantos conocen á ese joven, deben sentirlo. . . . ¡Cómo me gusta el castillo de Barton! Si fuese yo la propietaria, sentiría morirme por el hecho de tener que abandonarlo. De todos los lugares que he visitado, es el que más me atrae por su aspecto patriarcal y distinguido á la vez: la hacienda de Derby es mil veces más suntuosa, pero no tan pintoresca.

Si algo pudiera tentarme al matrimonio, sería la esperanza de poseer una casa como Barton.

Ésa fué otra herida en el alma de la condesa, que palideció, trémula de emoción. ¡Ah, si su hijo pudiese reclamar lo que por derecho le pertenecía!

—Creo que te equivocas, Emma, le dijo después de una pausa; te casarías con el hombre, no con la casa.

—Como quiera que sea, me gustaría tener el castillo de Barton por hogar y eso sería un motivo poderoso para resolverme á tomar estado.

—Entonces ¿por qué no te casaste con el propietario, toda vez que fué á pedir tu mano?

—Porque no era el verdadero dueño, contestó la joven riéndose: según decían, al morir Enrique desaparecía con él una de las familias más antiguas y respetables de Inglaterra ¿no es eso?

—No; según noticias queda aún alguno de los descendientes en el Canadá, repuso la condesa temblándole la voz, á pesar de los esfuerzos que hacía por dominarse.

Lady Emma la miró fijamente.

—Comprendo que se interesa Ud. mucho por los Fóster, dijo; á mí me pasa lo mismo. ¡Es terrible pensar que Enrique está condenado á morirse muy pronto sin remedio!

—Todos debemos morir tarde ó temprano y á veces se me figura que los que mueren jóvenes son los más afortunados.

—No convengo con eso. Amo la vida y no veo razón para no amarla cada vez más.

—Porque desconoces las penas, que es lo que contribuye á hacernos la vida odiosa. ¡Quiera Dios que nunca llegues á saber lo que significa sufrir!

CAPÍTULO XXXIV

Por más esfuerzos que hiciese Gabriel para concentrar la atención en el trabajo, el corazón le latía con demasiada violencia, le temblaban las manos y todas sus ideas divagaban con el recuerdo de Emma Day. ¿Qué le diría la hermosa al verlo? ¿Cómo lo recibiría? ¿Se mostraría adusta, desdeñosa ó bien complaciente, expansiva con él? Hacía más de dos horas que estaba sentado frente á su pupitre y lo único que había conseguido era escribir veinte veces el nombre de Emma; diseñar dos veces el retrato de ella, de perfil y uno de frente y componer una cuarteta en loor de la encantadora beldad.

Al dar el reloj las nueve, el joven poeta se apercibió con desaliento de que habían transcurrido dos horas, sin provecho para él.

—¡Imposible! se dijo; eso no puede continuar así. Si no concluyo hoy mi trabajo, voy á castigarme, dejando de asistir al baile de Lady Tartres.

Y cogió la pluma de nuevo, lleno de energía.

* * *

Gabriel se encontraba por fin en los salones de Lady Tartres.

La condesa y Lady Emma Day no habían llegado aún. Gabriel respiró con fuerza; tenía tiempo de serenarse,

dominando poco á poco la impaciencia que lo devoraba; con paso lento y algo vacilante se encaminó al extremo del salón, desde donde pudiese ver entrar á Emma y adquirir el aplomo suficiente, antes de dirigirle la palabra.

Al poco rato, comprendió que entraba la joven, por el murmullo ahogado que se escapó de todos los labios. Mirando en dirección de la puerta, vió una figura alta, delgada, elegante, ricamente vestida y adornada de preciosas joyas, brillándole los ojos, negros y profundos como la noche. Todos los concurrentes acudieron á recibirla y á colmarla de halagos: ¿qué tenía de extraño, si al entrar, su belleza eclipsaba á la de todas las demás mujeres?

La condesa formaba armónico y espléndido contraste con la joven. Las hermosas facciones de su rostro y su noble y apuesta presencia de matrona respetable, infundían simpatía y admiración á la vez. Parecía que toda la luz y toda la brillantez del salón se hubiesen concentrado en ellas.

Lady Emma no vió á Gabriel: á los pocos minutos, el duque de Barfo ofreció el brazo á la bella para bailar y el joven poeta se fué al lado de su madre, que al verlo, enrojeció de júbilo.

—¿Tú aquí? le dijo; siéntate y hablemos . . . si es que no tienes compromiso con alguna beldad de ojos azules.

—Estoy á la luz de los ojos que más adoro, contestó; madre mía, acabo de ver á Emma, más encantadora que nunca. ¿Sabe Ud. si Lord Aberdale asiste á la fiesta?

—Creo que sí. Mandó á Emma un precioso ramito de flores, sin duda para que lo luciera esta noche, pero ella lo ha dejado en casa.

—¡Qué hermosa es! ¡Cuánto quisiera poderla obsequiar

con un abanico, una joya ó algo que le sirviera de adorno! . . . Se acabó este baile . . . ¿vamos á saludarla?

La condesa lo miró con recelo.

—Va á causarte pena, le dijo.

—Al lado de Ud., madre mía, puedo afrontar cualquier situación.

Lady Minto oyó esas palabras con orgullo. Cuando Gabriel se vió al lado de Lady Emma, se inclinó ceremoniosamente y le alargó la mano, que ella estrechó sin mirarlo con la acostumbrada sonrisa que vagaba siempre en sus labios y en sus ojos; por el contrario, fijó la vista en el suelo, ruborizada y confusa.

—Me asustó Ud., Gabriel, dijo; no sabía que se encontrase Ud. aquí. Hacía unos meses que no lo veía y me alegro de tener esta oportunidad para . . .

—¿De veras se alegra Ud.? pues le aseguro que no lo parece.

—Esas son ilusiones, amigo mío y aunque poeta, no debiera traer las ilusiones al terreno de la vida real. Y ¿cómo va de salud?

—Muy bien, gracias . . . y contento de verla á Ud. otra vez, respondió el joven.

Emma, delante de él, se sentía otra. Anhelaba conversar con su compañero á la manera de antiguos camaradas, bromeando siempre como antes; jugando casi, para reñir muy á menudo y volver á hacer las paces lo más pronto posible. Lady Minto miraba á la muchacha por el rabillo del ojo, sorprendida de su extraña actitud, hasta que alguien fué á buscarla, dejando entonces solos á los jóvenes.

—No sé, Gabriel, dijo ella, si debo hablarle á Ud. ó no.

—¿Por qué?

—Porque el año pasado me trató Ud. con muy poca cortesía. Nunca pude saber qué es lo que hice para ofenderlo, pues después de haberse portado conmigo como un hermano, de repente pareció olvidarse hasta de que yo existía. ¿Tuvo Ud. alguna queja de mí?

—Absolutamente ninguna, Lady Emma; ni era posible que la tuviese.

—Entonces no debe haber perdón para Ud.

Dijo esas palabras con un mohín tan encantador, que Gabriel estuvo á punto de confesarle que estaba pérdidamente enamorado de ella; pero acordándose de su resolución, tuvo tiempo de dominarse.

—Creo, añadió Emma con impaciencia, que debe Ud. haber olvidado que fuimos excelentes amigos.

—Olvidar eso sería no acordarme de los días más felices de mi vida.

—Y ¿qué motivo hay para que aquella época fuese más feliz que la presente? Entonces éramos niños; pero ahora hemos crecido y cada edad tiene sus encantos y nuevos manantiales de dicha.

—Así como nuevos manantiales de pena, añadió él.

—¡He aquí el sistema seguido por los poetas! Llorar y quejarse siempre. ¿Qué pena puede afligirlo á Ud.? Todos buscan su trato, todos lo obsequian y lo aplauden; ¿á qué mayor ambición se puede aspirar? Seguramente los poetas se diferencian en algo de los demás.

—Si acaso ese *algo* consistirá en que sienten más hondo, gozan más, sufren más y en una palabra, tienen la sensibilidad desarrollada de un modo perfecto ó casi perfecto.

—Gabriel, ¿qué noticias sabe Ud. de Enrique Fóster?

—Muy malas. El desgraciado se halla á las puertas de la muerte.

—Dígale que me acuerdo mucho de él y que deseo con toda el alma que se ponga bueno. ¿Querrá Ud. entregarle estas flores como recuerdo de amistad? añadió la joven alargando á Gabriel un ramito de lirio de los valles que llevaba prendido al pecho.

—Rico presente es ése que Ud. le envía, Lady Emma, dijo Gabriel tomándolo.

—¿Ud. lo cree? Mis deseos fueran mandarle cosa de más valor.

—Es imposible que pudiera Ud. hallarlo. Estas flores serán enterradas con él en la misma tumba; verá Ud., si no, como así lo dispone nuestro amigo.

—¡Pobre Enrique! murmuró Lady Emma.

Y Gabriel pensó que aceptaría con gusto la muerte, con tal de merecer la misma compasión de aquella mujer adorada.

* * *

—¿Lo veré á Ud. pronto en Martel? preguntó Emma al joven poeta, en el momento de subir al coche.

—Mañana mismo iré á llevarle á Ud. la noticia de la impresión que produjo en mi amigo el obsequio que he de entregarle en su nombre.

—Entonces adiós y hasta mañana.

Gabriel se retiró, tratando de explicarse la extraña conducta de Emma para con él, sin ver el taimado lo que era evidente á todas luces: que la muchacha lo adoraba con todo su corazón.

CAPÍTULO XXXV

—¿De veras? exclamaba Lord Fóster loco de gozo, mientras tomaba el ramito de lirio de los valles que Gabriel le ofrecía; ¿es eso posible? ¿Cree Ud., Gabriel, que Lady Emma se interesa algo por mí?

—Estoy seguro de que se interesa muchísimo y que siente por Ud. la más viva simpatía. Me habló de Ud. con gran insistencia.

—Y ¿en qué sentido le habló de mí? repuso el enfermo, suspirando profundamente.

—Como de un amigo á quien se aprecia; con toda la ternura y la bondad de que es capaz su corazón.

—¿Sabe que estoy muy malo? añadió Lord Fóster, después de una pausa.

—¿Y qué le importaría á Ud. que lo supiese, cuando todos los que lo saben, manifiestan por Ud. la más entusiasta simpatía? ¿Á qué guardar un secreto que en nada lo favorecería á Ud.? Por el contrario, opino que el confesarlo, le hace un gran bien: mire si no, cómo el obsequio de Lady Emma le ha infundido alientos y energía.

—Si algo pudiese librarme de la muerte, sería su amor; pero ¡no! jamás me será permitido alcanzarlo. Cuando pienso á veces con cuanta crueldad el destino cierne sus alas sobre mí, me convenzo de que sólo el amor de Emma me apartaría del borde de la tumba . . . la adoro con

toda mi alma y se presenta ante mi vista tan bella como un ángel. Gabriel, (añadió después de una pausa) si cuando me muera se encuentra Ud. á mi lado, procure que me entierren con estas flores junto al corazón. ¿Cree Ud. que antes de lanzar yo el último suspiro, podría aspirar á que Lady Emma viniese á verme, para estrecharle la mano, una vez sola, siquiera una sola vez?

—No dudo que en ese caso, vendría á ver á Ud. acompañada de Lady Minto.

—¡Cuánto ansío verla! dijo Lord Fóster, solemnemente; ¡si yo pudiese andar por las calles erguido y fuerte para llegar hasta su casa! Pero no debo quejarme; Emma quiere que esté tranquilo y contento ¿no es así?

—Así me encargó que se lo recomendase á Ud.

—Entonces dígale que por ella me esforzaré en sobrellevar mi dolor con resignación.

Compadecido por el estado en que se hallaba su compañero, Gabriel abandonó la estancia, sin atreverse á visitar aquel mismo día á Lady Emma Day, temeroso de que después de la manera cordial con que lo había tratado la joven en el baile, no podría reprimir los deseos de dirigirle alguna frase galante. Así, pues, prefirió aguardar dos días, y al cabo de ese tiempo se puso en camino para Martel, donde se presentó en el momento en que había otras personas de visita en la casa. El duque de Aberdale estaba entre ellas, conversando con Emma con el más vivo entusiasmo.

Así que lo vió entrar, la joven le dirigió un frío saludo, que Gabriel recibió como si sintiera en el corazón la hoja de una espada.

—Me pidió que viniese á verla, se dijo Gabriel interiormente, y ahora que estoy aquí, ni siquiera me hace caso.

Luego se sentó junto á su madre, entrando en conversación á propósito de política, con la esposa de un diputado y discutiendo sobre literatura con un hombre de letras.

Al poco rato, vibró por el salón una voz juvenil pronunciando el nombre de Gabriel: era la de Lady Emma Day que llamaba al joven poeta, quien al oirla corrió á su lado, sin disimular la alegría que le produjo el verse solicitado por la mujer adorada.

—¿Qué se le ofrece á Ud.? le preguntó.

—¿Puede saberse qué motivo lo retiene á Ud. en compañía de aquella señora? dijo aludiendo á la dama con quien conversaba en aquel momento.

—Ninguno, más que el no haber otra señora á mi lado con quien hablar.

—¿No comprendió Ud. que deseaba para mí ese privilegio? repuso Emma, con tono imperioso.

—Si lo hubiese adivinado, nada en el mundo me hubiera retenido en aquel sitio: creí que Lord Aberdale absorbía por completo su atención.

—¿Lord Aberdale? repitió con sorna; es preciso que le conste que siempre está Ud. autorizado para dirigirme la palabra, sea quien fuere la persona con quien me encuentre. Si los demás me obedecen, añadió irguiéndose graciosamente ¿por qué no ha de hacer Ud. lo propio?

—Ése será mi mayor placer, dijo Gabriel con voz tan conmovida, que la muchacha enrojeció, sin explicarse la causa de ello.

—¿Dió Ud. mi encargo á Enrique Fóster? le preguntó, después de una pausa.

—Le di el encargo de palabra y las flores: al recibirlas, su emoción fué tal, que no sabía cómo expresarme su

agradecimiento, acabando por suplicarme que al morir, lo enterrasen con ellas.

Al oir esas frases, las lágrimas corrieron por las mejillas de Emma.

—Algo más dijo, continuó el joven.

—¿Qué dijo, Gabriel?

—¿No sería mejor que continuásemos tratando de eso, dando una vuelta por el jardín, donde nadie pudiera oirnos?

La muchacha accedió á la indicación, y Gabriel, así que salían juntos de la casa, pidió interiormente al cielo que le concediese la serenidad necesaria para permanecer al lado de ella, sin demostrarle el amor que ardía en su pecho.

Emma una vez junto al surtidor, se apoyó en la barandilla y al mirar distraídamente el agua, que murmuraba con suaves notas musicales, parecía la heroína fantástica de un cuadro. Levantando los ojos hacia él, le dijo:

—¿Qué es lo que tiene Ud. que explicarme?

Gabriel, absorto en la contemplación de la hermosa y de cuanto lo rodeaba, se quedó sin contestar.

—Amigo mío, ella continuó; ¿está Ud. pensando en las estrellas?

—Estaba pensando en que se muestra Ud. siempre irónica para conmigo. Cada vez que me propongo dirigirle la palabra á la manera franca y espontánea de cuando éramos niños, no sé que extraña fuerza me lo impide. Temo continuamente que mi conversación le desagrade á Ud. y al sospecharlo, prefiero permanecer callado.

—¡Siempre echándonos pullas! Eso debe terminar ya. Seamos de una vez amigos y dígame lo que quería decirme, repuso ella medio enojada, medio cariñosa.

—Es preciso para ello que vea en su rostro la misma sonrisa que irradiaba, cuando en nuestra niñez me entretenía en componer la cabeza de su muñeca, ó en arreglar cualquier juguete de los suyos, dijo Gabriel.

La hermosa joven, inclinando la cabeza coquetamente, se puso á contemplarlo tal como él deseaba; con una sonrisa en los labios, llena de ternura y amistad.

—Gracias, le dijo: ahora que me parece Ud. la misma Lady Emma del castillo de Derby, voy á manifestarle lo que ocurre. Sabe Ud. ya que nuestro pobre amigo está muriéndose y nada puede prolongarle la vida; pues bien, su mayor deseo consiste en verla á Ud., aunque sea sólo por una vez, con el fin de estrecharle la mano.

—Iré, contestó ella, enjugándose una lágrima.

—Dudo, repuso Gabriel con noble acento, que nadie pueda amar á una mujer más de lo que él la ama á Ud. Por eso insistió tanto en que le pidiera que no dejase de ir á darle el último adiós. Me dijo que no moriría tranquilo, si no llegase á caberle la dicha de estrechar su mano.

—Se cumplirán sus deseos, pues en manera alguna es posible ser cruel con un infeliz que se halla al borde de la tumba; no soy tan despiadada como parece; mi corazón, lejos de estar consagrado por entero á las pompas del mundo, y á los placeres de la sociedad, guarda aún ternura y agradecimiento para el que amándome, tiene tan contados los días de su vida.

Los dos interrumpieron el diálogo por algunos momentos y Gabriel, contemplándola silenciosa, pensó que nunca había aparecido ante sus ojos como entonces, en la plenitud de la hermosura y de la gracia. De pronto, levantando la vista hacia él, le dijo:

—¿Ha hecho Ud. alguna vez el amor? Es una extraña pregunta, lo sé; pero si me contesta, le diré el motivo de ella.

—No puedo contestarla, repuso Gabriel con tono expansivo; puesto que yo mismo lo ignoro.

—¿Le parece á Ud. que soy capaz de creer eso que afirma?

—Sin embargo, es la verdad, respondió sin vacilar; lo ignoro completamente.

—Está bien; aunque tanta ignorancia parezca increíble, paso por ella y le diré el por qué de mi pregunta.

Gabriel la miró con extraordinaria sorpresa.

—La razón consiste, en que hace Ud. muy bien el amor por cuenta de los demás y da lástima el que no se ocupe en hacerlo por cuenta propia, repuso con una sonrisa, que significaba mitad rubor, mitad atrevimiento.

La insinuación era peligrosa. Gabriel estaba seguro de que si se lanzaba á su propia defensa, si se arriesgaba á decirle en el acto cuanto la amaba, no sería en vano. ¡Pero, no! hubiera sido en él debilidad ó cobardía ceder á los impulsos del sentimiento y lo que hizo fué jurarse una vez más que evitaría en adelante todo peligro.

—¿Por qué me mira Ud. de un modo tan extraño, Gabriel? preguntó Lady Emma: espero que habrá comprendido mis frases: me mira siempre como si le estuviese hablando en griego. Sentiría que se confirmase mi temor de que la poesía á veces produce efectos sumamente raros en la imaginación.

—Quisiera saber, dijo él con tono apacible, á qué viene el mofarse de mí continuamente porque escribo versos.

—Jamás me he mofado de Ud., replicó ella sonrojándose; lo cierto es que nunca llega Ud. á comprenderme y

si persiste en esa conducta, será mejor que ande cada cual por su lado.

—Es verdad, repuso con el aspecto resignado del que sufre sin inmutarse, una ofensa inferida al amor propio: nuestras entrevistas van á tener un fin desagradable.

—Culpa suya es, Gabriel, dijo ella con ojos humedecidos por las lágrimas: ha cambiado Ud. completamente de norma de conducta para conmigo; ¿por qué no somos tan felices como antes? ¿qué es lo que ha pasado entre los dos?

Gabriel la miró con la mayor sorpresa.

—Y Ud. ¿sabe qué es lo que ha pasado?

Las mejillas de Lady Emma se colorearon de súbito y bajando la vista sintió apresurársele el aliento y oprimírsele como nunca el corazón.

—¿Cómo quiere Ud. que lo adivine, dijo después de larga pausa, so nunca me hizo Ud. mención de ello?

—El que Ud. lo adivinase, demostraría que es precisamente lo que nunca me hubiera atrevido á indicarle por mi propio impulso.

—¡Gabriel! exclamó ella, ya impaciente; ¡Ud. y yo vamos á hablar por enigmas toda la vida!

Y al decir esto, se volvió medio enojada; pero al fin y al cabo Gabriel no podía impedirlo. Era imposible decir una sola palabra más; en caso de haber hablado, hubiera sido para revelar el secreto de su alma, que había resuelto no descubrirle jamás.

Emma se iba marchando poco á poco: si Gabriel deseaba hablar, aquél era el momento. Su alma se abrasaba; el nombre de ella se le escapaba al respirar, entre los labios. Así que llegó á la puerta, volvióse la joven y al mirarlo, resplandecían en sus ojos amor, ternura, enojo, reproche,

. . . ahora ó nunca era cuando debía él decidirse á llamarla cariñosamente: si la llamase, ella retrocedería y entre los dos no habría ya más secretos . . . pero ¡no! Emma no era para él, pobre empleado obscuro y sin porvenir: si tuviese la prueba del matrimonio de su madre, entonces, sí, podría llamarla, y estrechándola entre sus brazos, pedirla por esposa . . . ¡en aquellas circunstancias, Emma no podía ser para él!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano se contuvo, mordiéndose los labios. Sólo sentía un deseo: abandonar aquel sitio de una vez.

—¡Adiós, Gabriel! exclamó Emma con voz dulce, como reprochándolo.

El joven trató de contestar, pero la respuesta se le anudó en la garganta.

Al entrar Lady Emma en la casa, dejando solo á Gabriel, se retiró á una de las habitaciones, en donde nadie pudiese molestarla. Necesitaba hallarse consigo misma, para reflexionar.

—¿Por qué me trata Gabriel de este modo, se decía, cuando lo considero un rey entre los hombres? rey por las prerrogativas que le concede el genio.

Estaba desconsolada. Amando á Gabriel con todo su corazón, no podía confesárselo, por más que se lo había dicho de todas maneras, menos de palabra.

El joven poeta, por su parte, se felicitaba por haberse terminado aquella penosa escena con su amiga, convencido de que la única salvación posible para él, era la retirada. Al cruzar el vestíbulo se encontró con Lady Minto, quien se detuvo sorprendida, al ver la agitación de que era presa su hijo.

—¿Qué sucede? le preguntó.

Gabriel estrechó con fuerza una de las manos de la condesa.

—Es preciso partir, repuso; el sufrimiento tiene sus límites y he llegado ya á traspasarlos.

—¿Partir? . . . ¿á dónde?

—¡Á donde el perfil de su rostro se borre para siempre de mi memoria y no me enloquezca! exclamó: perdóneme, madre, por este arrebato, pero no sé lo que me digo.

—¿Te has enojado con Lady Emma, Gabriel?

—No; me separo de ella para no verla nunca más; la muerte sería para mí más soportable, antes que verme sujeto otra vez á tan dura prueba.

Cuando Lady Minto vió á su hijo abandonar la casa, con la desesperación pintada en el rostro, se dió cuenta de nuevo, de cuan caro era el precio de su locura juvenil, para el hijo y para ella.

CAPÍTULO XXXVI

—Nunca más volveré á exponerme al peligro, se dijo Gabriel, meditando acerca de la última entrevista con Lady Emma; renuncio á toda esperanza de progreso y parto definitivamente para las Américas. Mañana mismo hablaré con el marqués. Mejor mil veces morir ignorado, que vivir despreciado: me iré al Canadá y allí ganaré de algún modo para mi subsistencia. ¡Jamás intentaré aprovecharme de la confianza que en mí han depositado cuantos me conocen!

Al día siguiente, temeroso de que por cualquier causa pudiese cambiar de resolución, fué á notificar al marqués su propósito de embarcarse.

Sentado frente á su mesa de trabajo, reflexionaba sobre lo delicado de la situación á que voluntariamente se sometía, afirmándose más y más en que el único remedio era marcharse para siempre; pero al llegar á este punto le faltó el dominio de sí mismo y apoyando los brazos en la mesa, hundiendo en ellos el rostro, se puso á sollozar.

Al poco rato, sonó el timbre de la puerta de la casa. Pocos momentos más tarde entró un criado en la habitación y le entregó un telegrama; acostumbrado como estaba Gabriel á recibirlos para el marqués, lo abrió maquinalmente, pero ¡cuál no fué su sorpresa al leer las siguientes frases!:

Sírvase venir á Elmira. Hay noticias de interés.

DR. BOURNE.

Las manos le temblaban y una nube le cubrió la vista. ¡Santo cielo, si las noticias fuesen tales como las deseaba! Con esta idea, procuró calmar sus excitados nervios, que sufrían aún la influencia de encontradas sensaciones. Después de todo, el asunto podría no tener importancia pues quizá ni siquiera se refería al registro de casamiento de su madre; pero como quiera que fuese, era preciso ponerse en camino, á fin de tratar de averiguar algo.

Gabriel fué á pedir permiso al marqués para ausentarse unos días, á causa de un momentáneo compromiso de familia y habiéndosele concedido, salió inmediatamente, para llegar á Elmira aquella misma noche.

Durante el viaje, la impaciencia lo devoraba y por mucho que el tren corriese, le parecía que andaba despacio. Se preguntaba qué era lo que iba á encontrar en Elmira; si riquezas y bienestar para el futuro, ó un desengaño, que aquella nueva esperanza haría más terrible aún.

Por fin llegó á la aldea y ya cerca de la casa del cura, vió al Dr. Bourne que salía á recibirlo, estrechándole la mano con efusión.

Gabriel no acertaba á pronunciar una palabra, pues en cuanto intentaba hablar, la emoción le impedía coordinar las ideas y le temblaban los labios.

—Se dió Ud. mucha prisa en venir, repuso el cura y creo que verá Ud. colmadas sus aspiraciones.

El joven poeta permanecía en silencio y el Dr. Bourne observó con pena el violento estado de ánimo en que se hallaba el viajero.

—No quise dar pábulo á la confianza, dijo, por temor de que se formase Ud. ilusiones en vano; pero creo que tengo que comunicarle buenas noticias. Como no dijo Ud. los nombres de los contrayentes, estábamos inseguros,

al practicar nuestras pesquisas; pero las hojas que faltaban para completar el registro parroquial, que buscamos en vano tanto tiempo, acaban de aparecer por fin.

El cura se detuvo, al ver la intensa emoción que se apoderaba de Gabriel; sollozos y frases entrecortadas vagaban por los labios del joven, entre las que se oían distintas, palabras referentes al honor de su madre.

—Claro que no puedo afirmar rotundamente, continuó el Dr. Bourne, después de una larga pausa, si la partida que Ud. busca se halla ó no entre esas hojas; pero el hecho es que se encontró el final del antiguo registro de matrimonios.

—¿Cómo fué? preguntó Gabriel, apenas sin aliento.

—Parece que el último matrimonio que se celebró ante el antiguo párroco, fué el de un soldado, cuyo regimiento debía embarcarse para la India. Ese soldado pertenecía á una familia de Elmira y antes de partir obtuvo licencia para pasar dos ó tres semanas en esta aldea, en donde se enamoró de una bella joven llamada Luisa, la cual consideró como una gran suerte el casarse con un soldado y embarcarse con él, para conocer nuevas tierras. Ayer mismo, después de algunos años de ausencia, llegó Luisa á esta aldea, viuda, con cinco hijos, y una de las primeras cosas que hizo al llegar, fué correr á dar un abrazo al ama del antiguo párroco de esta iglesia: conversaron como era natural, acerca de los pasados tiempos y Luisa recordó entre otros detalles, que su matrimonio fué el último celebrado ante el difunto cura, quien murió muy poco después. Entonces el ama, teniendo presente que se hacían pesquisas acerca del registro, se lo contó á Luisa.

—"Ahora recuerdo, dijo Luisa, que el libro era muy viejo y estaba roto, de manera que así que hubimos firma-

do, al levantarlo el cura, cayeron algunas hojas al suelo, que recogió en seguida, diciendo á alguien, creo que á mi marido: "Tengo que llevarme estas hojas á casa para pegarlas en su lugar." Recuerdo muy bien este detalle, porque mi marido varias veces lo mencionó, para hacerme notar el descuido con que llevaba el cura los libros de la parroquia.

—"¿Estáis segura de lo que decís, Luisa?" le preguntó su compañera.

—"Segurísima, contestó la viuda. Más aun; al marcharnos, salió el cura á la calle, recomendándonos que no olvidásemos á la patrona de la Iglesia y que no dejáramos de escribir, en cuanto llegásemos á la India, y me acuerdo muy bien, que al verlo todavía con las hojas en la mano, me separé de él algo intranquila, temiendo que se perdiese mi partida de matrimonio.

—"Según esto, replicó el ama del cura, las hojas deben de encontrarse en la casa del párroco y no en la iglesia. De ser así, no es extraño que las pesquisas hayan resultado infructuosas; voy á contar al párroco lo que sucede, porque el que logre encontrar esas hojas, va á ser rico para toda su vida."

—Efectivamente, continuó el Dr. Bourne, las dos mujeres me contaron el caso y luego encargué al ama que con toda la calma y serenidad que el asunto requería, procurase reconstituir en su memoria lo que ocurrió inmediatamente después de la muerte del cura, sorprendiéndome la multitud de datos que sacó á relucir. Una sola cosa no pudo recordar: quién fué la persona que se hizo cargo de los papeles y documentos del difunto y por consiguiente si se guardaron ó se destruyeron. Entonces resolví llevar á cabo una escrupulosa investigación en la casa, con tanta

meticulosidad como la había practicado en la iglesia, sin dejar de registrar un solo rincón. Hace tres días que empecé la tarea y para decirlo en dos palabras, las hojas del registro se encontraron en una antigua cómoda, que hacía muchos años no se usaba para nada. Estaba llena de papeles sueltos, machucados y manchados de tinta y debajo de todos, las hojas del registro en cuestión.

Le tocaba aún á Gabriel el sufrir una nueva prueba: después de haber abrigado risueñas esperanzas ¿qué fuera de él si acaso no se encontrase entre las hojas, la partida de matrimonio que buscaba? Pero ¿era posible dudar de la bondad del cielo, cuando tan generoso se estaba mostrando para con él?

El Dr. Bourne le dijo acto seguido, que había dejado los papeles sobre la mesa de su despacho, para que Gabriel los examinara por sí solo, sin que nadie estuviera presente. Al entrar el joven en la habitación, después de entornar la puerta, se sentó frente á la mesa con mirada ávida y la angustia y la duda retratadas en el semblante.

Allí estaban los documentos, manoseados, sucios: antes de examinarlos, se arrodilló á fin de pedir al cielo el valor necesario para sufrir el rudo choque que se le preparaba, fuese favorable, fuese adverso.

Su rostro palideció aún más, al tomar las hojas para leer. . . . ¡Sí, aquéllas eran! Correspondían al año 18 . . . Miró el último asiento . . . ¡exacto! el matrimonio de Luisa con el soldado. Luego, con el corazón oprimido; cegándole casi los ojos lágrimas de felicidad, leyó los nombres de Luis Simón y Dolores Martín y debajo la firma del párroco y la testigo Juana Míller.

¡Por fin iba á brillar la fama de su madre, junto al derecho que tenía de llamarse su hijo! ¡por fin el título

de propietario del castillo de Barton, le infundiría valor para solicitar la mano de la joven adorada de su corazón!

*
* *

Extrañado el cura al notar el prolongado encierro del forastero, abrió la puerta del despacho. Gabriel estaba tendido en el suelo, sin sentido, apretando fuertemente con uno de los puños, las hojas del registro.

—¿Será la dicha ó el desengaño lo que habrá trastornado á ese joven? dijo el Dr. Bourne, acercándose para levantarlo.

Una vez lo hubo sentado en una silla, le hizo beber un cordial.

—El gozo rara vez mata, dijo para sí: no me inclino á creer que haya sufrido otro desengaño; pronto lo sabré.

Á los pocos minutos Gabriel abrió los ojos, mirando á su alrededor, lleno de admiración.

—¿Qué me pasa? preguntó.

—La felicidad que acaba de llegar para Ud., dijo el cura afablemente, ha sido muy grande para recibirla de un solo golpe. Encontró Ud. lo que buscaba, ¿no es eso?

—Sí, lo encontré ya. Hallé lo que me concede madre, riquezas, noble título y si el cielo me escucha, amante esposa. Le ruego me perdone si en este instante nota Ud. que mi imaginación divaga más de lo regular y entretanto permítame que le dé las más sinceras gracias, pues lo debo todo á su actividad y energía. Procuraré recompensarlas en lo que valen, y las dos mujeres, el ama y Luisa, recibirán la gratificación que merecen. Ahora, si Ud. me lo permite, copiaré la partida de matrimonio, para que Ud. la autorice con su firma.

—Es una excelente idea; pero antes llevemos esas pá-

ginas á la iglesia, para colocarlas en el libro correspondiente.

Una vez en el templo, el cura mandó á buscar al sacristán, quien demostraba gran ansiedad por conocer todos los detalles acerca del documento que acababa de encontrarse. Comprendiendo el motivo de ese interés, dijo Gabriel:

—No olvido el celo de Ud. en servirme la última vez que estuve aquí. Ud. participará también de la suerte de haberse hallado los documentos que interesaban y en cuanto vuelva, que será muy pronto, lo veré á Ud. de nuevo.

Gabriel se dispuso á marcharse, murmurando frases de agradecimiento á Dios, por la dicha que le cabía. Al contemplar los rayos del sol poniente, reflejándose en las vidrieras de colores, de la iglesia, comparó lo que antes había sufrido en aquel mismo lugar, con la dicha que en aquel instante embargaba su alma entera.

Una vez más se detuvo á la luz del astro del día, sosteniendo en la mano el documento que para él era todo un mundo y en el momento de despedirse, comprendiendo que le sería imposible regresar á Londres aquella misma tarde, aceptó la invitación del Dr. Bourne, de pasar la noche en su casa.

Por más esfuerzos que hizo no pudo dormir; pues se lo impedía la excitación de que se hallaba poseído. No pensaba en el título y en las riquezas que iba á heredar; sólo tenía la mente fija en su madre y en Lady Emma y aun en aquel momento hubiera renunciado á su brillante porvenir, si hubiese sabido de un modo cierto que el conde tenía que enterarse con ira ó disgusto, de la verdad.

Á la mañana siguiente salió para Londres, á donde llegó después de un viaje que le pareció interminable,

dirigiéndose al apearse, á Martel sin pérdida de tiempo, pues como era natural se hallaba ansioso por dar á su madre la feliz nueva del hallazgo de los documentos.

Lady Minto estaba ocupada y le mandó decir que se esperase, sin comprender la razón de hallarse su hijo allí, después de haberse marchado la última vez, desesperado y fuera de tino, por la escena que le ocurrió con Lady Emma.

La joven, sin sospechar siquiera que Gabriel estaba en la casa, fué á parar al cuarto donde él aguardaba. Al verlo se ruborizó, bajando instintivamente los ojos y al levantarlos, ¡qué cambio tan sorprendente notó en las facciones de su amigo! ¿Qué se hizo del desvío, de la rudeza casi, con que tanto la había atormentado? Ya no era el compañero retraído, el ingrato amado, quien se le acercaba á saludarla con dulce sonrisa, pues hasta la voz de Gabriel vibraba con frescura juvenil, transparentando contento y felicidad. ¿Qué significaba aquel cambio, aquella ternura, que lo hacía tan atractivo y simpático?

—No me atrevo á tocar siquiera su mano, Lady Emma, dijo con franco tono; si lo hiciese . . . ¡bah! no importa el motivo; se lo diré más tarde.

—¿Llama Ud. á eso cortesía, Gabriel? repuso ella.

—No; lo llamo sinceridad. En el estado de ánimo en que me encuentro, me es imposible obrar de otra manera.

En aquel momento entró un criado para anunciar al joven poeta que Lady Minto estaba dispuesta á recibirlo.

—¡Hijo de mi alma! exclamó ¡cuánto siento haberte hecho esperar! pero . . . ¿qué te ha sucedido? ¿qué es lo que leo en tu rostro?

Gabriel la atrajo hacia sí y prorrumpió, estrechándola en sus brazos:

—¡Madre! ¡por fin lo encontré ya!

De momento la emoción le impidió continuar y permanecieron los dos abrazados durante unos segundos.

—Madre del alma, repuso mirándola tiernamente; lo encontré por fin; encontré lo que esclarece el brillo de su fama y me da derecho á una herencia.

Pálida y temblorosa, Lady Minto tomó de manos de Gabriel el documento que le alargaba y leyó para sí el contenido.

Gabriel, después de hacerla sentar en una butaca, se arrodilló á sus pies.

—Oiga Ud., madre, le dijo; este documento me concede riquezas, títulos y tal vez el amor de la mujer que adoro; pero una sola palabra que Ud. pronuncie, bastará para romperlo en mil pedazos. Si cree Ud. que al enterarse el conde, de su matrimonio con el capitán Luis Simón, va á indignarse por habérsele ocultado la verdad, por mi parte le pido que continúe todo como hasta hoy: siendo un secreto entre Ud. y yo.

—De ningún modo, repuso la condesa, impresionada por tanta nobleza de ánimo: no he de permitir que te sacrifiques por mí; toda vez que posees el documento, no quiero en manera alguna que pierdas la ocasión de renunciar á los derechos á que estás llamado. Sólo te pido una cosa; que me permitas decírselo á mi esposo yo misma y eso en seguida, antes de que te vuelvas de aquí. El conde es noble y generoso y me perdonará la locura que cometí en mi juventud, en gracia al brillante porvenir que espera á mi hijo. Voy á hablarle ahora mismo, antes de que me falte valor, mientras tú te quedas rogando por el éxito de mi resolución. Aguarda hasta que te mande llamar.

La condesa, oprimiéndose el corazón con las manos,

desapareció apresuradamente por los corredores, sin reflexionar siquiera la trascendencia de lo que hacía; para ella bastaba el que su hijo pudiese reclamar legalmente lo que era suyo.

Al ir á empujar la puerta del despacho del conde, le pareció que el valor le faltaba; pero, reponiéndose de súbito, entró resuelta.

Lord Minto estaba sentado frente á su pupitre. Ella se acercó hasta él y arrodillándose á su lado, le cogió las manos para besárselas.

—Esposo mío, le dijo; vengo á contarte algo que me remuerde la conciencia; es para mí más terrible que la muerte el verme obligada á ello; pero el honor y la justicia me lo exigen.

Y con la cabeza inclinada humildemente ante él, le contó la historia de su primer matrimonio, sin saber el efecto que produciría en el ánimo de su marido tal confesión.

CAPÍTULO XXXVII

Hacía dos horas que Lady Minto estaba en el despacho de su esposo y Gabriel no recibía recado de presentarse. El joven se hallaba ansioso é impaciente y aunque con deseos de ir á ver qué era lo que ocurría, la prudencia le aconsejaba no moverse de allí; pero cuando el reloj dió las cuatro, no pudo ya soportar por más tiempo la inquietud que lo devoraba y se dijo interiormente que de todos modos debía acudir, por si á la condesa le acontecía algo grave, pues al fin y al cabo podía verse en el caso de necesitar la defensa de su hijo. Era su madre y esto bastaba para correr á sacarla del peligro, si menester fuese.

Con esta idea se dirigió al despacho del conde y al llegar junto á la puerta, oyó sollozos ahogados. Golpeó con los nudillos, pero nadie contestó: volvió á golpear y el llanto no cesaba. Gabriel, con el corazón oprimido, abrió bruscamente la puerta.

—Milord, dijo con voz grave ¿me permite Ud. que entre?

La faz del conde volvióse sombría, sin dejar escapar una respuesta.

Gabriel, después de entornar la puerta, avanzó un paso. Su madre estaba arrodillada junto al conde, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Levantando la cabeza, extendió los brazos como para pedirle protección.

—¡Gabriel! exclamó desolada; ¡no puede, no puede perdonarme!

—¡Por Dios, esto es insufrible! repuso el conde.

—Milord, dijo Gabriel, cálmese y permítame defender la causa de mi madre.

—Dolores no necesita defensa, contestó el conde con energía, si bien dejando entrever cierta dulzura en la voz y el continente.

—Milord; puesto que fué Ud. siempre condescendiente para conmigo ¿se negará ahora á escucharme? Le ruego que no se enoje. Mi madre era joven y huérfana y apenas conocía el mejor camino que debía seguir: fué Lady Nelson quien la indujo más que nadie á ocultar su primer matrimonio. Fué un error de esa señora y no puede tampoco acusársela por ello.

—Lo sé, lo sé, dijo el conde con impaciencia: lo único que me incomoda es que me hayan ocultado tanto tiempo la verdad. ¿Cómo puedo en adelante fiarme de nadie? ¡Yo que creía que mi esposa me comunicaba hasta sus más recónditos pensamientos!

—Considere Ud. la pena que ahora siente. ¡Tan franca, tan leal como es!

—El dolor que he tenido que sufrir, ha sido más grande del que creí pudiera soportar, dijo la condesa, sollozando; supliqué á mi tía que me permitiese declarar la verdad y no me lo consintió: ¡desde entonces, no fuí feliz ni un solo momento! Perdóname, esposo mío, puesto que siempre he sido tu compañera amante y fiel; ¡ah, perdóname, pues te amo con todo mi corazón y te respeto!

—Milord, repuso Gabriel con firmeza; no es necesario que se divulgue el secreto de mi madre: su felicidad es lo que más ansío en el mundo y si Ud. la perdona, el secreto puede quedar entre los tres. Ud. no querrá, sin duda,

despertar la curiosidad de sus amigos y conocidos; pues bien, renuncio á todos los derechos que pudieran corresponderme en razón á mi nacimiento, con tal que Ud. perdone á mi madre.

El conde miró á Gabriel con fijeza.

—Ese ofrecimiento es noble en alto grado, dijo; pero ¿lo hace Ud. de veras?

—¿Si lo hago de veras? repitió el joven con amarga ironía ¿cómo no, cuando acabo de decirle que la felicidad de mi madre es lo único que ansío?

—Bien, repuso el conde lentamente; acepto la proposición. ¿Renunciará Ud. á cuantos derechos puedan caberle sobre el título nobiliario y las fincas de los Fóster, absteniéndose de revelar el secreto de su nacimiento, si perdono á su madre?

La faz de Gabriel se iluminó de gozo.

—Doy gracias al cielo y á Ud., milord, repuso con entusiasmo, por haberme concedido una ocasión para demostrar el amor que siento por mi madre. Cumpliré mi palabra al pie de la letra; pero Ud. por su parte ¿le dirigirá el más pequeño reproche? ¿mencionará una vez siquiera, directa ó indirectamente, lo sucedido? En una palabra ¿será tan bueno para con ella, como lo fué hasta hoy?

—Sí, dijo el conde; lo prometo.

—En este caso, milord, concédame la dicha de ver cómo la recibe en sus brazos.

—Y después de eso ¿se arrepentirá Ud. más tarde de la promesa que hizo?

—Jamás y en prueba de la sinceridad de mis palabras, estoy dispuesto á abandonar para siempre á Inglaterra. ¿Le satisface á Ud. esta promesa?

—Sí, contestó el conde secamente.

—Entonces, repuso Gabriel con naturalidad, abrace á mi madre, y me voy en el acto.

Con gran sorpresa de los dos, Lord Minto después de besar tiernamente á la condesa, estrechándola contra su pecho, rodeó con el brazo el cuello de Gabriel, atrayéndolo hacia sí.

—Quise tan sólo probar tus sentimientos, le dijo; ¿crees que hubiera aceptado á tan bajo precio la felicidad de tu madre, separándola de ti? Le envidio un hijo de tan bellas cualidades como tú y desde hoy lo serás de ambos. Demostraré el amor que siento por mi esposa, amándote á ti; y ahora ven á mis brazos, Lord Fóster; me satisface ser el primero que te da tal título y trataré de ayudarte para alcanzarlo legalmente.

En aquel momento un criado llamaba á la puerta, con un telegrama.

Era de Enrique Fóster, que sintiéndose muy enfermo, rogaba á Gabriel que fuese á visitarlo.

—Si se encuentra en disposición de oirme, le contaré quien soy, dijo el joven al marcharse.

Para satisfacer los deseos del conde, Lady Minto explicó en seguida á Emma Day, la escena que acababa de pasar. Emma oyó la relación, no tan admirada como era de suponer, y luego dijo:

—Después de todo ¿por qué tengo que sorprenderme? Siempre vi que en el amor que demostraba Ud. por Gabriel, había algo que no acertaba á comprender. El caso encierra para mí, más motivo de regocijo que de sorpresa.

CAPÍTULO XXXVIII

Una hora más tarde, Enrique Fóster estaba enterado ya por Gabriel, del casamiento de Dolores Martín con el capitán Luis Simón.

—Á decir verdad, Gabriel, le dijo el enfermo, muchas veces me causó Ud. envidia, al ver cómo Lady Minto lo obsequiaba á Ud. más que á los demás. Me alegro infinito de que todo se haya resuelto satisfactoriamente, pues si me hubiese sido posible escoger un sucesor, la elección hubiera recaído en Ud. Cuéntemelo todo, á fin de que no se presente ninguna clase de dificultad en lo futuro.

Gabriel explicó detalladamente á su amigo, sus pesquisas acerca de los documentos, en Elmira, sus esperanzas, sus luchas, sus desengaños, hasta que el reloj señaló más de media noche.

Lord Fóster, después de examinar la copia de la partida de matrimonio entre Dolores y el capitán, exclamó fijando la mirada en su compañero:

—Gabriel, conozco que están contados los instantes que tengo de vida y voy á pedirle dos favores: el primero es enviar á buscar cuanto antes á mis albaceas, á fin de que no haya dificultad alguna en lo que se refiere á la sucesión hereditaria, pues deseo dejar á Ud. cuanto me pertenece. El segundo favor es . . . que procure hacer lo posible para que venga á verme Emma, antes de lanzar yo el último suspiro. ¿Cree Ud. que me cabrá tanta ventura?

—Estoy seguro, amigo mío; ella misma me aseguró que vendría á visitarlo.

Á la mañana siguiente, se presentaron los albaceas, por expresa indicación de Gabriel. Todos felicitaron cordialmente al futuro heredero, por la fortuna que le había cabido, pero él no quiso permitir que lo llamasen "Lord Fóster," por el momento.

—Este dictado, dijo con llaneza, pertenece á mi querido amigo mientras viva y me guardaré muy bien de apropiármelo.

Los albaceas estuvieron junto con Gabriel, rodeando la cama del enfermo, atentos á las instrucciones que dictaba. Al despedirse, lo miraron gravemente, comprendiendo que ya no lo verían nunca más, pues tenía marcado en el rostro el sello de la muerte.

Algunas horas más tarde, cuando la luz se desvanecía por los ámbitos celestes, Enrique Fóster estaba espirando, rodeado de las personas más queridas. Los condes de Minto se hallaban allí también; él, cabizbajo y conmovido; la condesa, lleno de piedad el corazón, pareciendo más adorable que nunca, por haber desaparecido de su rostro, toda señal de ansiedad.

—¡Cuánto me satisface que hayan venido todos! dijo Enrique con voz apagada. ¡Vuestra presencia me alienta y sostiene!

Alguien más estaba junto á la cabecera del enfermo, mirándolo dulcemente, ya abandonando sus manos entre las de él, ya secándole con frecuencia el sudor que le corría por la frente ó murmurando en sus oídos dulces palabras animosas.

La luz incierta del crepúsculo, al esparcirse por la sombría habitación, bañó en tibios resplandores la pálida faz de Enrique. Lady Emma, viéndole mover los labios, se

inclinó para oir lo que decía, pues el joven con voz cada vez más apagada, se iba acercando á pasos agigantados hacia los confines de esa tierra prometida, donde se reúnen todos para no separarse ya más.

—En otro mundo, dijo con lentitud, comprenderemos lo que no nos es posible comprender en éste. Por más que nunca deseé ni hice mal á nadie, el cielo me arrebata la fuerza, la fortuna y el amor; pronto sabré la razón de ello; pero sin Ud., Lady Emma, nada hubiera tenido atractivos para mí.

Después de un profundo suspiro, continuó el enfermo:

—¿Quiere Ud. posar un beso en mi frente, antes de marcharme á la eternidad? Por una demostración de simpatía como esa, hubiera dado yo la vida, en cualquier momento de mi existencia. Déjeme mirar en sus ojos, mientras rezo la última plegaria. . . . Después de su faz, no quiero ver la de otro ser humano . . . alguno. . . . Acérquese . . . mi mirada se enturbia. . . . De todos me he despedido menos de Ud., pues quiero que sea la última persona con quien hable y haga Dios que sea Ud. la primera con quien me reúna en el cielo el día del Juicio Final. . . . Béseme por compasión, antes de morir.

Ella posó los labios en la frente del joven y Enrique Fóster expiró mientras recibía aquel tierno beso.

Los funerales solemnes se celebraron la misma semana y poco después Gabriel, llamado ya Lord Fóster, entraba en posesión de sus dominios. Gracias al tacto del conde, se evitó que se propagara el más ligero rumor malicioso acerca de los antecedentes del joven. Apareció en los diarios de la localidad un comunicado hábilmente escrito, explicando que por razones de familia que no era del caso hacer públicas, había sido un secreto el matrimonio entre el capitán Luis Simón y Dolores Martín; pero que no

existiendo ya motivo alguno para ocultarlo, se ponía desde luego en conocimiento de todos.

Nadie se opuso al derecho de Gabriel á la herencia, puesto que era á todas luces indiscutible.

Grande fué el regocijo de Lady Nelson, al saber tan placenteras noticias. Inmediatamente se fué á ver al conde, explicándole la historia del enlace de su sobrina con el capitán Luis Simón y culpándose á sí misma por haber permanecido oculta durante tanto tiempo. En el fondo de su corazón, Lady Nelson dió las gracias al cielo, por haberse mostrado justo para con Gabriel.

Lo primero que hizo el reciente Lord Fóster, fué dar á Juana Míller el empleo de ama de llaves, en el castillo de Barton. Tampoco olvidó á los que tan bien le sirvieron y tanto el Dr. Bourne como el ama del cura, Luisa, el sacristán; todos, en fin cuantos habían contribuído á preparar su felicidad, todos recibieron de manos del joven, la debida recompensa.

Los condes se separaban muy poco de Gabriel, pues cuando Gabriel, por sus ocupaciones, no iba á verlos, acudían al castillo á visitarlo y considerándolo casi como hijo suyo, pronto olvidó Lord Minto las amarguras pasadas, al considerar lo mucho que debía sufrir la condesa, mientras guardaba el secreto de su primer enlace.

Acababa de transcurrir un año y Lord Gabriel Fóster apenas había tenido ocasión de hablar con Lady Emma Day, desde el día en que se reunieron alrededor de su moribundo amigo. Una tarde de verano se encontraron por fin en la terraza del castillo de Derby. Gabriel le dijo resueltamente lo mucho que la amaba, mientras que ella, con los ojos bajos, se complacía en escucharlo, llena de rubor.

—¿De veras me ama Ud.? se atrevió á decir por fin la joven, con el alma henchida de gozo.

—Más de lo que pudieran expresar mis palabras ¡mucho más!

—¿Y me amó Ud. antes? . . .

—Toda mi vida; desde que la conozco.

—Entonces ¿por qué no me lo dijo Ud.?

—Porque no me atrevía: ¡era tan grande la diferencia de posición social entre ambos!

—¡Ah, Gabriel! ¿tan mal me juzga? ¿se figuró Ud. que me cegaba el dinero?

—Estaba íntimamente convencido de que no se casaría Ud. con nadie de menor rango que el suyo.

—¿Se creía Ud. inferior á mí, Gabriel?

Y al decir esto lo miró con fijeza, mientras los rayos del sol envolvían como en un manto, la delicada cabecita, la nívea garganta, la esbelta y gentil figura de la joven. Él, al contemplarla, quedóse estático de admiración, como el artista delante de un soberbio cuadro.

—Gabriel, repitió ella; ¿oye Ud. lo que digo? ¿se creía Ud. inferior á mí?

—Lo creía y lo creo aún; tú, Emma fuiste siempre superior á mí, puesto que eres mi ideal y representas cuanto hay de noble y de bello. No es posible que sepas cuanto sufrí, Emma mía; ¡qué largas han sido las horas de angustia y desesperación que por ti pasé!

—Como poeta, Gabriel, eres muy . . . muy . . . ¿lo diré? repuso Emma, con una coqueta mirada.

—Di, di cuanto quieras.

—Pues . . . nada . . . que eres muy poco avispado y eso que se supone que los poetas son muy listos.

En aquel momento la faz de la joven adquirió una som-

bra de gravedad y le dijo con los ojos humedecidos por las lágrimas:

—¿No llegaste nunca á comprender la verdad, Gabriel? Contéstame sinceramente: ¿no llegaste nunca á comprender la verdad?

—¿Qué verdad es ésa?

—La única para mí; que te amé siempre lo mismo que tú me amaste.

—¿Siempre?

—Sí, siempre. Tu amor ha sido siempre parte de mi vida; pero he tenido sin cesar el disgusto de ver que tú, en vez de hablarme de amor, te has complacido en ocultarlo.

—En adelante, bien mío, ya no habrá más errores entre los dos. ¿Vamos á decir á mi madre que el sueño de mi vida acaba de realizarse?

La condesa recibió radiante de júbilo la noticia de la mutua declaración amorosa entre Emma y Gabriel y abriéndoles los brazos y besándolos con efusión los bendijo, rogando á Dios que los hiciese felices y los colmase de bienes. Grande fué también la satisfacción del conde al enterarse del proyectado matrimonio de los jóvenes, exclamando enternecido al recibir la noticia:

—¡Es lo único que faltaba para completar mi felicidad!

No fué tampoco menor la dicha de Lady Nelson, que tanto quería á los novios, al ver el buen desenlace que tuvo la locura juvenil de la condesa, pues aunque esa clase de locuras suelen ser de fatales resultados, contribuyó á atenuar el mal, en gran parte, el arrepentimiento y la nobleza de alma de su sobrina Dolores.

(1)

FIN

LUCÍA. Por la Srta. M. E. Braddon, autora de "El Sacrificio de Elisa."

Empleando procedimientos de absoluta originalidad, ofrece la Srta. Braddon en su "Lucía" una obra modelo, por sus circunstancias altamente dramáticas. Combina interés profundo y sostenido, tipos delineados de mano maestra, variedad y color que animan la serie de sus cuadros, dándoles vida y encanto.

EL MORO. Por D. José Manuel Marroquín, Individuo correspondiente de la Real Academia Española.

Es una preciosa narración hípica. La supuesta autobiografía de un potro, en la que se narra, mejor aun, se pinta la vida rural en las espléndidas sabanas de la alta Colombia. No faltan en esta obra episodios pasionales, tiernos y poemáticos; pero lo más notable de ella es el color local, la descripción viva, ingeniosa y gráfica de aquel hermoso país y de sus costumbres. Siendo de Marroquín, no hay necesidad de decir que el estilo es animado y donoso, la dicción correcta y el interes gradual y constante desde el principio hasta el fin.

MI TÍO BERNAC. Por Conan Doyle, autor de "La Guardia Blanca."

El autor, popular novelista inglés, desarrolla en su obra un rico caudal de recuerdos del primer imperio napoleónico, presentando al Emperador bajo un aspecto enteramente nuevo y distinto al presentado por los historiadores, poetas y novelistas franceses. No relata los hechos de ese colosal genio, sino que describe únicamente al hombre en su intimidad social, cual lo conocieron las personas que lo trataron de cerca, sin atenuarle defectos ni regatearle méritos.

DIANA. Por la Señora Forrester.

Esta obra, vertida al idioma castellano con todo esmero, es la narración interesante de las virtudes y el sacrificio del verdadero amor, encarnado en sus protagonistas, que la autora presenta en situaciones conmovedoras, rodeados de la aureola de la más acrisolada moralidad, haciendo amena y entretenida su lectura.

LA NIÑA MIMADA. Por Carlota M. Braemé, autora de "Dora," "Azucena" y "Leonor."

Es una novela apreciable, cuya lectura no podrá menos de arrancar lágrimas á cuantas doncellas la lean, después de instruirlas y convencerlas de que el parecer de sus padres debe respetarse, tratándose sobre todo de la elección de estado, persuadidas de que el corazón es muy loco si no está dirigido por la experiencia que dan los años. ¡ Cuántas enseñanzas tiene para las jóvenes de hoy día esta novela !

EL SACRIFICIO DE ELISA. Por la Srta. M. E. BRADDON, autora de "Lucía."

Es una novela de costumbres, de dramático argumento, de escenas tiernas y conmovedoras, que despierta el interés del lector desde el primer momento. En sus páginas abundan los rasgos felices de observación y el relato está hecho de una manera sencilla y artística. Mérito principal de la novela, es el exacto estudio de los caracteres de los personajes. El libro está editado con el mejor gusto, y lleva una artística y original cubierta.

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES. Por D. RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ.

El Sr. Zayas ofrece en esta obra un sabroso bocado de historia mejicana. Nos da á conocer en cierto grado la vida de la simpática República que no pudo soportar el peso de una corona europea, abriendo en cambio ancho campo á las iniciativas del progreso moderno, que allí ha echado hondas raíces. *El teniente de los gavilanes,* el infeliz Cenobio, es un tipo con que á diario tropezamos en la vida. El Sr. Zayas sabe pintarlo con maestría, rodeándolo de una atmósfera propia. La novela está ilustrada por D. Rafael y D. Marius de Zayas Enríquez.

LEONOR. Por CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Dora," "Azucena" y "La Niña Mimada."

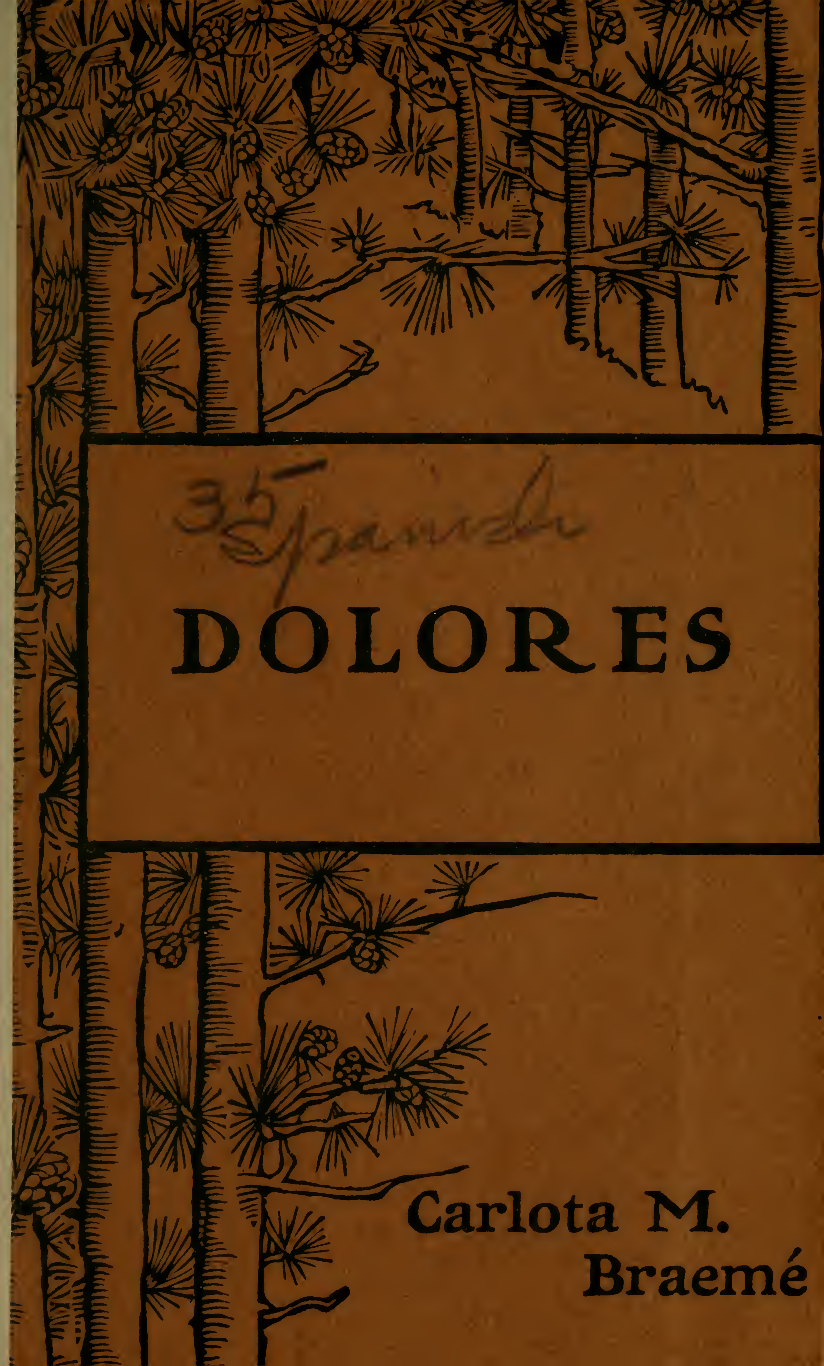
"Leonor" como las otras producciones literarias de la popular escritora, es una novela que despierta el interés desde los primeros capítulos, que recrea con sus descripciones, conmueve con sus episodios, y que presenta un estilo irreprochable y un fondo de moralidad digno de todo elogio.

SU CARO ENEMIGO. Por la Señora ALEXANDER.

Se trata de un libro verdaderamente agradable, que no despierta fuertes emociones, pero que interesa desde el primer momento y recrea el ánimo. La acción es sencilla y tranquila y el lenguaje reposado y pintoresco. Sobre un hecho vulgar la autora ha fundamentado una trama natural y lógica, que desde el primer momento fija la atención del lector, manteniéndole después en todo su desarrollo.

SOL DE MEDIA NOCHE. Por MARÍA CORELLI.

María Corelli, escritora cuyas producciones son tan discutidas y al propio tiempo tan populares en Inglaterra, por los méritos literarios que adornan sus obras, las que se dice no faltaban nunca en la biblioteca particular de la Reina Victoria, de quien era autora predilecta, ofrece en la presente novela materia de deleite estético, por la originalidad de estilo con que relata típicas escenas que se desarrollan en regiones desconocidas para la generalidad. Las descripciones sorprendentes de los efectos de luz y colorido, tan típicos en ciertos puntos de la Escandinavia, y el diálogo siempre natural y fácil que forma la parte narrativa de la novela, son incentivos más que suficientes para justificar el entusiasmo con que ha sido acogida por el público.


DOLORES
Carlota M. Braemé

NUEVO DICCIONARIO
ESPAÑOL-INGLÉS É INGLÉS-ESPAÑOL
DE APPLETON

Por ARTURO CUYÁS

Contiene más de cuatro mil vocablos y veinte mil acepciones, voces técnicas y modismos que no se encuentran en ningún otro diccionario de la misma clase, de los publicados hasta la fecha, con los modos fundamentales de los verbos irregulares y la pronunciación de cada palabra, por medio de un sistema sumamente claro y sencillo.

EL NUEVO DICCIONARIO DE APPLETON, que viene á substituir al Diccionario abreviado de Velázquez, es objeto de los mayores elogios por parte de la prensa de los países, tanto de lengua española como de lengua inglesa, considerándolo una obra modelo por lo completa, no sólo en cuanto al número de acepciones, sino á la exacta equivalencia entre los términos españoles é ingleses.

EL NUEVO DICCIONARIO DE APPLETON no es una revisión más ó menos concienzuda de otros diccionarios publicados anteriormente: es una obra nueva, que obedece por completo al plan definido y metódico que desde el principio se impuso el autor. Los hombres más eminentes, los educadores y pedagogos más notables, no cesan de recomendarlo á cuantos se dediquen al estudio del español ó del inglés.

Adoptado por el Gobierno de Puerto Rico y de las Islas Filipinas y por las Academias Nacionales Militar y Naval de los Estados Unidos.

)e Esclavo Á Catedrático.

Autobiografía de Booker T. Wáshington, vertida del inglés al castellano por don Alfredo Elías y Pujol. Con varias ilustraciones.

El nombre del negro Booker T. Wáshington, que tan lebre se ha hecho entre los suyos, puede decirse que cons- uye hoy día un problema sociológico, por continuar latente n la cuestión de la diferencia de razas. Por eso es oportu- sima la publicación de esta obra, interesante tanto desde el nto de vista social, como por constituir una serie de episodios la vida del educador de la raza negra, que de la esclavitud elevó por sus méritos al honroso puesto que hoy ocupa mo director de uno de los establecimientos de enseñanza ás prácticos que se conocen para instruir á los jóvenes de lor.

El autor narra con gran sencillez de estilo, los sucesos más lminantes de su agitada vida y las luchas sin fin que se vió ligado á sostener, para llegar al objeto que se propuso y que n tanto éxito ha logrado.

El reputado periódico de Madrid "La Época," al hablar esta obra, dice lo siguiente :

"Booker T. Wáshington es un negro que nació esclavo una finca del concejo de Franklin, en Virginia, allá por los os de 1858 ó 59, y que hoy ha llegado á la categoría de per- naje en los Estados Unidos, principalmente como fundador director de una admirable institución de enseñanza, en iskegee, para alumnos de la raza de color.

"La vida de Booker ofrece al lector interés grandísimo : la ascensión penosa desde el ergástulo de la esclavitud sta las cimas de la celebridad y de la gloria ; el ejemplo vo de los milagros que puede realizar la voluntad."

